



MI MACARRA FAVORITO

SABINA ROGADO

Mi macarra
favorito

Sabina Rogado

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier tipo de procedimiento, sea electrónico, mecánico, o fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Sabina Rogado

Todos los derechos reservados

Diseño de portada: Rachel RP

Lectoras cero: Laura Duque Jaenes y Nani Mesa

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

A mis chicas especiales, las que siempre están cuando las necesito.

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[EPÍLOGO](#)

[OTROS TÍTULOS](#)
[AGRADECIMIENTOS](#)

PRÓLOGO

Aeropuerto de Matacán (Salamanca)

—Hija, ¿estás segura de la decisión que has tomado? Aún estás a tiempo. ¿Qué vas a hacer tú sola rodeada de tanto americano?

Mi madre se agarra a mí pretendiendo que no coja el avión que me alejará de ellos. A mis veinticuatro años es la primera vez que nos separamos y lo hago a lo grande.

Una multinacional estadounidense me ha ofrecido la oportunidad de mi vida tras ser la primera de mi promoción y ni por asomo pienso desaprovecharla.

¿Qué más da que esté a punto de hiperventilar, muerta de miedo y con una sensación de ahogo indescriptible?

—Mamá, ya lo hemos hablado infinidad de veces —hablo de manera pausada tratando de calmarla.

La pobre sigue en *shock*, todavía no se ha hecho a la idea y debo ser yo la que actúe con un mínimo de coherencia, de lo contrario corremos el riesgo de inundar el pequeño aeropuerto de lágrimas y no estoy por la labor.

¿Te imaginas la estampa?

—Pero ¿y si no vuelves?

—Mamá —susurro con un nudo en la garganta que crece y crece—, no seas tan dramática. Vendré por Navidades y vosotros podéis visitarme cuando queráis.

—¿Coger un armatoste de esos con alas? Ni lo sueñes, pequeña —comenta mi padre con una voz que lo delata, al borde de ponerse a llorar como un crío.

La despedida está siendo más difícil de lo que pensaba y por el bien de los tres más me vale cortar la agonía.

—Un año y estaré de vuelta —les animo con un esfuerzo titánico—, podremos soportarlo, de verdad.

—Vamos, Isabel, suéltala. Antes de que nos demos cuenta nuestra pequeña regresará.

—¿Y si se enamora? ¿Has pensado en esa posibilidad?

Acabáramos, lo que faltaba.

Y el abrazo de mamá osa se intensifica, apretando más de lo normal sin permitirme casi respirar.

—No lo hará.

—¿Y por qué pareces tan seguro?

—Porque nos lo va a prometer antes de marcharse, ¿a que sí, Martina?

Empiezan a desvariar, entre los nervios y la pena la situación va descontrolándose a marchas agigantadas y a saber qué será lo siguiente.

—Sí, sí, os lo prometo —me acelero sobre la marcha, cortando una situación dantesca como poco—. Nada de novios, nada de afianzar lazos en el extranjero y nada de fiarme de gente extraña, ¿os parece bien?

Solo cuando lo digo mi madre se relaja y aprovecho para darles un beso a cada uno.

Es ahora o nunca.

—Os quiero.

—Y nosotros a ti, hija.

Encamino los pasos hacia el detector de metales y las primeras lágrimas no tardan en aparecer, dando lugar a que la Martina insegura se haga una pregunta trascendental.

¿De verdad sé lo que hago? Cabe la posibilidad de que esté cometiendo una equivocación mayúscula y...

Y se acabó.

Es tarde para plantearlo.

Demasiado.

No miro atrás en ningún momento, de hacerlo corro el riesgo de salir corriendo en busca de los brazos de mis adorables padres, y desde luego no estoy dispuesta a rendirme a la primera de cambio.

El sueño americano está esperándome, ¿qué más puedo pedir?

CAPÍTULO 1

Tres meses después

Martina

Vivir en un distrito de la ciudad de los rascacielos no es fácil. Cada día que pasa supone un verdadero reto, pero aquí sigo, tratando de hacerme un hueco en una sociedad opuesta a mis tradiciones. Ser de un pueblo pequeño dificulta la adaptación y me cuesta lo que no está escrito ser parte de una vorágine en la cual las prisas, la opulencia y la economía son el pan nuestro de cada puñetero segundo.

A día de hoy sigo manteniendo mi palabra de hablar con mis padres a diario, hemos creado un grupo de WhatsApp y en él les cuento una realidad ficticia e inventada. De no ser así hasta mi progenitor conseguiría subirse a un avión con tal de rescatarme de una sociedad frívola donde las haya y prefiero mantenerles al margen de la situación.

Y de mi vida social mejor ni hablamos. Es inexistente y barajo la posibilidad de instalarme en el móvil una de esas aplicaciones para ligar. Así de desesperada estoy, lo reconozco, y me acuerdo infinidad de veces de los amigos que dejé atrás cada puñetero fin de semana.

Sí, sí, menuda oportunidad me está brindando el suelo estadounidense, ¿eh?

Bueno, al menos hay una parte positiva, ya que, es cierto que en cuanto regrese a España me será relativamente fácil acceder a cualquier empresa importante, es el gran punto a favor, y mejor no me paro a pensar a qué precio.

La soledad impuesta no es lo mío, me aburro como una ostra los fines de semana y las intenciones de comerme el mundo poco a poco van desinflándose, resultando un contratiempo difícil de considerar.

Patético, sí.

Miro el reloj de mi muñeca y suspiro. Por poco llego tarde al acto de inauguración de la nueva sucursal de mi jefe, ya solo faltaba para rematar un día pésimo, y aparco el coche en el primer sitio que encuentro, de seguido echo a correr como una loca y lo consigo.

Menos mal que mis compañeros me han hecho un hueco, ¿qué haría sin ellos?

Y, en ese momento justo, el que firma los cheques que cobro a fin de mes comienza a darnos las gracias por asistir.

—Bienvenidos a la inauguración de mi nuevo negocio...

Mi jefe comienza su discurso mientras me mordisqueo la uña un tanto distraída. La multinacional en la que trabajo desde hace poco ha abierto una sucursal en pleno distrito de Manhattan y me ha sido imposible reusar la invitación. Hubiese sido una desconsiderada por mi parte y aquí estoy, muerta del aburrimiento entre mis compañeros de curro.

La relación con ellos es buena, la única pega es que son bastante más mayores que yo y no solemos estar en la misma onda. Por norma general, conversan acerca de los hijos, de lo que les falta en el frigorífico y del lugar al que quieren irse de vacaciones, mientras mi tema de conversación es simple, se limita a si ya tengo amigos, o no, y poco más hay que decir.

Lo dicho, estamos a años luz, aunque me tratan con un cariño especial y es algo que les

agradezco hasta el infinito. Me encanta mi trabajo y ellos me facilitan el que así sea, sin contar el apoyo en el que se han convertido en una ciudad en la que ya te he dicho que no termino de adaptarme al cien por cien.

Escucho con estoicidad cada palabra preparada al dedillo y aprovecho que pasa un camarero para coger un cóctel sin alcohol. Al venir en el coche que me ha prestado la empresa queda terminantemente prohibida la ingesta de bebidas alcohólicas y suspiro de verdadero alivio al presenciar cómo el señor Thomas termina de dar la brasa.

Por fin. Ha llegado la hora de escaquearse y en cuanto atisbo la menor oportunidad ni me lo pienso y salgo despavorida sin despedirme de nadie.

«Menudo coñazo he tenido que soportar», pienso cabreada como una mona.

Y aquí estoy, en mitad de la calle, con las llaves del coche en la mano y decidiendo qué hacer un maldito viernes por la noche.

Menudo planazo, ¿verdad?

La soledad engulle mi estado de ánimo de a poco, no es ninguna novedad, y el significado ya lo conozco. No es la primera vez y toca afrontar las ganas de dejarlo todo atrás, coger un avión y regresar a casa.

Sería tan fácil...

Y nada, el mal pálpito se agranda en cuanto mi mente comienza a hacer de las suyas; por experiencia sé lo que vendrá después y ni de coña voy a permitir que la melancolía se apodere de mí.

No y no, a cabezona no me gana nadie y decido apartar una sensación de soledad letal, al tiempo que termino sentada frente al volante, conduciendo sin ton ni son y con la música saliendo de los altavoces a todo volumen con tal de no martirizarme más de lo debido.

Hoy tampoco parece que sea mi noche y trato de evadirme al precio que haga falta. Lo tengo claro, y acelero sobre la marcha, sin rumbo fijo, y lo que es peor, sin prestar demasiada atención a las calles que voy sorteando. Sigo en mis trece de ir por libre y me dejo llevar. Sin más.

Y, para terminar de rematar una noche *horribilis*, de pronto percibo un ruido extraño que no logro identificar al cien por cien, a medida que el control del vehículo se escapa de mis manos sin que pueda hacer nada al respecto.

Con un susto del copón templo los nervios, aminoro la marcha hasta detenerlo por completo y suspiro de alivio, eso sí, mi cara es un poema y en ella se dibuja la sorpresa evidente ante una eventualidad repleta de interrogantes.

¿Qué diantres habrá pasado?

Y acepto que la hora de enfrentarse al problema ha llegado, así que, me bajo, echo un vistazo general y un mal presagio me sacude al ver una de las ruedas sin nada de aire.

He pinchado.

«Mierda», pienso cabreada como una mona. Ya es lo que faltaba para rematar la noche.

«Calma, ubícate y pide ayuda», me digo con rapidez, marcando los pasos básicos y dándome ánimos a mí misma. Es de vital importancia o me bloquearé, lo que significa que...

«Mierda», repito por segunda vez con la cara lívida.

Y sin poder hacer nada al respecto el mal pálpito de antes se agranda a marchas agigantadas. ¿El motivo? Fácil. No reconozco nada del puñetero lugar en el que me encuentro y sopeso que tal negligencia puede salirme demasiado cara.

¿En qué momento exacto me he despistado tanto como para dejar atrás los rascacielos?

Ya me vale.

¿Y si el barrio en el que me he visto obligada a parar es de los catalogados como peligrosos?

Madre mía, la situación es dantesca, como poco, y la oscuridad de la noche me pone los pelos de punta.

Sí, todos y cada uno de ellos.

Presto atención a cuanto me rodea y observo parte de las farolas que deberían iluminar las fachadas de los edificios que tengo al alcance de la vista, están casi todas rotas, y el aspecto que da al barrio en cuestión es siniestro y tétrico.

Buah. Basta de lamentaciones. Nunca he cambiado una rueda, la realidad cae sobre su propio peso, lo que significa que no tengo la menor idea de cómo llevarlo a cabo.

Total, que toca serenarse, adaptarse a la incómoda situación y darle la solución que requiere. No existe otra posibilidad y a ello que me ponga.

Cojo el bolso, saco el teléfono móvil, busco el número de la asistencia en carretera y...

Mi gozo en un pozo.

No.

No puede ser.

¿De verdad acabo de quedarme sin batería en este dantesco lugar?

Pues sí, el puñetero teléfono se apaga y un nudo en la garganta difícil de describir toma posición.

¿Y ahora qué se supone que debo hacer?

Un letrero a lo lejos llama mi atención. Parece un local de copas, y allá que voy, dispuesta a pedir ayuda antes de que algún psicópata pase por aquí, decida secuestrarme o algo peor.

Y actúo; en primer lugar, cierro el coche, después, comienzo a caminar dejando a mi paso el sonido de mis taconazos de vértigo y, por último, trago con dificultad.

El marrón en el que me he metido yo solita clama al cielo y ahora toca apechugar, por gilipollas.

Con el corazón en un puño consigo llegar hasta la entrada, allí me planto durante unos segundos con el deseo frenético de calmarme un ápice y, al no conseguirlo, expulso el aire, empujo la puerta y...

«Ay, madre».

Delante de mí aparece un local cutre donde los haya y lo que más llama mi atención es la neblina causada por el humo del tabaco, le da un aspecto dantesco y se une a un olor a rancio que echa para atrás. Hasta mi nariz llega una mezcla nauseabunda entre sudor corporal, humedad, alcohol y nicotina, y el conjunto revuelve mi estómago a medida que un miedo atroz se desata, y no es lo peor.

Me quedo anclada al suelo, barajando la opción de salir cagando leches, y todo al percatarme de las miradas de varios hombres inspeccionando mi cuerpo de arriba abajo sin molestarse en disimularlo.

¿De dónde demonios han salido estos tíos?

¿Acaso carecen de cualquier tipo de escrúpulo?

Buf, esto pinta mal.

Muy mal.

Y de repente:

—Anda, mirad lo que tenemos aquí —silba un hombre canoso, desarreglado y algo ebrio

—. Monada, tu vestimenta te delata y nos dice lo lejos que estás de tu casa. En este barrio es raro ver a un monumento así y aprovecharemos la ocasión caída del cielo. Pasa, pasa, no te dé vergüenza, criatura.

Las malas vibraciones se extienden como la espuma y de manera involuntaria retrocedo un paso.

El peligro acecha, lo constato en la atención que suscito y diviso a una docena de personas pendientes de cada movimiento que doy.

—Eso —secunda desde el fondo otro al que ni siquiera veo—, te invitaremos a una copa hasta que el camello que te suministra la droga aparezca, porque es a lo que has venido, ¿no?

—¿Qué? No, no. Yo...

—¿No vienes a por cocaína?

Niego con la cabeza.

—¿Entonces?

—Necesito ayuda, he pinchado aquí al lado y...

—¿Lo habéis oído? —se jacta otro relamiéndose los labios de verdadero gusto—. Esta damisela en apuros nos necesita, lo que significa que está a merced nuestra. ¿Y decíais que hoy no era un buen día?

Mis peores presagios se cumplen y trato de recular. De ningún modo voy a conseguir ayuda en este antro, lo tengo claro, y depende de lo rápida que sea podré desembarazarme de una situación que se ha vuelto peliaguda y peligrosa como ninguna otra.

Salgo del local, corro como una loca, sin mirar atrás, y termino refugiándome en un callejón oscuro a escasos metros.

El sonido de varios pasos acercándose me pone en alerta absoluta, alguno de los clientes ha salido en mi busca, a la caza, y una lágrima aparece por arte de magia.

Es cuestión de segundos que den conmigo. Me he convertido en una presa fácil y maldigo mi mala suerte.

—Oye, muñeca, ¿a ti no te han dicho que es de mala educación salir corriendo de los sitios sin presentarse siquiera?

El hombre canoso, desarreglado y ebrio es el primero que me ve y retrocedo muerta de miedo. Junto a él hay otros dos y la disposición es clara.

Los tres acceden al callejón utilizando la linterna de sus móviles y no tardan en arrinconarme.

—Por favor, no me hagan daño.

—No te lo haremos si te portas bien, te lo prometemos —se burlan de mí sin importarles.

El objetivo es evidente.

Yo.

Sin darme cuenta choco contra una pared de ladrillos, la cual evidencia la disposición a cercenar de raíz cualquier vía de escape, y sé que es el momento propicio para cerrar los ojos. De no hacerlo veré cómo me ponen sus asquerosas manos encima y...

Y se obra el milagro, un milagro que llega a través de un gruñido que podría asemejarse al de un auténtico animal, ya que se escucha con una claridad acuciante, y es el consecuente de poner un poco de orden.

A continuación, lo que llega a mis oídos son varios golpes seguidos y la curiosidad se impone, logra que abra los ojos y...

Me quedo *ojiplática*.

¿Qué está ocurriendo en realidad?

La providencial aparición de un cuarto elemento acaba por provocar una pelea multitudinaria, además de desproporcionada, y aprovecho la oportunidad para salir por patas de allí.

Es ahora o nunca.

CAPÍTULO 2

Martina

Corro y corro. Es mi único propósito y prefiero no mirar atrás mientras grito a todo pulmón:

—Socorro, socorro.

Nadie se asoma a las ventanas ni se digna en ofrecer ayuda alguna. Estoy sola, a merced de lo que quieran hacerme, y solo se me ocurre la fatal idea de esconderme en el interior de mi coche, después cierro con el mando a distancia.

Menuda idea tan buena, ¿eh?

Sí, lo sé, aunque era eso o seguir corriendo hasta que me hiciera un esguince, así que, al estar atada de pies y manos voy y me acurruco entre los asientos traseros a la espera de que se haga de día, de que me aduzcan los extraterrestres o de que me vuelva invisible de repente, yo que sé, el nivel de desesperación es tal que cualquier cosa me viene bien siempre y cuando los degenerados que han salido en mi busca no sigan el inconfundible aroma de mi perfume.

Oh, Dios, ¿en qué momento me he metido en semejante embrollo?

Espero y espero, al tiempo que mi mente maquina a toda velocidad.

¿Quién se supone que era el último hombre que ha logrado salvarme, de momento?

La oscuridad del callejón ni siquiera me ha permitido verle la cara y mi conciencia empieza a dar por saco.

¿Quizá se trataba de uno más que quería luchar por el trofeo surgido de la nada, o por el contrario era un buen samaritano al rescate de la dama en apuros?

«¿Y a ti qué más te da? Bastante tienes con lo que tienes...», me dice una vocecita en mi interior.

De pronto, el corazón se me paraliza. Los peores presagios acaban de confirmarse y llegan a través de unos golpes certeros en una de las ventanillas del vehículo.

Del susto pego un brinco, alzo el mentón, me fijo en la figura aterradora de un hombre que lleva puesta la capucha de la sudadera, y el chillido que sale de mi boca es espeluznante.

Aquí llega mi fin.

Plas, plas, plas.

El encapuchado no me da tregua alguna y golpea con más fuerza todavía.

—Oye, tú, deja de llorar y abre el maletero.

Sus palabras me descolocan y me dejan confundida.

¿Que abra el maletero?

¿Para qué?

El grado de perplejidad se suma al miedo, al nerviosismo y a la desesperanza más absoluta, y a mi cabeza le resulta imposible coordinar los pensamientos con algo de coherencia.

—¿No me has oído? —Eleva el tono el de la capucha infundiéndome un temor mayor—. He conseguido despistar a esos cabrones, pero han ido en busca de ayuda a otro local.

Sí, claro, ¿y por qué he de creerlo?

Presa del pánico me agarro al borde de la ventanilla y me asomo poco a poco. Si el hombre que hay fuera quiere romper el cristal lo hará, así que, mejor, trato de ordenar las ideas.

Es cuestión de vida o muerte, así de simple.
—¿Para qué quieres que abra el maletero? —susurro al borde de una crisis de ansiedad.
—Para acceder a la rueda de repuesto, ¿o prefieres quedarte ahí toda la noche?
Dicho y hecho. Obedezco a la primera, cruzo los dedos y vuelvo a la posición anterior.
Sí, a la de hacerme una bola y quedarme parapetada sobre la alfombrilla como si se tratase de un perrito asustadizo.
Bonita manera de pasar la noche de un viernes cualquiera, ¿no te parece?
Y, una vez más, me pongo a rezar a todos los dioses habidos y por haber. Me dedico en cuerpo y alma y...
Ni siquiera grito cuando noto la elevación del vehículo.
Anda, pues sí que es cierto que el propósito de ese hombre es cambiarme la rueda, sí.
Tarda poco y nada en efectuar la maniobra. Debe ser fuerte, y cuando quiero darme cuenta estoy lista para emprender el camino; antes de hacerlo el desconocido deja en su lugar el gato hidráulico y me da una orden clara y concisa.
—Márchate de aquí y no vuelvas. Hoy has tenido suerte, demasiada, y yo que tú no la tentarías más veces, forastera.
Suficiente para ponerme en marcha, así que, con celeridad salgo de mi escondite, accedo a la parte delantera sin *glamour* alguno y arranco.
No hay tiempo que perder y ni siquiera le doy la oportunidad de cerrar el portón del maletero.
Mi siguiente movimiento es pisar el acelerador a fondo y la sensación de haberme librado de una bien gorda aparece ante mí.
Salvada por los pelos, y nunca mejor dicho.

Reordeno la situación según me voy alejando y me percató de diferentes cuestiones; la primera, que he perdido uno de mis zapatos. La segunda, que mi bolso no aparece por ninguna parte. La tercera, que el maletero sigue abierto. Y la cuarta, que el tipo que acaba de salvarme el pellejo se queda apostillado en el lugar, sin quitarme los ojos de encima, y casi mejor que la mala iluminación no me haya permitido distinguir su rostro.

No sé, la premonición de que está cabreado por marcharme sin ni siquiera darle las gracias bien podría ser real y en ese caso tendría toda la razón del mundo, pero lo siento. Ni me he dado cuenta. Las prisas por largarme de allí eran apremiantes y ya no hay vuelta atrás.

Aminoró la velocidad unos minutos después hasta pararme por completo, cierro la parte que seguía abierta y vuelvo a emprender la marcha, esta vez acorde al límite de velocidad porque oye, tampoco hay necesidad de terminar estrellándome contra un árbol por ir demasiado rápido, total, el peligro ya forma parte del pasado, lo que conlleva a que suspire de alivio, a la vez que unas lágrimas mojan mis mejillas.

Jamás volveré a cometer semejante temeridad, jamás... o eso creo, antes de que a mi conciencia le dé por martirizarme a base de bien por segunda vez consecutiva.

¿Cómo lo hace?

Fácil, recordándome una de las escasas frases que hemos intercambiado mi salvador y yo, y decía así:

«—¿No me has oído? He conseguido despistar a esos cabrones, pero han ido en busca de

ayuda a otro local».

La incertidumbre se abre paso y una única pregunta se aposenta sobre mí.

¿Y si vuelven a por él?

¡Mierda!

De improvisto giro el volante y doy media vuelta. Si me paro a pensar en la locura que estoy dispuesta a cometer ni de coña la llevaré a cabo, con razón, y paso de meditarla. Además, esta vez juego con ventaja, la seguridad del coche es vital y me da las fuerzas necesarias para emprender el camino de regreso, sin contar que ahora ya me he ubicado.

No soy ninguna desalmada, sería una verdadera egoísta si me largara sin más y no estoy por la labor.

El plan es simple; echaré un vistazo, comprobaré que todo está en orden y solo entonces regresaré a casa.

Fácil, ¿verdad?

Dylan

Estos cabrones se están resarcendo a base de bien. Han vuelto con refuerzos y me empleo a fondo para que no me tumben.

Lo consigo en la medida de lo posible, pero son tantos que al final un golpe certero por detrás consigue noquearme. Es entonces cuando caigo de rodillas y las hostias me vienen por todos los lados. Los muy mamones han hecho un círculo en torno a mí y se despachan a gusto. Son demasiados y mis fuerzas se encuentran al límite, al menos hasta que...

A lo lejos escucho el pitido insistente de un claxon, después noto cómo los golpes cesan y los fulanos de turno no tardan en escaquearse ante la posibilidad de que la policía no tarde en aparecer.

«Menudos cobardes», sopeso al borde de perder el conocimiento.

Los faros de un coche me deslumbran, supongo que es el mismo que ha espantado a los delincuentes que me estaban dando una paliza y...

Un momento, ¿acaso pretende apartar a la chusma que tenía golpeándome como si no hubiese un mañana para terminar atropellándome él mismo?

No entiendo nada, solo que la rueda se acerca demasiado a mi lastimado cuerpo y, después, la puerta del copiloto se abre por arte de magia.

—Vamos, sube.

Esa voz...

¿De verdad la chica a la que he salvado ha regresado a por mí?

Definitivamente está loca.

—Venga —grita la desconocida con un nerviosismo que la delata—, sube o me largo y te dejo tirado.

No la conozco, aunque da igual. Leo de lejos su indecisión, también la sospecha de que está a punto de cambiar de opinión y como puedo repto hasta el interior del vehículo.

—Gracias —le agradezco notando el sabor metálico de la sangre en el interior de mi boca.

—Tú solo dime dónde vives y te dejaré en casa —aclara marcando los límites.

—Me parece bien.

Le doy las indicaciones precisas y en quince minutos aparca en el tugurio en el que malvivo.

—¿Vives aquí? —Quiere saber con el horror dibujado en su rostro.

No lo puede evitar.

—Ajá.

Parece que sopesa su siguiente pregunta y no me equivoco.

¿Qué irá a decirme?

Lo averiguo rápido.

—¿Tienes a alguien que te cure las heridas?

—Me las apañaré —la tranquilizo a base de una mentira—, y ahora haz el favor de largarte de este sitio, ¿estamos?

Limpio con el dorso de la mano la sangre que gotea por mi cara, debe de ser un poema, y con una dificultad extrema consigo bajarme sin esperar a recibir ninguna contestación por la otra parte.

La peligrosidad del barrio en el que vivo es letal y en cualquier momento puede aparecer un ladrón o algún drogadicto, y sería una pena que la chica que me mira con pena acabase mal parada después de salvarnos mutuamente.

No miro atrás, comienzo a andar y me pierdo en el interior de la destartada nave en la que paso los días.

Por hoy ya he recibido la suficiente leña, esta vez sin cobrar ni un puto centavo, y mira que lo necesito.

¿Desde cuándo se me ha ocurrido la nefasta idea de poner en peligro mi manera de ganarme la vida?

Sí, me estoy refiriendo a mis puños y a mi estado físico, y maldigo la puta hora en la que he salido en defensa de una ricachona cualquiera que ni me va ni me viene.

CAPÍTULO 3

Lunes

Martina

Llego a la oficina ubicada en el distrito de Brooklyn puntual como un reloj. Está situada en el barrio de Park Slope y decido permanecer con la puerta cerrada de mi despacho desde primera hora de la mañana. Ni siquiera he salido con mis compañeros a tomar un café, hoy estoy productiva al cien por cien y mi única dedicación es darle a la tecla a base de bien, de manera constante y sin parar ni un puñetero segundo.

Y aquí toca ser franca. Mi estado de productividad se debe a una causa muy concreta y no es, ni más, ni menos, que por un empeño desmedido a no recordar ni un segundo de lo sucedido el fatídico viernes por la noche. Bastante lo he hecho durante el fin de semana; el asunto me ha dejado bastante tocada y prefiero no seguir dándole vueltas a lo mismo. Es por ello que he decidido cerrar todos los expedientes que tenía en la carpeta de pendientes. Llevaban más de un mes esperando su turno y si pretendo aislar mi mente he de dedicarme en cuerpo y alma a ellos.

Cada vez que pienso en lo que podría haberme pasado...

Y aquí estoy, aporreando el ordenador sin descanso, cuando la voz exaltada de Mary llega hasta mis oídos.

¡Qué raro!

Sin dilación marco la extensión de recepción y espero.

—Hola, Mary —saludo a mi *compi* en cuanto descuelga—. ¿Hay algún problema? Te estoy escuchando desde aquí.

—Buena pregunta, tesoro, no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —Dejo caer la espalda contra el respaldo y me acomodo las gafas de pasta que uso para el ordenador.

El tono de mi compañera es de preocupación y de histerismo, lo distingo de lejos, y la premonición de que algo sucede se convierte en una realidad.

Mary es la persona más templada que conozco y su tono refleja todo lo contrario.

¿Por qué?

—Aquí hay alguien que pregunta por ti —dice con malas pulgas, asegurándose de que esa persona en concreto, de la cual desconozco su identidad, la escuche.

—Pues hazlo pasar.

«Madre mía, ¿cuál es el problema?».

No entiendo nada.

—Mmm... —duda bajando el tono—, Martina, creo que antes de dejarlo entrar en tu despacho deberías verlo con tus propios ojos.

—¿Por qué dices algo así? Mary, ¿qué te pasa?

Un silencio, y después:

—Espera. Te lo explicaré mejor en persona.

Y va y cuelga, dejándome con el teléfono en la oreja y lo que es peor, con una

incertidumbre total.

¿Qué leches ocurre?

En menos de dos segundos oigo el taconeo de sus zapatos acercándose, después abre la puerta y, definitivamente, sé que algo no va bien.

Su cara descompuesta así lo indica.

—¿Te has metido en algún problema este fin de semana? —Es lo primero que sale de su boca, así, a bocajarro.

—¿Cómo dices? —Mi perplejidad aumenta y abro los ojos como platos.

—Ahí fuera hay un hombre con unas pintas de macarra total preguntando por ti, dice que te conoce y que necesita verte.

—¿Pintas de macarra? —pregunto con la sorpresa dibujada en mi cara—. Mary, ¿qué estás diciendo?

Y de repente:

—¡Joder! Lo que me ha costado dar contigo, *pincharuedas*. Si de esa tía dependiera nunca me dejaría entrar, menos mal que la he seguido. Menudo perro guardián te has buscado.

Un bloqueo general me deja pegada a la silla mientras sopeso un momento surreal como ninguno.

—Oye, tú, ¿a qué coño crees que juegas? —interviene uno de mis compañeros más próximos.

—Largo de aquí —dice otro.

—A pedir a la calle, chusma —y otro más que deja entrever el grado de cabreo que tiene encima.

Uno a uno, cierran filas en torno a mí y, antes de darme cuenta, tengo el despacho lleno de gente.

Sí, el momento es dantesco, ya te lo había dicho, y mejor paso a describírtelo:

En primer lugar, una voz que en un principio no sé ubicar de manera acertada se posiciona incluso antes de ver de quién procede.

En segundo, tres de mis compañeros salen escopetados de sus respectivos cubículos en cuanto presencian que «ese macarra» accede a mi despacho sin haber sido invitado.

En tercero, doy fe de la alarma que se acaba de generar en toda la planta. Todos y cada uno se preocupan por mi seguridad y siguen cada movimiento del hombre que se ha adentrado en un lugar privado por toda la jeta como si le importase una verdadera mierda.

Y, en cuarto lugar, mis ojos prestan atención, por primera vez, a varios aspectos del que ha dejado de ser un desconocido para pasar a ser el tipo que me salvó la vida el viernes por la noche en el distrito sur del Bronx. Empiezo por el lamentable aspecto de su cara, sigo por las pintas que lleva: vaqueros rotos, chupa de cuero y jersey negro de pico, y termino recreándome la vista en lo que es el conjunto en sí.

Madre del amor hermoso.

El tío está como un queso y me fijo en cada detalle. Metro noventa, complexión atlética, moreno, ojos verdosos, facciones marcadas y lo que más llama mi atención; es atractivo aun con una parte de su cara un tanto maltratada y su aura de peligro impregna la estancia al completo.

—John, llama a la policía —alza la voz Mary ante la impasividad del extraño, y ya, de paso, consigue sacarme de mi ensoñación, que falta me hacía.

Reconozco que me había quedado embobada mientras la pobre Mary estaba al borde de un ataque de nervios, y me doy cuenta de que o paro esta locura o a saber qué podrá suceder.

Y a ello que me pongo, o eso creo, porque no me dejan.

—No hará falta —se envalentona John, dando un paso hacia adelante—. Yo mismo lo sacaré de aquí a patadas si hace falta.

—¿Lo has oído? —repiten al unísono el resto de los presentes.

La intención es clara, intimidarlo a base de amenazas, y como no acceda a las peticiones populares se puede liar una bien grande.

En definitiva, la situación es tan dispar que evidencio el grado de caos que pulula por cada rincón. La locura acaba de propagarse y puede saltar por los aires en cualquier instante, y más si tenemos en cuenta el colofón final.

¿Qué cuál es?

Pues el que llega por parte del hombre que a pesar de verse rodeado y amenazado no se inmuta, sino todo lo contrario, y el muy caradura va y se acerca a mi mesa para terminar sentándose sobre ella.

El grado de aturdimiento de los presentes, incluyendo el mío, es veraz como la vida misma, a la vez que la otra parte sigue a lo suyo y saca de una mochila que lleva a la espalda un accesorio que a las féminas nos resulta conocido.

—¿Será cabrón? —vocifera Mary perdiendo los nervios por completo—, primero te roba el bolso y ahora a saber con qué intenciones viene.

La escena se pone cada vez más fea y en cuanto observo lo que sostiene en sus manos por fin logro entender la situación.

—Chicos, tranquilos. No me ha robado el bolso.

—¿Ah, no?

—No.

—Bueno, da igual, por sus pintas seguro que viene a algo malo y lo mejor es que lo echemos a la calle —sigue erre que erre mi compañera.

—Señora, no debería juzgar a la gente por las pintas, como usted dice —habla por segunda vez mi salvador sin que se inmute por los descalificativos.

¿Acaso está acostumbrado?

—Por favor, dejadnos solos —pido con un tono calmado.

De no hacerlo ni en broma se marcharán y no me extraña. El tipo que tengo delante con una serenidad imperiosa da miedo, por definirlo de alguna manera, y hasta yo dudo de que esté haciendo lo correcto.

Aunque claro, la somanta de palos que se llevó por defenderme se posiciona con una velocidad increíble y es suficiente.

Para mí, sí.

—Vamos, todos fuera —exijo alzando el tono—, está todo controlado, de verdad.

Uno a uno obedecen, lo hacen con recelo, eso sí, menos la incansable de Mary.

Menuda es.

—Dame una sola razón para que os deje solos. No me quedará tranquila hasta escucharla.

—Está bien, te la daré —susurro armándome de paciencia—, el viernes pinché una rueda y este hombre que ves aquí me ayudó a salir del embrollo.

—Ah, por eso te ha llamado *pincharuedas*. Oye, ¿y por qué tiene tu bolso? —contraataca a la defensiva y con la mosca detrás de la oreja.

Ya decía yo que iba a resultar demasiado fácil librarme de ella, ya.

—Lo perdí y supongo que ha venido a devolvérmelo, ¿o me equivoco?

—Chica lista —el tono del extraño suena a cachondeo y reprimo mis ganas de ponerlo en su sitio.

En el caso de que lo haga Mary no se marchará ni en un millón de años.

—¿Lo ves? —La tranquilizo sobre la marcha—. Vamos, concédenos unos minutos, será breve.

—Bueno, eso depende —aprovecha el hombre para incomodarme—, soy de los que...

La cara de horror de mi *compi* habla por ella y decido cortarles antes de que se le ocurra decir alguna burrada malsonante.

—Me importa poco tu forma de ser, así que vayamos al grano, ¿te parece?

—Vaya, ¿ni siquiera vas a preguntarme qué tal estoy? —me interroga con un deje acusatorio.

—¿Y por qué habría de preguntártelo? —curioseas a su antojo la tercera en cuestión.

Pongo los ojos en blanco. Hay veces que la estrangularía y esta es una de ellas. ¿Acaso no se da cuenta de que aquí sobra?

—Porque el estado en el que me ve se debe a ella, señora.

Pumba. La demoledora confirmación consigue una auténtica proeza, que no es otra que se quede calladita, aunque solo dura los segundos en los que tarda en comprender la información que le acaba de ofrecer en bandeja.

Después a lo suyo, a seguir inmiscuyéndose en mi vida como si se tratase de mi propia madre.

—Martina, ¿es cierto lo que dice?

Me limito a asentir. No me gusta dar explicaciones, pero es lo que hay.

—Señora, está siendo un poco pesada, ¿no? —habla el aludido sin morderse la lengua—. Mire, seré bueno con usted y le daré parte del informe que al parecer necesita. Supongo que de no hacerlo no se marchará nunca, así que, sí, es cierto. Su «lo que sea» pinchó en un barrio de mala muerte, pidió ayuda en el lugar equivocado y no me quedó más remedio que interceder. ¿Le vale la explicación?

Uy, uy, que al final se lía de verdad.

—Pero ¿tú quién te crees que eres para contestarme así? —Bufa contrariada, antes de tomar aire por la nariz—. Escucha con atención, listillo. Punto número uno, pesado lo serás tú. Punto número dos, ella es más que una compañera de trabajo, así que cuidadito con tus formas, y, punto número tres, ¿de verdad salvaste a mi niña?

Su tono de voz se va apagando y traga con dificultad ante la relevancia de lo dicho. Después, se acerca a la mesa poco a poco y se queda a escasos centímetros de un hombre al que su simple aspecto debería de conferirle un mínimo de respeto, por no llamarlo otra cosa peor.

—Así es, señora.

—Entonces puedes llamarme Mary —comenta en un tono conciliador, cambiando el *chip* de manera fulminante—, ¿y tú eres?

—Dylan.

—Encantada de conocerte, Dylan.

Extiende la mano y él la coge, quedándose frente a frente durante unos segundos que parecen eternos, como si estuviesen retándose a un duelo a muerte, y...

—Vale —acepta la mujer entrada en años dando su brazo a torcer—, te has ganado un par de minutos, aprovéchalos.

Su actitud me deja desubicada por completo, conociéndola como la conozco llegué a

pensar que ni de coña se marcharía, y mira lo equivocada que estaba.

Menuda sorpresa, con lo protectora que es conmigo, ¿qué habrá visto en la otra persona para marcharse tan campante?

En fin, mejor me centro en lo mío.

—Perdón por las formas en las que te han tratado mis compañeros —es lo primero que se me ocurre decir en cuanto nos quedamos los dos solos.

Y opto por dejar la puerta abierta, por si acaso.

—No te preocupes, estoy acostumbrado.

—Sigues teniendo un aspecto horrible.

—Bah, he estado en peores situaciones otras veces. Toma, esto es tuyo. Por norma general no soy de a los que les gusta husmear en el interior de las pertenencias ajenas, pero tuve que hacerlo. Vi varias tarjetas de trabajo con esta dirección y supuse que aquí podría encontrarte. Sin duda, lo de presentarme en tu casa no habría sido la opción más acertada, no.

—Te lo agradezco.

El hombre deja sobre la mesa el bolso y después sigue buscando en la mochila; de ella saca el zapato que perdí la misma noche en la que se sucedieron los hechos y mi sorpresa va en aumento.

—Y esto también. Al día siguiente lo encontré en el callejón, aunque debería arrodillarme y probártelo en el pie, tipo al cuento de *Cenicienta* y eso, no vaya a ser que no sea tu talla.

Su broma me hace sonreír y relajo la posición.

No sé, aun sin conocerlo de nada sé que no es una mala persona. Lo demostró con creces el fatídico día en el que me salvó de aquellos indeseables y como tal le debo una compensación.

Sin pensarlo siquiera cojo el talonario, relleno uno de los cheques y, cuando voy a dárselo...

—¿Eso qué es?

—Un cheque. Toma, como agradecimiento por lo que has hecho por mí.

El rictus en la cara magullada se transforma con una velocidad increíble al averiguar mis intenciones.

—Gracias, pero yo no acepto limosnas de gente como tú.

Dylan lo rompe en dos sin molestarse en mirar la cantidad y me lo tira a la cara.

Vaya, menuda sorpresa.

—Yo... Lo siento, no pretendía ofenderte.

—Pues llegas tarde, engreída.

Fin de la conversación.

Y tal y como ha venido se marcha, sin mirar atrás, mientras me deja con la palabra en la boca.

¡Mierda!

Salgo tras sus pasos. No quiero que se lleve una opinión equivocada sobre mí y alucino en colores cuando me doy cuenta de un momento épico como ninguno otro.

No.

No puede ser.

¿O sí?

Me estoy refiriendo a lo que presencio delante de mis incrédulos ojos, viendo a Mary dejar al cargo de otra compañera la recepción, para de seguido salir al exterior agarrada del brazo de «¿Dylan ha dicho que se llamaba?», con el objetivo de tomarse un simple café.

Sí, increíble, pero cierto, y entiendo que debo volver a mi puesto de trabajo.

Madre mía, a saber con qué propósito se le ha ocurrido cambiar de bando. Esta Mary es impredecible y cuando se le mete algo entre ceja y ceja no para hasta conseguirlo.

¿Sabré yo de lo que hablo?

CAPÍTULO 4

Martina

Un día más tarde

El ambiente en la oficina sigue un tanto enrarecido. Lo noto según entro y por más que trato de disimular que me da igual no lo consigo.

Ayer insistieron a base de bien y desde el primer momento me negué a dar explicación alguna acerca de lo sucedido con el hombre que vino a entregarme mis pertenencias, de ahí lo que sucede, también, hoy.

¿Serán pelmazos?

Ya les vale, además, según mi apreciación juego en desventaja, a mi parecer es como si tuviesen más información que yo, y hasta empiezo a pensar que me he vuelto paranoica de repente.

¿Qué rayos les ocurre?

La mañana no ha hecho más que comenzar y soy testigo de los primeros comentarios en voz baja.

¿En serio?

Bah, hoy va a ser un día bastante intenso de trabajo y no tengo tiempo que perder. La junta de accionistas hace tiempo que decidió compensar la fidelidad de los clientes de toda la vida con un regalo de agradecimiento y este año ayudaré a supervisar parte del proceso.

Cuelgo la chaqueta y el bolso en la percha, me preparo el primer café de la mañana y no tardo en ser interceptada por Lena. La persona que lleva en la empresa más de quince años y que es la responsable de que todo esté correctamente embalado y con el nombre al que va dirigido impoluto.

—Buenos días, Martina. Si te parece bien empezaré a dejarte por aquí todo esto, vamos a tener una mañana movidita.

—¿Qué?

—¿No te ha dicho nada Mary?

—No, ¿qué se supone que tenía que decirme?

—Que te encargarás tú sola, sin su ayuda. Hay problemas con la nueva oficina y estamos todos hasta arriba.

—Pero...

—Lo siento. No sé mucho más.

Está mintiendo, lo noto y no puedo hacer nada al respecto. La muy bruja sale por patas y da muestras de que de su boca no saldrá palabra alguna.

No espero a calmarme, es imposible, y con un cabreo monumental marco la extensión de recepción.

—Hola, tesoro, supongo que Lena ya te ha puesto al corriente, ¿verdad?

—Mary, acabo de darte los buenos días cuando he pasado, ¿qué leches está pasando?

—Oh, nada importante, cariño. Solo que este año serás tú la que se encargue de que todo

llegue puntual a cada domicilio. ¿No te has enterado de los contratiempos que está dando el nuevo programa en la otra sucursal? Es de locos, hija, y como tú ya has terminado la facturación del mes eres la única que dispone de más tiempo.

—¿Me estás diciendo que tengo que coger el coche de la empresa y dedicarme a pasear por toda la ciudad? Ese trabajo le corresponde a Jeffrey, no a mí.

—Tranquila, hasta ahí no habrá que llegar, aunque con tantos viajes no le dará tiempo a hacer las entregas en los días estipulados, es por ello que hemos decidido contratar a otro mensajero y que tú serás la responsable de marcar las pautas. Y ahora deja de lloriquear y ponte a trabajar, que no es para tanto. Cuanto antes empieces antes terminarás.

Y se queda tan ancha.

Cuelgo el teléfono con rabia. El martes se presenta con alguna que otra traba inicial y la verdad es que debo ser considerada con el resto de mis compañeros.

Es cierto que soy la que lleva el trabajo más al día, por lo tanto toca ser solidaria y acatar las nuevas directrices, es lo que hay, y como tal imprimo los listados correspondientes.

En primer lugar, deberé tachar nombre por nombre, comparándolos con las primeras cajas, y después comentaré con los repartidores las entregas que deberán de llevarse a cabo.

Menudo coñazo de día me espera.

Un par de horas después parte de los envíos están listos. En las cajas están impresas las direcciones completas sin fallo alguno y en los listados los primeros clientes tachados, así que, cojo el ascensor y subo a la planta de arriba, el lugar en el que varios operarios, entre ellos Jeffrey, se dedican en cuerpo y alma a poner un poco de orden al caos que impera.

—Anda, por fin alguien se digna a venir a vernos. Esto es una puta locura —comenta el repartidor con su característica sonrisa en la cara.

—No más que mi despacho, vengo a decirte que ya puedes empezar con el reparto. La primera tanda está lista.

—Ni te imaginas lo feliz que acabas de hacerme —bromea dándome un beso en la mejilla —, por fin puedo escaquearme un rato. Qué, ¿te traigo algo para comer? Me da que hoy nos toca hacer jornada continua.

—Ni de coña, me niego en rotundo.

—Sí, sí, vete haciéndote a la idea. Por cierto, ¿has visto al nuevo?

—No.

—Pues lo acabo de enviar en tu busca. Os habréis cruzado en los ascensores. Menuda pinta de perjudicado tiene...

—¿Pinta de perjudicado? ¿A qué te refieres?

—Ya lo descubrirás por ti misma, aunque tranquila, es un buen chaval.

—Me fiaré de tu criterio.

—Más te vale, que mis cuarenta y cinco tacos están para algo. Venga, que te acompaño, no veo la hora de salir de esta ratonera y acabas de darme la excusa perfecta. ¿Te he dicho ya lo mucho que te quiero?

Los dos nos dirigimos a los ascensores entre bromas y no tardamos en estar de vuelta en mi planta.

—Oye, ¿y a estos qué les pasa? —pregunta Jeffrey con interés.

—Y yo qué sé —pronuncio molesta mientras me abro paso.

Al menos cinco personas están en el pasillo que da a mi despacho y no logro entender el motivo.

¿Acaso se ha incendiado de repente y no me he enterado?

Y oye, al verme se escaquean de manera rápida, hacen como que están trabajando con normalidad y no consigo dar crédito.

En cuestión de segundos el pasillo queda despejado.

¿Qué leches ocurre aquí?

Avanzo con desconfianza, a todos los que he pillado *in fraganti* observaban lo mismo a través de la cristalera y asomo la cabeza con la mosca detrás de la oreja.

Me quedo a cuadros ante lo que veo.

¿Pero qué...?

Oh, Dios.

Mi cara se queda lívida y entiendo con exactitud a qué se refería Jeffrey con un comentario que me sonaba a chino en cuanto a las dichas pintas, antes de que los peores presagios caigan sobre mí en forma de interrogante.

¿Qué demonios hace el hombre que me salvó la vida sentado en «mi silla» con los pies encima de «mi mesa»?

Acabáramos, esto es el colmo del colmo.

Además, ¿por qué ha vuelto después de dejarme ayer con la palabra en la boca?

—Espera aquí, Jeffrey, hay algo que tengo que resolver.

—Pero...

—Pero nada, acaba de surgirme una eventualidad y me desharé de ella lo antes posible.

—¿Eventualidad? ¿Qué eventualidad?

—La de bajarle los humos a una persona que ha vuelto para cobrarse algo que rompió ayer.

La seguridad de que se lo ha pensado mejor y que viene a por el cheque cobra fuerza y esta vez será yo la que tome la delantera.

—Ah, pero ¿ya estuvo ayer aquí? Pensé que era su primer día.

Detengo los pasos en cuanto escucho esa frase.

—¿Su primer día?

—Ajá, es el repartidor que ha contratado Mary para ayudarnos.

—¿¿Qué??

Imposible, de ser él me lo habría dicho antes, ¿verdad?

Y es en ese momento cuando me doy cuenta de la puñalada trapera que acaba de darme mi compañera por la espalda.

¿Será traidora?

CAPÍTULO 5

Dylan

Alzo el rostro en cuanto entra en su despacho. Lo de ayer estuvo mal, muy mal, y mira tú por donde hoy lo pagaré con creces.

¿Cómo tuvo los santos ovarios de ofrecerme un cheque?

Cada vez que lo recuerdo me hierve la sangre. Puedo ser un muerto de hambre, sí, pero de ahí a recibir limosnas va un trecho.

—Buenos días, jefa. ¿Qué tal la mañana? —La recibo de manera cordial y con media sonrisa.

El labio lo tengo todavía hinchado y busco provocarla de mil maneras diferentes. Por lista.

—Haz el favor de levantar tu culo ahora mismo de mi silla —ruge como una loba defendiendo su espacio.

—¿Tu silla? Anda, después de lo que hice por ti pensé que podría utilizarla. Por cierto, es cómoda, sí —tenso la cuerda del todo mientras me balanceo con una parsimonia infinita.

Estoy disfrutando de lo lindo y he de reconocer que su cara es el reflejo del alma, grita lo incómoda que está y eso quiere decir que su querida compañera no le ha dicho nada acerca de la nueva contratación.

Mejor, el detalle me da puntos extras y lo aprovecho sin inmutarme. De las tres ocasiones en las que nos hemos visto es la primera en la que puedo resarcirme y lo hago con una lentitud ensayada. Soy un experto en llevármelas de calle y ella no será menos.

Y procedo a analizarla de arriba abajo. Melena lisa, castaña y cuidada a la altura de los hombros, facciones suaves, ojos verde claro, nariz pequeña, boca sensual en forma de corazón y... labios carnosos además de apetecibles; tanto es así que esta última parte impacta de lleno en mi zona baja, sin que pueda hacer nada al respecto, y me deja la mar de sorprendido, la verdad.

Por norma general no soy de los que se empalman a primera vista y supongo que se trata de una simple casualidad.

Bah, ¿y qué más da? La confusión la oculto bajo la cara de canalla que Dios me ha dado y decido atacar sin compasión. Es entonces cuando paso la lengua por mi labio superior con calma, de manera deliberada, y sin por supuesto apartar los ojos de los suyos.

Mi propósito es firme y...

Joder.

Su garganta me ofrece una vista exquisita mientras traga saliva, uno de los indicadores de que está nerviosa, y continúo con la fascinante panorámica mientras confirmo mis suposiciones.

Curvas de infarto sobre un cuerpo que a mi entender está modelado a base de ejercicio. Piernas kilométricas y pechos generosos enfundados en un traje de chaqueta y falda elegante a rabiar. El conjunto en sí ha conseguido ponérmela dura y reconozco lo buena que está, con el añadido de las gafas de pasta que lleva puestas; le dan un aspecto sexy y provoca que la excitación cobre una intensidad brutal dentro de las cuatro paredes del despacho.

Y ocurre. Mi lujuria se deja llevar, acapara una escena letal que se desarrolla en mi calenturienta mente y es la causante de dejarme en una posición que no debería, todo sea dicho.

¿Quieres saber a qué me refiero?

Simple, deseo a la pija desnuda encima de la mesa, a mí entre sus piernas bombeando como si no hubiese un mañana, a la vez que mi boca lame esas tetas que parecen un pecado divino.

Mmm. Interesante.

—Mira, es cierto que me sacaste de un apuro, pero se acabó el tema —comenta Martina. Gracias a Mary sé cómo se llama, al igual que conozco varios aspectos de su personalidad arrolladora—. No hace falta que vengas de listo ni tampoco que te creas con el poder de invadir un espacio que es mío. Si es el caso, de ningún modo voy a permitírtelo, por lo tanto te agradecería que dejes de jugar y que regreses al barrio al que perteneces. Es sencillo, ¿no crees?

A tomar por culo el buen rollo.

—Oye, oye, cuidadito con lo que dices, niña pija. Ha sido tu guardiana la que me ha contratado y si me ves aquí es por tu culpa.

—Sí, claro, solo faltaba.

—Créetelo, bonita, mi trabajo exige que esté en plena forma y pasarán varios días hasta que ocurra. A diferencia de ti, yo sí necesito el dinero para comer y no limosnas, que te quede claro.

—Ya me disculpé por ello —contraataca a la defensiva—, y que sepas que seguí tus pasos para aclarar lo sucedido, pero tenías planes con Mary.

—Vaya, vaya, ¿saliste detrás de mí?

La revelación es impactante y aprovecho su sinceridad en mi propio beneficio. Es entonces cuando me levanto y avanzo en una única dirección.

La suya.

No sé, este juego puede llegar a ser divertido, la claridad se abre paso a marchas agigantadas, y lo sé.

La pija será mi siguiente conquista, después, si te he visto no me acuerdo, y en cuanto se cumplan las dos semanas de mi contrato no volverá a verme ni en pintura.

Sí, sería una pena pasar de una distracción que me dará muuuchas satisfacciones y no estoy por la labor.

Ni de coña.

—¿Qué haces? —pregunta con un tono exaltado al darse cuenta de que le como terreno, retrocediendo un paso.

—¿Yo? —Sonrío con cara de niño bueno—, nada.

Alargo la mano y con las yemas de mis dedos le quito una pestaña ficticia.

¿Provocador, yo?

No lo dudes.

—Bueno, ¿nos ponemos a currar? Me habían dicho que eres una profesional como la copa de un pino y empiezo a dudarlo. Llevo aquí más de diez minutos y todavía no me has dado ninguna orden, y oye, no seré yo el que se chive por lo afectada que te deja mi presencia. Estoy acostumbrado a levantar pasiones.

Sus mejillas pasan de un tono claro a un rojo intenso en cuestión de milésimas de segundos y no me sorprende mucho, a menos hasta que abre la boca para soltar con incomodidad:

—¿Afectada, yo? Ni en broma.

—Si tú lo dices...

—Deja de insinuar idioteces y acabemos con esto de una vez. Si lo que pretendes es dar

lástima y conseguir más dinero puedo dártelo, no hace falta que te quedes las dos semanas que dura tu contrato. Solo es cuestión de decirme una cifra y te firmaré otro cheque, así de sencillo. ¿Qué te parece?

—No has entendido nada —pronuncio enervado, cambiando el rictus de mi cara y avanzando el paso que ella ha retrocedido.

—¿Entender el qué? Has sido tú el que acaba de decir que necesitas el dinero para comer, ¿en qué quedamos?

—Ajá, y también te he informado de que no acepto limosnas, y menos de gente como tú, que se cree con el poder de llamarme muerto de hambre y quedarse tan ancha.

—Te equivocas, en ningún momento he usado ese calificativo dirigido a ti —se defiende con una seriedad que me la pone más dura todavía.

Vaya, vaya. Al parecer las sorpresas van agrandándose de igual forma que mi paquete y el entusiasmo cobra vida.

—Lo has insinuado cuando me has dicho que regrese al barrio en el que vivo —aseguro a escasos milímetros de esos labios que probaría ahora mismo—, ¿qué diferencia hay?

—Vuelves a equivocarte, tan solo me he hecho eco de tus palabras, nada más, y te agradecería que no pusieras en mi boca cosas que yo no he dicho.

—¿O qué? —Doy otro paso al frente y me la llevo conmigo hasta arrinconarla contra la pared.

Aquí, y ahora, no existe cabida para la compasión.

—¿Se puede saber qué haces? Apártate de mí.

Desde esta posición advierto unas pequeñas pecas en su nariz y barajo la posibilidad de besarlas una a una.

¿Locura?

Sí. De las grandes, además.

—¿Y si no lo hago?

—Oye, no voy a permitirte este tipo de acercamientos —bufa cabreada a la vez que me da un fuerte empujón—, ¿quién te crees que eres?

Buena pregunta, sí señor. Aunque claro, tengo la respuesta justa y adecuada.

Y pronuncio con una voz segura donde las haya:

—Soy el hombre por el que terminarás suplicando antes de que terminen las dos semanas, ¿te parece poco?

—Tú estás mal de la cabeza. ¿Suplicar por ti? Ni en tus mejores sueños, chato.

—Ya lo veremos, pija.

—No me gusta que me llames así.

—Pues te aguantas —la vacilo recuperando el terreno que el empujón me había quitado.

—Al final vas a cabrearme de verdad y ni siquiera tendré en cuenta tu ayuda providencial del viernes —avisa retándome con esa mirada que aviva mi deseo por ella.

Y continúo en mis trece de no darle compasión alguna.

—Entonces te descubrirás como una auténtica egoísta que no piensa más que en ella. Tú misma.

Y tal y como la he avasallado me aparto.

Cabe la posibilidad de que me esté extralimitando y que el conjunto de emociones sea demasiado fuerte, de ser así prefiero no tentar demasiado a la suerte no sea que al final me quede a dos velas y me salga el tiro por la culata.

—¡Ja! Déjate de tonterías y presta atención. Tú solito te has bastado para agotar mi paciencia y he de decirte que ni muerta me enrollaré contigo.

—No hace falta, con que follemos vale, eso sí, a poder ser encima de tu mesa. No sé, me da un morbo...

Martina escucha con estoicidad cada una de mis palabras directas y, a continuación, abre los ojos como platos, pone las manos en la cintura y bufa con un enfado de mil demonios.

Mientras, un servidor espera con ansia una respuesta que no tarda en llegar.

—Tú estás chalado, tío —asegura convencida, elevando el tono con una claridad pasmosa. Tanto es así que corta mis pensamientos de raíz, toma la iniciativa, y esta vez es ella la que avanza como una leona, sin miedo de ningún tipo, y lo hace tanto que nuestras bocas casi se tocan antes de susurrar mediante una frialdad pasmosa—: si en algún momento has llegado a pensar que tienes alguna posibilidad te equivocas. Jamás follaré contigo, ¿lo has oído? Jamás.

»Entre tú y yo únicamente existirá una relación cordial las dos insufribles semanas que estarás por aquí y, para que no te quede ninguna duda al respecto, he de avanzarte que la que pone las reglas soy yo, y ya que estamos empezará por venir vestido de manera decente. Nada de pantalones rotos y nada de pasarte de la raya conmigo. ¿Te queda claro?

»Y ahora, ¿ves esas cajas de ahí? Pues ya puedes mover el culo y entregarlas pronto, no sea que te quedes de patitas en la calle y de verdad no tengas nada para llevarte a la boca. ¡Qué! ¿He hablado con la suficiente claridad o tengo que repetirte algún punto que no hayas entendido del todo, lumbreras?

«Joder. Vaya carácter se gasta la pija», pienso encantado con lo que acaba de salir de esa boquita.

Y reafirmo mis pensamientos.

Definitivamente esto va a ser divertido.

Muy divertido.

—A la orden, jefa —me burlo a propósito, con retintín y cambiando de apodo.

A continuación opto por mantener el silencio. Llegados hasta este punto prefiero darle una tregua e interponer una distancia de seguridad. Ya habrá tiempo de jugar a otra vez, por lo que aprecio va a convertirse en una delicia absoluta y lo que tengo claro es que seré yo, y solo yo el que marque las pautas a seguir, no ella.

—No soy tu jefa —rebato de manera incansable.

—Entonces me tomaré la confianza de llamarte como antes, pija, ¿te parece bien?

—Ya te lo he dicho, y ahora haz el favor de salir de mi vista. Por hoy ya he tenido suficientes contratiempos.

Se escabulle de la zona de peligro y termina sentándose en su silla. Cree que la conversación ha terminado y lo que no entiende es lo obstinado que puedo llegar a ser cuando me conviene.

Y decido romper el silencio.

—Ah, una última cosa. Tú a mí puedes llamarle Dylan o Dy. Lo que prefieras.

—¿Perdona?

—Lo que oyes, no nos hemos presentado y ya va siendo hora de que lo hagamos, ¿no te parece?

—Me estás vacilando, ¿verdad?

—¿Por quién me tomas? —me cachondeo en su jeta—. Nunca se me ocurriría hacer algo así.

Y llegados hasta aquí considero que, ahora sí, no hay nada más que añadir, así que, cojo las primeras cajas, el listado con las direcciones y me largo de allí con una sensación increíble.

Hacía mucho que no disfrutaba tanto y reconozco que al menos es algo positivo después del desastre de vida que llevo.

Además, por primera vez en mucho tiempo parezco un tipo normal y es suficiente para dedicarme en cuerpo y alma con tal de entregar cada paquete como Dios manda.

Quién sabe. La oportunidad caída del cielo puede durar más de lo esperado y la verdad es tan simple como que todos los ingresos que lleguen hasta el interior de mi bolsillo serán bienvenidos.

Sí, todos y cada uno de ellos.

CAPÍTULO 6

Martina

Empiezo a agobiarme. Las cajas se acumulan en cualquier rincón y Lena no para de traer más y más. El ritmo es frenético y ni me doy cuenta de la hora que es, tampoco del rugir de mis tripas pidiendo ser alimentadas, y solo paro el ritmo cuando la puerta de mi despacho se abre de nuevo.

Mmm. Un olor delicioso acude a mi nariz y de manera automática miro el reloj. Son casi las dos de la tarde y seguro que Jeffrey es el encargado de traerme algo rico para llevarme a la boca.

Menos mal, este hombre es un amor, siempre piensa en todo y...

Alzo el rostro con una sonrisa en la cara, al menos hasta que me doy cuenta de lo equivocada que estoy.

No hay rastro de Jeffrey por ninguna parte.

—Vaya, jefa, deberías sonreír más a menudo —escucho una voz que ya me resulta demasiado conocida.

—Y tú llamar a la puerta antes de entrar.

—Sí, tienes razón, pero paso —comenta tan tranquilo avanzando hasta el interior—, toma, espero que te gusten los tallarines con verduras.

—Gracias.

—No me las des, con que cumplas mi fantasía sexual será suficiente. ¿Voy apartando los papeles de la mesa o prefieres comer antes?

Se acabó el buen rollo, y mira que lo he intentado.

—Ja, ja, ja, me parto con tus bromas.

—No lo es, jefa.

—Por el amor de Dios, deja de llamarme así.

—¿Y cómo quieres que te llame? No te has dignado a presentarte como es debido y te recuerdo que fui yo el que te salvó el pellejo no hace mucho.

—Es cierto, aunque seguro que Mary ya te ha puesto al corriente de mi nombre y de mi vida entera.

—Puede ser.

—¿Y por qué no lo utilizas entonces?

—Porque el destino te ha puesto en mi camino, convirtiéndote en una distracción increíble, y pienso aprovecharla hasta que me salga con la mía. Esa será tu penitencia por tratar de aliviar tu conciencia con un puto cheque.

A cuadros, así es como acaba de dejarme con su argumento y salto como un escopetazo:

—Bufff, no puedo contigo. ¿Y de verdad vas a estar así todos los días?

—Depende.

—¿De qué?

—Ya te lo he dicho, de lo dispuesta que estés a complacerme. En tus manos está.

—Mira, ahí te quedas.

Sin más dejo mi puesto de trabajo, eso sí, con el envase de los tallarines en mi poder, y me

retiro a la zona en la que varios compañeros calientan sus comidas en un microondas.

—Hola, Martina, justo hablábamos de ti —comenta como si tal cosa Ingrid, una de las integrantes del equipo de *marketing*.

—¿Bien o mal?

—Eso decídelo tú misma, mientras lo haces responde a esta pregunta, ¿de verdad el tío *buenorro* fue el que te salvó la vida?

No puedo creérmelo. ¿Aquí también?

Y opto por ser clara, a ver si con un poco de suerte se termina el temita dichoso.

—En realidad se limitó a cambiarme la rueda del coche, nada más —añado harta de ser el centro de atención de la planta entera.

—No es lo que nos ha dicho Mary —insiste la muy cansina sin cortarse un pelo.

«Pero bueno, ¿dónde ha ido a parar lo de que los norteamericanos son unos profesionales estupendos y no unos cotillas llanos y simples? Buah, menuda suerte la mía, porque sin comerlo ni beberlo me han tocado los pocos que hay en un *pack* al completo», me lamento clamando al cielo.

—¿Y qué más da lo que os haya dicho o no? —pregunto exaltada, al borde de mandar a tomar vientos la paciencia y a punto de tirarme de los pelos.

—No, si era por apostar con algo de criterio, nada más.

Ay, madre, que la veo venir.

¿Qué leches acaba de decir?

—¿Has dicho apostar?

—Ajá —asiente tan tranquila—, hemos hecho una porra, como lo denomináis en tu país, y de momento el que va ganando por goleada es Dy.

Joder con el Dy. Su primer día en la empresa y ya ha acaparado la atención de la plantilla al completo.

¿Cómo es posible?

Además, sigo sin dar crédito a lo que me rodea. Si todos los que babea por la nueva incorporación hubiesen visto el lugar en el que vive otro gallo cantaría y no se andarían con tanta guasa. Más les valdría mantener las distancias y que estuviesen atentos o será cuestión de días que comiencen a desaparecer objetos valiosos tipo a móviles, carteras y demás.

Sí, admito que el planteamiento ha sido un golpe bajo, pero el cabreo monumental que llevo encima es el consecuente de un tipo de pensamientos que no va para nada conmigo.

Aunque claro, ¿qué te esperabas?

—Así que una porra, ¿eh? —comento practicando un ejercicio de contención que se volatiliza en cuestión de segundos.

—Sí.

—¿Y se puede saber en qué coño consiste? —Alzo el tono sulfurada, dejando escapar un taco y todo.

La respuesta llega a través de un silencio mayúsculo, de pronto las personas que se encuentran en el interior de ese cuarto optan por quedarse calladas y se limitan a mirar a un lugar en concreto, dándome la pista de lo que sucede en realidad.

Oh, oh.

Cada pelo corporal actúa *ipso facto* y sin necesidad de que nadie abra la boca sé que el elemento en cuestión acaba de aparecer en escena.

Joder, ¿es que no va a dejarme comer en paz?

Y escucho detrás de mí:

—Estos compañeros tuyos han apostado una cena y dependiendo de quién gane de los dos pagará o no. De momento son veinticinco contra uno. ¿Adivinas el que va en cabeza?

Un hormiguillo general recorre mi espina dorsal. El muy caradura se ha permitido la licencia de hablarme demasiado cerca del oído y mal que me pese no soy inmune a su cercanía.

Ojalá.

Y justo en este instante la idea de bajarme la dichosa aplicación para ligar cobra especial relevancia. Seguro que si no llevase tantos meses de sequía pasaría olímpicamente de este tipo engreído, chulo y tocapelotas, por muy bueno que esté, y he de buscar una solución lo antes posible.

«Sí, sí, lo que tú digas», dice una vocecita interior chafándome el planteamiento al completo.

¡Mierda!

«Vamos, lela, ponte en acción o sabrá lo mucho que te intimida», me dice otra mucho más coherente.

La claridad se abre paso al instante, ya que, ni muerta estoy dispuesta a que ocurra o estaría a merced de un hombre que por naturaleza es irresistible.

¿Y qué hago entonces? Fácil, dedicarme a devolverle la jugada. Al fin y al cabo es de lo que se trata, ¿no?

—Deja de seguirme o tendrás un problema —le advierto dándome la vuelta y destilando fuego por los ojos.

¿Se dará por aludido de una maldita vez?

—¿Seguirte? No seas tan creída, chica. Los tallarines los ha pedido la empresa y yo me he limitado a llevártelos, no es culpa mía que quieras comerlos junto al resto de los mortales.

Ni siquiera lo veo venir y el primer zasca impacta en el epicentro de mi ser, y mucho me temo que no será el único.

—En cuanto a las puntuaciones, no hace falta que preguntes, ya estoy aquí para aclarártelas —argumenta el muy capullo—. El único de toda la oficina que ha apostado por ti es Jeffrey.

Segundo zasca que, esta vez, impacta directo en mi maltrecho corazón.

Y como soy incapaz de morderme la lengua, que es lo que debería de practicar por el bien de mi salud mental, voy y de mi boca sale un:

—¿El único?

—Así es.

—¿Y se puede saber de qué narices trata esa absurda apuesta?

El silencio en la sala es abrumador, nadie nos quita los ojos de encima y odio ser la responsable.

Sí, lo soy desde el instante en el que he entrado al trapo sin pensar en las posibles consecuencias, porque tratándose de él seguro que las hay.

—Ya lo sabes, de lo que tardes en sucumbir a mis encantos, Martina.

Mi nombre en sus labios suena demasiado bien, es la primera vez que lo utiliza y el muy mamón lo emplea de arma arrojadiza.

¡Un momento!

¿Que han apostado quééé?

Esto es el colmo del colmo.

Boqueo en busca de oxígeno y paso del sofoco que acaba de entrarme. No es importante,

dadas las circunstancias, y me dejo llevar por la mala leche. Sí, esa que me caracteriza y, siguiendo un impulso irrefrenable, voy y le vuelco el recipiente de los tallarines en la cabeza.

A tomar por saco.

Por gilipollas.

Y oye, me quedo de un a gusto...

Sin más doy media vuelta y salgo de allí con la espalda recta y el mentón alto, vamos, como si tuviera un palo de escoba metido por el culo, al tiempo que dejo atrás un murmullo general que me importa una verdadera mierda.

Que les den a todos, por traidores.

Dylan

Meto la cabeza debajo del grifo del lavabo. La salsa de la pasta chorrea hacia abajo y llega hasta mis desgastadas zapatillas; un contratiempo que está fuera de mi control y como tal se lo haré saber a Mary.

La recepcionista ostenta un gran poder y sé que ella buscará una solución al entuerto en el que me ha metido cierta señoritinga a la que debería de odiar con todas mis fuerzas.

Sí, aun sabiendo que sus actos son a consecuencia de pasarme de la raya, lo admito, al igual que mi comportamiento se debe a un acto del que prefiero ni acordarme, todo va unido y lo más sorprendente es la actitud de mi cuerpo en cuanto ella entra en mi campo de visión.

¿Cómo odiarla si cada vez que ocurre me empalmo?

Joder, parezco un puto crío y no entiendo lo que sucede, quizá estar apartado de los combates clandestinos me ha servido para desconectar más de lo que debería y no me hace demasiada gracia. Antes o después regresaré al mundo al que pertenezco y en él no existe cabida para ñoñerías ni distracciones de ningún tipo. Mi vida depende de ello y por esa razón no logro comprender el grado de implicación que he adquirido con respecto a Martina.

M-a-r-t-i-n-a. Hasta el nombre me suena sexy a rabiar y ya vaticino que de seguir así saldré malparado.

«Basta, suficiente por hoy».

Cojo jabón del dispensador y lo empleo para lavarme el pelo grasiento, después alzo la cabeza y el agua sobrante se desliza por mi ropa. La imagen que me devuelve el espejo es irreal, podría decir que tiene hasta un deje de diversión y el rostro de la responsable de encontrarme de esta guisa aparece por arte de magia en mi castigada mente, a pesar de habérselo prohibido.

Vaya con el carácter de la pija. Ahí donde la ves parece una mosquita muerta y sus condenadas gafas ayudan al cometido. A primera vista es de las que no ha roto un plato en su vida y mira tú por donde acaba de dejarme en ridículo delante de una multitud de personas.

Ahora bien, que se atenga a las consecuencias. Si la decisión de divertirme consistía en una mera posibilidad, la situación acaba de dar un giro de ciento ochenta grados y la disposición de hacerle la vida imposible surge de manera repentina.

Ya no hay vuelta atrás, lo que significa que jugaré con ella, presionándola dentro de los límites de sus puntos débiles, y solo entonces terminará en el lugar que le corresponde.

En mi cama.

La vida pasa a una velocidad de vértigo y antes de darme cuenta volveré a estar

ganándome la vida repartiendo hostias a diestro y siniestro. Se ha convertido en una obligación que detesto, si lo que pretendo es alejar a la persona que más amo de un mundo repleto de miserias, y de ahí que me importe un bledo la situación en la que me encuentro. Hasta podría decir que ha sido una anécdota con su deje cómico y que la actitud de ambos es equiparable a la de unos niños jugando.

Sí, sería acertado y aquí haré un inciso. La disposición de prestarme a este tipo de juegos cobra fuerza, al fin y al cabo serán unos días, y todo vale con tal de alejar la oscuridad que siempre planea sobre mi futuro más inmediato.

Y tomo una decisión.

Martina, prepárate, voy a por ti y pretendo hacerte gozar como nunca nadie lo ha hecho con anterioridad.

Lo prometo.

El contratiempo surgido me lleva de vuelta a casa antes de lo previsto. Mary es benévola conmigo y decide que por hoy ya ha terminado mi jornada laboral. Con las pintas que llevo sería contraproducente acudir al domicilio de ningún cliente y no rechisto cuando me da un cheque con la finalidad de que compre ropa más acorde al trabajo que desempeño.

Según ella va a cuenta de la empresa y la información me la paso por el forro de los cojones.

A mí nadie me dice cómo tengo que ir vestido, lo que ven es lo que hay y el cheque va directo al número de cuenta en el que cada último de mes llega un recibo por valor de más de mil dólares.

Cualquier ayuda es buena con tal de disponer del suficiente *cash* para pagar lo único que me interesa, todo lo demás es secundario, y ahí va incluido si me llevo a la boca alimentos o no.

¿Qué importa?

CAPÍTULO 7

Miércoles

Martina

Soy la primera en llegar al puesto de trabajo. El madrugón de hoy tiene un motivo y espero que me dé el resultado esperado.

Después de meditarlo durante parte de la noche he tomado una decisión. Si pretendo salir indemne de una situación irreal que se ha vuelto en mi contra he de asumir una resolución acorde al marrón que tengo encima y es a lo que me dedico en cuerpo y alma.

En primer lugar, reviso uno a uno los paquetes antes de la entrega.

En segundo lugar, los llevo a recepción y los esparzo por donde puedo.

Y, en tercer lugar, le dejo una nota a Mary haciéndole partícipe de que «cierto mensajero» tiene prohibida la entrada en mi despacho, únicamente tiene que coger los paquetes y llevarlos hasta el destino marcado. Punto y final.

Suspiro de alivio al ver la hora. Todo ha resultado según lo planeado, lo que significa que el despertarme tan pronto ha merecido la pena y hasta me han sobrado unos minutos antes de que la plantilla comience a dar señales de vida.

Bien por mí, e invierto el tiempo sobrante en tomarme un café con tranquilidad a la vez que hurgo en mi móvil.

Esta mañana, más que nunca, sigo interesada en un tema en concreto después de los sueños tórridos que he tenido con cierto hombre que prefiero no mencionar y accedo a las diferentes aplicaciones en las que...

—Buenos días, jefa.

A tomar por saco la tranquilidad.

De la impresión el móvil escapa de mis manos y tengo la mala suerte de que cae al suelo.

¿Qué demonios hace el nuevo tan pronto en la oficina?

No doy crédito a mi mala suerte y un enfado descomunal arrasa con todo a su paso. Tanto es así que se lleva mis buenas intenciones en cuestión de milésimas de segundo y el motivo es tan simple como observar cada uno de los movimientos del intruso.

Sí, a cada uno por su nombre y es lo que es.

¿Pues no va el cara dura y se quita la chupa de cuero para colgarla en mi perchero junto a una bolsa de plástico que trae?

¿Qué confianzas son esas?

De verdad, alucino en colores, y más si tengo en cuenta las pintas con las que se atreve a venir esta mañana, también.

¿Acaso no escuchó las órdenes que le di? Porque a mi parecer no existía cabida para confusiones ni malentendidos, sino todo lo contrario.

Y aquí, mejor, matizo. El vestuario de hoy consiste en: vaqueros desgastados con un roto exagerado a la altura de la rodilla izquierda. Camiseta de manga corta, lo que da lugar a enseñar con alevosía un brazo derecho completamente tatuado. Botas de cowboy y el pelo revuelto.

El conjunto en sí me deja paralizada en la silla y provoca que apriete las piernas de gusto en un gesto que resulta involuntario por completo.

Madre mía. Sus trazas de macarra se amplían de manera alarmante con la tinta del tatuaje y casi salivo de gusto ante lo que contemplo con estos ojitos que Dios me ha dado. Parece un pecado divino y yo no soy de piedra.

Ojalá.

Joder, ¿por qué tiene que estar tan bueno?

—Aquí te dejo la ropa de ayer, puedes llevarla al tinte o lavarla tú misma, no tengo preferencias.

—¿Qué?

La distracción ha sido tal que no logro elucubrar en condiciones y es la consecuente de que meta la pata hasta el fondo con un interrogante que suena tan absurdo, consiguiendo que deje en el olvido al puñetero móvil.

—La que ensucia limpia, es fácil, ¿verdad?

Mi mente no presta atención, no está en condiciones y se debe a que el muy canalla comienza a hacer de las suyas y se acerca más de lo necesario.

¿Ya estamos saltándonos líneas rojas? Mira que también le dejé marcado este punto en concreto y nada, él a lo suyo.

—¡Venga ya! —exclamo despertando del letargo—, ¿has traído tu ropa mugrienta?

—Ajá, y también espero una disculpa por tirarme los tallarines en la cabeza.

—Y yo que retrocedas antes de que te metas en un lío. Lo de ayer no se volverá a repetir y no quisiera que me obligaras a avisar a los de seguridad.

—¿Ya estamos con las suposiciones equivocadas? Pero mira que eres creída, chica. Yo solo pretendo darte el teléfono, nada más.

¡¡Ostras!!

Bajo el mentón y observo horrorizada la pantalla. Sigue encendida y de inmediato voy a por él. El bochorno que me espera si el mentecato de turno se da cuenta de lo que buscaba será una condena insufrible y...

Por poco, pero no llego a tiempo y enrojeczo de vergüenza al percatarme de que el muy cotilla mira con detenimiento lo que no debe.

Mierda.

Pillada.

—Vaya, vaya, pero ¿qué tenemos aquí?

Dylan amplía una sonrisa vacilona por la que más de una babearía encantada y yo no sé ni dónde meterme.

—¿Qué coño miras? Eso es información privada —alzo la voz sulfurada lanzándome al ataque. Pretendo que deje de burlarse de mí y empezaré por quitarle lo que me pertenece.

Nada. Imposible. El muy bribón aprovecha para llevar la mano que sujeta el dispositivo hacia atrás y mi fuerza es tan desproporcionada que termino pegada a él justo en el instante en el que Mary accede al interior del despacho.

Menuda suerte la mía. ¿Qué más puede sucederme?

Y la posibilidad de que alguien me haya gafado cobra fuerza.

—Mmm... Buenos días, chicos. ¿Interrumpo algo?

—Por supuesto que no, Mary —pronuncio acelerada mientras retrocedo varios pasos seguidos.

—¿Estás segura?

—¿Tú qué crees? Este mentecato es el culpable de lo que has visto. Tan solo quería recuperar mi móvil y...

—Vamos, Martina, no hace falta que disimules. Cada uno de mis encantos te tiene loquita perdida y has tardado en caer un día justo. Reconócelo y no te avergüences, cariño.

El rojo de mis mejillas se amplía con su apreciación y llega al nacimiento de mi cabello.

—¡Ja! Ni en tus mejores sueños, macarra —escupo con los brazos en jarras y echando chispas.

—Que nooo... Ya te he dicho que puedes llamarme Dy o Dylan —susurra encantado de conocerse a sí mismo mientras avanza con una parsimonia que me trae por la calle de la amargura—. Lo de macarra, mejor, déjalo para otros, cielo.

Mary gira el cuello y nos mira a uno y a otro. Lo hace con una atención desmedida y como no entiende lo que sucede con mi actitud defensiva va y se permite el lujo de plantear de manera tan campante:

—A ver, chicos, lo que acabo de presenciar salta a la vista, Jeffrey ha perdido y le va a resultar caro invitarnos a todos.

¿¿Qué??

Y salto encabronada:

—¡Por Dios, Mary! ¿Tú también has apostado por él? —grito con los puños cerrados y dando saltitos de impotencia.

No, impotencia no es la palabra que más se adecúa a la situación, así que mejor la cambio por una que es bastante más acorde a lo que siento y esta es la de rabia.

Sí, rabia en toda su extensión.

—Hija, ¿de qué te extrañas? Llevas desde que viniste de España a dos velas, así que...

—¡Basta! —exclamo con los ojos como platos y a punto de echarme a llorar—. Deja de decir tonterías. Te repito que lo que has visto no es lo que parece. Yo con este no voy ni a la vuelta de la esquina y ya va siendo hora de que se dé por aludido. Además, tú deberías de ser la primera en saberlo. Te he dejado una nota en el mostrador, en ella dice...

—La he leído y he captado lo que pretendes.

—¿Perdona?

—Sí, hija, y por mí tranquilos. Si lo que queréis es que nadie lo sepa mi boca estará sellada.

Las palabras de uno y de otro son suficientes. Mi paciencia ha llegado al límite, está a punto de colapsar, y si se les ocurre añadir alguna más las posibilidades de que cometa una locura gana terreno y de ningún modo tengo la intención de terminar con un mono naranja y esposada en el corredor de la muerte tal y como sucede en las películas americanas.

Sería tan fácil dejarme llevar...

«Vamos, deja de pensar sandeces y céntrate en lo importante si no quieres hacer un ridículo mayor».

Mi subconsciente lleva razón y a ello que voy, empiezo expulsando el aire y continúo alisando un par de arrugas imaginarias de la falda, acomodando las gafas de pasta y andando los cuatro pasos que me separan de la puerta. Una vez allí la abro del todo y me aparto a un lado con una tranquilidad que enmascara a base de bien, antes de decir con una templanza que me asombra hasta a mí dadas las anómalas circunstancias:

—Fuera.

—Vaya, tesoro, que susceptible estás hoy.

—Ni que lo digas —aprovecha Dylan dejando el móvil encima de la mesa—, cuando hayas solucionado lo de mi ropa me avisas.

—¿Lo de tu ropa? ¿Qué ropa? —Y ahí está la incansable de Mary, la cual nunca se cansa de marear la perdiz—. Por cierto, Dylan, ¿para qué te di ayer un cheque?

Dios, dame paciencia o te juro que los liquido mediante un método lento y doloroso.

Oh, sí, lo que daría por ello, así me tomaría una revancha en condiciones. Cada vez los soporto menos y es la causa de cortar de raíz una situación que se está convirtiendo en insostenible por momentos.

Y lo practico mediante un grito certero y contundente que no deja lugar a la duda:

—¡He dicho que fuera!

En cuanto me escuchan se olvidan de la conversación y me miran asombrados.

Mejor.

Y sopeso que mi cara debe de dar miedo, los dos son capaces de apreciarlo a la primera y salen de mi despacho sin añadir nada más.

¡Por fin!

¡Aleluya!

Espero con estoicidad a que se larguen. La situación surrealista que acabo de vivir no es fácil de asimilar y es la consecuente de despertar a la fiera que llevo escondida dentro. Es entonces cuando me dejo llevar y termino cerrando la puerta con una fuerza desmedida, lo que ocasiona a que el tremendo ruido acapare la atención de los que van llegando y se encuentran más cerca.

Lo que faltaba para rematar una mañana que no ha hecho más que comenzar.

¿Y decía que todo había salido tal y como lo planeé?

Los cojones treinta y tres.

Lo último que veo a través de la cristalera es a mis compañeros cuchicheando entre ellos y al gilipollas de Dylan hablando con la traidora que por méritos propios se ha convertido en la número uno.

Bah, me importa un bleto.

Que les den.

Que les den a todos.

Después regreso a mi silla, inspiro un par de veces, cierro los ojos durante unos segundos y comienzo a escribir en el teclado como si no hubiese sucedido absolutamente nada, o al menos lo intento.

Menuda mierda de día me espera.

Termino la jornada sin contratiempos. Para mi fortuna no he vuelto a ver en todo el día al tocapelotas ni a la traidora y espero que sigan dejándome tranquila el resto de la semana. Seguro que mi paz interior se lo agradece hasta la extenuación y al llegar a mi apartamento me empleo a fondo con tal de apartar a un lado lo que bajo ningún concepto me interesa.

La jornada de hoy ha resultado bastante complicada, sí, pero he logrado salir indemne, o casi, y decido que es el momento adecuado para darme un baño relajante mientras me tomo una copa de vino.

Me lo he ganado con creces. El plan es perfecto y consigo reconducir unos pensamientos que llevan dando la lata demasiadas horas, mal que me pese.

Y empiezo por:

A partir de este instante nada de distracciones que no me convienen. Nada de darle importancia a lo que no la tiene. Nada de pensar en un culo de infarto enfundado en el interior de unos vaqueros desgastados y...

Oh, oh.

Maldita sea mi estampa. Ya empiezo otra vez.

¿Por qué me empeño en darle vueltas y más vueltas al mismo temita que no me deja ni dormir con algo de normalidad?

Y nada, como es imposible apartar a cierta figura de mi mente, voy y continúo metiendo la pata hasta el fondo. Últimamente se me da de vicio, al parecer es lo mío y me enrabieta de mala manera a la vez que sigo con el planteamiento que he dejado a medias, o lo que leches sea.

Nada de contemplar la posibilidad de sucumbir a los encantos de un macarra con tatuajes que me ponen a mil y *taquicárdica* perdida.

Y, por supuesto, nada de bajar la guardia y permitirle a mi juguete sexual que me dé un orgasmo épico mientras pienso en un tío cañón que debe ser un experto en dar placer en cualquier lugar, y sí, por supuesto que me estoy refiriendo a la mesa de mi despacho.

¡¡Mierda!!

CAPÍTULO 8

Dylan

La primera semana del acuerdo al que he llegado con Mary llega a su fin con una facilidad sorprendente. Se me ha pasado demasiado rápido y admito que de no ser por la responsabilidad que llevo auestas no tardaría en adaptarme a este tipo de vida.

Trabajo normal, pasta para alquilar algo pequeñito en un barrio modesto, compras en el súper y juegas los fines de semana. Estaría bien, sí, en cambio es un lujo inalcanzable para alguien como yo.

Cojo la chupa de cuero del almacén y avanzo hacia los ascensores. La jornada del viernes ha finalizado y la hora de dejar atrás la intensidad de los últimos días se convierte en una realidad; de ahí que el primer pensamiento vaya encaminado hacia una única dirección, o mejor dicho, hacia una única persona.

¿Adivinas de quién se trata?

Bingo. La mujer con la que he fantaseado mil quinientas veces cada puta noche. El escenario de los sueños tórridos es siempre el mismo y la dichosa mesa no se me quita de la cabeza, apareciendo en cada uno de ellos. El resto seguro que ya te lo imaginas.

La imagen aparece sin avisar y por arte de magia me empalmo. Hasta este instante no he tenido tiempo ni de respirar y de ahí la nula disposición a meterme con ella.

La cantidad de repartos era inmensa, había momentos en los que parecía que se multiplicaban y el conjunto en general ha obrado a su favor para, en cambio, dinamitar mi paciencia a base de un dolor de huevos que ya vuelve a dar por culo. El deseo irrefrenable por follármela en su escritorio es de tal magnitud que cobra fuerza a marchas agigantadas y mi subconsciente no tarda en actuar sin molestarse en pedir permiso.

¿Para qué?

Y en vez de pulsar el botón de la planta baja pulso el de la primera. Con un poco de suerte todavía estará en su puesto de trabajo y opto por agitar el avispero antes de marcharme. Lleva dos días sin noticias mías y ya va siendo hora de recuperar parte del terreno que se ha apropiado.

Seguro que la muy incauta se cree que me he olvidado de ella y nada más lejos de la realidad.

Clin.

El destino se encarga de practicar una de sus jugadas maestras y me regocijo de gusto al contemplar a la culpable de encontrarme así justo al otro lado. Ella también estaba esperando el ascensor y en cuanto alza el mentón se le borra la sonrisa tan bonita que tiene.

—¿Bajas? —pregunto enarcando una ceja a medida que apoyo el pie en la pared de acero a la espera de su respuesta.

—Ehhh...

Lo dicho, demasiados días sin sentirse atacada. Lo corrobora con un rubor en sus mejillas que me vuelve loco y antes de que se cierren las puertas actúo. De no hacerlo perderé una oportunidad caída del cielo y no estoy por la labor.

En un visto, y no visto, estiro el brazo derecho, cojo su mano y tiro con fuerza antes de que

se le ocurra dar media vuelta para coger las escaleras. Su postura defensiva muestra la disposición a no compartir un espacio tan pequeño conmigo y menos cuando no hay nadie más.

Le sale mal, muy mal, mientras mi parte baja se recrea alzándose con la victoria, y nunca mejor dicho.

—¿Qué haces? —protesta enérgicamente tratando de apartarse de un contacto demasiado estrecho.

Por supuesto, no la dejo; al pillarla con la guardia baja el depredador que llevo dentro no ha perdido ni un segundo y se ha dedicado a marcar el territorio con una letalidad increíble, lo que da lugar a que la otra parte se encuentre a merced de un vil servidor.

Mis manos en su cintura así lo atestiguan, no obstante, para que no quede ninguna duda al respecto, aprieto sin compasión con la finalidad de mostrarle mi deseo por ella, y a la pobre no le queda otra opción que captarlo a la primera.

La dureza es más que evidente y sus ojos desprenden una perplejidad desmedida al notarla. Normal.

—Lo que debería haber hecho desde el primer día en el que puse el pie en esta oficina —respondo tan campante a su pregunta acerca de qué hago.

Y como todavía no he empezado a jugar en condiciones avanzo un paso con determinación, pretendo arrinconarla contra la pared y bajar hasta esos labios que me tienen en un estado casi enajenado, mientras Martina pelea como una gata y gira el cuello.

No está por la labor de ponérmelo nada fácil y el simple gesto enciende mis ganas de tirármela entre las cuatro paredes del pequeño habitáculo.

Joder, parezco un puto crío.

—¿Sabes la de mujeres que se pelearían por un poco de mi atención?

Mi comentario es desproporcionado y a Martina le basta para revolverse, lo que provoca que el roce cobre intensidad y juegue en su contra.

Me anoto el tanto con alevosía y cometo el error garrafal de olvidarme de que no está dispuesta a cooperar, es por ello que cuando presupongo que la tengo en el bote, a merced de lo que quiera hacerle, va y ocurren dos cosas bien diferenciadas entre sí.

La primera, sin darme cuenta he desaprovechado la oportunidad de pulsar el botón de parada y el ascensor ha llegado a la planta baja.

Y la más dolorosa, el empeño por moverse como una lagartija tiene una única finalidad y en cuanto encuentra un mínimo espacio dobla la rodilla e impacta de lleno en mis pelotas.

Joderrr.

—¿Y tú sabes que no me van nada los chulos que se creen con la potestad de hacer lo que les da la gana? A ver si así aprendes, capullo.

El dolor me deja doblado y termino en el suelo con la sensación de que me falta el aire, lívido por completo y con la certeza de que nunca antes había tenido un dolor tan agónico, ni siquiera en la multitud de combates a los que me he sometido a lo largo de los meses que llevo practicándolos.

Y bufo de verdadera impotencia.

¿Será hija de puta? Me ha dejado K.O., y lo peor de todo es que soy incapaz de dar un solo paso.

¿El resultado? Pues nada, que termino haciendo un *tour* en el interior del ascensor hasta que las lágrimas de mis ojos se secan, hasta que logro respirar con algo de normalidad, y hasta que la agonía de ahí abajo desaparece poco a poco.

Un tiempo indeterminado después logro encaminar los pasos hacia Church Avenue, la estación de metro que me llevará a Bronx Park East y cuya duración estimada es de una hora y dieciocho minutos más o menos. Lo hago con un cabreo del copón y con la necesidad de tomarme la revancha. Es de vital importancia y...

¡Un momento!

Una idea maquiavélica surge de la nada gracias a mi memoria. Acabo de recordar que en la cartera anoté la dirección en la que vive la tocapelotas, sus documentos oficiales así me lo indicaron el día que recuperé su bolso, y la disposición a presentarme en su casa para cantarle las cuarenta es lo único que importa después de lo sucedido en el interior del ascensor.

O eso creo, antes de escuchar a mi espalda:

—Joder, tío, llevo horas esperando a que salgas de ese puto edificio. Ya me iba a dar por vencido.

En cuanto oigo esa voz conocida mi cuerpo se envara y un mal palpito me sacude de principio a fin al temer lo que vendrá a continuación. La cruda realidad es la encargada de hacerlo y avanza que no será nada bueno.

Y la idea de que se avecinan problemas de los grandes de repente cobra un protagonismo inesperado por mucho empeño que trate en no darle demasiada importancia.

Resulta imposible.

—¿Qué haces aquí? —lo enfrento con cara de mala leche apartando a un lado la de sorpresa inicial.

—Ayer me pasé por el tugurio en el que vives y al no verte me extrañé.

—¿Y por eso me has seguido?

—Ajá, tenía curiosidad y desde esta mañana no he hecho otra cosa. ¿En qué andas metido?

—Mientras me recupero estoy trabajando como mensajero. Ya sabes que necesito la pasta.

—Me parece bien, oye, tengo una propuesta para mañana —avanza sin más preámbulos, directo al grano.

—Lo siento, no cuentes conmigo —zanjo el asunto con la misma velocidad que él—. Sigo con molestias en las costillas y...

—No es una petición, Dylan. O la coges o no vuelvo a contar contigo.

Mierda.

¿A qué viene un comentario así?

Y por mucho que me joda opto por templar los ánimos, bajar el tono y ser inteligente.

El muy hijo de puta que tengo en frente me tiene cogido por las pelotas, es conocedor de ello, y por esa razón se permite unas licencias que cualquier otro pagaría demasiado caras.

Y centro la atención en lo que debo. Es de vital importancia.

—¿Cuánto? —pregunto directo al asunto que nos ocupa.

—Cuatrocientos dólares.

Frunzo el ceño con desconfianza, casi nunca me ofrece tanto dinero y sin necesidad de añadir palabra alguna sé que hay gato encerrado.

—Seiscientos —negocio con la misma sangre fría.

—Quinientos.

—Hecho, pero ten en cuenta que las posibilidades de que pierda el combate son amplias,

ya te he dicho...

—Mejor.

—¿Cómo dices? —Las suposiciones cobran fuerza y odio acertar.

—Lo que has escuchado. La mayoría no sabe que estás en baja forma, apostará por ti y ya he sobornado a alguien para que lo haga en tu contra. Los beneficios serán brutales y no voy a desaprovechar la ocasión.

Escucho con estoicidad, no tengo alternativa, a la vez que la vena del cuello se hincha de mala manera.

—¿Me estás diciendo que quieres que me deje ganar?

—No —niega con una sonrisa que borraría de una hostia con todo el gusto del mundo—, lo que te estoy exigiendo es que luches como sabes, nadie puede sospechar nada, y después que caigas rendido sobre el *ring*.

—Pero...

Pero nada, el valiente hijo de puta decide interrumpirme y lo hace mediante una amenaza vil, sibilina y asquerosa.

Vamos, como lo que es.

—Mañana te espero a las nueve de la noche en el lugar de siempre. Si no apareces vete pensando en la opción de prostituirte, a ese culito tuyo no le faltarán admiradores y es el único palo al que te has negado en rotundo... hasta ahora, claro. Piénsalo bien, *brother*.

Y sin más da media vuelta y se larga.

«Me cago en mis muertos», pienso mientras aprieto los puños con una fuerza desmedida hasta que adquieren un color blanquecino.

El cabrón que se acaba de largar dejándome con la palabra en la boca sabe mi situación personal y como tal no le tiembla el pulso para aprovecharla sin escrúpulo alguno, como acaba de demostrar.

Valiente hijo de perra. Tom conoce mis lesiones, tuve que decírselo para que no contara conmigo en un par de semanas y el tiro me ha salido por la culata al pasarse por el forro de los cojones mi petición. El muy cerdo no ha tardado en buscar su propio beneficio y lo peor de todo es que estoy atado de pies y manos. Un detalle que odio con todas mis fuerzas y que me sitúa en una encrucijada bastante difícil de digerir.

A tomar por saco la idea de cobrarme ninguna revancha con Martina. Lo que hasta hoy parecía un simple juego ha dejado de serlo y he de ser consecuente con cada uno de mis actos.

Si Tom me ha seguido hasta aquí puede seguir haciéndolo y corro el riesgo de poner en peligro a gente que no tiene nada que ver conmigo. Es un hecho que está ahí y como tal reculo en cuanto a la diversión que me había buscado con tal de entretenerme algo.

No merece la pena. Estos días me han servido para sentirme respaldado por una parte de la sociedad que debería temerme y el caso es que me ha gustado. A pesar de mis pintas y, sobre todo, a pesar de saber dónde malvivo ninguno de ellos ha considerado oportuno darme la espalda. El simple hecho de acudir en ayuda de Martina la noche que pinchó les ha bastado para darme una oportunidad y no se merecen que les ponga en el disparadero.

No y no. La necesidad de marcar una distancia prudencial la semana que me queda es primordial, nada de salir a tomar café con nadie de la plantilla, incluida Mary, y poco más hay que añadir.

La suma de los contratiempos es la consecuente de que el trayecto de vuelta lo haga cabizbajo. La impresión de que no valgo una mierda cada vez cobra mayor fuerza y borro de mi

mente la semana sin sobresaltos que he pasado.

La cruda realidad se ha terminado imponiendo, siempre está ahí, al acecho, y no debo bajar la guardia en ningún momento o sus tentáculos dejarán más de una víctima inocente por el camino.

No, ni hablar.

CAPÍTULO 9

Westchester Avenue, distrito sur del Bronx

Dylan

Los golpes se suceden uno detrás de otro en el cuadrilátero improvisado. Mi defensa cada vez va a menos y mi contrincante ataca sin impunidad alguna.

Sabía perfectamente a lo que me exponía esta noche. Al seguir sin estar recuperado al cien por cien la pelea ha obrado en mi contra desde el primer puñetazo y la paliza que estoy recibiendo tendrá consecuencias. La primera, y más importante, que alargará el tiempo hasta el siguiente combate, y, la segunda, que cabe la posibilidad de que termine tan mal que el lunes sea incapaz de finalizar el contrato que he firmado gracias a Mary.

Un rechazazo pone fin a la agonía y me doy por vencido.

No puedo más, es imposible pelear con un estado físico y anímico mermado y por los aplausos que escucho a lo lejos entiendo que por mi parte he cumplido con el plan establecido.

En este tipo de peleas el objetivo es dar espectáculo y como tal lo he llevado a cabo a rajatabla.

¿Qué importa que a cambio no pueda ponerme en pie?

—Chico, buen trabajo, he conseguido un pastizal y tu culo de momento está a salvo —se jacta Tom revolviéndome el pelo—. Veo que has sido listo y te recompensaré. Esta vez seré bueno contigo y dejaré que te recuperes. Los espectadores no apostarán por ti en una temporada y será tu seguro de vida.

Tom mete en el interior de mi pantalón la cartera que ha cogido de la taquilla en la que la guardaba con la cuantía acordada el día anterior, y después se larga, dejándome solo, en mitad del *ring*, mientras repto por el suelo en busca de un punto de apoyo para mi dolorida espalda.

No puedo permitirme el lujo de perder el conocimiento. El último puñetazo tiene todas las papeletas de haberme provocado una conmoción cerebral y en el caso de dormirme existe la nefasta posibilidad de que no despierte nunca.

El detalle en sí resulta alarmante y termino sentado, apoyado en una de las esquinas a la espera de recuperar la fuerza suficiente para marcharme a mi mugrienta morada.

—Eh, tío, ¿necesitas ayuda?

Lo que parece un buen samaritano se acerca y espera una posible contestación por mi parte, una contestación que no llega y se dedica a improvisar sobre la marcha, hurgando sin impunidad alguna en el interior de mis pantalones.

Joder, lo que me faltaba para rematar el desastre de noche que llevo.

¿Acaso lo que pretende es robarme?

Y lo peor del asunto es que mi estado es tan lamentable que ni siquiera considero la opción de detener sus planes. Sería una verdadera locura, cada vez me cuesta más mantener los ojos abiertos y...

Y la bendita oscuridad se encarga del resto, permitiendo que mi torturada mente al fin deje de sufrir.

El desconocido

Soy asiduo a los combates del denominado como Puños Letales, Dylan, para el resto de los mortales que lo conozcan fuera del cuadrilátero, y no me gusta lo que veo.

El cabrón que se encarga de las peleas clandestinas lo deja tirado a su suerte y no lo entiendo. Ese muchacho es siempre una apuesta segura y a la primera de cambio va y lo abandona.

Menudo personaje de tres al cuarto.

Me acerco a él, su estado es lamentable y necesitaré ayuda para llegar a casa, también para que le curen las heridas, y actúo sin dilación.

—Eh, tío, ¿necesitas ayuda? —me intereso al ver el grado de confusión que tiene encima.

Nada. No es capaz de articular palabra alguna y decido registrarle a medida que lo muevo con sumo cuidado.

Entre el pantalón y la ropa interior encuentro una cartera roída y busco en su interior algún dato que pueda ayudarme.

Voilà.

Tras un registro exhaustivo logro dar con un papel doblado en varias partes, a simple vista parece que el propietario lo tiene escondido a buen recaudo y no es fácil de encontrar, pero lo consigo y lo desdoble hasta leer una dirección en Sunset Park, un barrio tranquilo de Brooklyn situado a unas veinte millas del lugar en el que nos encontramos.

Al estar inconsciente me resulta complicado cargarlo sobre mi hombro. Una vez que lo tengo salgo a la calle, pido un taxi y espero a que llegue.

No voy a abandonarlo a su suerte, de eso estoy convencido y cuando aparece alzo el brazo para que me vea.

Le doy las indicaciones precisas al conductor, junto a varios billetes que cojo de la cartera raída y, en un principio, se niega a acatar las órdenes que le doy. Algo normal teniendo en cuenta el estado del boxeador y tiro de ingenio. Al fin y al cabo, el dinero es muy goloso y el pastizal que lleva ayudará a ponerlo a salvo, o al menos intentarlo.

Añado varios billetes como propina extra y logro el cometido de poner a salvo a un pobre muchacho que de no ser por mí a saber cómo habría terminado.

Entre los dos lo metemos en el interior del vehículo y le agradezco el servicio. Después miro con atención cómo se aleja y solo entonces sigo a lo mío. Lo hago pensando en que ojalá se recupere pronto y regrese a las peleas. Sin él no será lo mismo y solo espero que más pronto que tarde recupere parte del dinero que he perdido con este combate.

Martina

Son las once y media de la noche y aquí estoy, en casa muerta del aburrimiento cuando debería de estar corriéndome una juerga con un compañero del gimnasio al que voy casi todos los días.

Es el único en estos tres meses que me ha pedido salir a tomar unas copas y el grado de

desesperación en el que me encuentro, sobre todo la última semana, ha ayudado a que acepte a pesar de que no me atrae nada en absoluto.

¿Qué más da que no sea agraciado? Visto lo visto me conformo con que sea simpático, estoy yo como para elegir, y resulta que el mal de ojo que alguien se ha empeñado en echarme ha servido para que se tuerza el tobillo justo cuando venía de camino a buscarme.

¿Te lo puedes creer?

Si no me hubiera dado cuenta de que babeaba por mí cada vez que entraba en su campo de visión habría llegado a pensar que se trataba de una simple excusa, en cambio, ahora, maldigo mi mala suerte.

Va, en serio, ¿qué más puede pasarme?

Pi, pi.

Dejo los pensamientos apartados a un lado en cuanto escucho el sonido del telefonillo.

¿Quién puñetas llama a estas horas?

No, mejor.

¿A quién demonios se le ocurre confundirse de piso? Yo ni siquiera sabía que ese trasto funcionaba, y con eso te lo digo todo.

En fin, será mejor que lo coja y le diga que se ha equivocado, después me iré directa a la cama y ahogaré las penas con un vaso de leche con miel mientras veo algún capítulo de la nueva serie a la que me he enganchado.

Menudo planazo, ¿eh?

—¿Sí?

—Señora, haga el favor de bajar —dice un hombre al que no he escuchado en la vida—, aquí hay alguien que necesita su ayuda.

—¿Perdón? ¿Cómo dice?

—Sí, sí, hablo en serio, un hombre me ha pagado para que lo traiga a esta dirección y le aseguro que necesita atención urgente.

—Lo siento, se ha equivocado, yo...

—¿Es usted Martina Rodríguez?

¿¿Qué??

—Sí, soy yo.

—Pues hágame caso y baje —habla alterado mediante una orden directa.

Madre mía, no entiendo nada de nada, la situación es surrealista y dejo el telefonillo para acercarme a la ventana.

Desde el ángulo en el que estoy veo un taxi, a un hombre con un rostro que me resulta algo conocido dentro y al conductor apretando el botón otra vez.

No.

No puede ser.

¿De verdad el hombre que parece que está inconsciente es Dylan?

Sin tiempo que perder me pongo encima del pijama la bata de estar por casa y salgo pitando en su ayuda.

Por arte de magia se ha borrado nuestro último encuentro y sé que es el momento de estar a la altura y devolverle el favor que en su día él me hizo a mí.

¿Locura?

Me importa una verdadera mierda, ya averiguaré el motivo de que haya dado mi dirección, salta a la vista que se la dejó apuntada cuando encontró mi bolso y poco más hay que decir.

La situación dantesca con la que me encuentro me deja al borde del colapso. De su cara mana sangre de un sinfín de heridas y su torso desnudo comienza a ponerse de un tono azulado que asusta.

—Por favor, ayúdeme a llevarlo hasta mi casa. Le pagaré lo que haga falta.

—No se preocupe, señorita, el que ha solicitado el servicio ya me ha dejado una propina más que considerable y este hombre no está para permitirse el lujo de que andemos perdiendo el tiempo.

—Me parece bien, gracias.

Entre los dos conseguimos el propósito y el amable conductor no se va hasta dejarlo acostado sobre mi cama.

Madre mía, ¿y ahora qué?

Pues ahora toca hacer frente a la situación y a pesar de las horas que son cojo el móvil para efectuar una única llamada.

CAPÍTULO 10

Dylan

Mi sueño se interrumpe una y otra vez, depende de la intensidad del dolor, y entre fase y fase recuerdo dos caras que me resultan conocidas.

Una es la de Martina y la otra la de Mary.

Por lo demás nada, mi cuerpo pasa de la agonía al descanso sin darme apenas cuenta y únicamente soy consciente de que el lugar en el que estoy no es el tugurio en el que malvivo con normalidad. El reconfortante colchón así lo atestigua y por más que trato de darle algún significado razonable mi mente se dispersa en cuestión de segundos.

Siempre es igual. Me despierto con el corazón a mil, siento mil aguijonazos por cada poro de mi piel, me cuesta respirar del dolor y el conjunto me nubla la razón. Después nada. Soy incapaz de dar un paso más allá. La situación se ha vuelto inverosímil por completo y no logro avanzar en la dirección que pretendo, mientras las preguntas se hacen cada vez más insostenibles y se suceden unas detrás de otras para mi tormento.

¿Dónde demonios estoy?

¿Qué me ha pasado?

¿Por qué recuerdo esas dos caras?

¿Son simples sueños o cabe la posibilidad de que estén a mi lado?

Los interrogantes son varios y consiguen alterar mi estado, lo hacen provocando un pitido agudo que tampoco sé reconocer, y después vuelta a lo mismo. A la sensación de bienestar que ya me resulta conocida y que empieza por la pesadez de los párpados, continúa por la necesidad de cerrar los ojos y termina con una sonrisa en mi cara en cuanto noto que el dolor va amainando y se diluye de a poco.

Todo lo demás deja de importar y caigo en un sueño profundo, reparador y, sin saberlo, sanador.

Recupero el conocimiento y me cuesta una barbaridad el simple hecho de ubicarme, el dolor esta vez no ha sido el que me ha despertado y aún las pocas fuerzas de las que dispongo para intentar dar sentido a lo que veo un tanto distorsionado.

Paredes y techo blanco, armario minúsculo en una de las esquinas, televisión, un monitor que marca mis constantes vitales y una botella conectada a mi brazo derecho me dan las pistas suficientes para empezar a entender algo.

Estoy en un hospital, es evidente, y me muevo inquieto en cuanto mi cabeza es capaz de procesar lo que significa.

¿Quién me ha traído hasta aquí?

Y lo más importante.

¿Cómo voy a pagar la factura?

Mierda.

El contratiempo es devastador y ni siquiera me paro a analizar el motivo de encontrarme malherido, ahora carece de importancia, y me dedico a apartar la sábana a un lado con un único objetivo en mente.

Escapar sin ser visto.

—Tranquilo —escucho a la vez que una mano suave se aposenta en mi pecho con sumo cuidado—, no debes moverte.

Sin entender el motivo la voz conocida es capaz de transmitirme una paz interior brutal y el sentimiento de soledad que siempre llevo auestas desaparece por un maravilloso instante.

Busco a la responsable y Martina aparece en el campo de visión del único ojo que puedo abrir en condiciones, lo hace como un ángel caído del cielo y suspiro con cierta nostalgia.

—¿Qué me ha pasado? —logro decir con la boca pastosa.

Me cuesta un triunfo hablar con algo de normalidad y sigo sin entender los motivos exactos de encontrarme en un escenario que parece irreal, salido de una auténtica pesadilla.

—No lo sé —plantea en un tono dubitativo encogiéndolos hombros—, lo único que puedo decirte es que un taxista te dejó en mi casa. Un hombre le había pagado por llevarte hasta allí y por tu aspecto supuse que te habías peleado con alguien. Después llamé a Mary y decidimos traerte al hospital más cercano.

Una secuencia de imágenes se sucede entre sí y mi memoria se encarga de colocarlas en el orden correspondiente, entonces lo entiendo todo y me avergüenzo ante lo que creo que es una mirada reprobatoria por la parte informadora.

«Bah, ¿y qué más da lo que piense o no?».

Y decido cambiar de tercio de inmediato.

—¿Cuánto llevo aquí?

—Un par de días.

Joder.

—Sabes que no podré pagar la factura, ¿verdad?

—Mary y yo ya nos estamos haciendo cargo de ello junto a los compañeros. Tú solo límitate a descansar y a no preocuparte, en ese orden —aclara de manera determinante, imponiendo lo que debo hacer.

—No es tan fácil.

—Lo supongo, pero en tu estado actual no te queda otra. Dependes de nosotras y no vamos a dejarte solo, así que tienes dos opciones —sentencia sin amilanarse. Su seguridad es apabullante y da muestras de la personalidad arrolladora de la que Mary me habló el primer día—. O te encabronas con las dos sin que te sirva de nada, o aceptas que estamos dispuestas a ayudarte.

»De momento seguirás postrado en una cama durante algunos días más y ya hemos averiguado que vives solo. Las señas de tu contrato no existen y como recuerdo dónde te dejé la noche en la que pinché se lo he dicho a Jeffrey, por si tenía que informar de tu paradero a alguien, y ya nos ha dicho que allí no había nadie.

»Te informo para que te ahorres otra mentira, tipo a que te están esperando y que se harán cargo de ti, tal y como hiciste el día en el que nos conocimos.

El impacto de sus palabras me convierte en un hombre vulnerable y odio serlo. Llevo toda mi puta vida buscándome las artimañas y resulta que ahora dependo de dos personas que se acaban de convertir en mis ángeles de la guarda, junto a ese desconocido que se preocupó por ponerme a salvo en mi peor momento, y no estoy acostumbrado.

—Lo siento —trato de disculparme mediante un susurro.

Sería un completo imbécil si cargara contra ella. Aquí, y ahora, es el momento oportuno de dar cabida al acto de generosidad que ha tenido hacia mí y como tal lo expreso con unas palabras repletas de sinceridad.

—¿El qué sientes, Dylan?

Mi nombre en sus labios amplía la vulnerabilidad que me precede y prefiero ser un cobarde y echarle la culpa a los medicamentos que me han suministrado.

Porque claro, ¿desde cuándo el hombre frío, serio y calculador ha consentido mostrar otra faceta que ni sabía que existía?

—Es la primera vez que me llamas por mi nombre —susurro sin ser capaz de pasarlo por alto.

—Esta vez te la mereces —sonríe Martina iluminando la habitación entera, dispuesta a destensar una situación que a cada segundo que pasa adquiere tintes más sombríos.

—Siento haberte metido en este embrollo.

—No digas bobadas y descansa. Me he escapado del trabajo a la hora de la comida y tengo que volver. ¿Estarás bien?

Su preocupación es real y no me gusta el cariz de una situación que al final resulta un tanto comprometida. Mi falta de costumbre a que se preocupen es la causa y me reafirmo en cuanto al planteamiento de que prefiero levantar malas impresiones que lástima.

Aun así, decido ser prudente y morderme la lengua.

—Sí —miento para no preocuparla, cuando la realidad es otra bien distinta.

Mi cabeza ya ha dejado atrás lo que no le conviene y está a pleno rendimiento, es de vital importancia, y sopesa las diferentes maneras de escapar sin ser visto para regresar a un mundo del que no debí salir nunca.

—Dylan.

—¿Sí?

—Leo tus pensamientos desde aquí y te aviso. Ni se te ocurra.

—¿Cómo dices? —pregunto volviendo a la realidad.

—Mira, no te conozco lo suficiente, aunque tampoco importa. Sé lo que intentarás en cuanto me dé la vuelta y ni Mary ni yo nos merecemos que los médicos nos pongan la cara colorada cuando vengamos esta tarde, te lo digo para que olvides la idiotez de escabullirte al tugurio en el que vives, y te lo digo para informarte de que la factura del hospital ya ha sido abonada, lo que significa que tienes barra libre en este maravilloso lugar.

—Pero...

—No hay ningún pero —añade poniéndose seria—. Tú me salvaste a mí y ahora yo te salvo a ti. Estamos en paz, ¿te parece bien?

Asiento, su alegato acaba de dejarme tocado y es a consecuencia de meterse en mi cabeza sin el permiso correspondiente.

¿Quién se cree que es?

—Y ahora hazme caso —termina diciendo la parlanchina de turno, permitiéndose el lujo de repetirme el consejo de antes—, no pienses en nada que pueda alterarte y relájate. ¿Podrás hacerlo?

—Lo intentaré —es la única respuesta que le doy.

Mi pretensión es desembarazarme de ella, solo así podré pensar con un poco de claridad, y mejor obvio las partes de la conversación que no me interesan en absoluto. A estas alturas sería

un tremendo error bajar la guardia y este espacio no es el mío, lo que significa que debo abandonarlo cuanto antes.

No dejo de mirarla hasta que desaparece por la puerta y me encabrono ante la sensación de paz que deja a su paso para, en cambio, pasar a la soledad más absoluta en cuanto abandona la habitación.

El contraste es bestial y me mantengo en mis trece acerca de los problemas que nos podría acarrear a todos la metedura de pata que he cometido, lo que me lleva a una dirección en concreto. He de cortar de raíz una situación que parece complicarse sobre la marcha y solo está en mis manos.

Además, no logro entender el tipo de sensaciones que han visto conveniente despertar, una detrás de otra, por el simple detalle de verla con esa carita de inquietud junto a mi cama, con el marrón que tengo encima, y sopeso en serio mis diferentes opciones. En mi entorno no existe cabida para amigos, sean de la índole que sean, y como tal aparto a un lado lo que sería un desastre descomunal, para seguir maquinando a toda velocidad en cuanto a las diferentes opciones. La más sensata sigue siendo la de largarme cagando leches y trato de llevarla a cabo.

Imposible, entre el dolor y el mareo no consigo ni bajarme de la cama y barajo un punto diferente, bueno, mejor dicho, el único que me queda.

Y es cuando prefiero hacer caso al consejo que Martina me ha dado. Total, en las condiciones en las que estoy no llegaría muy lejos, acabo de corroborarlo, y prefiero limitarme a descansar y a recuperar las fuerzas.

Antes de caer rendido, por última vez, cada uno de mis pensamientos va dirigido a una mujer que en tan poco tiempo me ha demostrado que no es de las que mira hacia otro lado cuando se avecinan problemas. El simple detalle delata su fortaleza y la sorpresa sigue siendo mayúscula.

¿Ves como no se puede juzgar a nadie sin conocerla antes? Mi disposición a catalogarla como una pija consentida desde el primer instante acaba de irse al traste. Su preocupación por mí es verdadera y para alguien como yo no es fácil de procesar, sino más bien todo lo contrario.

Esta es la cruda realidad y la causante de que mi cercenada autoestima logre desprenderse de la primera cadena que la mantiene sujeta al subsuelo ante la creencia de que no vale nada; sin ninguna duda el dato es interesante, por sí solo, y me quedo dormido con un sentimiento que ya casi ni recordaba.

CAPÍTULO 11

Dylan

—Hola, hijo, ¿cómo estás? ¿Ha pasado el médico? ¿Pido que te den más analgésicos? ¿Han traído la cena o sigues sin nada en el estómago?

Se acabó la paz. Mary acaba de llegar, lo hace como un torbellino y se dedica a darme un beso en la frente, a taparme hasta el cuello con la sábana y a cogerme la mano con los ojos anegados en lágrimas, en ese orden, y todo sin parar de parlotear, o mejor dicho, de practicar un tercer grado en toda regla.

La intensidad de esta mujer asustaría a cualquiera, menos a mí. En mis veintidós años de vida muy pocas son las veces que me han demostrado algún tipo de cariño, y de ahí que me agarre con uñas y dientes a estas nuevas emociones a las que podría acostumbrarme, y, también, de ahí parte la urgencia de calmarla con rapidez.

No soporto verla preocupada y menos si el causante soy yo.

—Hola, Mary, tranquila, estoy bien.

—Sí, ya te veo. En tu mejor momento... —Rueda los ojos y resopla al mismo tiempo mientras se planta en el sillón que hay junto a la cama. Su pose es la de una mamá osa en todo su ser y ni de coña voy a quejarme. Al contrario, prefiero empaparme de cada instante, guardarlo en mi interior y dejarlo a buen recaudo. Antes o después recurriré a cada uno de ellos y me diré lo afortunado que fui en su día cuando este elenco de personajes me dio una oportunidad sin molestarse en juzgarme.

En el caso de Mary en concreto, y a pesar de conocernos de menos de una semana, lo cierto es que le bastó el primer encuentro para convertirse en alguien especial. Si, lo asumo, sería un error no hacerlo y te lo resumiré brevemente.

Ella, y solo ella, logró la proeza de tirarme de la lengua a su antojo, dirigiendo la charla según le convenía, a la vez que se convertía en la única persona que conoce alguna de mis debilidades más secretas, y sigo flipando por el poder de persuasión que utilizó conmigo.

De verdad, no doy crédito a la información que salió de mi boca con una naturalidad asombrosa en ese primer café que compartimos la mañana en la que fui a devolverle las pertenencias a Martina, y todo es debido a que la que al final se ha terminado convirtiendo en una compañera de trabajo supo apreciar de inmediato que bajo el aspecto de macarra que me empeño en desarrollar hay algo más, consiguiendo con una simple charla destapar el rol que llevo años mostrando a cualquiera, y que conste que no me arrepiento.

—¿Sabes? A mí lo único que me ha servido para levantarme el ánimo cuando he estado en un hospital ha sido el chocolate —me confiesa soltando mi mano para sacar de su bolso una caja de bombones, a continuación la abre y continúa a lo suyo. A no cerrar la boca bajo ningún concepto—, así que he pensado que estaría bien que la compartas conmigo. Tampoco se trata de que te sienten mal si te los comes todos de golpe, ¿verdad? Mmm, delicioso. ¿Cuál quieres?

Entre bombón y bombón nos dedicamos a charlar de lo ocupado que está Jeffrey, de los buenos deseos que me envía la oficina al completo y de lo que tardaré en recuperarme de la multitud de contusiones.

Ninguno de los dos preferimos hacer referencia a la factura del hospital, ni tampoco a que no podré incorporarme los cuatro días que restan para finalizar el contrato, y casi que se lo agradezco. Ya habrá tiempo.

Toc, toc.

Alguien llama a la puerta y, a continuación, entra. En sus manos porta un llamativo ramo de flores que oculta su cara de lo grande que es y poco importa.

Sé quién es a la primera.

—Anda que no has tardado en comprarlo, ¿no había uno más grande, cielo? Menudo desperdicio cuando existe el chocolate... —se queja Mary masticando con deleite su quinto dulce—, te dije que los bombones tendrían más aceptación, ¿a que sí, Dylan?

¿Eh?

¿De verdad el ramo es para mí?

Vaya, menuda sorpresa.

Y lo es. El rubor de sus adorables mejillas así lo indica en cuanto lo aparta a un lado y el detalle en sí es enternecedor.

—Hola, ¿cómo va todo por aquí? —saluda con timidez antes de fijarse en la caja medio vacía—, ¡no me lo puedo creer! Luego dirás que te sube el azúcar.

—Oye, oye, que él también ha comido.

—¿¿Qué?? —pone el grito en el cielo mandando a tomar por saco la timidez de hace tan solo unos instantes—, Mary, por el amor de Dios, ¡que está convaleciente!

—Por eso mismo, ya verás lo pronto que se recupera.

—Eres incorregible —se queja con las flores en la mano.

No hay ningún objeto que ejerza el cometido de jarrón y la situación adquiere un cariz divertido, logrando que olvide mi complicada situación por un maravilloso instante.

—No, lo que soy es práctica. Solo a ti se le ocurre regalarle algo tan absurdo a un hombre.

Sus mejillas vuelven a hacer de las suyas y la pobre no sabe dónde meterse.

Normal.

—Nunca me habían regalado flores —intervengo en la conversación con el objetivo de echarle un capote—, porque después de lo oído considero que son para mí, ¿verdad?

—Sí, aunque si no te gustan...

Baja el mentón recuperando la turbación de antes y la imagen es digna de admirar, quizá, por ese motivo, doy un paso más y soy capaz de comportarme como un hombre normal y corriente.

—Te lo acabo de decir, nunca me las habían regalado, lo que significa que son especiales. Gracias.

Además de un hombre normal y corriente por lo visto también puedo ser ñoño, y he de admitir que no me reconozco, lo que ocasiona que, por segunda vez consecutiva, le eche las culpas al cóctel de medicamentos que tiene acceso directo a una de mis venas.

El comentario ha sido desproporcionado, lo acepto, y el escenario empeora para una pobre chica que enrojece más y más, a la vez que se dedica a taparse con las diferentes tonalidades de colores que le ofrece mi regalo.

Y en medio de todo se encuentra Mary, la cual no ha desaprovechado la ocasión para analizar cada gesto, sumado a los comentarios de uno y otro, y aprecio cómo abre la boca con la intención de soltar una de las suyas, aunque en el último momento parece pensárselo mejor y la cierra, para después levantarse del sillón.

Uau.

¿En serio va a quedarse callada?

Imposible.

—Voy a por un jarrón, ahora vuelvo —es lo único que sale de sus labios antes de cerrar la puerta, escabulléndose sin más, y dejándonos a los dos en el interior completamente solos.

—¿Cómo has pasado la tarde? —se interesa cortando un momento que se ha convertido en incómodo de narices.

Eso sí, sin mirarme en absoluto.

—Mejor, habituándome al dolor.

—No lo hagas y pide más medicación —pronuncia ejerciendo el rol de cuidadora que le viene como anillo al dedo, tanto es así que en cuestión de un visto y no visto deja de nuevo apartada a un lado a la chica insegura, y no le cuesta nada reemplazarla por la Martina decidida y racional. El cambio es tan radical que parece otra y lo corroboro al atreverse a dar voz alta a lo que se le pasa por la cabeza en ese preciso momento—, oye, por cierto, ¿a ti nadie te ha dicho que no te metas en peleas absurdas a no ser que sea para salvar a alguna dama en apuros?

Joder con la preguntita.

Y admito que la mujer que tengo delante de mi cama es una auténtica caja de sorpresas.

—Viste el lugar en el que vivo —limito la respuesta todo lo que puedo.

—¿Y?

—Pues eso, que no es fácil buscarse la vida cuando tu entorno es una auténtica mierda.

—¿Y qué tiene que ver con tu estado? No lo entiendo.

—Martina, deja las flores y acércate, por favor —pido mediante un susurro sin dejar de observar cada uno de sus movimientos. Me fascinan a pesar de estar postrado en este colchón y se ha convertido en toda una novedad.

Sí, ella al completo es una novedad. Lo acepto, ¿para qué negarlo?

Y la disposición a presionarla un ápice cobra fuerza, de ahí a rogarle que se acerque.

¿Obedecerá o pondrá una excusa? Me muero por descubrirlo, y es que, todas y cada una de las veces que me he metido con ella siempre ha sido con el mismo resultado. Huir de mí. Quizá, por ello, ahora que la situación ha dado un giro radical y nos encontramos un tanto perdidos opto por empeñarme en acorralarla en el *ring*. Soy un experto en la materia y ataco sin impunidad alguna.

Lo dicho, ¿qué hará?

Oculto una sonrisa juguetona en cuanto deja el ramo en la mesa pequeña y se acerca con pasos dubitativos.

—El motivo de encontrarme postrado en esta cama no se debe a una pelea callejera normal, ni tampoco a salvar a ninguna dama en apuros, tal y como ocurrió contigo.

—¿Ah, no? ¿Y a qué se debe entonces?

—Soy boxeador —suelto a bocajarro, sin filtro.

—¿Qué?

La impresión es mayúscula y se sienta en el sillón para después dejar caer su cuerpo hacia atrás. Mi afirmación no se la esperaba para nada y me observa con una actitud completamente diferente.

Mejor.

Y bien, llegados hasta aquí entiendo que la oportunidad de hablarle claro la tengo al alcance de mis manos. La importancia de que descubra a qué dedico mi tiempo me dará una

puntuación extra, juego con ventaja, y asumo que querrá que salga de su vida a la de ya.

Soy demasiado peligroso para alguien como ella y como tal se lo hago saber. Basta de perder el tiempo.

—Me juego la vida los fines de semana en diferentes lugares clandestinos mientras otros apuestan.

—¿Por qué?

De la multitud de preguntas que puede hacerme escoge esa y me descoloca de principio a fin.

Y yo que pensaba que saldría corriendo...

—Ya te lo dije en su momento. Necesito la pasta.

Mi acompañante procesa una respuesta que ya le era conocida y vuelve a sorprenderme.

—¿Eres bueno con los puños?

—De los mejores.

—No lo entiendo.

—¿El qué no entiendes, Martina?

—Si eres de los mejores cobrarás más que el resto, ¿no?

—Ajá.

—¿Y por qué vives en una nave destartalada?

Excelente pregunta, sí señor.

De tonta no tiene un pelo.

—Te lo acabo de decir, necesito la pasta.

Mary regresa en ese instante y no viene sola. Lo hace acompañada del médico encargado de atenderme y nos saluda con un tono profesional a la par que cordial, mientras echa un vistazo general al informe que lleva en su carpeta.

—Buenas tardes, después de analizar las diferentes pruebas hemos decidido que pase esta noche aquí también y depende de cómo se encuentre mañana le daremos el alta o no. Las contusiones se curarán con el tiempo y al no tener nada roto lo mejor es que se recupere en su casa.

—Perdone que me entrometa, doctor, considero que es demasiado pronto —interviene Mary sin que nadie se lo haya pedido, segura de lo que dice—, todavía está muy débil.

—No se preocupe, una ambulancia se encargará del traslado. En casos así le aseguro que en su entorno estará mil veces mejor, únicamente han de estar pendientes de que haga reposo, tome la medicación y poco más.

—Me parece bien —asiento con la convicción que corresponde, adquiriendo el peso de la conversación.

Lo de jugar en el lado que no me corresponde ha estado bien mientras ha durado, pero se acabó. La hora de regresar a la realidad ha llegado, no hay marcha atrás, y ya veré cómo me las arreglo yo solito.

Al fin y al cabo ya estoy más que acostumbrado.

—Doctor, cuando le digo que es demasiado pronto me refiero a que no vive con nadie —insiste a base de bien la recepcionista metomentodo a la que le resulta imposible mantener su boca sellada.

Y la posibilidad de hacerlo con un pegamento especial cobra fuerza.

Estaría bien, sí.

—Entonces es simple —añade el doctor—, alguien se tendrá que hacer cargo de él durante

los primeros días al menos.

Sí, claro, solo faltaba...

—¿¿Qué?? —Alzo la voz sin dar crédito a lo que escucho.

Joder con Mary, ¿por qué no puede mantener esa boca que Dios le ha dado cerrada a cal y canto?

Si hay alguien aquí con un problema estratosférico, ese, únicamente soy yo, y como tal he de afrontarlo. Debate finiquitado.

¿A qué viene esta preocupación desmedida?

—¡Ah! Me parece bien —secunda la loca de turno en cuanto a lo de hacerse cargo durante los primeros días, pasando olímpicamente de mí, antes de soltar con una tranquilidad pasmosa—, en mi casa tengo el hueco justo, pero podrá quedarse en el sillón.

—¡Ni hablar! —alzo la voz en cuanto oigo un disparate de magnitud tan colosal, entrando como un huracán en un tema que solo debería de afectarle a un servidor.

¿Será entrometida?

—¿Por qué no? —se enfrenta a mí sin amilanarse.

—Joder, Mary, ¿cómo que por qué no? ¿Te has vuelto loca?

El médico nos mira con cara de estupor a uno y a otro y después pasa de nuestros enredos.

—Tal y como le he dicho, si no hay ningún contratiempo mañana le llevarán en una ambulancia al lugar que les indique, y yo de usted no renunciaría a la ayuda que le presten, le aseguro que la va a necesitar.

Supervisa el informe y se marcha por donde ha venido, mientras mi saturada mente trata de encontrar una salida medio normal a todo este entuerto que se ha vuelto en mi contra de repente.

¿Lo lograré?

—Ni de coña tu marido permitirá que alojes en su casa a un posible asesino o violador.

—Tú no eres ninguna de las dos cosas.

—También podría ser un ladrón que aprovecha la ocasión para desvalijar un piso a la menor ocasión. A las dos os he dicho que necesito cada billete que cae en mis manos.

—Y por eso le devolviste el bolso a Martina con su monedero intacto —se cachondea mandando a tomar vientos mi alegato—. Vamos, Dylan, no cogiste ni un puñetero centavo.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Ese detalle habla por sí solo y que conste que por supuesto no vamos a dejarte en la calle.

—Estás chalada. ¿Cómo vas a abrirle las puertas a un macarra como yo? Además, ni de coña aceptaría una proposición así, soy un alma libre y como tal haré lo que me dé la puta gana.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí —afirma cruzándose de brazos con una sonrisa que no me gusta nada de nada, a la vez que una incrédula Martina observa el *round* entre los dos—, mañana estaré aquí a primera hora y en cuanto me demuestres que eres capaz de levantarte, vestirte y salir a la calle sin ayuda de nadie te prometo que me marchó y que me olvido de ti. ¿Trato hecho?

Y va y alarga la mano con la intención de sellar el trato.

De locos, esto es surreal y para no creérselo.

Joder. ¿En qué momento justo se me ocurrió la fatal idea de dejarme engatusar por una mujer tan arrolladora?

Y como sigo muy débil decido ser inteligente. Más me vale ahondar fuerzas para mañana,

las voy a necesitar, y antes de cerrar los ojos me dirijo a la única persona sensata que hay entre las cuatro paredes que nos rodean.

—Gracias por la visita y por las flores, Martina. Y ahora, si me disculpas, voy a descansar.

—Hasta mañana, Dylan.

—No, esto es una despedida en toda regla, para mí fue un honor salvarte de aquellos indeseables, y ya. No volverás a tener noticias mías. Cada uno ha de volver a su vida de siempre y esta no es la mía.

—Sí, sí, lo que tú digas —se entromete Mary por enésima vez sin vergüenza alguna—, vámonos, hija, dejemos que este cabezota duerma. Dulces sueños.

Perplejo asisto a un comentario que me descoloca. La incansable de turno deja a la vista sus intenciones acerca de seguir metiendo sus narices en el lugar menos indicado y se larga tan tranquila, llevándose consigo a la única mujer que me ha traído un regalo tan original, mientras mi mala leche se extiende a una velocidad increíble por cada poro de mi piel.

¡Put a Mary!

Y un sinfín de preguntas espera en la retaguardia con tal de darles la voz que le corresponde.

La primera es:

¿Por qué se le da tan bien ejercer ese rol de protección absoluta hacia mí?

Y las siguientes salen seguidas:

¿Cómo es posible que le haya bastado una semana para que un ser oscuro como yo le coja cariño y todo?

¿Qué más datos necesito para saber que si no me largo y cambio de ubicación terminaré haciéndoles un daño mayor?

Y lo peor del asunto en cuestión:

¿En qué momento exacto voy a dejar de mirar embobado unas flores que han impactado de lleno en un corazón acostumbrado a que nadie se interese por él?

Me cago en mi puta estampa. ¡¡Ya vale de gilipollecés!!

Y me duermo con el convencimiento de que aquí el único que decide soy yo, al fin y al cabo es mi vida y como tal haré lo que considere oportuno.

Eso sí, he de llevarlo a cabo antes de que la sargento número uno regrese. Su poder de persuasión es increíble, doy fe, y trazo el plan establecido.

Largarme en cuanto amanezca.

CAPÍTULO 12

Dylan

Las primeras luces del nuevo día comienzan a aparecer en cuanto me despierto. La noche la he pasado durmiendo sin contratiempos y seguro que estoy preparado para acometer el plan que ideé ayer.

Se supone que será sencillo y lo visualizo. En primer lugar me levantaré, iré al baño y utilizaré la ropa que hay guardada en el armario; después saldré por la puerta, cogeré un taxi y el primer objetivo estará más que cumplido.

¿Fácil, verdad?

Los cojones.

El dolor general me impide dar varios pasos seguidos, ni siquiera consigo llegar al baño, y clamo al cielo en busca de un poco de ayuda. Bien sabe Dios que la necesito y en un momento tan delicado me gustaría ser un superhéroe de esos que pueden con todo. Por desgracia no es mi caso, soy un humano normal y corriente al que la paliza que le han dado lo ha dejado tocado y hundido, y con el sudor recorriendo mi cuerpo por el esfuerzo regreso a la cama.

Estoy jodido, es así de simple, y cuanto antes lo asimile mejor.

Mientras, en la zona reservada a las enfermeras, la incansable de Mary charla con la responsable de llamar a la ambulancia con un objetivo en mente. Ahora es ella a la que le toca el turno de acometer otro plan que ha ideado sobre la marcha, y como tal lo pone en funcionamiento.

Cuenta con el tiempo necesario. Se ha pedido la mañana libre, asegurándose un triunfo arrollador, y cuando lo deja todo atado recurre a darle forma.

Dylan

—Buenos días, ¿qué tal has descansado? Veo que sigues en la cama, ¿ya has desistido en cuanto a que tú solo serías capaz de largarte de aquí, fiera?

—Buenos días a ti también, Mary. ¿Podrías hacerme el favor de no tocarme las pelotas demasiado? Digamos que no es mi mejor día.

—Hijo, menudo humor nos gastamos hoy... No será porque odias perder, ¿no? Ya verás lo bien que te va a sentar esta aventura. Sé de lo que hablo y te agradecería que cambiaras la cara de rancio que tienes.

—Y yo te agradecería a ti que no montes un circo cuando les dé la dirección a la que tienen que llevarme. Por fortuna estoy en mis plenas facultades y soy mayor de edad, lo que significa que aquí el que sigue mandando soy yo, ¿te queda claro?

—Como el agua.

Su respuesta, al igual que sucede cada vez que insinúa que tira la toalla, me deja desubicado. Sin necesidad de palabras sé que tiene un as escondido bajo la manga y no me gusta.

—Buenos días, hora de regresar a casa.

Un par de enfermeros se ocupan de cambiarme a una camilla y sin más dejo atrás la habitación, mientras por el rabillo del ojo contemplo a Mary cargando el ramo de flores que Martina me regaló.

Uy, uy, huele a chamusquina desde aquí y me aseguro de decirles la dirección exacta a las dos personas encargadas de bajarme hasta la planta de abajo.

Ya veré cuando cambio de ubicación, de momento no estoy por la labor de buscarme otra, al menos hasta que sea capaz de dar más de un paso seguido, y me quedo tranquilo con las respuestas que me devuelven.

—Como verás estoy siendo buena contigo —comenta la entrometida una vez que estamos fuera con una sonrisa en los labios—, te dije que estaría aquí a primera hora de la mañana para que me demostrases que eras capaz de levantarte, vestirme y salir a la calle sin ayuda de nadie; también te prometí que me marcharía y que me olvidaría de ti, y tranquilo, es lo que voy a hacer. Si necesitas algo llámame al trabajo, ¿estamos?

Lo dicho, el cariz de lo que acaba de soltar por la boca adquiere connotaciones que no dan lugar a ningún tipo de equívoco, y sé que está jugando sucio.

Lo sabré yo.

—¿A qué juegas? —me limito a preguntarle con la mosca detrás de la oreja.

—¿Yooo? —pregunta alargando de forma deliberada la o, mostrando una faceta que ya conozco mientras se hace la sueca—. A nada. ¿No quieres regresar a la mierda de vida que tienes? Pues ya estás tardando. Lo dicho, si quieres algo ya sabes dónde localizarme.

Sin más deja las flores sobre mi abdomen y se larga tan campante.

Oye, pues que bien, ¿no? Al final me he salido con la mía.

No obstante, antes de que la ambulancia arranque vuelvo a insistirles en cuanto al barrio en el que tienen que dejarme. Solo entonces dejo atrás unos días que han sido toda una revelación y me dedico en cuerpo y alma a lo que de verdad es importante.

Que no es más que: a seguir respirando, a seguir recuperándome y, sobre todo, a ponerme en forma para regresar a las peleas en el mínimo espacio de tiempo posible.

Todo lo demás carece de importancia.

—Hemos llegado.

La puerta de la ambulancia se abre y de sopetón regreso a la cruda realidad, ella sola se impone, arrasando con cada uno de mis pensamientos y...

Y me fijo en el entorno con una cara de gilipollas sin igual.

¡Un momento!

¿Dónde coño se supone que me han traído? Porque al barrio en el que vivo desde luego que no.

—Ehhh —pronuncio desubicado sin entender lo que ocurre—, disculpad, siento deciros que os habéis equivocado. Aquí no es.

—No —niega el sanitario que tengo a mi lado—, no nos hemos equivocado. Esta es la calle que viene en el informe.

—Pero...

—Ya nos avisaron de que protestarías, así que ahórrate el esfuerzo, te dejaremos aquí y ya arreglarás cuentas con quien creas conveniente. Nosotros nos limitamos a hacer nuestro trabajo y a mirar por el bien del paciente, nada más —secunda el otro empujando la camilla.

Joder. No doy crédito.

Y en ese instante la imagen de Mary aparece en mi cabeza.

¿Ves como no podía fiarme de ella?

La muy lagarta se ha pasado cada una de mis indicaciones por el forro de los ovarios y resulta que ahora entiendo la templanza con la que se dirigía a mí.

¿Tendrá jeta la tía? Pues se va a enterar, ¿quiere jugar? Muy bien, juguemos a lo grande; pienso convertirme en un grano en el culo y hacerles la convivencia imposible tanto a ella como al pobre de su marido, solo dispongo de un arma arrojadiza a cambio y la utilizaré sin compasión, sin que me tiemble el pulso. Esto le pasa por lista, a ver si así aprende a no inmiscuirse de una vez por todas en la vida de los demás, porque mira que le gusta.

Tardan en dejarme en mi nueva ubicación unos quince minutos, una vez en el interior del piso me llevan directos al dormitorio principal y esta vez ni se me ocurre rechistar, al tiempo que continúo a lo mío. A trajinar las mil maneras de sacarla de sus casillas.

Total, será por tiempo libre...

Empiezo por una suposición que va tomando forma y que es demasiado importante, dado el lugar en el que me hallo, y no es otra que: a ver qué tal le sienta a su querido marido encontrarse con otro hombre mucho más joven que él en su cama. Va a ser interesante, como poco, y no me lo pierdo por nada del mundo.

Menuda manera de comenzar la relación de tres que nos espera durante estos días, ¿no te parece?

Y no puedo evitar relamerme de verdadero gusto. La venganza se sirve en plato frío, lo digo a ciencia cierta, y significa que gozaré de lo lindo gracias a la revancha que ya he puesto en marcha. Oh, sí, no me temblará el pulso y haré que se arrepienta. Al menos hasta que...

¡Un momento!

Cada una de mis apreciaciones se queda en un segundo plano en cuanto fijo la mirada en un par de detalles que son bastante significativos, y que en un principio me habían pasado desapercibidos, para, ahora, en cambio, llamar mi poderosa atención de manera fulminante.

Ay, la hostia.

Un mal pálpito aparece en escena, se extiende por el resto del dormitorio e impacta de lleno en mi escaso raciocinio, y todo se debe a que los «detalles significativos», mencionados anteriormente, de pronto adquieren una connotación brutal al darme cuenta de lo que sucede en realidad.

Y es en ese momento justo cuando me quedo *ojiplático*, antes de montar en cólera a lo bestia.

No.

No puede ser.

Es imposible.

¿No se habrá atrevido a...?

—Joderrr, me cago en toda mi puta vida —grito como un energúmeno olvidándome de mi estado convaleciente.

Como para no hacerlo, y es que acabo de descubrir una realidad que impacta de lleno

contra el que se puede convertir en mi problema número uno.

¿Y decía que estaba dispuesto a hacerles la vida imposible?

Sí, sí, menudo ingenuo.

La jugada maestra de Mary se ha convertido en una ratonera y debe de estar descojonándose a mi costa.

¿Cómo he sido tan pardillo?

Y me reafirmo en lo dicho en otras ocasiones:

¡¡Puta Mary!!

¿Pero esta mujer de qué coño va?

CAPÍTULO 13

Martina

—Ufff, menudo día de trabajo, estoy reventada —exagera Mary despidiéndose de mí en la puerta del edificio.

—Y no has terminado —le digo con un tono de preocupación que no enmascaro—, no sé, creo que lo de llevarte a Dylan a tu casa ha sido un error. ¿Cómo se lo ha tomado Joseph?

—¿Y cómo se lo iba a tomar? Bien, bien —contesta algo distraída y con una prisa que no paso por alto—. Por cierto, me he quedado sin las llaves de tu casa.

—¿Las has perdido? —Pongo el grito en el cielo.

—No, exactamente.

—¿Cómo que no, exactamente? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, la realidad es que llevo todo el día queriendo hablar contigo, y no sé, chica, la verdad es que no he encontrado el momento oportuno.

—Así que el momento oportuno.

—Ajá.

—Tú.

—Ajá.

—Miedo me das. Vamos, suéltalo.

—Vale —asiente con cara de no haber roto un plato en su vida, antes de decir de carrerilla—, le di las llaves de tu casa a los del hospital, sí, sí, como lo oyes. Resulta que después de hablar con Joseph llegamos a la conclusión de que el enfermo estaría mejor en la tuya. Al fin y al cabo, vives sola, tienes una habitación vacía y oye, si miras el lado bueno así no te aburrirás como una ostra durante unos días. ¿A que es una excelente idea? Toma, estos son los medicamentos que le ha prescrito el médico. Las indicaciones las tienes dentro, apuntadas en un papel.

En *shock*, así me deja con su verborrea, al tiempo que abro los ojos como platos, el corazón palpita de manera descontrolada, hiperventilo, siento la ebullición en cada poro de mi piel y...

Y no puedo más.

—¿¿Que has hecho qué?? —pego tal grito que varios cuellos se giran a la vez para observarme, levantando la atención de las personas que caminan sobre la acera sin que me importe una mierda.

Que les den.

—Hija, tampoco es para ponerse así —se alarma la muy sinvergüenza—, encima que lo he hecho por ti...

—Mira, Mary, te has pasado de la raya, ¿lo oyes? Pero bueno, ¿quién te crees que eres para organizar mi vida de esta manera? Esta no te la perdono, que lo sepas, y ya puedes ir abriendo ese sillón tuyo que tienes en el salón, porque te aseguro que Dylan no se quedará conmigo. ¿Entendido?

A la muy teatrera se le empañan los ojos y su rostro da muestras de lo afectada que está.

¿Será pécora?

Ya es lo que faltaba.

—Ah, no, por ahí sí que no. Ahórrate el numerito de los pucheros, recuerda que ya te conozco y sé cada una de tus artimañas para salirte siempre con la tuya, y te lo repito, esta vez te has pasado tres pueblos y como tal...

Pi, pi.

—Uy, justo a tiempo. Este marido mío es un sol —comenta tan tranquila saludándole con la mano a la vez que cambia de registro.

No doy crédito, Joseph acaba de llegar para recogerla en coche, cosa que nunca hace, y entiendo que forma parte del complot que han ideado entre los dos.

¿Serán caraduras?

—Mary, Mary... —Alzo la voz al ver que da media vuelta y me deja con la palabra en la boca.

Nada. Me ignora con todo su papo y antes de marcharse es Joseph el que comenta a gritos con la ventanilla bajada:

—Hola, Martina, hace un par de semanas que no vas a la barbacoa de los sábados y ya sabes que nos gusta mucho que nos visites. Por cierto, ya me ha dicho mi mujer lo ocupada que vas a estar esta semana. Si necesitas algo ya sabes, dímelo con toda la confianza, aunque eso sí, en tu casa, ¿eh, bonita?

Ni siquiera contesto. No estoy en condiciones de hacerlo y me quedo con la boca abierta, anclada al suelo, mientras contemplo con estupor la huida de esos dos pajaracos.

Mierda.

¿Y ahora qué?

Pues nada, ahora toca seguir apechugando. Dylan ha llegado para quedarse, de momento, y es lo que hay.

¿Para qué darle más vueltas?

Expulso el aire. Ando unos pasos. Cojo oxígeno. Ando otros pocos y así de manera sucesiva y repetitiva como unas mil quinientas veces o así.

Estoy en el descansillo de mi casa y llevo más de veinte minutos haciendo lo mismo, dando vueltas y más vueltas sobre el castigado suelo.

Patético, ¿verdad?

Se acabó. Basta de gilipolleces. He de afrontar el revés en el que me han metido y antes de abrir la cerradura expulso el aire una última vez, a continuación me dispongo a interpretar un papel estelar y encamino los pasos uno a uno hacia mi habitación. La puerta está abierta y desde la posición en la que me encuentro observo a alguien en la cama, así que...

No, a alguien, no. A Dylan.

—Hola, Dylan —le saludo quedándome fuera una vez que me aseguro de que no duerme. Prefiero mantener las distancias y de lo demás ya se encargan mis nervios, empezando por cruzar los brazos y terminando por apoyarme en el marco—, menuda encerrona nos han hecho, ¿eh?

—Ni que lo digas. El día que coja a esa lianta por medio no respondo. ¿Cómo la soportas?

Sonríó ante una pregunta así y contesto con el corazón en la mano.

—Bueno, en realidad mi estancia aquí sería mil veces peor sin ella. Soy española, llevo tres meses en Estados Unidos y sin la acogida que me dio desde el primer día creo que no lo hubiese

soportado. Al principio pensaba cada día en regresar a casa, pero ahí estaba ella y los compañeros de trabajo. Como muy bien sabes Mary es una parte importantísima en la empresa, todos la respetan, y la implicación de cada uno así me lo ha demostrado.

—Esa parte ya me la sé.

—¿Perdona?

—Me la contó el primer día.

—¿Será bocazas?

—Lo es, aunque también hay que reconocer su valía, es un pedazo de pan.

—No me lo puedo creer —ríó con una carcajada—. En vez de matarla y despellejarla viva, aquí estamos, charlando de lo buena que es.

—Es verdad. Oye, siento haber ocupado tu cama, si llego a saber la jugarreta les hubiese dicho que me dejaran en la otra habitación. He sido yo el que la he elegido pensando que era la de Mary.

—No importa, no te preocupes.

—Todavía estamos a tiempo de arreglarlo. Si me ayudas a bajar y a coger un taxi...

—Ni hablar.

—Pero...

—Quizá mañana, de momento prepararé algo de cena, tomarás las pastillas y descansarás.

Ah, te he traído un regalo.

—¿Otro?

—Sí, y creo que te gustará más que el anterior.

Meto la mano en el bolso y saco un cepillo de dientes sin estrenar que he comprado en la tienda de abajo.

—Gracias.

—De nada, te lo dejo en el baño. Si necesitas algo solo dilo, ¿vale?

—Vale.

Voy a dar media vuelta cuando oigo:

—Martina.

—¿Sí?

—Aunque no te lo creas me gustaron más las flores.

Ostras. Su comentario era lo último que me esperaba y como tal enrojeczo como una simple quinceañera.

Mierda. Mal empezamos. Solo espero que no se dé cuenta de lo afectada que estoy y opto por lo más sensato.

Salir pitando de allí.

Dylan

Lo sabía. Sabía que la locura a la que nos ha obligado Mary se convertiría en mi perdición y lo corroboro sobre la marcha.

Su nerviosismo es palpable a simple vista y el sonrojo de sus mejillas da las pistas evidentes acerca de la turbación que siente por el halago que le he dedicado, y su huida es lo que faltaba para rematar la faena.

Poco más hay que añadir. La necesidad de largarme de esta casa y, sobre todo, de su cercanía, cobra especial relevancia o saldremos escaldados. La atracción que siento por ella sigue estando ahí, aun estando convaleciente, y ni quiero imaginarme el tormento que supondría depender de ella para casi todo.

Decidido. Hoy la misión será seguir recuperando las fuerzas y mañana sí, o sí, me buscaré las mañas para huir, como ella ha hecho.

Chica lista.

Todo es surrealista. A pesar de encontrarnos en estancias separadas noto su respiración desde aquí y flipo con mis pensamientos.

Joder, estar en su casa, entre sus cosas, es una auténtica delicia. Cada vez que huelo la almohada me recuerda a ella y me encabrono.

Martina me pone a cien, su olor también, y la parte baja de mi cuerpo, esa que es la única que por el momento parece que funciona como debe, va y se empalma dejándome a la altura del betún.

Suspiro intranquilo y solo espero que no se dé cuenta de mi estado cuando me traiga la cena. ¿Qué pensaría de un degenerado así?

CAPÍTULO 14

Martina

No he pegado ojo en toda la noche. Entre los nervios, la anomalía de tener a un hombre bajo mi techo, y el calentón consiguiente, ha sido completamente imposible y las consecuencias aquí están, frente al espejo del cuarto de baño. Las ojeras son kilométricas y maldigo mi mala suerte.

Joder, esto va a resultar una proeza en toda regla, lo veo venir y eso que solo ha sido la primera noche.

Mierda.

Me pongo en marcha con rapidez, si quiero dar normalidad a lo que ocurre nada mejor que salir corriendo por patas, por consiguiente trajino en la cocina con una rapidez inusual.

No pretendo que se muera de hambre, el pobre no tiene la culpa de nada y antes de irme a trabajar dejo en la mesilla de noche una bandeja con el desayuno y las pastillas, mientras suspiro de alivio al encontrármelo durmiendo a pierna suelta.

Bufff, menos mal. Así es mucho más fácil, o eso creo, y lo digo porque ahora lo único que tengo que hacer es dejar de mirarlo como si fuese mi postre favorito.

«Sí, sí, ya quisiera mi postre favorito. A este lo chuparía enterito antes de...».

Mierda. Mierdaaa. No es tan fácil resistirse a la tentación divina caída del cielo, las vistas desde aquí son impresionantes, a pesar de los moratones de la cara, y dedico unos instantes deliciosos a recrearme la vista y cada uno de los sentidos.

¡Joder con el macarra! Está más bueno que el pan y eso que tengo que conformarme con la silueta que me ofrece la funda nórdica sobre su cuerpo.

¿Y si la bajo un momento?

¿Se despertaría?

Ay, Dios, que ya hasta deliro y todo.

Y me reitero en el mismo asunto de siempre, llevo demasiados meses sin sexo y es el culpable de que se me caiga la baba admirando a un tipo que debería darme miedo, no morbo. ¿Acaso estoy perdiendo el poco sentido común que me queda?

De pronto, una imagen se apodera de mi escaso raciocinio y en un acto reflejo me llevo las dos manos a la boca. Por arte de magia presencio cómo se le iza la bandera y por poco tengo un orgasmo visual.

¡Jesusito de mi vida! Ahora sí que sí las vistas son increíbles, y salivo de gusto.

¿Con qué afortunada estará soñando?

La carga de erotismo impregna cada poro de mi piel y las ganas de acariciarle cobran vida propia.

¿Y si...?

«Vamos, salida, lárgate de aquí antes de que se despierte y vea lo necesitada que estás».

A tomar por saco la locura que se me acaba de ocurrir. Menos mal que mi yo racional ha hablado alto y claro, porque si dependiera del gamberro ya te digo que terminaría comiéndomelo enterito...

¡Basta!

Dicho y hecho, eso sí, antes de cerrar la puerta de mi cuarto echo un último vistazo, lo que ocasiona a que me reafirme en cuanto a la decisión de bajarme la aplicación de ligar en el menor tiempo posible.

Necesito sexo. Con urgencia, además, y solo así contemplaré la posibilidad de dar algo de normalidad al marrón en el que me ha metido la loca de mi compañera. De no hacerlo corro el riesgo de aliviarme con mi juguete sexual y estaría mal visto que mi invitado terminara escuchándome.

¿Te imaginas?

Un calor abrasador recorre mi espina dorsal solo de imaginarlo y salgo pitando de allí con un calentón épico.

Solo cuando piso el asfalto de la calle consigo serenarme un ápice mientras me doy cuenta del logro alcanzado, dadas las circunstancias de la debilidad que habita en el interior de mi condenado cuerpo, y agradezco que el pecado carnal por el que estaría dispuesta a pecar mil quinientas veces seguidas haya quedado atrás.

Y así seguirá, cuanto más lejos de mi calenturienta mente mejor, y para afianzarme en mi cometido voy y me impongo una norma inquebrantable para no terminar escaldada.

¿Quieres que te la diga?

Es fácil, a partir de este mismo instante interpondré una distancia abismal entre los dos, de lo contrario te juro que no respondo de mis impulsos o de mis actos, y no estoy por la labor de complicarme la vida. Total, hombres que sirvan para un desahogo momentáneo habrá a puñados, lo que significa que, sin ningún tipo de duda, lo mejor es que eche un polvo, o los que surjan, y después si te he visto no me acuerdo, consiguiendo de una manera rápida que deje de pensar en Dylan, en su cuerpo de diez y en esos tatuajes que lamería a mi antojo con mi lengua una y otra vez.

¿Ves lo fácil que parece? Ahora solo hay que llevarlo a la práctica y el asunto que sobrevuela por encima de mi cabeza, desde que la tentación en persona se plantó delante de una servidora, llegará a su fin en un tiempo récord.

Fin del asunto.

Unos minutos antes

Dylan

El ejercicio de contención es demoledor. Ser obligado a improvisar sobre la marcha con tal de que no se dé cuenta que de dormido tengo poco es un auténtico martirio, y es que...

¡Joder! Sin necesidad de abrir los ojos sé a ciencia cierta que está mirándome embobada y me empalmo como un puto crío, y ya van unas cuantas veces seguidas.

¿Qué me estás haciendo, Martina?

Total, que más me vale simular una respiración sonora, de lo contrario levantaré sus sospechas y mejor no quiero averiguar hasta dónde sería capaz de llegar en mi deplorable estado. Los golpes recibidos van sanando poco a poco y las marcas azuladas de mi rostro son más que

evidentes. Apenas si han pasado cuatro días desde el combate, aunque, al menos, de lo que sí soy capaz es de ir al baño solo.

Algo es algo.

Miro la bandeja del desayuno en cuanto se marcha y sonrío. Esta mujer es increíble, su disposición a cuidar de mí es abrumadora y se me hace la boca agua con el festín que me espera.

Café, zumo, huevos revueltos, beicon y tostadas es el menú de la mañana y no dejo ni una miga. Una vez que lo termino paso al baño y me aseo como puedo, después regreso a la cama y lo hago con la sensación de progresar adecuadamente, lo que significa que hoy mismo desapareceré del mapa, antes de que las cosas se terminen complicando entre dos jóvenes que se atraen incluso más de lo que yo mismo pensaba.

Es la realidad y sigo en mis trece en cuanto a protegerla de mí mismo. Un detalle que jamás me había sucedido con anterioridad, dejando apartado a un lado el deseo irrefrenable que siento por ella.

Sí, por Martina, la mujer por la que lucharía con ahínco en el caso de que tuviese una oportunidad; su corazón bondadoso me ha terminado de conquistar, y mejor omito lo mucho que me pone ese cuerpo que saborearía con deleite una y otra vez.

A mi mente le resulta imposible olvidar la mesa de su despacho y *voilà*, en cuanto la visualizo mis hormonas se sublevan y son las culpables de que mi mano izquierda, la derecha sigue demasiado dolorida, baje hasta encontrar el premio gordo, y nunca mejor dicho.

La hostia puta, el orgasmo me pilla desprevenido y eyaculo sobre las sábanas poniéndolo todo perdido.

Joder, ¿desde cuándo tengo que recurrir a aliviarme yo solo? Jamás me había sucedido con anterioridad. En el mundo en el que me muevo las tías ricachonas que asisten a los combates acceden encantadas a dejarse llevar con tal de que las empotre contra cualquier pared, y si es con el novio esperando mejor. Son unas lobas en busca de adrenalina y sexo del bueno, ¿y quién soy yo para negárselo?

De ahí que no entienda muy bien mi situación actual, y de ahí las prisas por finalizar una locura sin igual.

Y en esas estoy, dando sentido a lo que no lo tiene, cuando el sonido del telefonillo comienza a sonar de manera insistente y prolongada.

Maldita sea, ¿no dijo Mary que su vida era un aburrimiento y que no conocía a nadie de por aquí?

Venga, otra vez a levantarse. Al final me servirá como ejercicio de fuerza y compruebo con satisfacción que un nuevo logro me espera.

Llegar hasta mi objetivo y ya van dos paseos casi seguidos.

¡Bien por mí!

—¿Hola? —digo a la espera de que alguien se pronuncie.

Nada. Nadie contesta, lo que da lugar a creer que se han confundido, cuando...

—¿Tú quién eres?

La respuesta la recibo en español y proviene de una mujer, lo que provoca que arrugue el ceño de manera un tanto confusa.

—Ehhh... —dudo sobre la marcha ante una pregunta así. ¿Qué respondo? La persona que espera la respuesta se refiere a qué tengo que ver con Martina, o eso interpreto, y como no tengo la menor idea de qué decirle me limito a ser práctico— soy Dylan —me presento en el mismo idioma.

—¿Dylan? ¿Qué Dylan?

La voz alterada de un hombre es lo siguiente que escucho y sin necesidad de verlo intuyo que ya le caigo mal.

¿Por qué?

—Oye, tú, ¿estás sordo o qué? Venga, ábrenos ahora mismo, tenemos una conversación pendiente —se sulfura la otra parte ninguneándome sin conocerme siquiera.

Pero bueno, ¿estos dos de qué van?

Y, de repente, el color de mi cara se desvanece con una rapidez asombrosa a consecuencia de la siguiente frase:

—No me lo puedo creer, nuestra Martina nos prometió que no se enamoraría en este puto país. Nos lo prometió, Isabel. ¿Qué demonios hace un hombre en su casa?

¡La Virgen!

¿De verdad los que están abajo son sus padres?

Apoyo la espalda en la pared, ante el riesgo real de que me desmaye de la impresión, y a continuación pulso el botón.

Mi mala suerte se agranda y por primera vez en la vida me arrepiento de no tener teléfono móvil. Debo ser el único de mi edad en toda la puta ciudad y en un caso como el que nos ocupa sería primordial para avisar a Martina.

No los espera, la encerrona de Mary lo corrobora y trago con dificultad, sintiendo mis pelotas en la garganta ante la encrucijada en la que me he visto involucrado de sopetón, sin avisar, y sopeso que el encuentro va a convertirse en una auténtica pesadilla.

E incluso barajo la posibilidad de no salir ileso, y mira que ya tengo bastante con lo que tengo.

Dejo la puerta abierta y decido regresar a la cama. Entre las emociones y los paseos ya he gastado la energía de todo el día y prefiero recibirlos como lo que soy. Como un hombre herido y desvalido, no sea que su padre vea conveniente darme una hostia según me vea, ante el convencimiento de que he mancillado el honor de su pequeña y termine de rematarme.

Visto lo visto tampoco es que me extrañara, la verdad.

CAPÍTULO 15

Dylan

Todo me sale mal. Ni siquiera me da tiempo a llegar hasta mi destino cuando escucho a mi espalda pasos acercándose a gran velocidad y bufidos varios.

Joder, ¿es que estos dos han subido corriendo por las escaleras?

Y la que supongo que es la madre de Martina, por el gran parecido que tienen, va y asoma el hocico, fijándose en las manchas que ha provocado mi desahogo y que todavía no se han secado en mitad de la cama.

Quiero morirme, de forma literal, y avergonzado me siento y las tapo con la funda nórdica, aunque sea demasiado tarde.

El siguiente que aparece en escena es un hombre cargado con una maleta, su semblante no oculta lo furioso que está y entiendo que tengo un problemón de narices.

—¡Tú! Dinos quién eres, qué haces en casa de nuestra hija y, sobre todo, cuándo te vas a largar de aquí.

Más que hablar gruñe y yo me hago pequeñito, pequeñito. No sé ni dónde meterme, jamás había vivido una situación así y no doy crédito.

Los dos ya han sacado sus propias conclusiones, noto el odio en sus miradas, y veo difícil que me dejen salir vivo de aquí.

Pues oye, que bonito día se ha quedado, ¿no?

Martina

Llevo la mañana entera evitando a Mary. Ahora soy yo la que juego con ventaja y como conozco sus debilidades me mantengo firme en mi decisión.

El cariño que siente hacia mí es real, lo supe desde el principio, cuando me acogió bajo su ala como si fuese un pollito, y fíjate que a la que no le tiembla el pulso esta vez es a mí, dándole donde más le duele.

¿Ves cómo yo también sé jugar?

Mi pasotismo hacia ella es el peor castigo que puede recibir y no me da pena alguna. Que se hubiese pensado antes las consecuencias que tendría que acarrear por ser una entrometida de cuidado. A ver si con un poco de suerte aprende.

En cuanto a su marido..., ya le vale. Otro que añadir a la saca. Cada vez que he ido a su casa me ha tratado con un cariño especial, dándome la suficiente confianza para quererlo como a uno de mi familia, y mira la que me ha liado, porque sí, está metido en el ajo de igual forma, y por lo tanto declino responderle a las numerosas llamadas que se empeña en hacerme desde que he entrado a currar.

Seguro que la lianta de turno ya le ha puesto al corriente de mi actitud y pretende interceder a su favor.

¡Ja! La lleva clara.

Toc, toc.

Anda, y hablando del rey de Roma...

Alzo el mentón y allí la veo. La muy tunanta lleva en su mano derecha un paquete de mis dulces favoritos y un café.

—Cariño, he salido a tomar algo y mira lo que te he traído —susurra con su mejor versión, dispuesta a camelarme.

—Déjalo en la mesa —pronuncio con un tono cortante y seco.

—Ehhh...

—Mary, sigo muy enfadada, así que te agradecería que me des el espacio que necesito. Ah, y dile al traidor de tu marido que deje de dar por saco y de llamarme, por mucho que insista no voy a hablar con él.

—Martina...

—Ni Martina, ni leches, déjame trabajar. Tengo que terminar un expediente antes de la hora de la comida. De no hacerlo no podré ir a ver a Dylan y no pretendo que se muera de hambre. El pobre no tiene la culpa de tus tejemanejes.

—Tranquila, yo me encargo. Sé que no he actuado bien y al menos colaboraré contigo. ¿Te parece?

—¿Y qué más da lo que me parezca o no? Vas a hacer lo que te dé la gana, así que, tú misma.

No añadido más, le doy las llaves y sigo con el ordenador. La verdad es que si va me evitaré otro momento comprometido con el macarra que provoca cada uno de mis sueños tórridos, y casi que lo prefiero. Eso sí, ni de coña voy a decirlo en voz alta. En el caso de hacerlo seguro que cambiaría de opinión y no estoy por la labor.

Solo cuando desaparece de mi vista me zampo parte de los pastelitos, son una auténtica delicia, y a la muy bruja le bastan para que mi pobre conciencia empiece a plantearse si no estoy siendo demasiado dura con ella.

¿Blanda, yo?

Sí, mucho, y así me va. De puta pena.

Mary

Paro en el supermercado y compro un par de sándwiches, agua embotellada, algo de fruta y un par de chokolatinas para destensar el ambiente. Será el menú de hoy y lo compartiré con el enfermo.

El pobre lleva toda la mañana solo y querrá un poco de compañía, y más le vale que no se le ocurra echarme en cara la jugada de ayer, ya tengo bastante con Martina, y que conste que si lo hice fue creyendo que sería lo mejor para todos.

«Que pedazo de mentirosilla soy, je, je», pienso mientras salgo del ascensor. Saco del bolso las llaves que me ha dado la dueña, abro la puerta y voy directa a la habitación.

—Hola, la visita ha llegado. ¿Qué tal...?

La pregunta queda suspendida en el aire y todo al contemplar una escena que no logro asimilar, y mira que lo intento.

Y los interrogantes se suceden por arte de magia.

¿Quiénes son las dos personas que rodean la cama en la que está acostado Dylan con un semblante que da miedo?

¿Cómo han entrado?

Y lo más inquietante:

¿Qué les ha hecho el pobre chico que aguanta la reprimenda como buenamente puede en castellano?

—Perdón, ¿interrumpo algo? —Dejo lo que llevo en las manos y allá que voy, directa a buscar las respuestas que no entiendo.

Y mi parte cotilla da palmas con las orejas ante la ventaja de saber el idioma en el que hablan gracias a la insistencia de mi marido; tiene familia en España y de ahí la predisposición a ayudar a Martina desde el primer día en el que le hablé de ella.

Bueno, que me disperso y no es el momento. Ahora lo importante es dar sentido a lo que no lo tiene y presto atención a los intrusos.

Vaya, vaya. Sé quiénes son en cuanto me fijo en sus rostros y de inmediato me compadezco del pobre Dylan.

—Pero bueno, ¿esto es una casa de locos o qué? ¿Quién se supone que es usted? —pregunta el padre con mala leche.

—Soy Mary, una compañera de vuestra hija —les avanzo de manera cordial, dándoles la mano con una sonrisa de oreja a oreja—. Si no os parece mal mejor nos tuteamos, encantada de conoceros. ¡Ay! ¡Qué bien! Nuestra Martina se va a poner de un contento... Por cierto, Luis, ¿a ti no te daba pánico subir a un avión? Entre vuestra hija y yo no hay secretos. La pobre lleva tres meses sin adaptarse a la ciudad y mi marido y yo hemos considerado oportuno abrirle las puertas de nuestra casa para que no se sienta más sola de lo que ya de por sí está, por ello sé cada pormenor de su vida, por consiguiente, también de la vuestra.

El matrimonio no oculta su perplejidad y se queda mirándome con la boca abierta.

Oh, oh. Y opto por cerrar la mía. Por sus caras de estupor interpreto que les he dado una información que ellos desconocían por completo y maldigo mi incapacidad a morderme la lengua de vez en cuando.

La verdad es que en ocasiones como esta estaría bien, sí.

—Tranquilos, ¿eh? —Sí, lo sé. Acabo de plantear que estaría mejor calladita, pero es imposible, ¿qué le voy a hacer? Y nada, yo a lo mío—. Gracias a este chico las cosas han cambiado bastante estas dos últimas semanas y es justo que lo sepáis. ¿Os ha dicho vuestra hija que Dylan le salvó la vida? Por las caras que ponéis supongo que no, así que ya os pongo yo al día.

»Resulta que Martina pinchó una rueda en un barrio peligroso y ahí estaba él, acudiendo raudo y veloz, como si se tratase de un superhéroe, mientras la salvaba de un aprieto de narices.

»No contento con eso, al lunes siguiente ejerció de buen samaritano y le entregó el bolso que había perdido junto a uno de sus zapatos. ¿No os parece una historia fascinante?

»Por regla general no suelo equivocarme con las personas, tengo un radar especial, y os aseguro que entre Dylan y Martina existen indicios más que suficientes para que...

—¡Mary! ¿Quieres hacernos un favor a todos y callarte de una puta vez? —El que habla es un Dylan descompuesto, la situación lo supera por momentos y no le conviene para su recuperación.

Pobrecillo.

—Hijo, mi intención es ponerles al día, nada más, si yo fuera ellos interpretaría lo que no es y supondría que tú eres el novio de su hija.

—Ah, pero ¿no lo es? —pregunta el padre quitándose un peso de encima y descubriéndose él solito, a medida que suspira de alivio.

—Por supuesto que no —niega el aludido con la frente perlada de sudor.

Ay, qué lástima, lo mal que lo está pasando. Menos mal que he venido y puedo echarle una mano.

—De momento —añado guiñándoles un ojo.

La pareja se queda a cuadros y el joven lívido.

—Por favor, Mary, déjame tu móvil.

—Claro.

Lo desbloqueo y se lo doy.

—¿Para qué lo quieres?

—Para salvarme el culo, más que nada. ¿Te parece bien?

—Tranquilo, hijo, que de eso ya me encargo yo —sentencio tan campante.

—Sí, ya lo veo, ya. ¡Dame el puto móvil!

Martina

Finalizo una conversación con un cliente justo cuando mi teléfono me avisa de que tengo una videollamada de Mary.

Ay, virgencita, ¿qué querrá ahora la loca de los peines?

Pulso la pantalla y mi sorpresa es mayúscula al ver la imagen de Dylan.

No me lo esperaba.

—Hola, ¿cómo va todo por ahí? ¿Has descansado bien?

—Ehhh, Martina, te llamo porque ha surgido un contratiempo de última hora y creo que...

—¿Un contratiempo? —le corto con el corazón disparado dado a la mujer que se encuentra en mi apartamento.

La alerta se posiciona rápidamente, presto la atención debida y me fijo en su cara, la cual es un verdadero poema, y un mal palpito me sacude de principio a fin.

¿Y ahora qué pasa?

No espero mucho para averiguarlo, y es que, sin ton ni son, alguien le quita el dispositivo de las manos, de malas maneras, y hasta que aparece enfoca el techo, la pared, la cama y...

¡¡¡Ostras!!!

La cara de mi padre es la que aparece en pantalla y me quedo estupefacta.

—¿¿Papá?? —pronuncio en *shock*.

—Hola, cielo.

—¿Qué haces en mi casa? —pregunto *ojiplática* perdida.

—Era una sorpresa, aunque al final los sorprendidos hemos sido nosotros. ¿Me puedes decir desde cuándo incumples las promesas?

¿¿Qué??

—Eso, eso —añade mi madre entrando en mi campo de visión como una auténtica energúmena—. Y ahórrate lo de que no sois nada, porque no me lo creo. Hija, no te reconozco,

¿por qué nos has ocultado lo mal que lo has pasado estos meses? Si es por amor propio déjalo, tesoro, estaremos encantados de tu regreso. Esta vida no es para ti y ya te lo advertimos.

¿¿Cómo??

Las emociones se disparan y la impresión de que estoy en una montaña rusa repleta de subidas y bajadas cobra fuerza, al tiempo que la verdad se abre paso allanando el camino.

Y claro, la euforia de verlos queda relegada a un segundo plano, siendo sustituida por un cabreo descomunal, y todo ocurre en un espacio de tiempo demasiado corto; algo normal, dadas las circunstancias, y no es más ni menos porque no me gusta nada el cariz que de pronto adquiere la conversación surreal que estamos manteniendo.

Coño, menos mal que Dylan me ha avisado. Si Mary acaba de llegar y ya ha soltado lo más grande, ¿qué sería lo siguiente?

—En cuanto a este tío —vuelve a tomar la palabra mi padre destilando un odio anormal—, no sé qué habrás visto en él con la vida que lleva, siempre has sido demasiado buena y quiero que sepas que no le debes nada, ¿me oyes? Mary nos ha contado que es de un barrio conflictivo y a mí me ha bastado para calarlo. ¿No será que provocó el incidente del coche para aprovecharse de ti? ¿A que ni siquiera te lo habías planteado? Ay, pequeña, pequeña, si ya sabíamos que esta aventura sería una completa locura. Menos mal que hemos venido a comprobar que está todo en orden.

—¡¡Papá!!

Alucino. ¿Qué leches está insinuando?

Ay, Dios. La vergüenza que me están haciendo pasar no se lo perdono a ninguno, ya lo digo.

Y ya, para rematar la faena, va mi madre y suelta tan tranquila:

—Tu padre tiene razón, y te diré más. Mira, hija, si después de todas las penurias que has pasado todo este tiempo lo que necesitabas era un desahogo me parece bien, pero se acabó.

—¿De qué hablas, mamá?

—No te hagas la tonta, cariño, he visto las sábanas y lo entiendo, pero, por favor, deshazte de un pobre muerto de hambre que se dedica a malvivir con peleas clandestinas, él mismo nos lo ha dicho a tu padre y a mí, y a nosotros nos parece un motivo más que suficiente para que te olvides de esta locura en general. Tu vena aventurera ya ha sido cubierta y ahora solo tienes que redactar tu baja voluntaria y regresar a casa con nosotros, nada más.

¿Perdona?

Abro los ojos como platos y boqueo en busca de un poco de oxígeno, cualquier ayuda es buena para solventar una eventualidad que no sé ni cómo definir y centro cada sentido en armarme de una paciencia infinita.

Esto es el colmo del colmo y el desmadre generado descomunal. De verdad, no doy crédito a lo que escucho, parece una pesadilla en toda regla, y eso sin contar lo que el pobre Dylan tiene que estar soportando en persona.

¿Cómo es posible que no se den cuenta?

Y dedico unos segundos a recopilar la información, empezando por las acusaciones directas hacia una persona que no conocen de nada (son un golpe bajo donde los haya), y termino por la imposición desmedida de arrastrarme con ellos de vuelta al pueblo.

Los datos son alarmantes y lo que más daño me provoca es que los muy incautos siguen tratándome como a una niña pequeña a mis veinticuatro años, un detalle que desde luego no voy a consentirles a ninguno de los dos.

Vamos, ni hablar.

Y, llegados hasta aquí, solo me queda dar la cara, coger el toro por los cuernos y dejar el tema bien clarito. De la multitud de gente que hay en mi casa tres son los que se han pasado de la raya con creces y como tal he de afrontar mi siguiente movimiento. Es de vital importancia para dejar marcados los puntos sobre las íes y poco más he de decir.

Y así, con una templanza innata, corto la comunicación sin despedirme siquiera, levanto el culo del asiento, me dirijo a la persona que sustituye a Mary en la recepción y le informo de que salgo a comer.

Menos mal que de camino a mi apartamento soy capaz de aplacar los ánimos, al fin y al cabo, las ganas de ver a mis progenitores están ahí, por encima de todo, y es una excelente noticia ante la necesidad de sentir su cariño.

Eso sí, después, pondré a cada uno en su sitio. Sí, a los tres.

En cuanto a Dylan...

Mierda. ¿Qué hago con él?

Sin él buscarlo se ha convertido en un daño colateral, entre unos y otros, y no es justo.

No. No lo es.

Y, en ese instante, un disparate se cruza en mi mente, de forma espontánea, y tomo una decisión.

CAPÍTULO 16

Dylan

Los minutos se hacen eternos hasta que llega mi salvadora. Sí, lo es, los energúmenos de sus padres me dan miedo y ya veríamos qué pasaría si no estuviese postrado en una cama.

Me han llamado de todo: aprovechado, muerto de hambre, *gigoló*, oportunista, jeta, quinqui...

Los calificativos han sido cuantiosos (alguno ni sé lo que significa) y, aunque algunos son ciertos, la verdad es que han logrado atravesar la coraza que llevo siempre y me han dejado tocado.

No sé, supongo que me han pillado con el ánimo por el suelo. Además, lo curioso del tema es que Martina no se ha atrevido a juzgarme en ningún momento y por ese motivo me choca tanto que sus padres sean tan diferentes, aunque claro, estamos hablando de su hija y quizá por ello muestran una cara deplorable y mezquina, porque es lo que han sido conmigo.

Bah, ¿y a mí qué cojones me importa? La absurdez de cada uno de mis pensamientos me sitúa como a la víctima y por ahí sí que no voy a pasar. Soy un hombre fuerte, acostumbrado a recibir palos por doquier, y este, precisamente, debería de tratarlo como el más insignificante de todos los que me han dado a lo largo de los últimos años. Tan solo es uno más que añadir a la lista interminable, aunque sí que es cierto, además de curioso, que me jode un huevo y mentiría si dijera lo contrario.

En fin, mejor aprovecho la especie de tregua que la pareja de turno me ha dado desde que la comunicación con Martina se ha cortado y utilizo la intimidad que me ofrece la habitación para tratar de buscar algo que pueda servirme. Sigo con el mismo pijama que me pusieron en el hospital y ya es hora de reemplazarlo.

Mi cara de sorpresa es total al descubrir mi ropa limpia colgada en su armario, sí, la misma que llevaba el día en el que me tiró los tallarines a la cabeza, y sin duda es una baza con la que no contaba.

La descuelgo y me la pongo despacio, cada movimiento, por pequeño que sea, consigue que vea las estrellas del firmamento entero y maldigo mi condenada mala suerte.

Bien, listo para el espectáculo final. Aquí el que no ha hablado soy yo y ha llegado la hora de que lo haga. Desde que Martina apareció en mi vida todo ha ido complicándose sobre la marcha y no me interesa en absoluto.

Antes de ella mi vida se limitaba a ganar dinero con las peleas y a follar como un loco con cualquier mujer que se me pusiera a tiro, en cambio, fíjate a qué puesto he quedado relegado, y estoy refiriéndome al marrón que pretenden que me coma. Un marrón que desde luego no me corresponde, y me encabrono cada vez más al no lograr entender cómo coño me he prestado a alargar lo que para mí era un simple juego.

Sí, es lo que ha sido, y tomo la determinación de cortar por lo sano de una vez por todas antes de que regrese al lugar que verdaderamente me corresponde.

Punto y final.

Fácil, ¿verdad?

Martina

—Oh, cariño. Cuantas ganas teníamos de verte.

El abrazo de mis padres es sanador al cien por cien y las compuertas de mis lágrimas se abren de par en par.

«Dios, cómo los he echado de menos», me digo llorando como una magdalena mientras inspiro el olor a hogar que desprenden.

—Todavía no me hago a la idea de que estéis aquí. Papá, ¿cómo has conseguido subirme a un avión?

—Hija, eso mismo es lo que yo le he dicho —interviene Mary con los ojos llorosos.

—Pues ya ves, te echaba tanto en falta que no me quedó más remedio que tomarme una pastilla de esas milagrosas —ríe dándome la vida.

—Cariño, ni te imaginas el viaje que me ha dado. Se ha pasado las horas cogido a mi mano, si le llegas a ver la cara tendrías para reírte durante un mes seguido.

—Oye, ¿y cómo lleváis el *jet lag*?

—¿Y eso qué es?

—Anda, ignorante —se cachondea mi madre—, eso es la paliza que llevamos en el cuerpo con un viaje tan largo y con la diferencia horaria entre países. Yo estoy muerta de cansancio.

—Ah, eso, pues yo estoy igual y en cuanto pueda me voy a la cama directo. ¡Anda! ¡El que faltaba! —exclama de manera despectiva en cuanto Dylan abre la puerta de la habitación y se deja ver.

Bien, pues hasta aquí hemos llegado. Se acabó el buen rollo.

—Hola, Martina.

Desvío la atención y me encuentro con una estampa enternecedora que me deja sin palabras. El macarra seguro de sí mismo, prepotente y chulo de los primeros días parece otro. El cambio ha sido significativo y lo achaco a mi implicación personal desde que decidí acompañarlo en el hospital.

Y ahí está, con su ropa de chico malo que lo convierte en irresistible y con una mirada que no paso por alto. Su incomodidad es palpable de lejos y se me encoje el corazón.

Mis padres son los culpables. Si en la videollamada lo han puesto a caldo delante de mí, ¿qué no le habrán dicho antes?

No es justo. No, no lo es.

—Hola, Dylan, ¿cómo estás? —La preocupación es mayúscula y me siento avergonzada por la parte que me toca.

—Preparado para irme —suelta para sorpresa de todos los presentes—. Siento ser el causante de amargarte un encuentro tan familiar.

La contestación me pilla de improviso, no la esperaba para nada, y la disposición a mantenerlo a salvo durante unos días más ha pasado a ser una de mis únicas preocupaciones. Sí, desde la noche en la que tuve que hacerme cargo de él algo cambió, y no hablo solo de la atracción física que siento. No, nada de eso, verlo en aquel estado de vulnerabilidad fue un reto y tomé la decisión de agarrarle de la mano. Un día a mi lado significa alejarlo del mundo peligroso de las peleas clandestinas, o eso creo, y es un motivo más que suficiente para mostrarle mi apoyo

absoluto, lo que significa que no quiero que se marche y menos en unas condiciones tan nefastas.

No podría perdonármelo nunca.

—Menos mal —sentencia mi padre cortando de raíz cada uno de mis pensamientos—, por un momento he llegado a pensar que tenías algo con ese, y ya me extrañaba con lo sensata que eres.

El error que comete mi padre con sus palabras activa mis defensas y lo miro con estupor.

—¿Papá?

—¿Sí, cariño?

—Se llama Dylan, y te agradecería que a partir de ahora lo trataras con el respeto que se merece.

—¿Cómo que a partir de ahora?

—Ajá, lo que oyes. Y ahora que estamos todos presentes os diré un par de cosillas. La primera, aquí la que decide sobre mi vida soy yo y empezaré por pasar por alto las sugerencias de regresar a casa con vosotros. Os dije que estaría un año fuera y por muy mal que lo haya pasado al principio cumpliré con el contrato que firmé, ¿os queda claro? Y, la segunda, Dylan se queda.

El turno de cambiar las tornas ha llegado y ahora le toca a él sorprenderse por mi alegato.

—Pero...

—Pero nada, mamá —la interrumpo poniéndola en su sitio—, entiendo vuestra preocupación y que os haya resultado chocante encontrar a un hombre en mi casa, de verdad, os entiendo a los dos, pero lo cierto es que no os reconozco. ¿Dónde se ha quedado la educación que me habéis dado? ¿Desde cuándo juzgáis a la gente por su aspecto o por lo que os hayan dicho? ¿No os habéis parado a pensar en el daño que podéis estar ocasionando?

Ni replican, el repaso es épico y aprovecho para analizar la cara del hombre al que protejo a capa y espada. ¿Cómo se lo habrá tomado? No sé, existe la posibilidad de que se haya ofendido ante la creencia de que no necesita defensa alguna, y menos por mi parte, y sigo flipando por el poder que me otorga. Es un libro abierto y leo entre líneas lo poco acostumbrado que está a que intercedan por él, el brillo en sus ojos lo delata y mi pecho se hincha de satisfacción.

Le gusta.

Bien por mí.

Y ni lo pienso, la necesidad de amparar al hombre rudo que se empeña en ocultar cualquier tipo de sentimiento cobra fuerza y comienzo a acortar la distancia que nos separa. Lo hago sin tener la menor idea de con qué intención, lo único que sé es que necesito borrar de su rostro el semblante melancólico, nada más, lo que supone que termine dejándome llevar por mi impulsividad, a medida que cometo una temeridad en toda regla.

—¿Martina? —escucho su toque de atención en cuanto se percata de mi cercanía, aunque no se aparta.

Mi propósito es evidente y no paro hasta que nuestros cuerpos se tocan.

—Shhh. No digas nada, Dylan.

A continuación, me pongo de puntillas, posiciono mis brazos alrededor de su cuello y le beso con suavidad delante de un público estupefacto.

Y ocurre. El sabor de sus labios me vuelve loca y es una lástima que no podamos profundizar en condiciones.

—Martina, ¿se puede saber qué cojones haces? —Me reprende en voz baja para que solo yo lo oiga.

—Convencerte para que no te vayas —declaro con mi única verdad en el mismo tono.

—Oye, ¿podríamos hablar un momento los dos solos? Tus padres están a punto de saltarme a la yugular y no estoy en condiciones de defenderme.

—Vale. Papá, mamá, Mary, si nos perdonáis un momento hay algo que tenemos que aclarar, podéis despacharos a gusto aprovechando que no estoy. Vosotros mismos.

Sin más entramos en la habitación y cierro la puerta. En cuanto lo hago, un Dylan diferente trata de sacar su peor versión.

—Martina, que sea la última vez que me utilizas en tu propio beneficio, ¿me oyes?

—Lo siento, ha sido un arrebató.

—¿Un arrebató? Estás loca.

—No lo descarto, no. Y ahora deja a un lado tu pose de chulo ensayada y admite que te ha gustado mi defensa a ultranza... y mi beso también.

Lo desarmo de inmediato.

—Joder, ¿tanto se me ha notado?

Asiento.

—¿Sabes que nunca nadie lo había hecho antes?

—¿El qué? ¿Salir en tu defensa o darte un simple beso? Tampoco ha sido para tanto.

—Hablo en serio, Martina, de donde vengo no valgo nada a excepción de mis puños, y en cuanto al beso... Nunca me faltan mujeres para pasar el rato, al contrario, y la diferencia entre ellas y tú es abismal.

—¿Por qué?

—Porque ellas solo quieren follar conmigo, en cambio, tú, acabas de dejarnos claro a todos, incluido a mí, que no te van para nada las injusticias.

—Oye, oye, tampoco te lo creas tanto, ¿eh? —bromeo con una sonrisa bobalicona—, digamos que me he limitado a jugar mis cartas con dos propósitos bien diferenciados.

—¿Qué propósitos?

—Por un lado, mi pretensión es que no te marches hasta que estés recuperado del todo, y ahora que mis padres piensan que eres mi novio, no podrás. Y, por el otro, quiero dejarles claro que hace mucho que dejé de ser una niña pequeña.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo?

—Sí, es una locura, pero ya los has visto. Necesitan una lección por portarse como no deben contigo. Por cierto, ¿qué ha querido decir mi madre con lo del desahogo y las sábanas? No lo he entendido.

Dylan se hace el disimulado y no suelta prenda, convirtiéndose en un motivo más que suficiente como para acercarme a la cama con la finalidad de apartar el nórdico a un lado.

Las pruebas del delito aparecen y yo me quedo a cuadros.

—Oh, Dios, qué vergüenza. ¿De verdad te has masturbado en mi cama? —pregunto roja como un tomate ocultando el rostro con ambas manos.

—Ajá, y no es lo peor.

—Por favor, no quiero saberlo —suplico acalorada.

—Lo hice pensando en ti, Martina —susurra con una voz ronca que me pone a mil.

Ay, Dios, ay, Dios, esto va a ser más complicado de lo que en un principio pensé.

¿A quién se le ocurre el disparate de hacerlo pasar por mi novio cuando me gusta tanto?

—Eres un guarro, ¿lo sabías?

—Y tú una aguafiestas.

—¿Yo?
—Sí, tú.
—¿Y se puede saber por qué?
—Fácil, porque teniéndome a tiro antes de la pelea decidiste perder la oportunidad y estabas empeñada en bajarte una aplicación de esas para ligar, en vez de confesar que te morías por mis huesos.
—Tú eres un poco creído, ¿no?
—Mucho.
—Bueno, entonces qué, ¿te quedas conmigo unos días más?
—Vale, pero que conste que lo hago por darle por saco a tus queridos padres, después me largo, Martina. Tú y yo somos de mundos diferentes y jamás podría perdonarme ponerte en peligro. Mis tejemanejes del día a día son con gente de la que no puedes fiarte y estoy hablando en serio.
—Me parece bien, entonces hay trato, ¿verdad?
Extiendo la mano para sellarlo y su lado canalla, ese que en el fondo me encanta, aparece.
Y que conste que jamás lo reconoceré en voz alta.
—Ay, Martina, Martina, no sé qué estás haciendo conmigo pero te garantizo que no sellaré ningún trato con un simple apretón de manos. ¿Por quién me tomas?
—¿Qué insinúas?
—Que podemos hacerlo con un beso en condiciones.
—Oye, que fuera están mis padres.
—Anda, y ahora se me vuelve puritana. ¿Pues sabes qué? Da gracias, si estuviera en mis plenas facultades no saldrías de esta habitación a la ligera.
—¿Es una amenaza?
—Tómatelo como quieras.
—Mmm, interesante —me lanzo a la piscina sacando mi lado gamberro, yo también lo tengo y ya sabes lo necesitada que estoy—, te tomo la palabra.
—¿Y ahora juegas con fuego? Cuidado, no sea que termines quemándote.
—Lo tendré en cuenta. Y ahora, por favor, acuéstate y descansa. Voy a establecer ahí fuera unas reglas para que la convivencia sea lo más pacífica posible.
—Eres mi heroína, ¿lo sabías?
—No exageres, fiero.
Doy media vuelta y antes de abrir la puerta me giro.
—Oye, ¿me estabas mirando el culo?
—Vaya —silba burlándose de mí—, ¿también eres adivina? Sí que eres completa, sí. En cuanto a la pregunta, has acertado. Por supuesto que te estaba mirando el culo, ¿te he dicho ya lo mucho que me gusta?
—Esto va a acabar mal —bromeo poniendo los ojos en blanco.
—No lo sabes tú bien —contesta con una sonrisa que me vuelve loca.

CAPÍTULO 17

Dylan

La tranquilidad de la tarde es sorprendente. Los padres de Martina ni se han dignado a dirigirme la palabra y casi que lo prefiero.

Mejor para todos.

Desde que su hija y Mary se marcharon a trabajar han establecido una especie de tregua y, aunque sí que es cierto que noto sus miradas llenas de crispación, a la hora de la verdad son listos y se limitan a ignorarme.

Y por enésima vez me pregunto qué coño hago aquí. Todavía no doy crédito a la decisión que he tomado y acepto que Martina es la única culpable. Cada vez que recuerdo el roce de su boca con la mía la vulnerabilidad acapara cada uno de mis sentidos y me encabrano.

¿En qué momento exacto olvidé lo de protegerla y largarme cagando leches? Mira que era fácil, ¿eh?

La hostia. Un simple beso y parezco un puto crío. Mis hormonas revolucionadas así lo atestiguan y mi cuerpo llora por las esquinas pidiendo un poco de atención. Ver para creer, aunque, la parte positiva de este entramado, porque lo hay, llega a reconfortarme ante el convencimiento de que al menos las heridas van sanando a una velocidad increíble. La ingesta de analgésicos la he empezado a reducir y es el mejor síntoma.

—Hola, ya estoy en casa.

Su voz altera mis pensamientos y por un instante mágico, o más bien de locura, imagino que de verdad vivimos juntos y que somos una pareja convencional.

Joder, otra vez empiezo a desvariar. Ya me vale.

La falta de costumbre a que se preocupen por mí se suma a la falta de cariño y hacen mella a la menor, resultando un tándem difícil de asimilar cuando el ambiente es tan diferente al de mi día a día y más me vale centrarme, de lo contrario el que saldrá escaldado seré yo.

El cabreo conmigo mismo ofusca mi parte racional y busca una salida razonable, que no es otra que derribar a la responsable de que empiece a imaginarme un mundo irreal, que a mí en concreto me está terminantemente prohibido, y opto por echarle morro, que para eso soy un entendido en la materia.

Si se trata de hacerme pasar por su novio es fácil, ¿no? Pues eso, dejémonos de medias tintas y vayamos al lío.

Sin más.

Salgo de la habitación con las ideas claras, oteo el horizonte y, en cuanto entra en mi campo de visión, marco el objetivo a batir.

Preparados.

Listos.

Ya.

Martina

—Hola, mamá, ya veo que te ha afectado mucho lo del *jet lag*, ya.

La incombustible de mi madre está fregando los azulejos de la cocina a pesar de estar como los chorros del oro. Soy una fanática de la limpieza, igual que ella, y la dejo por imposible.

—¿Y papá?

—Arreglando un enchufe del cuarto de baño.

—Hola, cariño —me saluda asomando la cabeza por la puerta.

—Oye, ¿y por tu novio no preguntas? —malmete la buena de mi madre agarrándose a la posibilidad de que sea un cuento chino.

—No hace falta, Isabel, su novio ya viene a recibirla como se merece —la voz sensual me pone los pelos de punta y de la impresión no consigo reaccionar.

Vaya, lo de ejercer de mi pareja parece que no se le va a dar nada mal, no.

—Hola, cielo, ¿qué tal la tarde en el trabajo?

¿¿Eh??

El muy jeta interpreta un papel estelar mientras cumple su palabra. Sí que viene a por mí y lo hace con una expresión demoníaca en esos ojos verdosos que seguro que no pasan desapercibidos así como así.

Ay, madre, ¿qué me he perdido?

El corazón sale disparado al ver sus intenciones, no va a detenerse, y termina dándome un beso en la boca ante la atenta mirada de mis progenitores.

—Llevo toda la tarde deseando hacer esto —susurra en mi oído provocando que los pelos de mi condenado cuerpo se ericen por segunda vez consecutiva.

—Ehhh, bien, bien —casi tartamudeo centrándome en responderle a la pregunta que me ha hecho con respecto al trabajo—, atendiendo muchas llamadas, ya sabes.

—Relájate, ya estás en casa —acomete con una voz ensayada que sabe a gloria bendita.

Y como no parece que le sea suficiente va y con la parte exterior de su dedo índice acaricia mi mejilla con una suavidad enloquecedora, mientras casi me derrito al sentir su mirada escrutadora sobre mí.

Es un profesional en la materia de la seducción, juega con una ventaja abismal y no hay que ser muy lista para entender lo que pretende.

Adentrarse en mi cabeza.

—Por favor, ¿puedes acompañarme a la habitación un momento?

—Nada me gustaría más.

Las caras de mis padres son un poema y la mía también.

¡Jesús! Las libertades que se está tomando son demasiadas y mucho me temo que tendré que corregirle tanta efusividad.

O, al menos, intentarlo. De lo contrario ya puedo ir preparándome para sufrir de lo lindo.

—Oye, no hace falta que te muestres tan cariñoso —le advierto a modo de cuchicheo una vez que estamos solos y con la puerta cerrada.

—¿No es lo que debería hacer un buen novio?

—Dylan... —le aviso con la mirada.

—¡Qué! —Alza las manos haciéndose el tonto.

—¿De verdad vas a aprovechar cada ocasión que veas conveniente para meterme mano?

—No lo dudes, cariño —se cachondea el muy bribón—, he pasado varios días detrás de ti

y ahora que tengo la oportunidad no voy a desaprovecharla.

—¡Martina! ¡La cena está en la mesa! —se oye el grito de mi padre.

—Menudos aguafiestas, son igualitos que la hija —sentencia dejándome con la palabra en la boca.

Después sale y se limita a sentarse en una de las sillas. Su disposición a disfrutar de la primera cena «familiar» salta a la vista y no doy crédito al cambio tan significativo que ha dado en el transcurso de unas pocas horas, adaptándose a la perfección, mientras deja ver su faceta más macarra y eso tiene un solo significado.

El Dylan de siempre ha vuelto y ha borrado de un plumazo la vulnerabilidad que tanto me chocó desde su incursión en el hospital, por lo tanto, ahora toca procesar si el cambio es bueno o malo.

Dylan

Gracias a Martina la cena no es demasiado tensa, al menos hasta que empiezo a hacer de las mías y aprovecho cualquier ocasión para tocarla, ponerla nerviosa o incluso robarle algún que otro beso que me muero por profundizar como Dios manda.

El juego ha adquirido otro cariz significativo y me recreo a base de bien mientras disfruto de sus diferentes reacciones.

La pobre pasa por: nervios, tartamudeos, sonrojos y demás, y yo me empapo de cada uno de ellos. Admito la posibilidad de que se conviertan en una adicción y cada beso robado me sabe a poco, a muy poco. Cada vez que la pruebo quiero más y paso olímpicamente de los caretos de sus padres.

Esto les pasa por listos y por meterse con quien no deben.

—Ehhh, Dylan, va a empezar tu serie favorita —avanza una vez que la cocina ha sido recogida—, no hace falta que cambies tus hábitos, quédate a verla, que yo me voy a acostar ya. Estoy muy cansada, ¿te parece bien?

—Claro, cariño —acepto el dardo envenenado que me lanza, para que no nos acostemos a la vez, y no tardo en darle la vuelta con tal de aprovecharlo en mi propio beneficio.

Es ella la que sin saberlo me acaba de ofrecer la oportunidad de besarla de nuevo y esta vez decido disfrutarla en condiciones.

¿Aprovechado?

Sin lugar a dudas, ¿y qué?

—Cielo, ¿no te olvidas de algo?

—¿Qué?

—Ya te lo recuerdo yo, tranquila.

Acorto la distancia, me pego cuanto puedo a ese cuerpo que me trae por la calle de la amargura y me apodero de sus labios en un arrebato de lujuria.

Un carraspeo incómodo me saca de mi ensoñación y casi gruño. El beso que le he dado ha sido el mejor hasta ahora y todavía se puede mejorar bastante.

Lástima que no pueda.

—Hasta mañana, cariño.

Martina ni siquiera contesta, la he dejado sin palabras, y con la cara como un tomate huye

de mis garras.

Ay, Martina, ya caerás ya, te tengo en el bote y es cuestión de tiempo.

Martina

«Madre mía, ¿qué acaba de pasar ahí fuera?».

La taquicardia que me ha provocado es bestial. Este tipo va a acabar por matarme y hasta me planteo la posibilidad de cepillármelo con mis padres a un metro de distancia y todo.

Desde que el macarra ha llegado a mi vida la ha puesto patas arriba, no doy pie con bola y yo solita he caído en mi propia trampa.

Ni una tarde he tardado en sucumbir a sus encantos y aquí estoy, en la cama que lleva su marca, y nunca mejor dicho, a la vez que pienso en el desperdicio que supone cuando podíamos habernos aliviado mutuamente.

Por favor. Ya empiezo a desvariar y lo peor de todo es el cosquilleo que noto en mis partes íntimas. Y claro, por si fuera poco he de añadir que la sensibilidad en mis pechos se ha multiplicado por mil y dejan a la vista un espectáculo sin igual. Como no llevo sujetador los pezones se marcan en la camiseta del pijama y suelto un gruñido de verdadera impotencia.

Mierda.

Mierdaaa.

Estoy acorralada, ni siquiera puedo coger mi juguete favorito y maldigo en voz baja mi puta mala suerte.

Sí, lo sé, de un tiempo a esta parte mi vocabulario se ha ampliado con una multitud de tacos diversos y lo siento, es lo que hay.

Cierro los ojos sin ganas y me dispongo a pasar la que será, sin riesgo a equivocarme, la peor noche de mi vida.

¿O estaré exagerando?

Sí, sí, ojalá.

Tensiono cada uno de los músculos en cuanto escucho la puerta. Ni siquiera sé la hora que es, aunque tampoco es que me importe mucho, la verdad.

Y acelero la respiración con tal de que crea que duermo.

¿Servirá?

—Martina, no hace falta que disimules, sé que estás despierta.

A tomar por culo.

—¿Y por qué lo sabes?

—Porque anoche escuché tu respiración cuando dormías y no sonaba tanto, además, ¿de verdad creías que no te iba a descubrir cuando te falta un milímetro escaso para caerte de la cama? Tu posición es antinatural.

—Y tú demasiado listo, ¿no? —me encaro con malas pulgas—, oye, y ya que estamos, aprovecharé el momento para decirte algo. A partir de ahora te agradecería que no te mostraras tan efusivo. De verdad, no hace falta y no me gustaría tener que repetírtelo por tercera vez.

—¿Y dónde estaría la gracia entonces? —me vacila sin compasión—. Ah, y ya que estamos, como tú dices, yo también aprovecharé el momento para decirte que no hace falta que sigas aparentando con respecto a mí.

—¿Cómo dices? —pregunto un tanto perdida.

—Lo que oyes, yo tampoco estaba dormido ayer por la mañana y sé que empleaste un buen rato en admirar lo bueno que estoy. ¿A que no me equivoco?

—No me lo puedo creer, ¿por eso te empalmaste? —pongo el grito en el cielo sin dar crédito.

—Chhhh, no hables tan alto, recuerda que no estamos solos, cariño —se sigue mofando sin despeinarse siquiera el muy capullo.

—Mmm, Dylan.

—¿Sí?

—¿Podrías dejar de vacilarme y hacerme el favor de dormir en el suelo? No me fío de ti y menos después de lo que acabas de soltar por esa boca.

—No, por supuesto que no te haré ese favor, ¿acaso quieres rematarme? Te recuerdo que sigo convaleciente y añadiré que, aunque no lo creas, es una ventaja para ti.

—¿Por qué?

—Porque aunque quisiera, que quiero, no estoy en condiciones de follarte tal y como me gustaría, así que por esa parte quédate tranquila.

Sin más se quita parte de la ropa, se queda en camiseta y calzoncillos, y solo después se acuesta a mi lado.

Mientras, yo, vuelvo a maldecir la hora en la que se me ocurrió un disparate de tal magnitud, al tiempo que asumo lo larga que se me va a hacer la noche con él tan cerca de mí, de mis ganas por catarlo y, sobre todo, por el añadido de soportar un ansia desmedida en cuanto al deseo de que se recupere pronto y así pueda cumplir su promesa de follarme tal y como a él le gustaría.

«Jesusito de mi vida, ¿qué he hecho yo para merecer semejante castigo?», sopeso al tiempo que la vergüenza me engulle por unos pensamientos fuera de lugar.

Madre mía, la bola cada vez se va haciendo más y más grande, ya no hay nadie que pueda detenerla, y poco importa el insignificante detalle de que mi familia se encuentre con nosotros.

Por favor, que alguien me lo explique, ¿cómo es posible que se pueda caer tan bajo por falta de sexo?

CAPÍTULO 18

Martina

Es el tercer café que cae en la oficina. Las consecuencias de no dormir son las que son y mi careto lo grita a los cuatro vientos.

«Vaya mierda de jueves que tengo por delante», me animo a mi manera.

Y ya, para rematar la faena, observo a Jeffrey y a un par de compañeros más acercándose hasta entrar en mi despacho. Lo hacen a la vez y sin molestarse en llamar a la puerta.

¿Para qué?

Sus caras de expectación activan mis alarmas internas y solo espero que el propósito no sea el de tocarme las narices.

Hoy, precisamente, no está el horno para bollos.

—Hola, Martina, venimos a preguntarte algo —habla Jeffrey tomando la iniciativa del grupo.

Uy, uy, esto pinta mal, muy mal.

En fin, les daré un voto de confianza.

—¿A preguntarme algo?

—Sí.

—¿Referente al trabajo?

—No.

Acabáramos. Si ya lo decía yo.

—Entonces haced el favor de dar media vuelta y olvidarlo. No estoy para tonterías.

—Vamos, *compi*, tú solo contesta sí o no y te dejamos tranquila. Te lo prometo.

En fin, que toca armarse de paciencia, no merece la pena disgustarse, y me limito a esperar a que desarrolle el puñetero interrogante.

¿De qué irá el asunto?

Y de repente...

—¿De verdad Dylan está viviendo contigo? —suelta Jeffrey a bocajarro y sin paños calientes.

«Bien, señores y señoras, pues hasta aquí el buen rollo».

—¿Cómo dices? —pregunto liquidándolo con la mirada.

—A ver, tampoco hace falta que te enfades ni que te molestes demasiado, lo que Jeffrey quiere saber es si ha perdido la apuesta y tiene que invitar a parte de la plantilla —secunda uno de los que viene con él tan campante.

Pero bueno, ¿de qué coño van estos tres pájaros? Además, no concibo que los imbéciles continúen con la dichosa apuesta y que, para más *inri*, tengan los santos huevos de atreverse a planteármelo.

¿Ves como no iba muy equivocada con respecto a la mierda de día que me esperaba?

Aggg.

—Supongo que la bruja de Mary ya se ha ido de la lengua, ¿eh?

—¿Y quién iba a ser? ¡Toma! —Chocan las manos entre sí los otros dos—, Jeffrey, ve

reservando mesa, te hemos ganado.

«Respira, Martina, respira», me exijo en un vano intento de mantener la calma.

Los cojones.

—No tenéis vergüenza. Hay que ser unos caraduras para presentaros aquí y meter las narices donde no os importa —rujo quitándome las gafas, echando la silla hacia atrás y cruzando los brazos.

—Tampoco exageres —toma de nuevo la palabra mi compañero—, por supuesto que lo que hagas en tu vida privada es cosa tuya, aunque, como comprenderás, no nos podíamos fiar de Mary al cien por cien y por eso hemos venido. La finalidad era contrastar la noticia contigo y con tu insinuación ya lo has hecho. ¿Ves lo rápido que ha sido?

Venga ya, ¿y encima se permite el lujo de tratarme como a una gilipollas?

¡Ja! Pues va listo, acaba de meter la pata hasta el fondo y ha llegado la hora de efectuar una cuenta atrás en toda regla.

Tres. Dos. Uno y...

En menos de un segundo mi pose reta a los individuos y se basa en: posición erguida, manos sobre la mesa, cuerpo hacia adelante y ojos escupiendo fuego a diestro y siniestro.

Literal.

—¡Tú!, ¡tú!, ¡y tú! —Les señalo uno a uno con el dedo acusador, antes de gritarles como una auténtica posesa—: si no queréis que os patee las pelotas, os las arranque y después os las meta en esa boca que tenéis ya estáis tardando en marcharos de mi despacho. Ah, y dadme las gracias. Si fuera otra iría ahora mismo a recursos humanos y no dudaría en denunciaros, ¡cretinos!

—Pero...

—¿Qué parte no habéis entendido? ¡¡He dicho que fuera!! —exclamo quitándome uno de los zapatos para, después, tirarlo sobre sus cabezas con todas mis fuerzas.

—Vale, vale —reculan los tres ante el riesgo real de que cumpla con lo dicho, y admito que ganas no me faltan—. Perdona, ya lo captamos.

Y tal y como han entrado se marchan, como si el asunto no fuera con ellos, y a una servidora solo le falta echar humo por las orejas.

¡La Virgen! La traidora número uno y su incapacidad de morderse la lengua es la autora de un nuevo varapalo, toda la empresa ya debe de estar puesta al corriente de las novedades y, como es previsible, la mala leche interfiere, arrasa con todo a su paso e intoxica mi raciocinio, mi sentido común y su puta madre.

Sí, todo junto, lo que ocasiona a que empiece, otra vez, con las palabras mal sonantes. No me reconozco y... me la pela. En cuanto a mis compañeros, prefiero que se mantengan lo más alejados posible, y es que, al parecer, el cosmos entero se emperrea en hacerme la vida imposible y oye, que yo ya voy bien servidita con lo que tengo en mi casa, que se busque a otro o a otra a la que dar por el culo.

Ups, perdón.

Un ligero dolor de cabeza aparece por arte de magia y no me extraña. Entre la falta de descanso, el acoso y derribo de Dylan, la presión de mis padres y los cotilleos que ya están pululando por toda la planta, poco me duele y busco en el interior del bolso un analgésico antes de que vaya a más. Después continúo con lo que estaba hasta que...

—Hola, cariño.

La que faltaba.

—Contigo quería hablar yo. Anda que has tardado en ir con el cuento a los demás, Mary, ya te vale.

—Hija, ¿te encuentras bien?

—¿Qué coño de pregunta es esa? ¿No me ves? No he pegado ojo en toda la noche.

—¡Jesús!—malinterpreta al escucharme—. ¿Me estás diciendo que te has pasado toda la noche fornicando con Dylan estando tus padres en la habitación de al lado? ¿Y luego tú eres la que me regañó por llevarle bombones al hospital? Chica, ¿acaso tu propósito es matarlo a polvos? Porque te diré que el pobre sigue convaleciente y que por el bien de su salud lo que tiene que hacer es descansar, no darle al mambo para desatascarte las tuberías después de tantos meses.

¿Eh?

A cuadros, así me deja, y reconozco que en cualquier otra circunstancia me habría echado a reír ante tal despropósito, acusación o llámalo como quieras. Lo juro, pero, la presión que llevo auestas es demasiada, sumada a la disparidad de situaciones irreales, y yo no soy de piedra.

No, no lo soy, joder. ¿Por qué insisten en llevarme entre todos al límite?

Poco a poco voy descomponiéndome, ni siquiera me doy cuenta, y termino llorando como una magdalena con la cabeza apoyada en la mesa.

La situación es tremenda y estoy tan hasta las narices que no puedo más.

—¿Martina? ¿Estás bien?

Mary se acerca con el semblante abatido y me abraza con fuerza.

—Lo siento, cariño, si hubiese sabido lo mucho que te iba a afectar...

—Déjalo —sollozo como una niña pequeña—, ahórrate lo de que no lo hubieses dicho, porque ni en un millón de años te creería.

Termino la frase con hipidos y todo, incapaz de dejar de llorar, y ella se mantiene al pie del cañón.

—Martina, hija, hay algo que no me estás diciendo, ¿qué ocurre en realidad? —pregunta una vez que dejo de moquear.

Su preocupación es real y la consecuente de que me pille con la guardia baja. Tanto es así que, a pesar de conocerla no consigo morderme la lengua, soy incapaz y grito a los cuatro vientos lo que llevo dentro.

—La situación con Dylan me está matando, esa es la realidad. He engañado a mis padres diciéndoles que es mi novio con la única intención de darles una lección y resulta que el daño me lo estoy haciendo a mí misma.

»Por otro lado, Dylan aprovecha cualquier situación para comportarse como lo que le he dicho que es y le ha bastado un día para confundirme.

»Mary, me gusta, me gusta mucho, y entre él y yo no puede haber nada. Me lo ha dejado bien claro; en cuanto llegue el domingo y mis padres se marchen desaparecerá de mi vida para siempre. Su mundo y el mío no son compatibles, pretende protegerme al precio que haga falta, y yo no sé si estoy preparada para perderlo cuando no es nada para mí. Incongruente, ¿verdad?

Mary se queda muda de la impresión, después sopesa su respuesta durante unos instantes que a mí se me hacen eternos y termina diciendo:

—Mi niña, sabía que te atraía, esos rifirrafes que os traíais no eran ni medio normales, pero lo que no sabía era que te gustara tanto.

—Pues ya lo sabes —zanjo interponiendo una distancia prudencial entre las dos—, así que ya estás tardando en largarlo por ahí, tienes mi permiso.

—Ni muerta.

—¿Cómo?

—Jamás se me ocurriría actuar de corre ve y dile cuando sé el daño que ocasiono, y menos si se trata de gente a la que quiero. Tranquila, será nuestro secreto, pequeña. Y ahora ven aquí, que estos brazos seguro que te hacen sentir mejor.

Gracias a ella me quito un gran peso de encima, que ni siquiera sabía que tenía, y se lo agradezco hasta el infinito mientras lloro otra vez a moco tendido. Mary se ha convertido en una terapia necesaria y admito que decir en voz alta lo que no me atrevía a interiorizar por dentro me sirve de mucho.

Y es con lo que me quedo, a la vez que oteo el horizonte de manera completamente diferente.

Tampoco es para tanto. Dylan me gusta y aprovecharé estos días que me quedan para disfrutar de su compañía, y de sus besos, y de sus caricias encubiertas, y de sus palabras cariñosas, y de lo que él quiera. Faltaría más.

Después, cada uno a lo suyo, él a las peleas clandestinas y yo a terminar mi estancia en Estados Unidos. Total, que todos contentos, ¿verdad?

Y ahora que la presión comienza a disminuir agradezco a mis padres la visita sorpresa, sin ellos «mi macarra» ya habría desaparecido del mapa para siempre y el detalle en sí acaba de dar un vuelco significativo al asunto que nos traemos entre manos.

A partir de ahora nada de darle vueltas a la cabeza, no merece la pena, y en cambio a lo que sí me dedicaré en cuerpo y alma es a aprovechar cada segundo que me queda a su lado.

El plan como tal resulta excelente y el convencimiento de que le sacaré el mayor partido posible logra que la primera sonrisa de la mañana aparezca en mi cara.

CAPÍTULO 19

Tom

Los esbirros que tengo a mi servicio son un auténtico desastre. Ninguno se parece a Dylan, ni siquiera le llegan a la altura de los zapatos, y me encabrono con los inútiles de turno al recordar el último combate celebrado el día anterior. La pérdida de dólares ha sido considerable y alguien tiene que pagar las consecuencias.

Lástima que siempre le toque al mismo.

La imagen del guaperas cobra fuerza y decido hacerle una visita. La verdad es que mi comportamiento con él no fue el adecuado y me arrepiento de haberlo dejado en el *ring*, abandonado a su suerte, cuando la paliza recibida fue brutal. La existencia de cierta rubia con un escote de infarto tuvo la culpa, su empeño por mostrarme las características del cuerpo humano en la parte de atrás de mi coche fue incuestionable y me dediqué en cuerpo y alma a complacerla. Una vez que terminé, seguimos la fiesta en un bar de mala muerte y cuando quise darme cuenta el alcohol y la coca se encargaron de continuar con la marcha.

El desfase me mantuvo fuera de servicio más de lo esperado y ahora que se acerca el fin de semana he de averiguar el estado en el que se encuentra. Doy por hecho que pasará un par de semanas fuera de juego, o más, y aunque le dije que lo dejaría tranquilo no va a poder ser.

Lo siento. Hay un par de tíos que le han echado el ojo y están dispuestos a pagar una auténtica burrada por desvirgar ese culito respingón, y para todo hay una primera vez.

Antes, o después, accederá, lo tengo cogido por los huevos y de ahí a que me interese por su estado físico.

Es simple, o lucha o se estrena en el campo de la prostitución. Solo él podrá seguir costearlo cada uno de mis caprichos y la rubia me dejó seco, en todos los sentidos.

—¿Dylan?

Recorro la nave de arriba abajo y nada. Ni rastro de él.

¿Dónde coño se ha metido?

Espero en el asqueroso lugar hasta que anochece y nada, más de lo mismo. Al final me doy por vencido y maldigo la permisividad que le he concedido a la hora de no llevar teléfono móvil. Su localización sería inmediata y no tendría que devanarme los sesos pensando en dónde demonios estará.

¿Le habrá sucedido algo?

Dylan

La tensión entre los dos bandos bien diferenciados entre sí sigue intacta. Por una parte, están «ellos» y, por la otra, yo.

Ninguno me dirige la palabra, solo lo hacen cuando no les queda más remedio y sospechosamente es cuando su querida hija está en casa.

¿Casualidad?

Ni de coña. No pueden ni verme, lo noto a la legua, y por ese motivo soy implacable.

Me paso casi todo el día molestándoles, para ello recurro al ingenio y ejerzo de amo y señor del apartamento, tal y como me han indicado que soy, y en la habitación estoy lo justo y necesario.

Que les den, nunca más los volveré a ver, así que, ¿qué más da?

Pues eso.

—Isabel, ¿me podrías ayudar a cambiar las sábanas de mi cama? —la provocho con intencionalidad y mala fe—, ya has visto lo manchadas que están y no te lo pediría si no fuera necesario.

—¿Ayudarte, yo? Ni muerta —contesta con esa lengua viperina que tanto me divierte—, de tus fluidos te encargas tú, so guarro.

El desparpajo español me fascina, soy fan número uno, y la verborrea de la madre de Martina es una pura maravilla. Lástima que tenga que agitar el avispero para que suelte una de sus frases, por mí estaría provocándola de por vida y el entretenimiento estaría garantizado.

¿Malo, yo? Sí, mucho.

En cuanto al padre... Con ese, mejor, mantengo las distancias. Su cara de ogro y de perdonarme la vida es otro cantar, de ahí a que corra el aire, y de ahí a que aproveche que no está a la vista cuando me meto con su mujer. No soy idiota y ni por asomo correré el riesgo de que me dé una hostia. Algo que quiere hacer desde el instante en el que conoció mi existencia y mejor no darle ninguna excusa.

—¿Mis fluidos? —La presiono aprovechando que Luis ha bajado «según él» para dejar de verme el careto—, Soy el novio de tu hija y todo queda en casa, tampoco es para tanto, mujer.

—Menudo truhan estás hecho, lo que todavía no entiendo es lo que mi pobre hija ha visto en alguien tan garrulo como tú.

—¿Garrulo?

—Sí, garrulo, eso es lo que eres y si quieres saber el significado coge un diccionario en español. ¡Hala! Chúpate esa.

¿Ves a lo que me refería con lo de la diversión asegurada?

—Por cierto, suegra, ¿se dice así? La boca se me hace agua con el olor que sale del horno. ¿Cómo has dicho que se llama lo que estás cocinando?

—A ti te lo voy a decir yo.

—Oye, me dejarás probarlo, ¿no?

—Qué remedio, si por mí fuera...

—Ya estoy en casa —nos saluda Martina entrando por la puerta—, ¿qué hacéis?, ¿y papá?

—Cariño, no te lo vas a creer, tu madre está haciendo un plato típico de España y afirma que me va a encantar.

—Por eso lo he hecho, majo.

—Mmm, ¿tortilla de patata? —pregunta olisqueando los vapores que salen de la cocina.

—Y hornazo.

—Uau, vas a flipar, Dylan.

—Tú sí que vas a flipar en cuanto te pille por banda —digo de manera intencionada a la vez que le guiño un ojo a Isabel.

Lo que recibo de vuelta es una mirada asesina por su parte y ni me inmuto. Por fin Martina ha regresado después de todo el día y la hora de cambiar a otro tipo de juego, mucho más

gratificante, ha llegado.

Y paso de las puyas al tonto en un tiempo record, es algo que me sale de forma innata, y casi que prefiero no pensarlo mucho. Lo único que de verdad importa es la atracción mutua que sentimos, es la pura realidad y saltan chispas cuando nuestros ojos se buscan, así que, imagínate lo que sucede cuando se encuentran.

—¿Qué tal el día? —se interesa «mi novia».

—Ahora que has llegado, inmejorable, cariño.

No lo puedo resistir, el papel que me han impuesto es tan fácil que lo alargaría en el caso de que me dejaran.

«No vayas por ahí, gilipollas».

Le hago caso a mis pensamientos, ha sido una tremenda idiotez y me limito a acercarme.

La novedad es que ella también lo hace, dejándome obnubilado, mientras algo parecido a la felicidad se expande en mi pecho, el lugar en el que ella deposita sus manos antes de darme un beso.

Sí, Martina es la que toma la iniciativa y mi parte baja despierta de sopetón.

—Joder, hoy vienes fuerte —susurro con voz ronca en su oído.

—Será porque llevo todo el día sin verte —reconoce con el característico rubor en sus mejillas.

Buah, es que me vuelve loco, es un hecho, y termino cometiendo una locura en toda regla. El impulso es irrefrenable y no contengo el deseo de llevarlo a cabo, es entonces cuando estrecho su menudo cuerpo entre mis brazos, y de seguido se suceden detalles un tanto inciertos.

Primero, cierro los ojos, después, inspiro el aroma que desprende y, por último, beso sus cabellos con devoción.

«¿Qué te acabo de decir? Vas mal, muy mal, apártate de ella a la de ya», y aquí regresa el aguafiestas *number one*. ¡Cómo no!

De nuevo, le hago caso, el momento vivido se ha convertido en una auténtica sorpresa y lo peor es que me cuesta un huevo y medio soltarla.

Mierda.

Un vacío demoledor acude a mi encuentro y...

—¡A cenar!, papá ya está en el portal.

Y ocurre, es la primera vez que la interrupción de Isabel llega en el momento justo y se lo agradezco.

Y que conste que nunca lo diré en voz alta, ¿eh?

La cena es un espectáculo culinario y como tal lo digo.

—Isabel, jamás había comido algo tan rico, de verdad.

—Ehhh..., gracias, ¿quieres repetir?

¿Cómo?

¿De verdad está siendo amable conmigo?

—Sí, por favor.

Yo también puedo serlo, que no se diga.

Y cenamos con tranquilidad; sin necesidad de hablarlo consideramos que lo más sensato es que el hacha de guerra lo dejemos enterrado y solo lo saquemos cuando Martina no esté, y la

velada suma puntos por primera vez.

Increíble, pero cierto. ¿Quién lo iba a decir?

La noche termina con risas varias, Isabel me hace partícipe de la conversación mientras cuenta anécdotas de Martina cuando era pequeña y el ambiente familiar me descoloca de principio a fin.

Y una reflexión acude a mi cabeza.

Son afortunados, demasiado, y entiendo a la perfección la frase que me chocó tanto el día anterior.

Esta era:

«—No me lo puedo creer, nuestra Martina nos prometió que no se enamoraría en este puto país. Nos lo prometió, Isabel. ¿Qué demonios hace un hombre en su casa?».

Ninguno de los dos está preparado para un cambio tan radical en sus vidas, quieren a su única hija cerca de ellos y es lo más normal del mundo.

Es tan simple... ¿Cómo no lo vi antes?

Y me alegro por los tres, si dijera lo contrario estaría mintiendo, y paso. El matrimonio a lo único que se ha dedicado desde su llegada es a preocuparse por su hija, nada más, y la revelación conlleva a que un nuevo derrotero cobre una relevancia especial.

No me odian por lo que soy, es más, les daría igual el estatus social o económico que tuviera, salta a la vista, y una reflexión muy particular atraviesa mi coraza construida a base de palos y decepciones.

Ojalá yo también tuviera la misma suerte que Martina. Sería todo tan diferente...

CAPÍTULO 20

Dylan

—Buenas noches, que descanséis.

Los diferentes tipos de razonamientos me han llevado a la prudencia. Por mi parte no pretendo seguir tensando la cuerda y opto por dejarlos tranquilos.

Sí, me estoy refiriendo a los tres, y les doy el espacio que se merecen. Un espacio que a mí no me pertenece, soy un mero intruso al que han colocado en un primer plano por una casualidad del destino, y como tal actúo.

Y esta vez me limito a despedirme de Martina con un beso casto en la mejilla, no sé, de pronto el engaño al que estamos sometiendo a sus padres no me agrada y decido ser cauto.

La verdad es que nunca he sido un mal tipo, a pesar de las circunstancias con las que me ha tocado lidiar, y te adelantaré un simple detalle para que sepas de lo que hablo.

El día que di un paso hacia adelante en cuanto a la responsabilidad que decidí adquirir, sí que es cierto que estuve tentado a optar por la salida más rápida, entre ellas, robar, convertirme en camello o incluso prostituirme, pero tuve claro que mi integridad moral no las aceptaría, además, en la actualidad sé que si hubiese elegido uno de esos caminos ya me habría enganchado al alcohol o a las drogas, y todo por acallar la que a estas alturas sería mi castigada conciencia.

De ahí la importancia de tomar una decisión acorde a cada uno de mis pensamientos, y de ahí la opción de convertirme en un buen boxeador. De igual forma el dinero que llega a mi bolsillo es rápido, aunque con la gran diferencia que se debe a mi esfuerzo titánico.

Nadie me regala nada, en mis manos está ganar más, o menos, y la dedicación a mantenerme en forma es el mejor aliado.

—Espera, yo también me acuesto —oigo la voz de Martina a mi espalda.

¿Ehhh?

La extrañeza de su comportamiento me pone en alerta máxima y así lo manifiesto.

—Martina, aprovecha la oportunidad y disfruta de ellos. Los días pasan volando y el domingo está a la vuelta de la esquina.

—Ah, no, tranquilos, nosotros también nos acostamos ya, ¿verdad, Luis? —intercede su madre sin dejarla replanteárselo siquiera.

A ver, a ver, ¿qué está pasando aquí? Hasta a Isabel le parece bien que su hija me acompañe y...

No doy crédito.

—¿Tan pronto? —se queja el padre.

—Tan pronto dice... —Lo aniquila su mujer con una mirada cargada de hostilidad.

—Anda, pues sí que estoy cansado, sí —rectifica levantándose del sillón a la velocidad del rayo.

De locos, no entiendo nada de nada y entro en la habitación con una incertidumbre total.

¿Por qué de repente los que son mis enemigos acérrimos consideran oportuno allanarme el camino?

Y lo más inquietante:

¿Con qué propósito exacto ha cambiado las tornas Martina en lo que a mí se refiere?

Desde su llegada me ha descolocado con ese beso y con ese acercamiento que me ha llegado al alma, y todo por convertirse en el primero sin que exista coacción alguna por mi parte.

Mmm, curioso.

¿No te lo resulta a ti también?

Isabel

—Tú estás chiflada —me regaña mi marido sin perder el tiempo en cuanto entramos en el dormitorio pequeño—, ¿a qué viene de repente tanta amabilidad por tu parte con ese garrulo?

—¿De qué hablas?

—¿Cómo que de qué hablo? Es fácil, has empezado por ofrecerle más tortilla, has continuado por hacerle partícipe en la conversación, y ahora, resulta, que terminas poniéndote de su parte cuando nos ofrece la posibilidad de quedarnos a solas con nuestra pequeña.

—Sé lo que hago.

—Pues explícamelo, porque yo me he perdido.

—Normal, le tienes tanta manía que ni te has molestado en ver más allá de tus narices.

—Oye, oye, que la manía se la tenemos los dos —se defiende con razón.

—Mmm, digamos que no es cierto del todo, fíjate que a mí me empieza a caer algo mejor...

—¿¿Qué?? —pregunta desconcertado y con mala leche—. No me lo puedo creer, te dice que lo que has cocinado es lo mejor que ha probado nunca, ¿y ya te ha ganado?, ¿en serio?

—Anda, deja de decir bobadas y escucha —a continuación me tomo mi tiempo y cojo aire. El objetivo que persigo es el de despertar su curiosidad y suelto una pregunta con un propósito firme—. Luis, ¿a ti de verdad que no te ha llamado la atención el detalle de que lleve dos días con la misma ropa?

—Pues no.

—¿Tampoco que aparte de su cepillo de dientes no tenga nada más en los cajones del baño?

—¿A qué te refieres? —pregunta cambiando la expresión de la cara.

Menos mal, ya era hora. Conozco a la perfección a mi marido y sé que le acabo de proporcionar la información suficiente como para que preste el interés debido.

Y ya es un triunfo.

—Por más que he rebuscado no he encontrado nada de desodorantes ni de colonias de hombre, ni, tampoco, lo que es más llamativo, nada de máquina de afeitar, de espuma o cuchillas. ¿No te parece sospechoso?

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Dylan no vive aquí —sentencio con una seguridad apabullante.

—Sí, sí, más quisiéramos nosotros...

—Y no es el novio de nuestra hija —le corto añadiendo al alegato la misma convicción.

—Oye, Isabel, ¿te encuentras bien? Me estás asustando.

Plas.

Una colleja que se lleva, por tonto.

—¿Quieres hacer el favor de escucharme? Te estoy diciendo que estos dos no tienen nada,

o no lo tenían antes de que apareciéramos por sorpresa. ¡Chttt! No me interrumpas y escucha — le advierto al verle abriendo la boca—. Mary nos dio los indicios y no la creímos, por eso, ahora que por fin me he parado a analizarlo todo en condiciones, te haré un resumen de lo que creo que está sucediendo. Allá va, estate atento.

»Lo de que salvó a Martina en el barrio conflictivo en el que vive es cierto.

»Lo de que entró en su vida desde ese episodio también lo es.

»Lo de que es boxeador está claro, solo hay que verle la cara, así que no añadiré más.

»Y bien, llegados hasta aquí, ¿dónde crees que nos lleva toda esta información? ¡Chttt! Que no he terminado. Bueno, como te iba diciendo, las pesquisas que he ido analizando, una a una, me llevan a la certeza de que nuestra hija lo que quiso fue devolverle el favor después de su último combate y por ese motivo lo acogió en su apartamento hasta que se recuperase, por eso está aquí, sin más. Al menos hasta que aparecimos en escena, entrando como un elefante en una cacharrería y permitiéndonos el lujo de crucificarlo, de tacharlo de un aprovechado y, lo peor, de meter las narices en donde no debíamos.

»Sí, no pongas esa cara, gracias a entrometernos en la vida de Martina hemos conseguido que entre en acción la maquinación que están llevando a cabo entre los dos, y te lo aclaro. Somos los responsables de la farsa que estamos viviendo, tal y como te he dicho no tienen ninguna relación sentimental y ha sido a nuestra querida hija a la que se le ocurrió convencerlo para que se hiciera pasar por su novio con el objetivo de ponernos en nuestro sitio.

—Para, para. ¿Estás insinuando que la culpa es nuestra?

—Sí.

—Lo que te digo, estás peor que una cabra, y ni se te ocurra darme otra colleja, que te veo las intenciones desde lejos —me avisa con un gesto serio.

—¿Peor que una cabra? Más quisieras, como que me llamo Isabel que estos dos están fingiendo ser lo que no son —me reafirmo convencidísima de lo que acabo de soltar.

—Que no, corazón, que estás equivocada y te estás formando una película en tu cabeza, ¿tú los has visto? Les basta verse para que se me revuelva el estómago con tanta carantoña.

—¡Ajá! Ahí quería llegar. Las carantoñas a las que te refieres, ¿de qué parte vienen siempre?

—De él.

—¿Lo ves? Tú mismo acabas de darme la razón. ¿No te parece curioso que siempre sea Dylan el que aprovecha cualquier oportunidad para besarla? ¿No has visto lo colorada que se pone tu hija cuando ocurre?

—Mmm, ahora que lo dices...

—Y luego la chalada soy yo, menos mal que estoy yo aquí, de lo contrario no te enterarías ni del No-do.

Dylan

—Martina, ¿me puedes explicar a qué coño estás jugando? —suelto a bocajarro en cuanto entramos en el dormitorio.

—¿Por qué lo dices?

—Pues hombre, tú me dirás. Empiezas a comportarte como si de verdad tuviésemos una

relación y no me gusta nada.

—Ah, eso.

—¿Ah, eso? ¿Y te quedas tan tranquila? Oye, oye, ¿qué haces?

La alarma vuelve a posicionarse y las alertas salen todas disparadas en cuanto observo cómo empieza a quitarse el jersey que lleva puesto.

—¿Cómo que qué hago?

—Ni se te ocurra tentarme o no respondo —balbuceo intercambiando los roles.

¿Quién lo iba a decir?

A lo que una mujer desconocida me contesta:

—¿Y no te has parado a pensar que es lo que llevo haciendo desde que he puesto un pie en casa?

Clara, concisa, sincera y segura de sí misma.

Uau.

—¿¿Qué??

—Lo que oyes, el día en la oficina ha sido desastroso, luego te cuento el motivo, y al final he conseguido abrir los ojos. ¿Y sabes qué?

Tira el jersey al suelo y se acerca con la decisión reflejada en su cara.

Joder.

Esto es más de lo que puedo soportar. Aviso.

—Creo que no quiero saberlo.

—Me da igual, nos quedan dos días y antes de que desaparezcas de mi vida exijo cada beso y cada caricia que estés dispuesto a darme. Basta de ocultar lo mucho que me gustas, basta de medir cada uno de mis pasos, basta de ser tan mojigata, y, sobre todo, basta de reprimirme. Y te hago una advertencia, ojalá te recuperes en un tiempo record para follarme tal y como me dijiste que querías, desde que lo supe no hago más que imaginar ese encuentro morboso y ni siquiera puedo dormir sin tener sueños húmedos contigo. Me tienes más salida que a una mona, macarra —termina diciendo con un tono que me pone a mil.

Y claro, la taquicardia entra en acción, es imposible detenerla, y lo hace al mismo tiempo que mi polla.

Hay que joderse, ¿pretende matarme?

—Martina, no te reconozco, ¿dónde has dejado a la chica tímida y sensata de estos días?

—Fuera de la habitación —responde manteniéndose en sus trece. La situación ha dado un giro radical y con su pose de chica mala no deja lugar a la duda.

—Martina...

—Shhh, por primera vez en mi vida voy a dejarme llevar. La ocasión lo merece y lo que deseo es simple. Quiero disfrutar, aquí, ahora y contigo, nada más.

—¡La hostia! —susurro retrocediendo un paso por la impresión—, ¿y qué pasa con tus padres? No te tocaré ni un pelo estando en la habitación de al lado.

—No te creo —me reta acercándose un poco más.

—Martina, por lo que más quieras, no permitas que me odien más de lo que ya lo hacen.

—¿Y qué más te da? No vas a volver a verlos y la que se morirá de la vergüenza si nos escuchan será yo.

—Todavía no estoy recuperado y...

—¡Ja! Tu paquete no dice lo mismo y no creo que tenga que decirte las diferentes maneras de conseguir que nos demos placer, ¿verdad? —se atreve a decir acortando la distancia hasta que

alarga el brazo para...

¿Para qué?

Joderrr.

Y en el momento que muestra su valentía, al tocarme «el paquete» como lo acaba de definir, solo tengo un pensamiento.

Ha llegado la hora de ser silencioso.

¿Lo lograremos?

Tarde para dicha reflexión. Muy tarde, de hecho.

CAPÍTULO 21

Dylan

Quiero que se detenga el tiempo.

Quiero aprovechar cada segundo a su lado.

Quiero amarla como se merece.

Quiero...

La quiero a ella, es tan simple como el agua, y los nervios corroboran que desde luego no es una más.

Martina nunca podría serlo. Es tan especial...

¿Cómo es posible que sienta tanto por ella cuando apenas si nos conocemos?

Jamás me había sucedido con anterioridad, es la primera vez y de ahí que los nervios decidan imponerse.

Y adoro la situación mientras me deshago de la ropa que lleva puesta.

Hoy nos conformaremos con caricias y besos, prefiero tantear el terreno o la posibilidad de que sus padres nos escuchen y me aniquilen será tan real como la vida misma, y ya no hay vuelta atrás.

Devuelvo cada beso que me da, la tensión sexual es tremenda y ejercito una contención desmedida ante el riesgo de hacerme daño.

Joder, lo que daría por empotrarla de las mil maneras que se me ocurren, por desgracia no debo arriesgarme y hoy nos conformaremos con una experiencia diferente, pero a la vez gratificante como pocas.

Sus dedos recorren mi pecho descubierto y la piel se me eriza.

Guau. Lo que vivo con ella es tan diferente a todo lo demás que da hasta miedo. Es la verdad y como tal me empapo de cada segundo.

Lo recordaré por el resto de mi existencia, es algo que nadie me quitará y gruño en su boca de puro deleite.

Poco a poco la ropa va quedando en el suelo y le toca el turno de que hablen a nuestros cuerpos desnudos, cada uno necesita al otro y el contacto de piel con piel se convierte en especial y único.

Como ella.

La guio hasta la cama y obedece mi orden encubierta. Deseo venerar cada palmo de su piel y lo hago. Me tomo mi tiempo y voy depositando besos húmedos hasta que termino en el epicentro de su deseo.

—Shhh —susurro con su sabor en mi boca—, haces demasiado ruido, cariño.

—No lo puedo evitar —jadea poniéndome a mil.

—Muerde la almohada. Yo me encargo del resto.

Siento su orgasmo en mi boca cuando se produce y una sensación desconocida me embarga de principio a fin.

Aquí y ahora soy feliz. Sí, en toda su extensión y atesoraré este momento único por el resto de los restos.

Mía.

La palabra toma forma y ojalá que en otra vida nos volvamos a encontrar, eso sí, en circunstancias diferentes.

Ojalá se cumpla.

—Me toca, vaquero.

Su voz excitada me la pone más dura todavía y ahora soy yo el que me veo obligado a morder la almohada ante el riesgo de gritar de auténtica locura. Su boca es perfecta y sus movimientos pura ambrosía. La conexión es tal que no tardo en avisarla para que se aparte o me correré en su boca. Parezco un puto crío y ni siquiera me importa mostrarlo.

Ay, Martina, lo que no consigas tú...

Terminamos abrazados, dándonos mimos infinitos, y cuando nos queremos dar cuenta ya estamos inmersos en el siguiente asalto.

Todo nos sabe a poco, mucho me temo que la adición es mutua y la temperatura corporal sube y sube al tiempo que hacemos lo imposible para silenciar unos jadeos que pugnan por escapar de nuestras bocas.

El deseo se une a las ganas de más, de mucho más, y terminamos extasiados, con sendas sonrisas y dedicándome en cuerpo y alma a estrecharla contra unos brazos que son perfectos para ella.

El sonido de su respiración me da la pista de que se ha dormido y yo espero. Todavía es pronto para desconectar, la sensación de encontrarme en el mismo cielo la quiero atesorar en mi interior. Del lugar en el que vengo no existe cabida para este tipo de sentimientos y quizá, por ello, mi negación a dormir.

Y me limito a permanecer despierto, dudo de que momentos así se repitan con asiduidad y me empapo de su olor, de su tacto, de su...

En definitiva, de ella.

Ni siquiera sé el tiempo que pasa hasta que el sueño viene en mi busca. Lo hace alargando la plenitud y todo se debe a las fantasías tórridas que tengo.

¿Adivinas con quién?

CAPÍTULO 22

Martina

Hoy me siento diferente. La noche con Dylan ha sido memorable y mi cara de idiota ni quiere ni puede ocultarlo. Tantos meses sin nada de sexo estaban sacando lo peor de mí y olvido la soberana estupidez de recurrir al móvil para ligar... al menos de momento.

¿Para qué teniendo en casa al hombre perfecto?

Todavía alucino con el empeño y dedicación a cada palmo de mi piel. De cara a la galería pasaría por un chulo cualquiera que busca su placer sin que le importe la otra persona, y nada más lejos de la realidad. Su pinta de macarra es un disfraz, ahora sí me ha quedado claro, y me chifla que sea yo con la que ha decidido quitárselo.

Nunca ningún hombre se había desvivido por mí de esta manera tan brutal y adoro que no sea de los que solo piensa en sí mismo.

Mi experiencia personal no es que haya sido muy extensa, pero sí es cierto que no he tenido suerte con mis escauceos amorosos, me ha tocado quedarme a dos velas en más de una ocasión, y es la posible causa de que magnifique lo que ha sucedido entre él y yo. Tanto es así que todavía me tiemblan las piernas.

Uau. Este hombre sabe lo que se hace y su atención por besarme, acariciarme y llevarme al cielo con sus dedos y con su lengua ha sido una auténtica gozada. De ahí que me choque tanto su conformismo de follar por follar con la infinidad de mujeres que lo asaltan en los combates después de desnudar su alma y dejar su lado pasional al descubierto. Lo cierto es que ha sido todo un descubrimiento.

Y los innumerables interrogantes no tardan en aparecer:

¿Quizá me he convertido en un soplo fresco de aire cuando más lo necesitaba? ¿Cabe la posibilidad de que haya llegado a su vida en el momento justo? ¿Podría darse el caso de que baraje la opción de dejar un mundo que no le conviene?

El calibre de las preguntas sin respuestas adquiere una presión que no me corresponde y las aparto a un lado de inmediato.

Nada de implicarse. Es la única regla y como tal la debo cumplir a rajatabla, eso sí, mientras la veda lo permita aprovecharé cada segundo con un objetivo claro.

¿Lo adivinas? Fácil, que continúe dándome placer del bueno, nada más.

Y, sin poder evitarlo, mi mente se recrea en los dos orgasmos épicos, en la ternura ejercida, en su trato exquisito y, para finalizar, en las diferentes emociones que me brindó y que lo sitúan en lo más alto del podio desde el instante en el que me rogó que durmiéramos abrazados.

Madre mía, me chocó tanto su petición que si tuviese que elegir entre derretirme de placer, o dormir entre sus brazos, no tendría ninguna duda al respecto.

Joder, Dylan, ¿qué te han hecho para necesitarme tanto?

Toc, toc.

—Pasa.

—Hola, Martina, venía para disculparme por...

Jeffrey se calla, analiza mi cara con un detenimiento inusual, el muy golfo, y me pongo

colorada como un tomate sin poder hacer nada al respecto.

—¡Vaya! Qué guapa estás hoy. ¿Se debe a algo en concreto?

—Alto, que ya nos conocemos y sigo muy enfadada contigo.

—¿Tú conmigo? Ya te vale, Martina.

—¿Qué?

—Todavía tenía la esperanza de ganar la apuesta, y digo todavía, porque el que Dylan esté en tu casa no significa necesariamente que ya os hayáis enrollado, aunque eso era antes de verte. Tu cara te delata.

Bien, pues el momento de dar carpetazo al asunto de la dichosa porra por lo visto ha llegado también.

—Mmm, Jeffrey...

—¿Sí? —pregunta con un interés desmedido a la espera de que no le confirme lo que supone.

—Ya puedes ir reservando mesa para todos porque esta noche has perdido, ¡qué! ¿Contento? Te acabo de ofrecer la información de primera mano y así nos evitamos las especulaciones.

—Joder, Martina, encima que he sido el único que confiaba en ti...

—¿Y qué esperabas? La carne es débil, él está como un queso y me lo he comido enterito.

—Ja, ja, ja. Habrá que darle las gracias a ese campeón si viene a vernos algún día por aquí, por fin nos ha devuelto a la chica graciosa de siempre y me alegro. En serio, me gusta mucho más esta Martina.

—Y a mí, te lo aseguro.

Desde el primer día que pisé esta empresa no he tenido mal rollo con ninguno de mis compañeros, al contrario, con más de uno me llevo tan bien que no nos importa hablar de nuestros asuntos privados y Jeffrey es uno de ellos. Se ha convertido en mi paño de lágrimas y ha sufrido lo más grande cuando le hacía partícipe de lo difícil que era la adaptación en un país desconocido y, para más inri, sin amigos de mi edad para salir los fines de semana.

—Sabes que el día que quedemos tendrás un hueco especial reservado, ¿verdad? Tú presidirás la mesa.

—Sí, claro, para que os cachondeéis de mí.

—No puedes faltar.

—Me lo pensaré.

—Esa es mi chica.

Como hoy es viernes salgo antes. Tengo por delante un fin de semana movidito y la única pega es que no podré dividirme en dos. El plan es sencillo. Haré de guía para mis padres y eso significa que me veré obligada a prescindir de Dylan la tarde entera y casi la totalidad del sábado. Todavía es demasiado pronto y no se encuentra en condiciones de darse una paliza de tal magnitud.

Jo, no me apetece nada estar tanto tiempo sin él, aunque ya me las apañaré para compensarle. Antes de que salga de mi vida voy a exprimirlo al máximo, lo tengo claro, y después ya veré cuál será mi siguiente movimiento.

Salgo del edificio y allí están los dos turistas esperando con ansia a que empecemos el *tour*

de sus sueños.

Vaya dos.

Encamino los pasos hacia ellos cuando...

—Perdón, señorita. Me gustaría hablar un momento con usted.

Un hombre desconocido, al que nunca había visto, se interpone en mi camino y llama mi atención.

—¿Conmigo?

—Sí, veré..., un amigo mío estuvo trabajando aquí como repartidor la semana pasada y es urgente que me ponga en contacto con él. Nunca lleva móvil y ya no sé dónde buscarlo. Llevo varios días yendo al lugar en el que vive y nada. ¿Sabe de quién le hablo?

—Claro, supongo que busca a Dylan, ¿no?

—Sí, sí, justo es como se llama. ¿Por un casual sabe dónde puedo localizarlo? Como le he dicho el asunto es urgente.

—Lo siento, aunque tenía un contrato firmado lo cierto es que el lunes ya no se presentó por aquí.

—¿Le importaría quedarse con mi número de teléfono por si aparece?

—No, claro que no.

Lo apunta en un papel y me lo tiende.

—No creo que tenga la jeta de aparecer, y si por un casual usted tiene más suerte y lo encuentra antes, dígame por favor que no vuelva por aquí. Suerte, amigo.

—Se lo diré, gracias, señorita.

—No hay de qué.

Sigo con mi camino, me acerco hasta mis padres, y, sin saber el motivo, los abrazo mientras busco su protección.

No sé muy bien qué acaba de suceder. El tipo que me ha avasallado en plena calle me ha dado muy mala espina, no parece trigo limpio y saber que pertenece al mundo de Dylan me provoca un pavor absoluto.

Por ese motivo he decidido mentirle, no hace falta ser muy lista para interpretar que si lo está buscando no será para nada bueno y desde luego de mi boca no saldrá nada que pueda comprometerle.

—Hija, ¿nos vamos?

—Sí, sí.

Aparto de mi cabeza la imagen del hombre que me ha puesto los pelos de punta y tomo una decisión. Lo primero que haré en cuanto llegue a casa será informar a mi invitado acerca del interés que suscita en un individuo de mirada fría y aspecto diabólico, después ya verá él si quiere contarme de qué le conoce y el motivo tan importante para que avasalle a la gente en plena calle con tal de localizarle.

Tom

El planteamiento de abordarla no es aleatorio. Pretendo despertar alguna reacción, la que sea, y hago un pleno al notar los nervios que le suscito. Es lo que perseguía y el plan me sale bien.

Es la octava persona a la que asalto y ya empezaba a darme por vencido. La búsqueda

estaba resultando un disparate en toda regla y ya no sabía qué más hacer.

Puto, Dylan. ¿Dónde estará metido?

Y cuando estoy a punto de tirar la toalla un golpe de suerte aparece de la nada.

¡Ya era hora!

Sé cuándo me están mintiendo y la chica a la que le pregunto lo hace. La muy incauta no puede evitar que la expresión de su cara cambie, en cuanto escucha por quién pregunto, y opto por no acorralarla, de momento.

Esté donde esté conoce su paradero y me sorprende.

Dylan no tiene nada que ver con este mundo y seguro que hay un motivo de peso. Después de la paliza que le dio el contrincante es normal que no acudiera el lunes a trabajar y lo que me sorprende es una única pregunta.

¿Por qué la sensación que me ha dado es la de que quiere protegerlo?

Su lenguaje no verbal la ha delatado y por fin tengo un hilo del que tirar, lo que supone una obviedad absoluta y dedico la tarde entera a seguir cada uno de los pasos de ella y del matrimonio que supongo serán sus padres.

¿Servirá para encontrarle?

Espero que sí.

CAPÍTULO 23

Martina

Caminar toda la tarde por las calles de Nueva York me deja agotada, pero feliz. Por primera vez en los tres meses que llevo aquí puedo disfrutar al cien por cien y mis padres son los responsables.

No olvidaré nunca este día, risas, abrazos, fotos, besos, curiosidades... En definitiva, familia. Gracias a ellos recargo las pilas al cien por cien. Suficiente hasta que vaya a visitarlos en Navidad, ya que, apenas faltan un par de meses y mi situación dista mucho de la del principio.

Hoy sería capaz de comerme el mundo y afrontaré esta aventura como lo que es, como una oportunidad única con o sin Dylan.

El simple planteamiento me desubica. Empiezo a barajar la posibilidad de que decida quedarse y mi mente procesa tal disparate. Menos mal que mi parte racional se encarga de que baje de las nubes, es la única que tiene los pies en el suelo y detiene cada uno de mis pensamientos de color de rosa.

Mi macarra está obligado a regresar a esa nave destartada, lleva un gran peso como bagaje y, por lo tanto, esconde algo. Desde el primer día afirmó que necesita el dinero, de ahí las peleas clandestinas, y por más que lo pienso no logro dar con el motivo.

¿Para qué lo quiere si después vive como un mendigo? Ni siquiera se lo gasta en ropa, y desde que el taxista lo dejó en mi casa descarté un problema de drogas o alcohol.

¿Qué secreto guardas?

Abro la cerradura de casa y los tres entramos con sendas sonrisas, aunque, la mía, se agranda al verle tirado frente al televisor viendo una serie cualquiera con el pijama que le compré ayer.

La escena me parece tan natural...

—Hola, ¿qué haces?

Él me devuelve la sonrisa y lo acompaña con un guiño.

—Echarte de menos.

Uau.

Me olvido del mundo entero. Llevo toda la tarde deseando regresar a casa y después de lo que ocurrió anoche en la intimidad de mi habitación un vínculo invisible nos une.

Sí, nuestros cuerpos ansían la atención del otro y ha llegado el momento de que el encuentro fluya entre dos jóvenes con las ideas claras, así que, tomo las riendas, algo que por regla general nunca hago, y encamino los pasos hacia el macarra que me tiene loquita perdida.

Este maromo ha cambiado mi forma de ser y ni siquiera le doy tiempo a levantarse. Prefiero abordarlo en el sillón y cuando se quiere dar cuenta estoy de rodillas en el suelo mientras beso con adoración esa boca que se ha vuelto adictiva en un tiempo récord.

He pensado tanto en sus labios que me resulta imposible despegarme de ellos y los devoro con deleite, a él le sucede lo mismo y responde empleándose a fondo.

—Ya veo que me has echado de menos, sí —susurro encantada por su recibimiento.

—Más de lo que debería —afirma sin quitarme los ojos de encima.

—Mmm, me encanta tu respuesta, macarra.

Vuelvo a la realidad y me sorprendo al no encontrar rastro de mis padres. Se han retirado a la habitación sin hacer ruido y supongo que es para darnos cierta intimidad.

¡Vaya! Esto sí que es una sorpresa que no me esperaba.

—¿Quieres que te prepare algo? Nosotros hemos cenado en un puesto callejero.

—Mmm, pues sí, ahora que lo dices, la verdad es que estoy hambriento. Mucho, de hecho.

Como el truhan que es baja la mirada y mis mejillas hacen de las suyas. Enrojecen de inmediato ante la suposición de que no es comida en lo que piensa y el muy canalla se ríe a carcajadas.

—¿Te he dicho ya lo mucho que me gusta cuando te ruborizas?

—Sí.

—¿Y te he dicho ya el hambre que tengo?

—Sí.

—¿Y si nos vamos a la habitación? Llevo todo el día descansando con el propósito de hacer realidad tus sueños más húmedos y prometo esmerarme al cien por cien para complacerte.

—Joder, Dylan.

—¿Qué pasa?

—Tu intensidad, eso es lo que pasa —confieso sin mordirme la lengua—. Me fascina que después de admitir que tus escarceos son un aquí te pillo aquí te mato seas capaz de abrirte en canal cuando nos conocemos de dos semanas. Me fascina tu lado sentimental y me fascinas tú en general.

—¿Quieres asustarme?

—No, lo que quiero es decirte que yo también llevo todo el día entero pensando en ti, en tu manera de cuidarme y en la posibilidad de...

—Shhh, no lo estropees, sabes que el domingo me marcharé, nunca te he dicho lo contrario y mi intención jamás ha sido hacerte daño.

—Lo sé, perdona.

—¿Y entonces?

—Macarra, limitémonos a gozar. La noche es larga y yo estoy como tú. Muerta de hambre.

—Esa es mi chica.

—¿Vienes?

Le tiendo la mano y la coge con rapidez.

—Por supuesto.

Sin entender el motivo, en ese instante a mi mente acude la imagen de lo sucedido al salir del trabajo, lo había olvidado por completo, y prefiero darle voz y desembarazarme del tema.

—Por cierto, esta mañana un hombre me ha preguntado por ti cuando salía de la oficina.

Un cambio significativo se produce en la actitud de Dylan y la sensualidad del momento se borra de su cara de un plumazo.

¿Por qué?

—¿Un hombre?

—Sí, me ha dicho que ha ido a buscarte adonde vives más de una vez y que no te ha encontrado. Por lo visto sabía que habías trabajado en la empresa y...

—¿Qué le has dicho? —pregunta cortándome con un rictus de preocupación total.

—Nada, que desde el lunes pasado no has vuelto y que si tenía suerte y te encontraba que te dijera que no volvieras por allí. No sé, ese tío me ha dado mala espina desde que me ha

interceptado y he preferido no comentarle nada de nada. ¿He hecho bien?

Sus hombros se relajan y su actitud me desarma por completo ante su siguiente acción, que no es otra que estrecharme entre sus brazos, mientras susurra en mi oído:

—Esto es un disparate, estoy poniéndote en peligro y no me podría perdonar que te pasara algo. El hombre que has visto es para quien trabajo, él se encarga de los combates, y te juro que si todavía estoy aquí, en tu casa, es porque me dijo que después de la paliza no recurriría a mí hasta que estuviese recuperado. De haber sabido que ha ido a buscarme jamás habría cometido tal temeridad y existe el riesgo de que te haya seguido y ahora sepa dónde vives.

A medida que habla intensifica la fuerza del abrazo, a mi entender es por un intento vano de protegerme y la pena me engulle por dentro.

Dylan está recubierto de un montón de cicatrices y no todas se ven. Por su modo de proceder sé que las que lleva en su interior son las más difíciles de sanar y daría lo que fuera por poder borrarlas una a una.

¿Locura?

Sí, sin ningún tipo de duda, ¿y qué?

—Dylan, cariño, estoy aquí, él no me hará daño —pronuncio con el corazón encogido.

Su agarre dice tanto...

—Claro que no te lo hará —sentencia con una seriedad que me choca—. No lo permitiré.

Trago con dificultad. El cambio significativo en él no me gusta. Ojalá esté equivocada pero, a mi entender, cada vez se aleja un poco más de mí y parece dispuesto a salir de mi vida antes de tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo que marcharme esta misma noche. No me fio de él y solo yo puedo apartarlo de ti.

Mi corazón deja de latir y se detiene. No estoy preparada para que desaparezca así, necesito despedirme como Dios manda y me niego a dejar que se marche.

—Encontraremos juntos una solución para lo que sea en lo que estés metido —digo de forma desesperada—. Dylan, déjame ayudarte.

—No.

—Por favor...

—No —se muestra tajante—. Sabíamos que lo nuestro tenía un principio y un final y como tal lo afrontaremos. Has resultado ser una auténtica sorpresa, Martina, y, aunque no debería, es justo que sepas que eres especial.

La estocada me llega al alma.

—¿De verdad te estás despidiendo de mí? —pregunto horrorizada sin llegar a creerlo.

—Sí, este disparate tiene que terminar ya —afirma sin echar un paso atrás. El convencimiento actúa en mi contra e interpreto una verdad acuciante.

Lo estoy perdiendo. Se palpa de lejos y recurro a lo único que me queda.

—Dylan.

—Dime.

—¿Puedo pedirte un último favor?

Suspira con pesar y se pasa la mano por el pelo. Él mismo acapara una lucha interna inimaginable y contengo las lágrimas que pugnan por salir.

—Martina, no me lo hagas más difícil...

—Quédate esta noche, te lo ruego.

—Cariño, de verdad, ni puedo ni debo.

—Te prometo que si lo haces te olvidaré para siempre.

Algo en su interior se resquebraja, lo noto en su mirada, y solo después se da por vencido.

¿Cómo lo hace?

Dejando de luchar consigo mismo para, en cambio, apoderarse de mis labios de una manera casi salvaje.

CAPÍTULO 24

Dylan

Esta será la última vez que la vea. La decisión es firme y prefiero engañarla. Conozco a Tom como a la palma de mi mano, en su día fue mi amigo, y no hace falta que nadie me diga cómo piensa.

Si Martina ha dudado un solo segundo él lo habrá captado, es un hijo de puta de cuidado, y la opción de que les haya seguido durante todo el día no es ninguna paranoia. Al contrario, no descartará cualquier posibilidad que se le ofrezca y la furia corre por mis venas.

Quiere algo de mí, es un jodido embustero y afrontaré la situación alejándome de la única mujer que me importa. Por nada del mundo le permitiré que se acerque, sin todavía entender la magnitud de lo sucedido se ha convertido en alguien demasiado importante y...

Miento. Ella solita se ha bastado y sobrado para atravesar mi coraza construida a base de dolor y sufrimiento. A día de hoy sigue chocándome lo sincera, honesta y buena persona que es, y le doy gracias a la vida por ponerla en mi camino por un tiempo limitado.

Saber que todavía existen personas nobles es un regalo para mí y considero la oportunidad de despedirme de ella con el mejor sabor de boca.

Los dos nos lo merecemos.

—Joder, Martina... —jadeo en su boca totalmente descontrolado.

Sentir la suavidad de su piel es pura ambrosía y me resarzo sin prisas a medida que nuestros cuerpos desnudos se buscan muertos de hambre.

Es tan jodidamente perfecta que me dedico en cuerpo y alma a ella, solo a ella, y la vuelvo loca.

Lamo, acaricio, beso o le doy muerdos juguetones, mi dedicación es infinita y se une a la contención que nos obligamos a practicar o corremos el riesgo de que nos escuchen.

El propósito es sencillo, hacerla mía, ¿qué más da que tenga que hacerlo en silencio?

Podremos soportarlo.

—¿Tienes preservativos?

—Siempre llevo en la cartera, cariño.

—Oh, Dylan, ¿sabes que me encanta que te dirijas a mí de esa manera tan cariñosa? —me dice con sus ojos húmedos.

—¿Y tú sabes que eres la única mujer que saca lo mejor de mí? Por eso eres especial, amor.

Cojo un preservativo, lo rasgo y me lo pongo bajo la mirada de deseo de una mujer que saliva de gusto por lo que ve.

—Dylan.

—¿Sí?

—¿De verdad estás recuperado?

—Ahora lo sabrás. ¿Preparada?

Cojo sus manos y las posiciono a la altura de la almohada, la miro con devoción y...

La sensación es tan increíble que cierro los ojos durante unos segundos. La intención de

reservar un instante mágico para el resto de los restos cobra fuerza. Es tan increíble lo que siento que la emoción me embarga por dentro y por fuera sin que haga nada al respecto para evitarlo. Me niego en rotundo.

¿Qué has hecho conmigo, Martina?

Solo después me muevo en su interior, lo hago con una lentitud agonizante y me empapo de cada una de sus emociones. Sus lágrimas corroboran que estamos en igual de condiciones, parecemos dos polos opuestos destinados a encontrarnos y no dejamos de mirarnos a los ojos mientras la hago mía.

M-í-a.

Una simple palabra que dice tanto...

La implicación entre los dos es bestial, llegamos al clímax a la vez y lo sé.

Es la primera vez que hago el amor. Sí, en toda su extensión, y ahora toca lo más difícil de todo.

Olvidarme de que un día existió.

—Cariño, soy un hombre afortunado. O mejor dicho, tú me has hecho un hombre afortunado —susurro mientras la abrazo con fuerza.

—¿Por qué dices algo así?

—Por permitirme un regalo que jamás olvidaré. Nunca pude imaginar que un encuentro sexual pudiera dar tanto y por ello te doy las gracias.

—Para mí también ha sido muy especial, Dylan.

—Lo sé, tus ojos me lo dicen —pronuncio embriagado—. Y ahora descansa, amor.

—Dylan...

—Shhh —la tranquilizo con el objetivo de no estropear un momento único y especial, y sé la manera de hacerlo—, mañana hablamos de lo que tú quieras, ¿vale?

—Vale.

—Ahora permíteme seguir siendo un afortunado, para mí sería un privilegio tenerte cada noche así, piel con piel mientras te estrecho entre unos brazos a los que les resultaría demasiado fácil hacerse adictos a ti.

—Me dices cosas tan bonitas...

—Shhh, cierra los ojos y duerme, yo velaré por tus sueños, vida mía.

—Solo si me prometes que mañana seguirás aquí, conmigo.

—Te lo prometo.

Soy un mentiroso y me duele, me duele demasiado tratándose de mi persona favorita y daría mi vida entera por no hacerlo, aunque resulta imposible.

Ella es demasiado importante como para ser egoísta.

Ella es demasiado importante como para quedarme.

Ella es demasiado importante como para no pensar en lo único que debo.

La decisión ya estaba tomada y la reafirmo una vez más.

La hora de regresar al infierno en el que vivo ha llegado.

Un tiempo después salgo de su casa como si fuese un intruso y lo hago con el corazón encogido.

«Adiós, Martina, ha sido un verdadero honor formar parte de tu vida. Jamás podré olvidarte».

Martina

A la mañana siguiente

Abro los ojos sintiendo una felicidad abrumadora y alargo la mano en busca del responsable, porque lo hay.

Un mal palpito me sacude de principio a fin al notar su lado de la cama vacío y me tranquilizo al recordar su promesa.

¿Estará en el baño?

Me levanto de inmediato y en cuanto salgo de la habitación, sin necesidad de buscarlo, lo sé.

La cara de preocupación de mi madre me pone al corriente de la situación, está sentada en el sillón, esperando a que me despertara, y le sirven tres simples palabras para que entienda lo que ocurre.

—Se ha ido.

—¿Qué? —pregunto confundida, dolida, triste...

—Ven, hija, siéntate a mi lado, por favor.

—¿De verdad se ha ido sin despedirse? —Lloro de manera impotente dejando a un lado el teatro que conferí con respecto a ellos.

—Me temo que sí, cariño. Y te diré algo, no tengo todos los datos, pero si lo ha hecho es porque le importas.

—Mamá, no digas tonterías, entre Dylan y yo no había nada. Nos hemos limitado a...

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí. Soy tu madre y a mí no puedes engañarme.

—Lo siento —me disculpo mientras corro a su encuentro.

Necesito sus brazos como nunca antes y me aferro a mi tabla salvavidas para tratar de amainar el terrible dolor que siento por dentro.

Dylan se ha ido para siempre y no hay consuelo para una chica a la que le han bastado dos simples semanas para enamorarse como una idiota.

¿En qué momento exacto ha ocurrido si apenas hemos tenido tiempo de conocernos?

Menuda locura.

CAPÍTULO 25

Dos semanas después

Martina

Mary y Jeffrey están muy preocupados por mí. Parezco un muerto viviente en la oficina y no puedo evitarlo.

Cada día es una agonía, no tener noticias tuyas está consumiéndome y el temor a que le haya sucedido algo grave se agranda por momentos.

Sí, prometí que lo olvidaría, parecía fácil después de tener claras las diferentes posturas y...

Y lo cierto es que ha resultado un auténtico disparate. ¿Cómo es posible hacer borrón y cuenta nueva con alguien que se ha convertido en el único con el que he sentido tantísimo?

Lo dicho, es imposible y ni siquiera descanso por las noches. Mi macarra particular ha dejado una huella imborrable y por más que trato de buscar la fórmula para centrarme en mi día a día, nada, que soy incapaz y las ojeras son visibles a varios metros de distancia.

¿Qué le voy a hacer? La angustia parece que ha llegado para quedarse y es la responsable de que la mayor parte del tiempo desvaríe y todo. Sí, en alguna que otra ocasión la tentación de acudir a su barrio es desproporcionada y se debe a la necesidad de tener noticias tuyas, aunque, por fortuna, mi parte más sensata siempre aparece cuando más la necesito y ella solita consigue que recule.

Al menos hasta ahora, y gran parte se debe a los puntos bien diferenciados entre sí.

El primero, existe un porcentaje elevado de que no continúe viviendo en el mismo lugar, y después de lo que me sucedió el día en el que lo conocí ni por asomo estoy dispuesta a dejarme caer por ese barrio de mala muerte sola. Sería una temeridad absoluta y tampoco es que esté tan loca.

Y, el segundo, que en el caso de que se me ocurriera llevar a cabo tal disparate, y él continuase allí, la verdad caería sobre su propio peso. No sería bien recibida por el mero cumplimiento de un hombre al que le basta la idea de protegerme a costa de lo que sea. Lo de no meterme en sus mierdas fue firme desde el principio y no tardaría en echarme a patadas, porque, oye, otra cosa no, pero con cada palabra que me dedicó dejó más que clara su postura acerca de mantenerme a salvo de una vida en la que no encajaba y fue letal en su planteamiento.

Algo que debería de servirme, ¿verdad?

Pues no. Nada de eso y aquí estoy, erre que erre ante la imposibilidad de pasar página de una vez por todas. Al final ha resultado un ejercicio difícil de culminar y para mi tormento ha llegado al punto de convertirse en una auténtica obsesión, lo que significa que no pararé hasta que logre verlo una vez más. Solo pido eso y de ahí la disparatada idea de cometer una locura en toda regla.

¿O no es para tanto?

Buah, ¿y qué más da? Reconozco que cuando algo se me mete entre ceja y ceja, malo, y eso sin contar que el plan ideado empieza a dar por saco sin descanso gracias a un aliado

insufrible.

Es viernes por la noche, lo que significa que tengo por delante un fin de semana aburrido como él solo y me niego en rotundo a seguir compadeciéndome de mí misma.

Vamos, ni de coña. Si de verdad quiero pasar página, antes he de darle una solución al embrollo sentimental en el que estoy metida hasta las orejas y de ahí la importancia de coger al toro por los cuernos.

No es tan difícil, la manera de llevarlo a cabo cobra fuerza y tomo la única decisión factible en un momento tan delicado a la par que intenso. Es ahora o nunca, así que, aparte cualquier tipo de duda y, sin más, me dejo llevar por un arrebato que ya es irrefrenable.

Mejor.

Cojo el bolso, saco el número de teléfono que guardo en la cartera y lo marco en el móvil sin pararme a pensar en las consecuencias.

¿Para qué? De cobarde tengo poco y doy un paso al frente sin amilanarme.

Al cuarto tono una voz ronca y bastante desfasada responde al otro lado de la línea.

—¿Sí?

—Mmm, ¿Tom? Hola, estoy interesada en asistir a un combate y me han dado tu número de teléfono.

—Ah, sí, eres la novena que llama, porque supongo que quieres saber cómo se accede a la lista de pujas, ¿no?

El desconcierto aparece en mi cara. No tengo la menor idea de lo que habla y opto por ir al grano, suponiendo que se refiere a las diferentes apuestas que se realizarán, ¿no?

—Sí, sí, es la primera vez y...

—Te han hablado de Puños Letales, ¿verdad? —me corta sin educación alguna jactándose.

—Mmm, sí, sí —improviso sobre la marcha.

—Pues apunta la dirección y suerte —sentencia tan tranquilo—. Está muy solicitado ahora que ya se ha corrido la voz y más te vale traer la cartera llena. ¡Ah! Si vienes sola te recomiendo que lo hagas en taxi y que te deje en la misma puerta de entrada, los alrededores no son seguros.

—Lo haré, gracias.

Corto la comunicación sin saber a ciencia cierta si Puños Letales es Dylan, no podía arriesgarme a decir su nombre, y ya no existe cabida para arrepentimientos de la índole que sean. Lo hecho, hecho está.

El plan es simple. Me pasaré por allí, ojearé el panorama asegurándome de que no se percata de mi presencia y solo después le daré carpetazo a un asunto que me está matando.

La intención de verle en acción con mis propios ojos se ha convertido en una obsesión, así me daré de bruces con la cruda realidad y me sobrarán motivos para comprender que es inalcanzable para alguien normal y corriente como yo.

¿Ves lo fácil que es?

En resumen, cumpliré mi propósito y no cejaré en el empeño, solo así podré seguir con mi vida y será más fácil olvidarme de que un día existió, o eso creo, porque, justo en ese instante a mi mente le apetece hacer de las suyas y aparece la afirmación que me hizo el día que acudió a la oficina como repartidor, rememorando con nostalgia sus aires de chulo, guaperas y, sobre todo, *perdonavidas*.

Sus palabras exactas todavía las recuerdo y un hormigueo general recorre mi columna vertebral.

«—Soy el hombre por el que terminarás suplicando antes de que terminen las dos semanas,

¿te parece poco?».

Y vaya si tuvo razón, a las pruebas me remito.

Ay, macarra, si lo que no consigas tú.

Sigo el consejo que me han dado y llego a la dirección exacta en taxi. La multitud de coches aparcados me da una ligera idea de lo concurrido que estará el local por dentro y me fijo en las marcas de los diferentes vehículos.

Los dueños no pertenecen ni por asomo a este barrio, han venido con el objetivo de pasar un buen rato, echando un ojo al espectáculo de cómo se parten la cara otros, y no doy crédito. Este tipo de combates está al margen de la ley y me parece un despropósito que suscite tanto revuelo. En cuanto a lo de las pujas... ¿a qué se referiría con exactitud?

La curiosidad es palpable y ha llegado la hora de averiguarlo.

Pago al taxista y me dirijo a la entrada que está custodiada por dos hombres gigantescos. A simple vista dan miedo y el planteamiento llega tarde. No es el momento oportuno de dar marcha atrás.

—Buenas noches —saluda uno de ellos antes de abrir la puerta.

—Buenas noches.

—Suerte con las apuestas o con la puja, señorita.

—Gracias.

Expulso el aire una última vez y después entro en un espacio gigantesco, el lugar en el que los gritos generalizados ocupan parte de mi atención y la lógica habla por sí sola.

Alguien está en el *ring* y la algarabía me pone los pelos de punta.

¿Será Dylan uno de los contrincantes?

Subo por el acceso correspondiente y me cuesta la vida y media. La multitud imposibilita dar un par de pasos seguidos y suspiro de alivio al encontrar un hueco en el que acoplarme. Una vez conseguido alzo la vista y...

¡Joder!

El corazón se me detiene de golpe. La panorámica desde aquí es muy buena y no da lugar a equivocaciones ni suposiciones. En efecto es Dylan uno de los que pelea sin descanso y la impresión impacta de lleno en todo mi ser.

No logro reconocerle, ni siquiera parece él, y me refiero al grado de salvajismo que emplea en cada golpe, sumado a una mirada repleta de oscuridad, letalidad y pasotismo.

«No digas gilipolleces, el hombre que formó parte de tu vida durante un par de semanas irrisorias no existía, este es el verdadero Dylan y por tu propio interés no te conviene que lo olvides».

Mentira. No es verdad. Me niego a compararlo con un simple matón y me recuerdo a mí misma que tiene un motivo de peso para...

Madre mía, está destrozando al rival y le bastan unos segundos para rematarlo, a la vez que un público enardecido clama en alto su nombre.

—Puños Letales, Puños Letales...

A saber el dineral que han apostado por él, el grado de euforia revuelve mis tripas y odio todo cuanto presencio. A estos ricachones poco o nada les importa el trasfondo por el que se prestan a una degradación sin igual y no los entiendo.

Entre dos sacan al hombre ensangrentado tendido en el suelo y Tom, el tipo que me abordó al salir de la oficina, y el mismo con el que he mantenido la conversación telefónica hace un par de horas escasas, coge un micrófono y comienza a hablar.

—Bien hecho, muchacho, y ahora te toca una noche de gloria —comenta levantándole el brazo como el ganador irrefutable que es antes de añadir—: Mujeres, os toca el turno a vosotras, llevamos varias peleas anunciándolo y hoy empieza un antes y un después. ¿Preparadas?

El fulano de turno se hace de rogar durante el tiempo que cree oportuno y solo entonces prosigue con un alegato que para nada esperaba y que es el artífice de dejarme en un estado de estupefacción total.

—La que quiera follar con el ganador que apunte una cantidad y la deje en la urna más cercana. El tiempo empieza ¡ya!

¿¿Cómo??

¿¿Qué ha dicho??

Doy un paso hacia atrás sin apenas darme cuenta y el color desaparece de mis mejillas.

El tremendo golpe que me acaban de dar daña lo más profundo de mi ser y me arrepiento de estar en un sitio corrompido y sin principios de ningún tipo.

Y claro, la obviedad de que hubiese preferido mil veces no ser testigo de lo que ocurre salta a la vista y odio a cada una de las mujeres que baja a la carrera, para depositar su mísera cantidad apuntada en la vasija de cristal que le corresponde.

La opción de largarme cagando leches y no mirar atrás aparece de la nada, en mis manos está dar carpetazo para siempre a un hombre que está a años luz de mí y...

No lo consigo. Nadie aparte de yo conoce al verdadero Dylan y me basta echarle una simple mirada para entender lo desgraciado que es. Su pose de «me importa todo una mierda» es fingida, a mí no puede engañarme y un sentimiento cercano a la pena engulle cada uno de mis pensamientos. Sí, esos que tratan de advertirme de lo mucho que tengo que perder si me quedo, y esos que claman al cielo por mantenerme en mis trece en cuanto a quedarme en un tugurio de mala muerte en la que las almas corrompidas abundan por doquier, sin que les sirva absolutamente de nada. Ambos pensamientos llegan tarde y se desvanecen.

¿Para qué darle más vueltas? Cualquier tipo de razonamiento, sea el que sea, llega tarde y toca cambiar de escenario.

El plan ideado, en un principio, ha dado un giro radical de ciento ochenta grados y como tal debo acoplarme al nuevo sin dilación. La obviedad de que no voy a marcharme sin hablar antes con él clama al cielo y poco me importa que se acabe de convertir en una temeridad pura y dura, disponiéndome a arriesgarme, y, también, a cometer lo que con toda probabilidad sea la mayor torpeza e insensatez en mis veinticuatro años de existencia.

¿Y qué?

Con la decisión reflejada en mi cara cambio el *chip*, avanzo entre la multitud propinando algún que otro codazo, y a continuación hago la correspondiente fila, después cojo un papel y un lápiz, pongo la misma cantidad de dólares que la que llevo en mi cartera y suspiro de alivio al dar por sentado que debía hacer caso en cuanto a lo de traerla llena, para nada me arrepiento, y acepto que en el caso contrario ni siquiera habría albergado la esperanza de conversar con él. Ahora, en cambio, existe una posibilidad dependiendo de la dichosa puja.

Menudo negocio tienen montado.

Cuando llega mi turno meto la hoja y a cambio me dan un número. De seguido desaparezco del tumulto y en el retroceso giro el cuello sin descanso tratando de verlo sin el

resultado esperado.

Nada. No hay rastro de él, parece como si la tierra se lo hubiera tragado de sopetón, con lo cual me limito a esperar el posible desenlace cruzando los dedos y encomendándome a la suerte.

Tic, tac, tic, tac...

Y de repente:

—Tres, dos, uno, y, tiempo.

La cuenta atrás la sigue un público femenino pletórico a la vez que otra pareja accede al cuadrilátero avanzando que un nuevo combate comenzará en breve.

Está claro que aquí lo primordial es hacer caja, el negocio es lo primero y a saber la de miles de dólares que se mueven en una sola noche.

¿Serán impresentables?

—Puja acabada. Atentas al número que tenéis.

Observo con una atención desmedida y los segundos se convierten en horas ante el posible resultado. No tengo la menor idea de lo que las salidas que tengo alrededor con las hormonas disparadas estarán dispuestas a pagar y de ahí a que haya jugado mi baza a costa de un auténtico pastizal.

¿Servirá?

Ya veremos, ya...

Mientras, el cabrón que orchestra cada movimiento en un lugar tan lamentable comienza a dejar a un lado las cantidades más jugosas, lo hace con una sonrisa maliciosa en la cara y muestra al público la cifra vencedora de entre todas, después, acerca su asquerosa boca al micrófono y se dispone a dar el número ganador.

«Por favor, por favor, que sea yo», suplico con los nervios a flor de piel.

—Y la ganadora es...

CAPÍTULO 26

Dylan

Esta noche se ha convertido en la primera que peleo después de recuperarme del todo y me considero un afortunado. Salgo ileso y con los bolsillos llenos.

¿Qué más puedo pedir?

El único pero, porque lo hay, es que hoy todo cambiará para siempre. El ultimátum de Tom no me ha dado alternativa alguna y de poco sirve encabronarme.

Su propósito es simple; quiere explotarme al máximo, ya me lo dejó claro el día que regresé, y como tal me veré obligado a acatar las nuevas directrices o de lo contrario ya puedo ir olvidándome de mi método de ganar pasta fácil y rápida.

Puto, Tom. La realidad es demasiado evidente y de ahí a que hayamos llegado a un acuerdo entre los dos, por llamarlo de alguna forma.

Este fue:

Permitiría que me recuperase al cien por cien, la única condición es que regresaría al cuadrilátero con una novedad con la que sacaríamos muchos más dólares a costa de mi integridad moral.

Sí, aquí el único que pierde siempre es el mismo y así es como he llegado a la primera puja por prostituirme. Al fin y al cabo, es lo que haré, la mujer que gane tendrá derecho a que la folle una única vez y ha llegado la hora.

De las dos posibilidades que me dio fue la menos mala y cumpliré con lo establecido. El riesgo de que terminen siendo hombres los que pongan precio a mi culo es real como la vida misma y de ahí la necesidad de tragar y callar.

Voy hasta el sucio baño y me limpio como puedo. He prometido que me portaré bien y por la cuenta que me trae más me vale acatarlo a rajatabla, así que toca interiorizar cada uno de mis sentimientos y dejar salir al cabrón que llevo dentro. Ese al que no le queda otra que vender su cuerpo a la mejor postora, y ese que trató de postergarlo el mayor tiempo posible sin que al final le haya servido de mucho, la verdad.

Una vez listo, paso a la habitación destinada a complacer a la primera afortunada y maldigo mi puta mala suerte al recordar la última vez que tuve sexo voluntario.

¿Qué digo? Suspiro con pesar antes de arrepentirme por un planteamiento irreal. Lo que tuve con Martina no se limitó a sexo voluntario, y ya. Oh, no, nada de eso, y prefiero no ahondar mucho en el tema. El calibre de la vivencia en sí es demoledor y bajo ningún concepto ensuciaré un recuerdo memorable, glorioso y único.

Lo consigo en parte, gracias a sopesar el panorama, y la mala leche la canalizo en una única persona, aunque todavía no haya hecho acto de presencia.

«Joder, espero que por lo menos sea guapa, corro el riesgo de que ni se me levante y entonces sí que estaré metido en un problema de cojones», me digo a mí mismo mientras me siento en el colchón que será estrenado en cuestión de minutos.

La alerta se posiciona en cuanto escucho unos pasos acercándose y saco mi pose salvaje.

¿No es lo que les gusta a las que vienen en busca de un polvo rápido a cambio de dinero?

La que sea que cruce la puerta ha pagado por ello y como tal la complaceré, fácil, ¿no crees?

Pues venga, estoy preparado y cuanto antes empiece antes podré retirarme a descansar, a maldecir mi puta mala suerte, a compadecerme por obligarme a practicar lo que más odio en el mundo y a...

La lista es interminable y me reafirmo en mis propias reglas. Por mi parte existen líneas infranqueables y como tal se las haré saber, dejándole claro que el que manda soy yo, y solo yo, lo que dará lugar a que la joda a mi manera. Ya puede ir olvidándose de caricias o de besos, todos y cada uno de ellos ya están dados y tienen una única dueña.

¡Basta! ¡No sigas por ahí!

Qué fácil es decirlo cuando llevo los catorce días con su imagen en la cabeza, no me la puedo quitar de encima y el hecho en sí es demoledor.

La hostia, yo sí que estoy jodido, y bien jodido...

¿A quién pretendo engañar?

Martina

Ahora que ha llegado la hora de la verdad estoy como un flan. ¿Cómo se tomará la locura que he cometido?

Mil dólares tienen la culpa de que sea la ganadora y ya vaticino un escenario que de idílico tendrá poco.

¿Se cabreará conmigo?

¿Me echará a patadas?

Los diferentes escenarios no tardan prácticamente nada en cobrar vida propia y arrasan sin contención alguna, llevándose por delante una templanza fingida, unos nervios a flor de piel y lo más importante, el pánico más absoluto a toparme con un hombre desconocido.

¿Y si en realidad es tal y como acaba de mostrarse ante un público enloquecido?

¿Y si las dos semanas que estuvo conmigo resultaron ser una auténtica farsa?

¿Y si...?

Demasiados planteamientos sin respuestas que no me llevan a ninguna parte, por lo tanto, no me interesan.

Y procedo a dar cuenta del pastizal que me he gastado. Sí o sí tendrá que aguantarme y solo saldré de aquí con las respuestas que todavía no tengo en mi poder. Necesito saber la razón de tal degradación y ansío conocer el alcance de los tentáculos de Tom con respecto a su vida.

Las dos cuestiones en realidad son una sola y el interrogante sigue siendo el mismo.

¿Qué secreto escondes, Dylan?

Dylan

La puerta se abre y parpadeo un par de veces seguidas ante el convencimiento de que estoy soñando.

O eso o contemplo la opción de que me esté volviendo loco debido a una alucinación que

es demasiado bonita para ser verdad.

Y como la imagen no se borra, voy y sigo parpadeando.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Cuatro veces y...

¡Me cago en la hostia puta! Ni me estoy volviendo loco ni es ninguna alucinación. Ojalá.

Y pierdo los nervios.

Joder.

Joderrr.

¿Me puede explicar alguien coherente que coño hace Martina en este antro de mala muerte?

Y lo que es peor:

¿Cómo se le ocurre pagar por mis servicios sexuales?

No entiendo nada, es imposible, y me dejo llevar por una locura demencial que va en una única dirección y que va *in crescendo* sobre la propia marcha.

Ella y solo ella.

La necesidad de provocar un daño visceral se abre paso si lo que pretendo es sacarla de mi vida para siempre y sé cómo hacerlo de una vez por todas.

Se va a enterar...

—Vaya, esto sí que es una sorpresa y lo demás tonterías. Venga, al lío, ¿preparada para que satisfaga tus deseos? Tendrás que conformarte con que te la meta y punto. Nada de besos y nada de caricias, ¿entendido?

Mi corazón sangra por cada una de las maldades que suelto por mi boca. No siento ninguna de ellas, pero es por su bien.

¿Cómo se le ha ocurrido semejante insensatez?

Mierda.

Martina

Las pulsaciones de mi cuerpo van por libre, entro en un cuarto destartado y me quedo anclada a la puerta con un horror absoluto. La imagen irreal que presencio difícilmente se borrará de mi mente, en ella veo a un hombre vulnerable con una pose de no importarle nada y contengo las ganas de echarme a llorar.

Tardo un par de segundos en recuperarme de la impresión inicial y avanzo un par de pasos con lentitud, la situación en sí es demasiado extraña y fijo la atención en su comunicación no verbal.

Pasa de la incredulidad a la emoción y termina con un semblante que da auténtico pavor. Leo cada expresión y continúa siendo un libro abierto. Sé lo que piensa en cada momento y ahora viene la parte peor.

Pretende herirme a toda costa. Pretende darle sentido a lo que no lo tiene, aunque no lo dirá en voz alta y, por encima de todo, pretende que huya de allí a la carrera, sin mirar atrás, y para siempre.

Lo siento, pero no. Yo me quedo. Lo de salir corriendo no se me da muy bien y avanzo otro par de pasos sin quitarle los ojos de encima.

La evidencia grita lo incómodos que estamos los dos y...

—Vaya, esto sí que es una sorpresa y lo demás tonterías. Venga, al lío, ¿preparada para que satisfaga tus deseos? Tendrás que conformarte con que te la meta y punto. Nada de besos y nada de caricias, ¿entendido?

Detengo mi cuerpo mientras el estómago se me contrae. Ha soltado su primera puñalada y no será la última.

¿Ves cómo sabía cuáles eran sus intenciones?

Lo dicho, lo conozco a pesar del poco tiempo que estuvimos juntos y es un detalle revelador a la par que contundente.

—No he venido para eso y lo sabes —susurro sin amilanarme.

—Entonces ya te estás largando de aquí —es su única respuesta.

—Dylan...

—No me llames por mi nombre, incluso para ti soy Puños Letales.

Pin pan. La conversación va a ser más complicada de lo que en un principio parecía y rebatirá cada frase que salga de mi boca.

Da igual, sigo en mis trece, no voy a rendirme a la primera de cambio y en un acto de valentía acorto la distancia que nos separa y me siento sobre el colchón, a su lado.

—No, te equivocas, para mí siempre serás Dylan o macarra, eso no cambiará nunca, te guste o no te guste.

Desde esta posición advierto los golpes recibidos y en un gesto involuntario alargo la mano con intención de acariciar su bonita cara.

—¿Qué haces? —pronuncia con una furia inusual deteniéndome a la fuerza—, te acabo de decir que nada de besos ni de caricias. ¿Qué te creías? ¿Qué sería igual que en tu casa? Deberías de haber entendido que ese hombre no existe, Mar...

Deja mi nombre incompleto. Prefiere interponer una distancia abismal y él solo se retracta.

—Dylan...

—Ya te he dicho que no me llames así y ahora venga, tumbate y disfruta por lo que has pagado.

Se ha cerrado en banda. No conseguiré ninguna respuesta y me quedo atónita por su reacción.

Y es cuando termino sobre el colchón, con él encima, mientras se afana en bajarme los pantalones. Su brutalidad no deja lugar a la duda y existe la posibilidad de que cumpla con su cometido a la fuerza.

—Para.

—¿No es esto lo que querías? —ruge endemoniado.

—¡He dicho que pares! —exclamo apartándolo de un empujón.

—Te lo repito, aquí no se viene a perder el tiempo y si tú no quieres acceder al premio otra estará esperando encantada, así que ahí tienes la puerta. Esta noche follaré con una o con otra y si lo que te pone es vernos en acción, entonces sí, quédate, disfruta del espectáculo y después a tu puta casa.

—No sabes lo que dices —me pongo en pie y reculo con el corazón encogido.

—No, aquí la única que no sabe lo que dice ni lo que hace eres tú. Deja de jugar a salvar al malo y piérdete para siempre, ¿he hablado con la suficiente claridad?

No soy tan fuerte como creía, cada golpe verbal daña una parte de mi alma y las primeras lágrimas aparecen.

Y él ni se inmuta, ¿de verdad ha cambiado tanto?

«Palurda, que estuvo contigo catorce insignificantes días, ¿cuándo vas a aceptar que la casualidad lo puso en tu camino y que lo perdiste la noche que se marchó a hurtadillas?».

Las emociones saltan disparadas, no puedo más, y retrocedo con la cara anegada en lágrimas, terminando por marcharme de allí con una herida certera en mi pobre corazón.

Dylan

Objetivo cumplido, debería de alegrarme, ¿verdad?

Me llevo ambas manos a la cabeza y grito de impotencia, de rabia y de dolor, a la vez que me adjudico un papel estelar que me viene al pelo.

Soy el mayor hijo de puta de la existencia.

Después, nada, aparto lo que no me conviene y me largo con rumbo desconocido.

Toca olvidar una noche desastrosa y lo conseguiré cueste lo que cueste. Los aliados que me ayudarán los conozco de sobra: alcohol, alguna pelea y tal vez un poco de sexo.

En ese orden.

Y salgo de allí con la decisión dibujada en mi cara, perdiéndome calle abajo a la busca de cualquier *pub*.

Tom

Unos minutos antes

Fijo la atención en la cifra desproporcionada y me relamo de gusto.

«Vaya, mil dólares por un polvo rápido, menudo pedazo de plan se me ha ocurrido».

Dylan sigue siendo la gallina de los huevos de oro y con mi última ocurrencia multiplicaré la pasta. El muy ingenuo cree que subastaré su cuerpo una vez durante el fin de semana y no tiene ni puta idea. Lo tengo cogido por los huevos y como mucho en un par de meses añadiré a la lista a todo tipo de público.

Puños y sexo. El cóctel perfecto para llenar la saca.

Vuelvo a la realidad y pronuncio el número de la afortunada, a la vez que uno de mis chicos la espera al final de la escalera para darle las indicaciones precisas acerca del lugar en el que se encuentra su premio y...

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí —digo en voz baja con cara de asombro.

Aunque estoy bastante lejos la reconozco al verla de refilón. Se trata de la misma chica a la que abordé en la calle y de ahí que entienda la cantidad desproporcionada de dólares que ha puesto. Quiere verlo a costa de lo que sea, lo que significa que no es simplemente una compañera de trabajo.

Joder, no me lo puedo creer, la suerte acaba de aliarse conmigo y sonrío con malicia.

Aun así, prefiero no cantar victoria antes de tiempo y asegurarme, para ello me camuflé en un cuarto que hay a la salida y espero con la puerta abierta.

Sí, o sí, tendrá que pasar por allí una vez que termine a lo que sea que ha venido y solo quiero verificar mis suposiciones.

¡Bingo!

Seis minutos y cuarenta segundos exactos es lo que tarda en salir, lo hace con una prisa inusitada y con la cara llena de lágrimas.

La tengo. No es una más. Esa mujer no ha venido hasta aquí para acostarse con él y la rapidez de su marcha evidencia que él ha preferido marcar las distancias, lo que significa que me apunto un tanto demasiado valioso, a la vez que las piezas del puzzle van encajando poco a poco.

Dylan estaba en su casa cuando se recuperaba de la paliza y acaban de darme otra razón para que Puños Letales obedezca cada una de mis órdenes, de lo contrario, como ahora sé dónde trabaja y hasta dónde vive, alguien más pagaría las consecuencias y es un precio que «mi chico» jamás se permitiría.

CAPÍTULO 27

Martina

Miro la hora del reloj por enésima vez y mejor me olvido de dormir. Imposible, el daño causado ha sido más de lo que suponía y no lo soporto, es por ello que maldigo la hora en la que se me ocurrió convertirme en una auténtica gilipollas, porque es lo que soy por mérito propio.

Sí. Una g-i-l-i-p-o-l-l-a-s.

Lo que me ha pasado era tan predecible... y lo peor es que lo tengo más que merecido, él me avisó desde el principio mil quinientas veces y yo nada, a lo mío.

¿Acaso me creía una heroína con súper poderes al rescate de un hombre oscuro y necesitado?

Joder, ya me vale, estoy tan tocada que incluso me planteo regresar a España con el rabo entre las piernas. Solo así podré olvidarme de él, y solo así podré empezar a dar normalidad a mi vida, porque, lo que es aquí, ni de coña. Perdí la oportunidad.

Mi suposición cobra fuerza y vaticino que es la acertada. Únicamente cuando interponga la distancia abismal que hay entre los dos países llevaré mejor el dolor que siento en lo más hondo del alma, es evidente, y como tal le doy forma. Paso de alargar la agonía.

¿Para qué?

Y en esas estoy cuando el sonido del telefonillo me saca de mis pensamientos turbios y, de nuevo, miro la hora.

Venga, ya es lo que me faltaba para rematar la noche de mierda que llevo. ¿A qué demente se le ocurre llamar a una casa desconocida a las cuatro y treinta y dos de la madrugada?

Bah, que le den, ni siquiera voy a moverme y...

Piiiiiiii.

El sonido se intensifica y yo alucino en colores mientras la mala hostia crece y crece.

De verdad, esto no me puede estar pasando, precisamente, hoy.

Y así, con un cabreo del copón me pongo en movimiento, porque oye, tampoco se trata de que despierte a todos los vecinos, ¿verdad? Y opto por la salida más fácil.

¡Mandarlo a la mierda!

—Oye, tú, ¿no tienes nada mejor que hacer a estas putas horas? Pues te advierto, o dejas de pulsar el botón o llamo a la Policía ahora mismo, ¡gilipollas!

Nada. Lo que recibo de vuelta es un silencio absoluto.

¿Por qué?

—¿Me has oído? —entro en cólera bufando como una energúmena—. Como se te ocurra dar la matraca otra vez, y antes de que llegue la autoridad, bajo con el rodillo de la cocina y te lo estampo en la cabeza, ¿lo has entendido?

Más de lo mismo, la única diferencia es que oigo una respiración, debido a que se ha acercado al altavoz, y frunzo el ceño.

Mierda. Sea el que sea me está empezando a asustar. ¿Y si es un acosador que sabe que vivo sola?

Y de repente:

—Soy yo, Martina.

Me quedo de piedra.

¿De verdad es Dylan?

Pues claro que lo es, y mira que su voz grita a los cuatro vientos que no está en sus plenas facultades, lo que significa que...

Joder. Pulso el botón de inmediato mientras la preocupación borra de un plumazo cualquier otro tipo de sensaciones que han dejado de ser importantes.

¿Se habrá metido en otro lío?

Con el corazón encogido avanzo y abro la puerta, después espero, espero, y sigo esperando.

¿Dónde coño se ha metido este hombre?

«Bah, da igual». Cojo las llaves y ni me molesto en ponerme la bata.

Y así, en pijama, bajo por las escaleras a toda máquina con el objetivo de ir a su encuentro.

«Madre del amor hermoso, cómo viene», me digo a mí misma con los ojos como platos de la impresión.

Dylan no ha logrado pasar del portal y se encuentra apoyado en la puerta. La cogerza que tiene encima es la culpable y suelto el aire con pesar ante tan dantesca escena.

—¿Estás bien?

—Hola, Martina. Que guapa estás.

Casi ni le entiendo y dejo de perder el tiempo.

Quince largos minutos después consigo el objetivo de meterlo en casa. La borrachera que lleva es evidente y le ayudo a llegar hasta mi cama. Allí le quito la ropa como puedo y después lo tapo con la funda nórdica.

No voy a juzgarlo, pero sí añadiré que cualquier otra mujer ni habría considerado la idea de abrirle la puerta después de comportarse como un auténtico capullo, aunque claro, yo no soy cualquier otra mujer y me resulta imposible.

Una vez que termino de acoplarlo mi mente maquina a toda marcha, y lo sé. Ha recurrido al alcohol para tratar de olvidar el daño que me ha hecho, seguro que no voy nada desencaminada, y está aquí gracias a una cantidad de copas bestial.

El conjunto de la ecuación me trastorna y lo miro con lágrimas en los ojos al tiempo que una pena arrolladora me engulle.

¿Soy la única que se da cuenta de lo vulnerable que es?

Pobre macarra.

—Martina, Martina —me llama de repente de forma desesperada—, ¿dónde estás? No me dejes solo.

—Shhh, estoy aquí —susurro acercándome.

—Por favor, déjame abrazarte.

El dilema en el que me hayo no es ni medio normal. Mañana, en cuanto se despierte, saldrá por patas y no recordará nada, lo que me sitúa en una encrucijada difícil de analizar.

Aquí, la única perjudicada seré yo, no me cabe la menor duda y lo más apropiado sería...

«Sí, sí, los cojones voy a dejarlo solo cuando ha venido suplicando por un poco de cariño. Ya mañana, si eso, afronto el panorama. Ahora ni de coña».

En cuanto siente mi cuerpo se abraza a él, solo entonces consigue relajarse y se queda dormido como un angelito.

Y me reitero en lo mismo.

«Pobre macarra».

Mientras, soy yo la que decide cerrar los ojos y empaparse de su calor, de su olor y de su fuerza, cometiendo un disparate en toda regla.

No puedo evitarlo. Además, he de admitir que me gusta demasiado que, a pesar de estar dormido, no suelte el agarre de mi cuerpo y el simple hecho es demasiado significativo.

Ay, Martina, ¿por qué te empeñas en meterte en la boca del lobo?

Buena pregunta.

Poco después caigo rendida y la sensación es, simplemente, indescriptible.

¿Locura?

Sí, de las gordas. Me hago cargo.

CAPÍTULO 28

Dylan

Abro los ojos y una emoción desconocida me sacude de principio a fin.

¿Dónde demonios estoy?

Lo siguiente que noto es el cuerpo menudo de una chica pegado al mío y mi parte baja despierta de sopetón.

Joder. ¿Con quién me he acostado esta noche?

Y nada, que el malestar estomacal se une al dolor de cabeza y se alían en mi contra, lo que ocasiona que no tenga ni puta idea de cómo he terminado aquí.

Y me fijo más en profundidad. No sé, por norma general no acepto ir a casa de nadie para echar un polvo y no entiendo el motivo de que hoy sea diferente.

¿Por qué he decidido saltarme las reglas?

Un mal presentimiento se asienta en la parte del cerebro que razona lo justo y el interrogante llega solo ante la evidencia de mi malestar general.

¿Qué fue lo que sucedió ayer para tener este pedazo de resaca?

Ahí está el quid de la cuestión, ahora toca procesarlo y darle forma, nada más, y las respuestas aparecerán ellas solitas.

Dicho y hecho, por arte de magia una multitud de imágenes se suceden entre sí y al juntarlas...

¡Me cago en la hostia puta! ¿En serio a la que abrazo en un gesto de posesión desmedida es Martina?

«Pues claro que lo es, de ahí la emoción desconocida desde que abrí los ojos», maldigo una y otra vez.

¿Y ahora qué?

La respuesta a esa pregunta es fácil, demasiado de hecho.

Y es cuando poco a poco comienzo a moverme, lo hago con un cuidado extremo, para no despertarla, y todo ante la necesidad de largarme de allí lo antes posible.

La hora de volver a ser un auténtico cobarde ha llegado.

Sin más.

Martina

—Tranquilo, no hace falta que esta vez te marches a escondidas. Somos adultos y puedes darte una ducha antes.

Llevo despierta desde hace un rato, he preferido no moverme con tal de que descansara todo lo posible y, también, permanecía expectante para comprobar cuál sería su reacción.

Por desgracia la esperaba y no me muerdo la lengua a la hora de echarle en cara su estampida de no hace tanto.

Y así, con una pena infinita, me deshago de su agarre y salgo de la cama. El cuento ha acabado.

—En el armario del baño hay toallas, prepararé café —hablo en un tono serio y crispado.

Y decido ser buena, no formularé pregunta alguna, ya que, a estas alturas de nada me serviría y le allano el camino para ponérselo fácil.

Después de lo que vi ayer no pretendo ser una carga, bastante tiene él encima.

Cierro la puerta al salir y voy directa a la cocina. En sus manos está marcharse por donde ha venido o disponer de la hospitalidad que le he ofrecido.

Él mismo.

Al final, la sorprendida soy yo. Dylan elige la segunda opción y se lo agradezco.

—Hola.

Apenas si oigo su saludo y me basta girar el cuello para ver lo arrepentido que está, además de lo sumamente irresistible que luce con su pelo mojado.

¡Basta!

—Hola, Dylan —recalco su nombre con doble intencionalidad.

Que se joda. Lo de llamarlo Puños Letales, tal y como me exigió anoche, mejor que lo deje para el resto.

Lleno una taza con el café recién hecho, le añado una cucharada de azúcar y se lo tiendo junto a un analgésico.

—Gracias.

—De nada. Cuando te marches cierra al salir.

Mi pretensión no pasa por parecer ni borde, ni enfadada, ni dolida. Lo mejor para ambos es dar normalidad a una situación irreal y punto.

Cada uno a lo suyo.

—Martina...

Detengo los pasos en cuanto escucho mi nombre en su boca. Sigue sonando demasiado bien y sería un error negarlo.

—Dime.

—Lo siento.

Su disculpa impacta de lleno en mi corazón y lo atraviesa. El papel de chulo prepotente que muestra al exterior se difumina sobre la marcha, seguramente por hallarse en mi casa, y trago el nudo que se me ha formado en la garganta sin ni siquiera darme cuenta.

—Déjalo, Dylan —susurro mirándolo a los ojos—, no tienes que decirme nada.

—¿Y si quiero hacerlo?

—¿Solucionaría algo?

Un suspiro de pesar contesta por él.

—Entonces déjalo, de verdad —añado convencida—, y no te preocupes, no volverás a saber de mí. La locura de anoche no la repetiré.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Dylan, al fin he comprendido que tenías razón. Con la insensatez que cometí lo único que he conseguido es hacernos más daño y me arrepiento de ello.

—No lo hagas.

¿Cómo?

Madre mía, sin entender los motivos ha pasado de querer escaquearse a plantarse en mi cocina mostrando al hombre vulnerable y sincero. Es lo que está haciendo y el grado de confusión es mayúsculo.

—Nunca te arrepientas por seguir los dictámenes de tu corazón, aquí el que ni puede ni debe hacerlo soy yo, y es justo que sepas que de estar en tu caso actuaría de igual forma.

¿Qué?

No doy crédito, mi macarra es capaz de confundirme con cada frase que dice, y lo mejor de todo es que también puede leerlo entre líneas, tal y como me ocurre a mí con él.

—Si dependiera de mí no saldría de esta casa nunca —se sincera sin censura de ningún tipo, soltando lo que lleva dentro y siempre se calla.

Y claro, el impacto de tal afirmación me lleva directa a apoyarme en la encimera y a abrir la boca con una única intención.

—Hazlo —suplico en voz alta.

Dylan bebe el contenido de la taza y se acerca a mí.

—Ojalá pudiera —dice acariciando mi mejilla—, gracias por todo.

—¿Te vas? —casi chillo de impotencia.

¿Cómo se va a ir así después de decirme que se quedaría conmigo para siempre?

Esto es de locos y solo me falta tirarme de los pelos.

Tal cual.

—Sí, Martina, me voy. Si estoy aquí es porque anoche todo lo que bebí me nubló la razón y en cuanto mi mente se liberó vino en tu busca. Lo siento, no se volverá a repetir, tal y como te dije mi pretensión sigue siendo la misma y, aunque no te lo creas, mi único fin es protegerte. Estoy atado de pies y manos, Tom me tiene cogido por los huevos y de momento seguiré así. Si algún día...

—Por Dios, ¿quieres hacer el favor de dejar que te ayude? —le interrumpo al borde de que se me vaya la pinza—. Estoy dispuesta a implicarme al cien por cien en cuanto me dejes, ¿es que no lo ves?

Él sonríe, ladea su cabeza y alarga la mano hacia mí.

—Eres tan especial...

Tira de mí y termino acurrucada entre unos brazos que huelen a hogar, a esperanza y a un sinfín de cosas buenas.

Y lo sé, si me lo permitiera me quedaría a vivir aquí, entre ellos, y no existirían los problemas.

—Gracias por haber formado parte de mi vida, por no juzgarme, por ayudarme en mi peor momento y, sobre todo, gracias por hacerme soñar que podía ser un hombre normal cuando ya ni siquiera creía en mí mismo.

La carga emocional traspasa todas las barreras habidas y por haber y me suelto de su agarre con furia.

El vaivén de emociones es una agonía y no puedo más.

Hasta aquí he llegado.

—No me las des —siseo a punto de llorar— y menos cuando nunca has estado dispuesto a que forme parte de tu vida.

—Joder, cariño, ¿no te das cuenta de que sería un error?

—¿Y tú? ¿Acaso no te das cuenta de que debería ser yo la que eligiera? Ni siquiera me has

dado la oportunidad de decidir... ¡¡Y no me llames cariño!!

—Martina...

—No. Mejor no digas nada más y vete.

Dylan baja el mentón, mira al suelo y tarda unos segundos en reaccionar.

Al final se marcha sin decir nada más mientras yo termino llorando de manera desconsolada.

El domingo me despierto con unas ojeras de campeonato. No he podido dormir en toda la noche, pero, al menos, sé cuál será mi siguiente movimiento.

La realidad se abre paso y arrasa, he de aceptar que necesito la ayuda de los míos y me paso la mañana haciendo la maleta.

La decisión es firme y está tomada. Al día siguiente, en cuanto entre en la oficina, les informaré acerca de la nueva situación laboral que preciso y espero que no me pongan demasiadas trabas. Es primordial para mi salud emocional que me aleje de un ambiente que me recuerda a él, vaya donde vaya, y ya no hay vuelta atrás.

No. No la hay, y, sintiéndolo mucho, significa que hasta aquí llegó mi gran sueño norteamericano.

CAPÍTULO 29

Lunes

Martina

—¿¿Qué??

El grito de Mary acapara las miradas de varios compañeros y mira que en previsión de lo que podría suceder he considerado oportuno cerrar la puerta de mi despacho.

A ver, que no digo que no esperase cualquier tipo de reacción, pero claro, de ahí a que termine sentada, abanicándose con un dossier como si estuviese a punto de caer fulminada sobre el suelo va un trecho, ¿no?

Ella y sus actuaciones estelares, se le dan tan requetebién a la *jodía*.

—Ya estás olvidando una locura de este calibre. No y no. Me niego. No permitiré que adelantes tu marcha y punto.

—Mary...

—¡Qué no!

La loca ve pasar a Jeffrey a través de la cristalera y ni se lo piensa. En un visto y no visto la tremenda crisis que tenía encima se esfuma como la espuma y sale a su encuentro a la carrera.

¿Tendrá jeta?

—Jeffrey —pronuncia sulfurada—, ven un momento, por favor.

—¿Ocurre algo?

—Mucho me temo que sí, entra.

Bien, pues ha llegado el momento de enfrentarse al núcleo duro de la oficina. La muy bruja sabe lo especiales que son los dos y como tal no le importa remangarse con el propósito de emplearse a fondo.

Que suerte la mía, oye.

—Hola, cariño, tienes mala cara —se lamenta el último que entra en escena en cuanto pasa al interior.

—Más bien querrás decir que parece un muerto viviente —añade la lengua afilada que posee Mary en el interior de su boca.

—¿Suced algo?

—¡Ja! Que si sucede algo, dice... —bufa la incansable número uno tomando la palabra—, pues tú verás, aquí, nuestro ojito derecho, que dice que tira la toalla y que se marcha.

—¿Cómo que se marcha? ¿A dónde?

—A su casa.

—¿A España? —pregunta con los ojos como platos—, pero, cariño, ¿así estamos? Ya te hemos dicho que este es un bache que superarás, que no puedes cometer el error tan grande de echar por la borda tu futuro profesional, y eso sin contar que no estamos preparados para que salgas de nuestras vidas así, de una manera tan repentina. A ver, cuéntanos, ¿qué ha pasado este fin de semana?

—Uy, uy, que mal pinta esto —se lamenta Mary al ver el puchero de mi cara que amenaza

con salir más pronto que tarde, a la vez que extiende el brazo acercándome los pañuelos de papel.

Y el diluvio universal comienza en:

Tres.

Dos.

Uno.

Y...

Y rompo a llorar como una niña pequeña mientras ellos dos se miran con un sentimiento de pesar absoluto.

—Martina...

—No, déjala —interviene la recepcionista alzando la mano—, que se desahogue lo que considere oportuno, después se sentirá mucho mejor y nos lo aclarará todo con pelos y señales.

A la otra parte le parece bien y se dedican a permanecer en riguroso silencio hasta que yo pueda pronunciarme.

Oye, y tratándose de ellos es un verdadero logro, que conste.

Quince minutos, y una caja de clínex después, consigo la proeza de dejar de hipar. Todo un esfuerzo titánico, dadas las circunstancias.

—Muy bien, mi niña, y ahora que te has quedado seca de lágrimas y de mocos empieza a hablar.

Lo hago, estoy preparada para decirlo en voz alta y no me dejo nada en el tintero, empezando por la estupidez que cometí acudiendo a ese local de mala muerte, también lo salvaje que parecía Dylan cuando peleaba, por supuesto añadido lo de las pujas, y termino por el episodio de presentarse borracho como una cuba en mi casa a las tantas de la madrugada.

Vamos, que me sirven de confesores y de psicólogos, las dos cosas al mismo tiempo, y ellos no dicen ni mu. Un detalle que les agradezco hasta el infinito; conociéndolos como los conozco entiendo lo difícil que les resulta y, solo cuando he soltado toda la mierda que llevo dentro, toman la palabra.

El primero en hacerlo es Jeffrey.

—¡Joder, Martina! No sabía que estabas tan chiflada, ¿a quién se le ocurre ir a un lugar tan peligroso completamente sola? ¿No tuviste bastante con lo que te pasó la última vez?

—Mmm... Jeffrey, haz el favor de comportarte, no somos sus padres y no tenemos ningún derecho a... ¡Joder, Martina! —repite en el mismo tono de enfado—. Te podría haber sucedido cualquier cosa, ¿es que pretendes matarnos a disgustos?

—Sí, ya veo que tú sí que puedes controlarte, sí. Oye, menuda suerte que tienes, a ver cuándo me dices el secreto o la fórmula mágica —se cachondea sin compasión alguna nuestro compañero.

—Bueno, bueno, dejémonos de gilipolleces y vayamos al lío —gesticula con las manos la aludida—, si queremos solucionar este entuerto tenemos que estar más unidos que nunca y...

—La decisión es firme —la interrumpo con decisión—, no os estoy pidiendo consejo, que os quede claro a los dos, me voy y me voy.

—Ay, madre, que va en serio. Pero, hija, ¿sabes lo que estás diciendo?

—Sí, Mary, lo sé. Quiero volver a casa.

—Anda, anda, ya verás que en un par de días piensas de diferente manera, date tiempo, nada más.

—No, Jeffrey. Ya te he dicho que la decisión está tomada.

—Grrr —gruñe tirándose del pelo ante el cariz de la conversación, al menos hasta que una idea descabellada toma forma en su cabeza y la suelta sin filtro alguno—. Mary, ¿existe alguna cláusula en su contrato que evite esta temeridad?

—Mmm, pues ahora que lo dices...

—Sí o no.

—Tendría que mirarlo.

—¿Y a qué esperas?

Esto no es ni medio normal, ¿pues no van el par de locos y se ponen a conversar tan tranquilos como si yo no estuviera presente?

Mira, no sé cómo he tenido la templanza de aguantarlos hasta el día de hoy, ya lo digo.

Y nada, que ahí siguen, son incansables hasta decir basta y me niego a permitírselo. Al fin y al cabo es mi vida. NO LA DE ELLOS.

Y de repente:

—Jeffrey, ¡lo tengo!

—¿El qué tienes?

—La solución para que no se vaya.

—¿Y es?

Zas. Golpe en la mesa.

—¿Queréis dejar de conspirar en mi puta cara?

—¡Niña! Esa boca.

Sí, claro, encima.

—Sois mil veces peor que mis padres —estallo poniéndome en pie.

—Sí, sí, lo que tú digas, Mary, desarrolla esa solución de inmediato, porque digo yo que el billete de avión no lo habrás comprado, ¿no?

—Bah, si lo tiene ya lo cargaré como gasto a la empresa, ni te preocupes por ese insignificante detalle.

Y nada, ellos erre que erre a lo suyo.

¿Serán cabezotas?

«Dios, por lo que más quieras, dame paciencia o te juro que me cargo a los dos aquí mismo. Se lo tendrían de un merecido...».

—Esperadme aquí —anuncia de pronto.

—¿Dónde vas? —se interesa el hombre un tanto desubicado.

—A añadir una cláusula al contrato firmado por las dos partes ahora mismo. Lo dicho, no tardo.

—¿¿Qué?? —bufo endemoniada sin dar crédito a lo que sucede con este par de majaras—. No puedes hacer eso, es ilegal.

—Sí, cariño, claro que lo es —me informa como si fuera tonta o algo peor—, pero como sé hacerlo será tu palabra contra la empresa. Esta conversación no saldrá de aquí y, en el caso de que decidas ser una impertinente, tanto él como yo lo negaremos. ¿Verdad, compañero?

—No sé a qué te refieres, si yo ni siquiera estoy aquí con la cantidad de trabajo que tengo en el almacén.

Pero bueno, ¿acaso pretenden acabar conmigo? Porque es lo que parece.

Y como no van a bajarse del burro así como así soy yo la que al final va hacia la puerta, una vez allí, la abro y espero a que se marchen con una templanza que me asombra hasta a mí.

¿Captarán la indirecta?

No.

No lo hacen.

¿Para qué?

En fin, que ya se encarga una servidora.

—Si tanto trabajo tenéis no sé qué hacéis aquí perdiendo el tiempo, venga, a tomar por culo. Tú a falsificar un contrato que te llevará directa a la calle y tú a ponerte con los pedidos que ya tenían que estar más que entregados. Ah, y ya que veo vuestra disposición a ayudar a una compañera a la que, según vosotros, queréis tanto, no os preocupéis, concertaré una charla con el director general y ya solucionaré con él mi baja voluntaria, y que sepáis que voy a ser todo lo impertinente que pueda cuando le hable de vuestras intenciones de retenerme a la fuerza.

Oye, me quedo de un a gusto, ahora solo queda que se larguen, ¿lo conseguiré?

Anda, pues sí.

¡Aleluya!

En contra de lo que pensaba consigo deshacerme de ellos sin más contratiempos, y justo cuando salen y desaparecen de mi vista...

Pum.

Lo siento, no podía soportar tanta templanza y termino cerrando con un portazo que se oye en toda la planta.

Lo dicho, es lo que hay.

Un par de horas después...

«¿Qué querrá ahora?», me sulfuro yo sola en cuanto me percato de la llamada interna que aparece en pantalla.

Mary trata de comunicarse conmigo y yo paso de ella como de comer mierda.

Toma, por lista. A ver si de una vez por todas aprende a no meter las narices donde no la llaman y sabe captar la indirecta. Solo pido que me deje tranquila, nada más.

Ya he concertado una cita para hablar con el señor Thomas y antes de que se produzca pretendo cerrar los últimos expedientes. La responsabilidad adquirida con la empresa de ningún modo se verá afectada por mi situación personal, hasta ahí podía llegar, y dejaré mi puesto vacante sin un solo pero que puedan reprocharme.

El sonido que proviene de la centralita deja de sonar y sonrío al interpretar que me he salido con la mía hasta que...

Joder, no se da por aludida ni muerta y maldigo en los dos idiomas que conozco.

Bah, pues por mí que insista lo que le dé la gana, no voy a cogérselo.

Y, de pronto, la susodicha (esa que nunca se da por vencida) aparece en mi despacho con la cara lívida, con una expresión imposible de interpretar y con las órbitas de los ojos a punto de que salgan disparadas de su lugar de origen.

Ay, madre, ¿y ahora qué?

—Martina, ¿puedes dedicarme un momento, por favor? Es importante.

La seriedad en cada uno de sus gestos activa todas y cada una de mis alarmas interiores durante unos segundos.

Bah, seguro que está fingiendo, es muy dada a ello y así se lo hago llegar.

—¿Ya estás con tus interpretaciones estelares? Casi me la das, si no fuera porque...

—Martina —me corta con un rictus implacable mientras se acerca a mi mesa—, haznos un favor a las dos, cállate y escucha. Ya te he dicho que es importante.

Y desde la posición en la que se encuentra me fijo en que ladea el cuello varias veces hacia el exterior.

Ay, madre, ¿qué habrá hecho esta vez?

Miedo me da. Cada señal indica que de fingir poco y que de verdad algo importante está pasando ahí fuera.

Pero ¿qué?

—Está bien —cedo con el corazón a mil—, suéltalo.

—Mmm —duda buscando las palabras exactas para ponerme en situación—, a ver cómo te lo digo...

¿Eh?

Me quito las gafas y me pinzo el puente de la nariz. La gravedad del asunto parece que adquiere un grado más alto y lo digo porque la compañera que tengo frente a mí no es la misma. De todos los meses que llevo a su lado es la primera vez que le faltan las palabras y no doy crédito, de verdad.

No, tratándose de ella.

¿Por qué leches está tan afectada?

Y a medida que pasan los segundos mis pobres pulsaciones se aceleran más y más, a la vez que ejerzo un control absoluto para no decir ni pío. Prefiero darle su tiempo y en lo que sí me fijo es en cómo expulsa el aire, abre la boca y...

Ha llegado el momento, lo palpo en el ambiente, y es cuando termina soltando a bocajarro:

—Ahí fuera ha llegado un chico preguntando por Dylan. Dice que viene de Canadá, que es su hermano pequeño, y que gracias al contrato que le hicimos ha podido dar con él.

¿Eh?

La información me deja en *shock* y comprendo la indisposición de Mary. A mí me ocurre lo mismo.

¿Un hermano pequeño?

¿En Canadá?

¿Y de verdad está aquí por el contrato que le hicimos debido a una casualidad entre un millón?

¡Vaya! ¡Increíble!

De inmediato mi cabeza se pone a procesar la sorprendente información que le acaba de llegar y le basta mezclar los tres interrogantes para darle sentido a lo que hasta hace nada no lo tenía.

Y lo sé.

El secreto que Dylan guardaba con el fin de protegerlo a capa y espada acaba de salir a la luz y es gracias a esa casualidad inimaginable.

¡Por fin!

Levanto el culo del asiento y no pierdo ni un segundo, cabe la posibilidad de que el tiempo apremie y la oportunidad de involucrarme al cien por cien, tal y como le pedí, me la acaban de servir en bandeja.

Lástima que se haya producido de esta manera.

—Llévame hasta él y averigüemos de una vez el secreto que obliga a nuestro chico a no

romper con un mundo que odia.

CAPÍTULO 30

Dylan

Todavía estoy recuperándome del sobreesfuerzo del domingo. Mi cuerpo no estaba en condiciones de luchar con ningún contrincante, pero Tom se lo pasó por el forro de los cojones, como viene siendo tan habitual últimamente.

Que suerte la mía. Esto me pasa por dejarme llevar por mis mierdas internas. Nunca debí emborracharme y en estos momentos estaría cien mil veces mejor en todos los aspectos, ya que, la necesidad de borrar a Martina de mi mente fue la culpable de recurrir al alcohol, después todo se descontroló de mala manera y cometí un error garrafal.

Presentarme en su casa.

Y así estoy ahora, el cabrón de turno me tenía guardada una sorpresa anoche y en vez de uno tuve dos combates. De ahí que esté tirado en este mugriento colchón, ni siquiera tuve las fuerzas suficientes para largarme de un lugar al que tanto odio, y de ahí a que Tom me tenga más que controlado.

Por norma general acostumbra a pasar las horas muertas aquí, es su ubicación para que los chicos se pasen a verle, y un par de veces lo he visto merodeando con un interés inusual que me choca bastante.

¿Por qué?

Y vaticino que lo de ayer no fue algo aleatorio, ojalá, lo que significa que estoy jodido de verdad.

¿Qué más quiere de mí?

Echo la vista atrás y todavía me parece mentira lo pardillo que fui en otra época no muy lejana. Hubo un tiempo en el que los dos fuimos amigos y...

Bueno, miento, a base de palos entendí que el muy capullo lo que pretendía al acercarse era camelarme a base de bien, supo cómo hacerlo y él solito se bastó y se sobró para convertirse en mi paño de lágrimas cuando más necesitaba a alguien a mi lado.

Mi pesadilla comenzó el día que mi madre murió de una sobredosis, el desconocido encargado de propiciarme tal información acudió a mi lugar de trabajo (esa persona resultó ser Tom) e irrumpió en una vida que se asemejaba bastante a la de la gente normal y corriente viniendo de donde venía, hasta que soltó una bomba para la que no estaba preparado.

Por lo visto mi madre había dejado una única petición cuando ya no estuviese entre los vivos, esa petición tenía relación con un hijo que tenía de doce años y del cual no había oído hablar nunca, y todo porque, al parecer, a mi querida madre no le interesaba que nadie lo supiera.

¿El motivo?

¡Joder! Saberlo fue una estocada certera para mí y te lo aclaro.

Ese niño era el que llevaba dinero a casa cuando ella no podía ni levantarse de la cama. Sí, la muy hija de puta lo utilizaba con tal de que no le faltara el chute de todos los días y por esa razón estaba vinculado a lo peor del barrio, empezando a trapichear con las drogas a más escala y a meterse en más de un problema que a la larga le pasaría la consiguiente factura.

Yo tuve mejor suerte, a los diez años alguien del entorno denunció mi situación, por aquel

entonces era la misma que la de mi desconocido hermano, solo que con la gran diferencia de que los servicios sociales se hicieron cargo en cuanto se percataron de las condiciones en las que malvivíamos y fueron los que me salvaron. Las posibilidades de convertirme en un *yonki*, ladrón, o vete a saber qué, estaban ahí y gracias al sistema pude enmendarlo.

Sí que es verdad que el camino no fue fácil, no, no lo fue, pero mereció la pena.

A tan temprana edad no volví a saber de ella y, solo cuando cumplí la mayoría de edad, traté de buscarla sin éxito alguno.

A día de hoy sigo pensando que fue mi mayor error, nuestras vidas serían tan diferentes si la hubiera encontrado...

Bueno, que me despisto. Lo cierto es que cuando me enteré de la existencia de Benji supe que no podía quedarme con los brazos cruzados. Por ese entonces trabajaba en una tienda de comestibles y comenzaba a ahorrar mi dinerito, y todo se me vino encima de un día para otro.

Y ahí estuvo Tom, al pie del cañón decidiendo aliarse conmigo por el bien de ese niño, y lo hizo ofreciéndome otro tipo de trabajo que no podía rechazar.

Dinero fácil a cambio de alejar a una criatura de un final en el que saldría muy mal parado, y ni lo pensé. Mi conciencia jamás me dejaría tranquilo si no intentaba, al menos, luchar por un niño al que ni siquiera su madre o la sociedad le habían dado una oportunidad como a mí me sucedió, y ahí estaba Tom, dispuesto a involucrarse de tal forma que incluso comenzó a buscar colegios internos que pudieran hacerse cargo de un niño salvaje que no entendía de reglas o de normas.

Después de mucho meditarlo optamos por uno de los mejores situado en Canadá, así nos aseguraríamos la continuidad a pesar de lo mal que se portase.

Como supondrás, un tipo de colegio de esas características costaba un auténtico pastizal, y sin dudarle acepté el trato de Tom.

¿Qué alternativa tenía?

Durante esas terribles semanas en las que esperábamos la contestación oportuna la relación entre los dos creció y vi en él al amigo que nunca tuve, pensando que en realidad se preocupaba por sacar a mi hermano del marrón que tenía encima de manera desinteresada, únicamente por cariño, o qué sé yo, y así me fue.

Iluso.

Poco a poco el entramado resultó tal y como lo planeó desde el principio y se aseguró de atar cada cabo, una vez conseguido, mostró su cara real y fui conocedor de que era el propio Tom el que le suministraba la droga al niño para que trapicheara, al igual que era el mismo que le proporcionaba los chutes y los clientes para prostituirse a mi madre. Al final todo quedaba en casa y cuando vio peligrar una parte de su negocio jugó la carta que tenía guardada en la manga.

Dar conmigo. Facilitarme la información precisa y cambiar a los hermanos de lugar. Qué duda cabe que conmigo iba a ganar mucha más pasta y le bastó para trazar el plan que le salió a las mil maravillas.

¿Entiendes ahora el motivo de que me tenga cogido por los huevos?

Él es el que se encarga de todos los papeleos o información que tienen que ver con el colegio, yo ni siquiera puedo realizar una simple llamada de teléfono para interesarme por mi hermano, al no estar siquiera autorizado, y el único responsable soy yo mismo.

Ante la desesperada situación firmé las cláusulas que él dictó y solo dos veces al año me lo trae para que pase un par de semanas con mi pariente de sangre. Ese es el premio que recibo después de tantas y tantas calamidades, aunque reconozco que cada vez que lo veo sé que mi

esfuerzo merece la pena. Benji se ha convertido en un adolescente muy maduro para su edad y tiene las ideas claras. Siempre dice que me lo debe a mí y yo le quito importancia. El niño rebelde, incomprendido y enfadado con el mundo en general de hace años ha quedado atrás y su mejor versión es la mayor satisfacción que podía darme.

Nuestro sueño en un futuro muy lejano es el de vivir juntos cuando termine sus estudios, siempre me habla de lo mucho que me echa de menos y le doy gracias al cielo por haberme permitido conocerle. Es tan afín a mí. Ahora que está centrado ha demostrado que no tiene maldad, que es un buen chico y que le apasionan los ordenadores por encima de todo.

Estoy tan orgulloso de él...

—¿Todavía sigues tocado?

La pregunta de Tom me devuelve a la realidad de sopetón y la alerta no tarda en posicionarse.

—Ya te dije que no estaba en condiciones de pelear al cien por cien —le digo en un tono cortante y serio.

—Y aun así ganaste a los dos. Eres una puta máquina.

—¿Qué quieres? —Voy directo al grano.

—Negociar nuestro acuerdo.

—Ni de coña —me niego en rotundo—, las últimas semanas llevas apretándome las tuercas más de lo debido y me estoy empezando a cansar.

—Ese es tu problema, no el mío. ¿Viste la que se lio el viernes por la noche? Jamás pensé que tantas mujeres pujarían por ti y es lo que quiero negociar contigo por las buenas.

—Déjalo —me planto poniéndome de pie.

Ja.

¿Por las buenas?

¿Cuándo ha hecho él algo por las buenas?

—Que lo deje, ¿dices? —se cachondea en mi propia jeta—. Pobre Dylan, cuando sepas la información de la que dispongo rogarás porque te subaste más veces, ¡qué digo! Hasta rogarás porque te desvirguen ese culito tuyo al que tanto cariño le tienes y el cual va a hacerme inmensamente rico.

Un mal presentimiento sacude cada uno de mis principios, este tío nunca se marca ningún farol y casi me echo a temblar por sus palabras.

¿Por qué habla con esa seguridad que tanto aborrezco?

¿Le habrá sucedido algo a mi hermano?

—¿Qué insinúas?

—¿Yo? Nada, ahí te dejo un regalito, así vas haciéndote a la idea de lo que te espera a partir de hoy.

Tira al suelo un sobre de color blanco y después se marcha tan campante por donde ha venido.

Y yo, mientras, miro el sobre desde mi posición y suspiro con pesar. De sobra entiendo que el contenido no será nada agradable, y me agacho para cogerlo.

El mal pálpito se agranda cada vez más y decido acabar con esta agonía.

¿Para qué esperar?

Lo abro y...

¡¡Hostias!!

Una furia desmedida acapara cada uno de mis sentidos al ver varias fotografías, todas de la

misma persona, y me quedo lívido al reconocer el rostro.

No, por favor.

A ella no.

Y lo sé.

A partir de este mismo instante acabo de convertirme en el perrito fiel de un degenerado hijo de la gran puta que no tiene sentimientos de ningún tipo y que le importa una mierda todo menos su bolsillo.

¿Que por qué digo esto?

Fácil, porque la persona que aparece en cada foto no es, ni más, ni menos, que la mujer por la que daría mi vida entera.

Sí, así es, estoy hablando de Martina. El cabrón de Tom sabe dónde vive y la amenaza encubierta no hace falta ni materializarla.

Hay fotos saliendo y entrando de su edificio, también de su trabajo y lo que más me sorprende, de la noche del viernes; la instantánea de su cara anegada en lágrimas me encoge el alma y me echo a la espalda el dolor que le provoqué en esta misma habitación cuando pretendí que se marchara de mi vida para siempre, con un único propósito.

Evitar situarla en el disparadero, aunque es tarde, muy tarde y los tentáculos ya han llegado hasta ella. Al fin, y al cabo, era cuestión de tiempo, no la he sabido proteger tal y como debería y la carga emocional es brutal, consiguiendo que la mala sangre recorra cada una de mis venas ante el cariz de los nuevos acontecimientos.

Joder, ¿en qué puto momento se me ocurrió la nefasta idea de meterme en su vida?

Por desgracia es tarde para lamentarse y acato con pesar lo que vendrá a partir de ahora sí o sí.

Mi vida se convertirá en un auténtico infierno y debo prepararme mentalmente para más humillaciones, vejaciones y demás, y no es tan sencillo. Cada vez me cuesta más, y lo malo del asunto es que estoy tan tocado a nivel psicológico que no sé si dispondré de las fuerzas suficientes para soportar lo que se me viene encima.

CAPÍTULO 31

Martina

Me quedo paralizada. El adolescente que dice ser hermano de Dylan se parece demasiado a él, tanto es así que mi imaginación va por libre y al que concibo con bastantes años menos es a mi macarra favorito.

Guau.

Y avanzo los pasos que nos separan con el propósito de presentarme.

—Hola, me llamo Martina y digamos que soy amiga de tu hermano.

—¿Amiga? Mira que lo dudo —ríe el muy truhan practicándome un repaso de arriba abajo.

«Vaya, vaya, de tal palo tal astilla. Ya puedo pararle los pies o no tardará en tirarme los tejos».

—Por cierto —añade extendiendo la mano como un auténtico caballero—, soy Benjamin, pero tú acabas de ganarte el privilegio de llamarme Benji.

¿Ves? Menudo don Juan está hecho.

—Oye, oye, conmigo no hace falta que vayas de *sobrao*, ¿eh? No soy ninguna asaltacunas.

—¿Asaltacunas?

—Ajá, no me van los críos.

—¿Crío? No me subestimes, Martina, no sea que termine sorprendiéndote.

—Será si yo te dejo, ¿no?

—Ejem.

La dialéctica entre los dos, o más bien el pin pan, nos ha hecho olvidarnos de Mary y a mí me basta para poner los puntos sobre las íes, que para eso soy la adulta.

—Bueno, qué, ¿nos vas a decir el motivo para que hayas venido preguntando por Dylan?

—Eso dependerá de la respuesta que me des. Del uno al diez, ¿cómo definirías la relación que tenéis?

—Ah, esa pregunta es fácil, ahora mismo un cero patatero —sentencio sin inmutarme.

—¿Perdona?

—Supongo que no te fías de mí, yo en tu caso tampoco lo haría, y te definiré «nuestra relación» tal y como la has denominado para que la entiendas. —Cojo aire y le digo a la carrera—. Conocí a tu hermano una noche en la que mi coche pinchó, tuve la mala suerte de pedir ayuda en el lugar menos indicado y gracias a él puedo contarle. Al día siguiente vino a traerme el bolso y Mary decidió contratarlo. Hasta aquí bien, ¿verdad?

Él se limita a asentir.

—Bien, resulta que trabajó una semana y, por circunstancias en las que no voy a entrar, no le fue posible finalizar lo pactado. Terminó en mi casa, allí estuvo unos días y después se largó sin despedirse. Fin de la historia.

Prefiero ser honesta dentro de unos límites bien marcados. No tengo la menor idea de la información que tiene acerca de él y vaticino que no será mucha si ha venido hasta aquí en busca de ella.

Lo dicho, opto por ser cauta y ya veremos hacia dónde nos lleva la conversación. Mary,

mientras, guarda silencio y me da a mí la potestad al cien por cien. Un detalle que le agradezco.

—Martina.

—¿Sí?

—¿Tú de verdad crees que me chupo el dedo? —me increpa con aire chulesco—. No he venido hasta aquí para que me cuentes un cuento chino sino para que me digas la verdad.

—Y es lo que acabo de hacer, a mi manera. No pretendas que te detalle toda la historia cuando no nos conocemos y, por lo tanto, no sé con qué intenciones vienes.

—¿Dudas de mí? —Se carcajea fulminándome con esos ojos que me resultan tan conocidos—. Anda, esto sí que es bueno.

—No, Benji, quizá no me he explicado bien —recapacito sobre la marcha en un intento de templar los ánimos. Como el adolescente que es existe la posibilidad de que salte todo por los aires y desde luego no es mi intención, ni mucho menos, y continúo—: Lo que pretendo decirte es que será tu hermano el que conteste a tus interrogantes, yo, ni puedo, ni debo. En esta historia soy una mera espectadora.

La seriedad irrumpe en la cara del adolescente y deja atrás el vacile pertinente de antes.

—Martina, gracias a vosotras he dado con él. Reconozco que mis maneras no han sido las más idóneas y lo entenderéis enseguida. Dylan lleva mintiéndome desde hace demasiado tiempo, sé que su único propósito es protegerme y nunca he logrado que me diga de dónde saca el dinero que cuesta el colegio en el que vivo interno.

Joder.

Blanco y en botella.

¿No quería saber el secreto que escondía? Pues aquí lo tengo.

Pobre macarra, menudo bagaje lleva encima. Y claro, ¿qué hago yo ahora? Si lo ayudo, que es lo que voy a hacer, ¿cómo le indico el lugar al que ha de ir y que se encuentre con el percal tan desolador? El trauma podría ser bestial y de ningún modo voy a consentirlo.

Lo siento, Dylan. Espero que me perdones.

—¿Tienes hambre? Te invito a comer.

—¿Eso quiere decir que has cambiado de opinión?

—Compruébalo tú mismo. Mary, ¿te vienes?

—No, cariño. Es el momento de que te dé tu espacio y luego ya me cuentas lo que quieras.

—Vale.

Doce minutos después, y con dos platos de pasta a la carbonara ya servidos, suelto la bomba más impactante.

—Tu hermano es boxeador y se dedica a las peleas clandestinas.

El chico tensa la mandíbula, lo noto a años luz, y el pobre traga el golpe como puede.

—¿Obligado?

—Sí.

—¿Tiene Tom algo que ver?

—Sí.

Un silencio prolongado se extiende y sin necesidad de que me lo cuente sé que se imaginaba mi respuesta.

—¿Por qué terminó en tu casa?

—No estaba en condiciones de luchar, la noche que me salvó le dieron una paliza tremenda y, aun así, el siguiente fin de semana tuvo un combate. Como podrás adivinar perdió y alguien encontró en su cartera mi dirección. Llegó en muy malas circunstancias y el taxista tuvo que ayudarme a subirlo a casa. Después llamé a Mary, decidimos llevarlo a un hospital y cuando salió cuidé de él hasta que se fue.

—¿Por qué se largó sin despedirse?

—Por protegerme.

—¿De Tom?

—Sí —afirmo a pecho descubierto—, y ahora me toca a mí. ¿Te parece bien?

—Es justo. Dispara.

—Supongo que la única familia que tienes es Dylan, ¿no?

—Sí. Apareció en mi vida cuando tenía doce años, Tom lo llevó hasta mí y ahora entiendo con qué propósito.

—¿Qué papel juega ese tío en toda la historia?

—Es el camello para el que trabajaba hasta que mi madre murió de una sobredosis. Era el único que sabía la existencia de mi hermano y decidió buscarle.

—Para hablarle de ti —adelanto encajando las piezas del puzle.

—Sí, y para cambiar las tornas. Ahora lo sé. Yo no era más que un crío y los problemas con las drogas empezaban a surgir, debió de pensar que me convertiría en un incordio y buscó la solución más propicia para su bolsillo.

—No lo entiendo, ¿cómo es posible que no supieras nada? Digo yo que los meses de las vacaciones las pasarás con él, ¿no? Y no creo que haya sido en el sitio en el que malvive...

Paro de hablar en cuanto veo sus ojos húmedos. El pobre está al borde del colapso, y no es de extrañar.

—¿No vive con Tom?

—No.

—¿A qué te refieres con el sitio en el que malvive?

—Mmm, Benji, no sé si...

—Por favor, dímelo.

—Está bien, vive en una nave en ruinas.

—¿Qué? —pregunta al borde del llanto.

—¿Por qué suponías que vivía con ese cabrón?

—Porque ahí es donde pasábamos las dos semanas de rigor. Dy siempre me decía que le era imposible acogerme por más tiempo y yo callaba. Nunca contestaba a mis preguntas así que hace demasiado que dejé de hacerlas.

—¿Me estás diciendo que únicamente os veis dos semanas al año? —pronuncio con verdadera consternación.

—Sí.

¡Jesús! La afirmación es impactante y una lágrima traicionera se desliza por mi mejilla.

—Lo siento, Benji —estiro el brazo y cojo su mano. El gesto me sale solo y mi pretensión es mostrarle un poco de cariño ante tanto despropósito junto—. Cariño, estoy aquí para lo que necesites, ¿vale?

—Vale —susurra con un nudo en la garganta.

—¿Estás bien?

—No.

—Lo siento —repito sin saber muy bien qué decir—, yo...

—No lo sientas, por favor, gracias a ti estoy aquí y es lo único que importa. Ya tendremos tiempo de poner en orden nuestras mierdas internas cuando todo haya pasado —constata haciéndose el fuerte—. Martina.

—¿Sí?

—¿Podrías responderme con sinceridad a una pregunta que es demasiado importante para mí?

—Por supuesto, no lo dudes, además, es lo que llevo haciendo desde el principio.

—Y te lo agradezco, de veras, —y ahora es él el que aprieta mi mano antes de formular ese interrogante tan importante—. ¿Qué sientes por mi hermano?

—Buf, buena cuestión —contesto incómoda moviéndome en la silla.

—¿Ha sido un simple rollo?

—No —niego con rotundidad—. Supongo que sonará a locura, pero lo cierto es que...

Me tomo mi tiempo, reordeno mis pensamientos y suelto lo que llevo dentro.

—Mira, Benji, no sé si hago bien, o mal, no sé si es un disparate, o no, y, no sé si vas a creerme cuando te diga que por supuesto no ha sido un rollo y ya está. Desde el primer instante he querido ayudarle y, aunque siempre tropiezo con la misma piedra, que es él mismo, sigo pretendiendo lo mismo. Lejos de alejarme ha conseguido justo lo contrario, mi preocupación por él es inmensa y con tu confesión mucho más.

—Así que te importa.

—Mucho.

—Me alegro.

—¿Por qué?

—Porque nos va a necesitar a los dos cuando esto acabe.

—Oye, oye, ¿de qué hablas?

—Me ha costado meses dar con él y como comprenderás no voy a marcharme nunca más, y menos sabiendo los datos que me faltaban.

—¿Qué insinúas?

—Me he escapado del colegio en cuanto he visto la oportunidad. Soy un experto en jaquear ordenadores y en cuanto me saltó su nombre como trabajador en vuestra empresa falsifiqué los documentos pertinentes y he cogido un vuelo. Tal y como te he dicho no voy a regresar, Martina.

—Tu hermano no lo permitirá.

—Me la pela, siempre se ha dedicado a protegerme, es mi héroe sin capa, y ha llegado el momento de que las tornas cambien. No voy a cruzarme de brazos cuando se está partiendo la cara por mí ahí fuera. No y no. Ahora bien, ¿estás conmigo o no?

Guau. Este chico cada vez me gusta más. Su personalidad arrolladora es brutal y no se puede decir que tenga ninguna duda al respecto.

La cuestión es, ¿la tengo yo?

Ni de coña.

—¿Tú qué crees? —contesto con la decisión reflejada en mi cara.

Respuesta de vuelta:

—Joder, creo que eres una tía cojonuda.

—¡Jovencito! —exclamo haciéndome la ofendida—. ¡Esa boca!

Al final los dos nos reímos con ganas y me sorprende la madurez de un chaval al que poco he tardado en admirar por su valentía, coraje y fuerza, a pesar de los palos que le ha dado la vida

a tan temprana edad.

En cuanto a mi macarra favorito...

Madre mía, es pensar en él y una mezcla de sentimientos acuden en masa hasta desbordar un corazón que late lánguido de dolor. No es fácil asimilar las respuestas que nunca quiso darme, no, no lo es, a medida que maldigo la mala suerte que han tenido los dos; la maldita se ha cebado con las personas equivocadas y la rabia me consume por dentro y por fuera, al menos hasta que consigo ver un punto positivo, porque sí que lo hay.

Es curioso, pero lo cierto es que a un chico de dieciséis años le ha bastado su sinceridad para que hagamos piña, ya me tiene ganada, y los dos aunaremos fuerzas con un único objetivo en mente.

Salvarle a él, que ya va siendo hora.

¿No te lo parece a ti también?

CAPÍTULO 32

Dylan

Una vez más vuelvo a las andadas. No he podido evitarlo y termino refugiándome en el único aliado disponible a estas alturas de la película.

Sí. El puto alcohol.

La necesidad de aplacar el dolor que llevo dentro es asfixiante y consigo el propósito marcado a base de *whiskies*. Las fotos de Martina han impactado de lleno en mi alma rota y no lo soporto, por lo tanto ha llegado el momento de darse por vencido.

Nada de lo que me rodea está en mis manos y no queda otra que acatarlo.

Sin más.

Cuando regreso soy consciente del pedo que llevo encima, no me permite caminar con normalidad, y tardo en llegar a mi «dulce hogar» demasiado tiempo. Una vez que lo consigo sonrío de medio lado, al menos esta vez he entendido la lección y ni siquiera todo el veneno ingerido ha conseguido que mis fuerzas flaqueen y acuda de nuevo a su casa.

Todo un logro, tengo que reconocerlo. Las ganas de hacerlo son inmensas y continúo con el camino marcado al comprender que Martina ya forma parte del pasado.

Es lo que hay.

De pronto, un vehículo aparcado frente a la puerta de entrada llama mi atención. Por norma general nadie se atreve a estacionar en un lugar tan dantesco y, a pesar de la cogorza que llevo encima, soy capaz de aunar las fuerzas necesarias para ahondar en el posible contratiempo que me espera, y lo digo porque huelo desde lejos un nuevo problema.

Que suerte la mía, ¿es que no van a dejarme tranquilo nunca?

Sigo andando con un mosqueo del copón y mi cara de mala leche pronto es sustituida por otra de sorpresa, a consecuencia de reconocer *ipso facto* al hombre que baja del coche al verme aparecer dando tumbos, y el cual no tarda en saludarme.

—Hola, Dylan.

—¿Jeffrey? —pregunto restregándome los ojos con fuerza ante la evidencia de que tantos chupitos al final han afectado mis neuronas.

—Anda, sube.

—¿Qué?

—He venido a buscarte.

—¿A mí? ¿Para qué?

—No hagas preguntas y hazme caso. Sube —repite armándose de una paciencia infinita.

No entiendo lo que sucede y, como no estoy en condiciones de procesar la irrealidad de la situación, me limito a obedecer.

¿Qué otra alternativa tengo?

Si Jeffrey está aquí será por algo y me dispongo a averiguarlo a pesar de mi lamentable estado.

O esa es la intención, porque lo cierto es que me quedo frito en cuanto apoyo la cabeza en el cristal de la ventanilla, y ni siquiera me doy cuenta.

Casi que mejor.

Martina

Leo el wasap entrante con celeridad en cuanto mi teléfono suena.

Jeffrey:

Voy para allá y te aviso, no te gustará verle así. No está en sus plenas facultades.

Yo:

¿A qué te refieres?

Jeffrey:

Está borracho.

Yo:

Vale. Convenceré a Benji para que postergue la conversación con él. Gracias por tu generosidad.
No sé qué hubiese hecho sin ti.

Jeffrey:

Tú manda que nosotros obedeceremos encantados, ya lo sabes, cielo.

Dejo el móvil a un lado y fijo la atención en el chaval que trata de acoplarse a una casa que no es la suya.

—Mmm, Benji, tenemos que hablar.

—¿Qué pasa?

—Tu hermano viene para acá y por el bien común será mejor que no te vea hasta mañana.

—¿Por qué?

—Jeffrey me ha dicho que ha bebido más de la cuenta y no queremos que se lleve una impresión que podría afectarle demasiado, ¿verdad? Además, dijimos que lo haríamos a mi manera y considero...

—Martina, me parece bien —confiesa interrumpiéndome.

—Buf, menos mal, por un momento creí que protestarías.

—Pues creíste mal. Ahora lo único que importa es saber que viene de camino. Solo contigo y conmigo estará a salvo.

—Ehhh, no te hagas muchas ilusiones. Dylan pensará únicamente en tu bienestar y no se conformará con que abandones los estudios, te lo vuelvo a repetir.

—Eso ya lo veremos —dice convencido.

—Aquí te dejo este pijama, es de él y estarás más cómodo.

—Gracias.

—De nada, y ahora termina de cenar y métete en la habitación de invitados. ¿Vale?

—Tú eres un poco mandona, ¿no?

—Sip. Mucho.

—Joder, si es que lo tienes todo.

Zas. Colleja al canto.

—Jovencito, ya te he dicho que mientras estés en mi casa nada de decir palabrotas, ¿estamos?

Su respuesta llega a través de una sonrisa que me llega al alma y se la devuelvo encantada.

Este jovencito y yo formamos un buen equipo, sí señor.

«Ay, madre, pues sí que viene mal, sí», pienso al abrir la puerta y encontrarme con un panorama pésimo. La escena es dantesca como poco, por definirla de alguna forma, y se debe a su casi inconsciencia.

El pobre Jeffrey suda a mares por el esfuerzo titánico que hace y acudo en su ayuda.

—Por aquí.

Le indico el lugar en el que lo dejaremos y termina espatarrado en el centro de mi cama.

—¿Necesitas algo más, cielo?

—Por ahora, no. Ahora toca esperar a ver cómo se toma el giro radical que se acaba de producir en su vida.

—Suerte, cariño. La vas a necesitar con lo cabezón que es.

—Lo sé, gracias.

Me da un beso en la mejilla y después da media vuelta y se marcha.

Bien, pues el círculo parece que sigue estrechándose un poco más, esta vez en torno a los tres, y digo esto porque lo de que Benji ha venido para quedarse es un hecho irrefutable que yo voy a aprovechar para mostrarle mi apoyo al cien por cien.

Faltaría más.

A la mañana siguiente

Dylan

«Oh, Dios, ¿por qué cojones bebí tanto anoche?», pienso mientras abro los ojos poco a poco.

Lo consigo y, mal que me pese, el dolor de cabeza se une al malestar del estómago y...

Salgo corriendo hacia el baño con las manos ejerciendo fuerza sobre la boca. No quiero echar lo que llevo dentro sobre el impoluto suelo y llego por los pelos, una vez dentro, vomito todo lo habido y por haber y al notar un paño húmedo sobre la frente me abrazo a la taza del váter creyendo que me he vuelto loco de repente.

¿Quién en su sano juicio intercedería por un desecho como yo?

La imagen de Martina aparece por arte de magia, con el objetivo de recrearse por mi mente a base de bien, y...

¡¡Hostias!!

¿Otra vez la he liado?

—Shhh, tranquilo, pronto estarás mejor.

Su voz celestial corrobora que no es un sueño y me quiero morir.

¿Cómo he llegado hasta aquí?

Devano mis sesos en busca de las respuestas precisas mientras sigo a lo mío. A vomitar a diestro y siniestro.

Hay que joderse, menuda vergüenza.

Solo cuando mi estómago se vacía por completo consigo recuperar algo de fuerza y no tardo en apartarme de un contacto que sabe a gloria, pero del que debo huir lo antes posible.

¿Acaso no se lo dejé claro la última vez?

¿Qué más he de decirle para que me haga caso?

¡Menuda cabezota!

Y, de repente, de una manera vaga, recuerdo la imagen que me faltaba para dar sentido al puzle incompleto y todo cobra sentido.

—¿Quién cojones te crees para mandar a Jeffrey a buscarme? —suelto así, a bocajarro.

—Buenos días a ti también, Dylan.

Sí, y encima tiene ganas de vacilarme. No puedo creérmelo.

—Oye...

—Chhhh —me chista sin amilanarse—, haz el favor de estar calladito y no malgastes la energía. De momento me acompañarás a la cocina, te tomarás un café y después irás a la ducha directo. Has de estar despejado para mantener una charla que puede significar un antes y un después en tu vida, ¿entendido?

¿Ehhh?

—Tú flipas, tía, ¿qué coño te has tomado?

—Café y ducha, después lo entenderás. El asunto a tratar es demasiado importante.

Sí, sí, importante el golpe que tiene que haberse dado en la cabeza para decir semejantes tonterías.

Bah, paso, ya no va conmigo y sin dirigirle la palabra me tomo ese café y, de seguido, paso a la ducha.

Sí que es cierto que necesito despejarme y aprovecharé la ocasión. Después le diré un par de cosas y que se prepare. Estoy dispuesto a hacerla llorar y a que me odie, si es preciso, con tal de que comprenda que no soy ese chico por el que sigue apostando desde el primer día.

¿Por qué no se olvida de mí y punto?

Tampoco es tan difícil, ¿no?

Una vez que vuelvo a ser persona salgo del cuarto de baño y me quedo de pie en el salón.

No quiero su hospitalidad, solo provocar un daño letal y después si te he visto no me acuerdo.

—Dylan, ¿puedes sentarte un momento, por favor? —se pronuncia con un aplomo increíble, adelantándose a mi jugada.

—No, no puedo —escupo con un rictus helado que debería darle miedo—, terminemos con este disparate de una vez. Tú no eres nadie para inmiscuirte en mi vida, tal y como te dije no hace mucho fuiste un polvo rápido y ya, aunque por lo visto te niegas a ver la evidencia y al final tú solita te lo has buscado, ¿lo entiendes? Y para que conste te avanzaré de nuevo lo que ya conoces, si a partir de hoy quieres volver a verme ya sabes lo que tienes que hacer, pagar por mí para otro polvo rápido. Solo así conseguirás tenerme cerca durante el tiempo que tardes en

correrte, ¿estamos? Y ahora, si por fin te ha quedado claro...

Un movimiento a mi lado llama mi atención, por lo visto no estamos solos y entiendo menos si cabe el panorama que se trae entre manos.

¿A qué se supone que está jugando?

La puerta de la habitación que ocuparon sus padres cuando vinieron a visitarla continúa abriéndose y corrobora mi suposición.

Y en esas estoy cuando...

—¿Por qué le hablas así, Dy?

¿Qué?

Esa voz...

De inmediato giro el cuello, abro la panorámica con la intención de ampliar el campo de visión y la irrealidad engulle cada uno de mis sentidos al encontrarme de frente con mi querido hermano pequeño.

—No te reconozco y exijo que le pidas perdón ahora mismo —balbucea con un tono dolido asemejándose al niño mayor que todavía es y que se esmera en ocultar.

¿Ehhh?

Sigo en *shock*, no puedo evitarlo y...

¡¡Un momento!!

Bajo de la inopia de sopetón y el golpe que me doy es de órdago.

¿Pero qué coño hace aquí?

¿Cómo ha conseguido encontrar a Martina?

No, no, esa no es la pregunta más importante. Oh, no. Aquí lo verdaderamente crucial es:

¿Qué se me ha pasado por alto para que haya dado conmigo?

¡Me cago en mi puta estampa! Por un momento había subestimado el control que ejerce con los ordenadores y el contrato que me hicieron es el único culpable. Le ha dado la pista de mi paradero, a pesar de inventarme una dirección, y es que los datos fiscales son los reales y no presté la suficiente atención. Esto me pasa por subestimarle. Le ha bastado saber el nombre de la empresa y aquí que se ha plantado, con un par de huevos.

Y es entonces cuando entiendo el significado de lo que Martina me dijo en cuanto a que el asunto a tratar era demasiado importante.

Joderrr. Y tanto que lo es. Por desgracia, lo que no saben, es que sin ellos darse cuenta acaban de ponerse en el disparadero y si Tom los encuentra no tendrá piedad con ninguno de los dos.

Los remordimientos se convierten en una herida abierta por la que mana sangre a chorro, y continúo sin entender cómo he sido capaz de atravesar tantas líneas rojas que se suponía eran infranqueables para las dos únicas personas que me importan de todo el universo.

Tarde para el planteamiento, demasiado, de hecho, y odio cada una de las veces en las que me dejé llevar por cada una de mis debilidades.

¿En qué momento lo permití?

CAPÍTULO 33

Dylan

—Benji, ¿qué haces aquí? —pregunto con precisión una vez superada la impresión inicial.

—Yo también me alegro de verte, Dy —responde mi hermano de manera sarcástica sin evitar lanzarse a mis brazos.

Las penas desaparecen en cuanto lo abrazo. Es mi debilidad y he pasado demasiado tiempo sin saber de él, de ahí a que me resarza con lágrimas en los ojos. Unas lágrimas que no oculto, no me da vergüenza que Martina las vea, y actúo sin escudos de ningún tipo.

Total, para lo que me han servido...

—A ver, a ver, cuéntame cómo has dado conmigo. Ha sido por el contrato, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y cómo has venido?

—En avión.

—¿Qué has hecho, Benji?

—Falsificar unos documentos de nada —responde bajando el mentón avergonzado—, llevo meses tratando de dar contigo y era imposible, eso de no tener teléfono móvil ha jugado siempre a tu favor, y doy gracias por el golpe de suerte. Sin él nunca te habría localizado.

Sopeso sus palabras y vuelvo a la seriedad de antes. Esto no es ningún juego y así lo tiene que interpretar.

Y hablo en singular, la cabezota de Martina sí es conocedora del problema real, y oye, ¿le ha importado lo más mínimo?

Respuesta acertada: NO.

A las pruebas me remito y por el momento prefiero ignorarla. Ya le tocará su turno.

—Si lo que querías era verme ya te has salido con la tuya, ¿contento? —le recrimino señalándole con el dedo—. Y ahora te quiero de vuelta, ¿lo has entendido? Ya estás tardando en hacer magia con ese cerebritito que tienes para conseguir un billete de regreso. Te quiero fuera hoy mismo. Lo siento, no puedes quedarte ni un día siquiera conmigo. Las clases no se saltan así como así, Benji.

El perfil bajo que muestra no tarda en borrarse y en su lugar aparece otro que se asemeja más a su verdadera personalidad.

—No —niega en rotundo.

—¿No? ¿Cómo que no?

—Lo que oyes, y que sepas que estoy muy enfadado contigo. ¿Cuándo ibas a decirme el infierno que te hace pasar Tom para pagar el colegio en el que estudio? Dime, ¿cuándo?

La puñalada certera me aleja de él para mirar con odio a la chivata de turno.

Sí, fuera máscaras y a cada uno por su nombre.

—No tenías ningún derecho a... —rujo enfadado antes de que el menor me interrumpa.

—¿A qué, Dy? —Se interpone en medio con el único fin de protegerla.

¿Eh?

¿Desde qué momento exacto han hecho piña estos dos?

—¿Cuándo has llegado? —le interrogo ante la escena que presencio. O mucho me equivoco o los dos han pasado juntos más tiempo del que pensaba.

Mi hermano me lo corrobora.

—Ayer por la mañana y, esta mujer que tienes aquí, decidió que anoche no nos encontrásemos, ¿adivinas el motivo? Pues ni se te ocurra echarle la bronca. No pienso permitirte. Gracias a ella he obtenido las respuestas que tú, y solo tú, deberías haberme dado alguna vez y todo sería diferente —alza la voz, consumido por una impotencia que crece y crece.

—Benji...

—Ahórratelo, no vas a convencerme. ¡Ah! Y te he pedido que te disculpes con ella.

—No lo haré.

—Entonces no eres la persona que creía —sentencia sin morderse la lengua.

La segunda puñalada impacta en mi nula autoestima y llevo las manos a mi cabeza. El impacto de despertarme en su casa y encontrarme con mi hermano ha resultado un disparate de magnitud colosal y soy incapaz de luchar contra los dos juntos.

Al parecer, la alianza forjada en un puto día es acojonante y en el fondo me enorgullezco de ellos.

Solo en el fondo, que conste. Y no lo diré en voz alta, que conste también. Aquí el que lleva la voz cantante sigo siendo yo, por mucho que les pese, y la urgencia de poner orden puede llegar a considerarse vital para sus vidas, y no me estoy marcando ningún farol.

Ojalá.

Mientras, el atronador dolor de cabeza aumenta y no me da tregua alguna, así que, voy hasta el mueble de la cocina en el que guarda los analgésicos y me tomo dos seguidos con la ayuda de un vaso de agua, después regreso y el panorama sigue sorprendiéndome.

Los pillo a ambos cuchicheando y los muy listos se callan en cuanto entro y me ven.

Maldición. Pues sí que se llevan bien para acabar de conocerse, sí.

Y un sentimiento de orgullo se expande por cada poro de mi cuerpo, saboreándolo durante unos segundos mágicos, antes de que lo silencie por completo.

No es el momento de andarse por las ramas.

—A ver, tú, y tú. Ya que parece que lo sabéis todo os añadiré una información que los dos insistís en pasar por alto y es demasiado relevante. Atentos.

»Punto número uno. He dedicado los últimos años a protegerte a costa de lo que hiciera falta y no puedes pretender que por presentarte aquí todo se va a solucionar de golpe y que vamos a ser la familia que tanto ansiamos.

»Punto número dos. Si nunca te hablé de mis penurias era, precisamente, para que no sufrieras después de lo que has tenido que pasar siendo un niño.

»Punto número tres. Este ya te lo he dicho, pero te lo repito. Por el bien de todos tienes que regresar al colegio. Sé que será difícil, pero debes centrarte en los estudios y olvidar lo que esta inconsciente te ha contado.

»Y, con respecto a ti —cambio de tercio dirigiéndome a ella—, ayer mismo Tom me entregó un regalo especial que contenía unas fotos de tu rutina diaria. En ellas apareces entrando y saliendo de aquí y de la oficina, y también hay una instantánea de la noche del viernes. Supongo que te haces a la idea de lo que significa, es una amenaza en toda regla y por tu insistencia te has puesto en el disparadero tú solita. Ahora falta que se entere de que mi hermano está por aquí y te aseguro que ni me imagino lo que estaría dispuesto a hacer con tal de que le siga llenando los bolsillos de dólares.

»Sí, Benji —regreso a él—, me dedico a las peleas clandestinas, me dan el suficiente dinero para apartarte de un mundo al que odio con todas mis fuerzas, y aunque la mayoría de los días me doy asco a mí mismo lo seguiré haciendo, ¿y sabes por qué? Porque te quiero tanto que todas y cada una de las penurias que estoy pasando merecen la pena. ¿Lo has oído? Todas y cada una.

»¿Entendéis ahora la verdadera realidad de lo que me rodea?

Martina

Los lagrimones caen por mis mejillas tras una confesión a pecho descubierto. A su manera ha dicho lo mucho que le importo y es más que suficiente.

Si antes tenía claro que le apoyaría al cien por cien, ahora ni te cuento. Mi macarra es por dentro todo corazón y ya es raro con las penurias que lleva de lastre.

Lo siento, mi integridad moral jamás me permitiría abandonarlo a su suerte y me la pela si ese cabrón me ha puesto en el disparadero o no.

Aquí me quedo, lo quiera él o no.

Acerco mis pasos hacia él, después de abrirse en canal se ha quedado plantado en mitad del salón y su comunicación no verbal grita lo tocado que está.

Mentón bajo, manos en la cabeza y espalda encorvada. Conociéndole como le conozco seguro que se odia por mostrar su debilidad y ni me lo pienso.

Llego hasta él y contengo la respiración. ¿Me apartará con brusquedad cuando note mi cercanía?

Debo estar preparada, la carga emocional es tremenda y, aun así, me dolería infinito que me negara la oportunidad de consolarlo.

Juego mi baza y paso mis brazos por su cintura, después acoplo la cabeza en su pecho y el torrente de lágrimas se desata.

Lo siguiente que noto son los brazos de Benji uniéndose a los míos mientras Dylan nos mira con una expresión en sus ojos que me encoge el corazón.

Su vulnerabilidad está ahí y nos hace partícipe de ella, por fin.

—Cariño, no estás solo ni lo estarás nunca más, ¿lo oyes? Deja de luchar contigo mismo y déjanos a tu hermano y a mí tomar la decisión que creamos más oportuna.

—Pero...

—Martina tiene razón, Dy, además, todo esto es más simple de lo que crees y basta con que te hagas una pregunta. ¿Qué harías tú si estuvieras en nuestro lugar?

—Joder, pequeñajo, es evidente, ¿no? Pero...

—No hay ningún pero que valga, macarra, aquí estamos y aquí nos quedamos. Luchemos juntos contra la adversidad o intentémoslo al menos.

Sus ojos se detienen en los míos y me dicen tanto...

—Te juro por Dios que no soportaría que te pasase nada malo. Jamás podría perdonármelo y...

—¡Basta! —le interrumpo por segunda vez—, ¿qué parte no has entendido de que me quedo a tu lado? Ayer mismo estaba convencida de pedir mi baja voluntaria para regresar a España, estar aquí sin ti es más de lo que puedo soportar, y fíjate lo mucho que ha cambiado todo de repente. Y no, mejor no digas nada más, como la adulta que soy tomo mis propias decisiones, sean acertadas o no, y ya te lo he dicho. Me quedo contigo con o sin tu consentimiento.

—Y yo también —añade el macarra pequeño—, no me hace falta ser mayor de edad para saber lo que tengo que hacer y ni de coña vuelvo a Canadá, así que tú eliges, hermanito. O sigues perdiendo el tiempo creyendo que vas a convencernos o empezamos a pensar en la manera de cortar de raíz toda esta mierda. Está en tus manos.

Olé mi macarra pequeño. Que bien habla el *jodío*.

—Estáis locos, los dos.

—Lo asumimos, ¿verdad, Ben?

—¿Ben? ¿De verdad vas a dejarla que te llame Ben? A mí nunca me lo has permitido —alucino con los ojos como platos.

—Ella puede llamarme como le salga del...

Zas. Colleja al canto.

—¡Au!

—Ya te he dicho que nada de palabrotas, jovencito.

Y, por primera vez, los tres nos reímos con ganas, olvidándonos de los nubarrones grises que sobrevuelan por encima de nuestras cabezas para cambiarlos por un arco iris repleto de colores.

Sí, será algo efímero, pero ¿y qué?

Que nos quiten lo *bailao*.

Empleamos buena parte de la mañana en trazar un plan y lo primero es ponernos a salvo.

Es por ello que estoy en la habitación, metiendo en una mochila pequeña algo de ropa, y es que una maleta llamaría demasiado la atención en el caso de que se le ocurra estar espiando.

Y en esas estoy cuando Dylan entra, cierra la puerta a su espalda y se acerca con ese semblante que me resulta un auténtico logro.

—Ehhh, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Sí, pasa.

Noto su indecisión, también su culpabilidad, y no hace falta que me diga a qué viene.

Lo sé.

—Venía a disculparme contigo —susurra pasándose la mano por el pelo nervioso con una actitud que adoro.

Guau. El chulo prepotente ha dejado de existir y en su lugar se presenta un hombre bondadoso al que reconocería con los ojos cerrados, es el mismo que despertó en el hospital y el mismo que convivió conmigo. Y reconozco que su pose me entenece de principio a fin.

—Me parece bien, lo de que pague por ti para un polvo rápido no ha estado muy bien, no —segundo todavía un poco dolida.

—Lo siento.

El pobre no sabe ni dónde meterse y aprecio el esfuerzo que está haciendo.

—Disculpas aceptadas, macarra —cambio el *chip* de manera fulminante con el propósito de destensar la escena.

—Eres demasiado buena conmigo.

—No, no lo soy. Tú te mereces esto y mucho más y ya es hora de que lo aceptes. Llevas demasiado tiempo con la idea equivocada de que no vales nada y hasta aquí hemos llegado.

—También eres increíble.

—Bueno, eso sí es cierto. Cualquiera otra ya estaría subida a un avión alejándose del peligro, ¿pero sabes qué?

Dylan cierra los ojos en el instante en el que me acerco y paso mis manos por su pecho.

—¿Qué? —susurra besando mi pelo.

—Que yo no podría separarme de ti ni en un millón de años.

—¿Por qué?

—Porque eres especial para mí.

—¿Cómo de especial? —pregunta abrazándome a su vez con una ternura infinita.

—Mucho, macarra. Demasiado.

—El sentimiento es recíproco.

—Vaya, ¿te estás declarando? —Sonrío poniéndome de puntillas con la finalidad de llegar a sus labios.

—Puede ser —confiesa antes de besarme con una delicadeza inusual—, venga, date prisa y marchémonos.

—Aguafiestas.

—Esta noche me lo cuentas.

—Te tomo la palabra.

Instantes después salgo sola del apartamento. Es la hora habitual de ir a mi puesto de trabajo, con la diferencia de que el rumbo, hoy, será diferente.

CAPÍTULO 34

Tom

Antes de cerrar el trato orquestado en mi cabeza decido pasarme por el edificio de la chica que facilitará dicho acuerdo.

Ahora que he dejado las cosas claras por fin ese cabezota dará un paso más y entrará en acción al cien por cien. Mira que le ha costado...

Y me froto las manos con avaricia al pensar en las cifras astronómicas que están dispuestos a pagar por él. Sí, por Puños Letales; varios clientes asiduos a sus peleas han dejado entrever lo dispuestos que están por probar sus favores sexuales y resulta que es más de lo que podía incluso plantearme en mis mejores sueños. Y aquí añadiré que, si la puja con las mujeres fue una sorpresa, ahora la de los hombres lo será todavía más. Me ha bastado tantear el terreno y los dólares se han disparado al informarles de su virginidad anal.

Llego al destino marcado y aparco en la calle de enfrente con el fin de pasar desapercibido, de seguido me limito a esperar. Mientras lo hago, me relamo de gusto ante las cantidades que barajo en mi mente.

Joder, entre las peleas, que folle con la afortunada que pague más y que deje que le den por el culo, existe la posibilidad de cerrar la caja de los fines de semana con el doble o más de los beneficios acostumbrados.

Menudo filón, sí señor.

Justo en ese momento mi ansiada baza sale del portal a la misma hora de siempre, después se sube al coche y se larga.

Bien, todo está en orden, así que toca ponerse en marcha. Los tíos con los que he hablado han coincidido en un mismo detalle. Tienen prisa, no quieren esperar al fin de semana para pasar un buen rato y casi que lo prefiero.

Visto desde fuera, al ser la primera vez, existe el riesgo de que luego no pelee al cien por cien y casi mejor que adelantemos la puja entre los cuatro viciosos que no paran de llamarme interesándose por mi chico de oro.

He quedado con ellos en el local donde se efectúan los combates y tomo la dirección correspondiente.

Y en esas estoy cuando empiezo a echar cávalas.

Si hoy es martes, esos capullos ansían el premio por el que pagarán a base de bien, y el próximo combate no será hasta el viernes por la noche, eso significa...

¡Coño! ¿Por qué no se me ha ocurrido esta genial idea con anterioridad? Hay tiempo de sobra entre medias para que se recupere y el pormenor significa que podré añadir más elementos a la ecuación.

Al final se trata de una cuestión básica de matemáticas y paso a darle forma sin dilación alguna. Aquí va:

Si en vez de uno, son cuatro los que solicitan sus servicios, ¿para qué pujar cuando todos ellos podrán llevarse el botín ansiado? Dos de ellos tendrán que conformarse con que se las chupe, y los otros dos que echen a suertes quién tendrá el privilegio de metérsela hasta el fondo

por primera vez. A mí me la suda con tal de que me paguen lo que acordemos y el negocio me saldrá redondo.

Menudo chollo, a Dylan le daré un veinte por ciento del beneficio y va que chuta, a cambio seré benévolo con él y le compraré un tarro gigante de vaselina.

Su culo me lo agradecerá y va a hacerle falta a partir de ahora.

Doy un pisotón al acelerador y me pierdo por las calles de la ciudad con una sensación de poder increíble, notando lo bien que siento todo lo que me rodea con el poder absoluto en las manos.

¿Afortunado, yo?

No lo dudes.

Dylan

—Lo sabía —maldigo golpeando la pared.

—¿Estaba ahí?

—Sí, en la calle de enfrente, he reconocido el coche.

—Tranquilo, se está cerciorando de que no le has dicho nada a Martina y el plan sigue su curso. Vamos, necesito un ordenador y conexión a internet ya mismo.

Salimos del apartamento y nos ponemos en marcha.

Benji es un puto *crack*, sus dedos teclean el portátil que hemos comprado de segunda mano a una velocidad bestial y sigo sus movimientos de manera hipnótica.

Y de pronto:

—*Voilà*, he pinchado las cámaras del local que me has indicado.

—Joder, ¿de verdad sabes lo que haces?

—Chhhh, calla y escucha. Tenemos acceso directo al despacho de ese cabrón y al sonido.

Pulsa un par de teclas más y en la pantalla aparece Tom junto a otros cuatro tipos que me resultan conocidos.

—¿Existe la opción de acercar sus rostros?

—Tú pide por esa boquita, *brother*.

Dicho y hecho. La panorámica se amplía gracias al *zoom* y tenso la mandíbula al reconocerlos. Son los pesados de siempre, se creen que con su asqueroso dinero tienen acceso a cualquier capricho y yo entro de lleno en cada uno de ellos.

Son demasiadas las veces que me han ofrecido pasta a cambio de favores sexuales y...

Y justo en ese instante mi hermano activa el micrófono que viene incorporado en la cámara.

—Entonces, ¿qué decís? —habla Tom frente a un vaso de *whisky*.

Parece que estén cerrando algún tipo de acuerdo y me da mala espina.

—Hecho. Te pagaremos mil dólares cada uno, pero a cambio nos lo agenciaremos durante toda la noche. Es justo con tantos billetes de por medio, además de un buen trato.

—No sé, no sé, su culo no estará preparado para tanto mambo y el viernes y el sábado tiene

pelea con contrincantes fuertes.

Joder. No hace falta que digan mi nombre, sé que hablan de mí y disimulo como puedo.

—Dy.

—¿Sí?

—Cuando has visto a Martina y te referiste a que la próxima vez que quisiera verte tendría que pagar, ¿es lo que supongo?

Dejo escapar el aire con pesar y contesto con sinceridad. Ya no hay cabida para más mentiras.

—Sí, desde la semana pasada Tom ha añadido un extra a su espectáculo y en él el premio soy yo, varias mujeres pujan por mí y fue Martina, después de desaparecer de su casa sin despedirme, la que pagó más con el objetivo de hablar conmigo y así entender lo que sucedía en mi vida. Gracias a ella esa noche no me prostituí, pero es cuestión de tiempo.

—Dy.

—¿Sí?

—No soy idiota.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué no hablamos con claridad?

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo que a qué me refiero? —se ofusca tragando las ganas de gritar. Estamos en un locutorio para no levantar sospechas y gracias a ello me libro por los pelos—. Esos de ahí están cerrando un trato para violarte, no disimules. El muy hijo de puta sigue creyendo que te tiene cogido por los huevos, ahora, también con Martina, y te juro que me estoy empezando a cabrear de verdad. Menos mal que he llegado a tiempo.

El convencimiento que emplea en su afirmación me hincha el pecho de orgullo. Mi hermano pequeño ha venido con la intención férrea de salvarme y es toda una novedad, dadas las circunstancias.

Bueno, qué digo, los dos se han aliado a mi favor y me gusta demasiado. Podría acostumbrarme con una facilidad sorprendente, ya que, nunca nadie ha apostado por mí, y resulta que a un adolescente y a una mujer les ha bastado darse cuenta de las injusticias a las que me han sometido desde hace tiempo para cerrar filas en torno a mí. Y yo, que de tonto tengo poco, o más bien nada, agradezco en el alma cada migaja de cariño que estén dispuestos a darme. La carencia de afecto duele demasiado y más cuando conoces de primera mano lo que te has perdido durante tantos años.

Curioso, ¿verdad?

—Tenemos que marcharnos —le apremio.

—Sí, sí, espera un segundo.

Benji sigue a lo suyo, dándole a la tecla, y una sonrisa sospechosa aparece en su cara.

—¿Qué tramas, bandido?

—Ahora lo sabrás. Dame otro segundo.

—Tú eres el que manda, así que, tú mismo.

—Ya casi lo tengo.

—¿Se puede saber qué es lo que pretendes? Me tienes en vilo.

A lo que contesta:

—Desplumarlo. Ahora que por fin entiendo hasta dónde han llegado sus tentáculos se merece un escarmiento.

»Siempre sospeché que no podía ser cierto lo de que no querías llamarme por tu propio beneficio, si no hay roce no hay cariño y no se me ocurrió protestar. Después de todo lo que me has dicho he suspirado de alivio. No comprendía el motivo por el que nunca quisieras ponerte en contacto conmigo cuando luego disfrutábamos juntos del poco tiempo del que disponíamos, y me he quitado un gran peso de encima al entender que Tom te vetó en esas llamadas.

»Al igual que ahora entiendo el que nos cediera su casa durante ese par de semanas en las que nos veíamos. Ninguno de los dos quería que conociera de primera mano el lugar en el que malvivías y hasta llegué a creer que tenías una novia que no quería ni verme, de ahí que te trasladaras a su casa. Lo que hace la imaginación, ¿verdad? —Pulsa una última tecla y exclama —: ¡Listo!

—Ilumíname, por favor.

—Vale, he transferido todo su dinero a mi cuenta.

—¿Eso es legal?

—¿Y qué más da? Tom es la persona que durante años ha realizado transferencias periódicas a mi número de cuenta para mis gastos, lo que significa que no podrá denunciar nada, además, para asegurarme, y como estoy metido en su cuenta online, no dejaré rastro y de cara a la galería será él mismo el que autorice dicha operación.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—De más de cincuenta mil dólares.

—¿Qué?

—Dinero más que suficiente para empezar una nueva vida y para pagar la factura del hospital que le debes a tus compañeros, porque digo yo que sabrás que cada uno intervino poniendo el dinero que podía, ¿no?

—Oye, oye, ¿tú cómo sabes todo eso?

—¿Por quién crees? Dy, esa chica es especial y por tú bien más te vale no dejarla escapar.

—¿Y ahora también te permites el lujo de darme consejos acerca de mujeres? —rujo poniendo los ojos en blanco.

—Por supuesto, venga, paga en efectivo para no dejar rastro y larguémonos de aquí —sentencia cerrando la tapa del portátil.

—¿No eres un poco mandón?

—Y más que lo voy a ser con la profesora que me he echado. Ay, Dy, lástima que te guste tanto, de lo contrario te la levantaría en un santiamén.

—Ni lo sueñes, Martina es mía.

—Ese es mi chico.

Chocamos las palmas con sendas sonrisas, pagamos con dinero y nos dirigimos al centro operativo. Así es como lo ha denominado el *crack* de la informática, aunque te sacaré de dudas.

La decisión de interponer una distancia prudencial, para esquivar el peligro, nos ha llevado a pagar un hotel y hemos optado por el distrito de Manhattan. Es raro que Tom nos siga la pista hasta allí, y ahora lo único que tenemos que hacer es ser cautos y extremar las precauciones hasta que sea el momento de dar el siguiente paso.

CAPÍTULO 35

Tom

¿Otra vez volvemos a las andadas?

El estercolero en el que vive está vacío y a mí no me la da. Lo conozco como a la palma de mi mano y nunca desaparecería o se opondría a mis órdenes siendo conocedor de que voy tras la pista de su amiguita especial, o lo que leches sea.

Pero entonces, ¿a qué coño juega de repente?

En fin, por lo que veo toca ponerse en situación y dar un paso al frente, para ello me presentaré en casa de esa mujer y le daré un susto de verdad, así nos queda claro a todos lo que se puede o no se puede hacer a estas alturas.

Dejo una nota sobre su colchón raído y le informo de lo mal que me portaré con la chica si sigue con el empeño de jugar al gato y al ratón, a ver si así capta la indirecta.

Vuelvo al coche casi a la carrera y salgo derrapando de un lugar tan espeluznante. La furia desmedida que llevo encima galopa desbocada y solo espero que cuando la tenga de frente no se me vaya demasiado la mano.

¿Lo conseguiré?

Ya lo veremos, ya.

Martina

—Mamá, es complicado —resoplo informándola a través del móvil.

—Explícamelo, tesoro.

—Está bien —cedo con los nervios por bandera. La animadversión hacia él fue palpable desde el primer segundo y mucho me temo que lo que va a salir por mi boca la va a dejar en *shock*, pero como ha dicho que se lo explique...—. Mamá, lo siento, lo que voy a decirte no va a gustarte y...

—Venga, hija, no seas melodramática y suéltalo de una vez.

«Muy bien, tú lo has querido».

Abro la boca y las palabras salen una detrás de otra de manera atropellada.

—Dylan no es lo que creéis, tiene un buen motivo para dedicarse a lo que se dedica y un tipo sin sentimientos lleva extorsionándolo durante años.

—Ah, eso ya lo sé —suelta tan campante.

—¿¿Cómo dices?? —le chillo al móvil sin dar crédito a lo que oigo.

—Hija, antes de que se marchara de tu casa él y yo vimos conveniente tener una charla.

—¿¿Qué?? ¿¿Y me lo dices ahora??

Acabáramos, ¿desde qué momento hasta mi santa madre ha decidido ocultarme información tan importante?

Esto es para mear y no echar gota, ya lo digo.

—Me hizo prometerle que no te lo diría.
—Ah, ya, y te quedas tan tranquila.
—Hija, ¿y qué iba a hacer? Ese pobre chico...
—¿Ese pobre chico? —grito más fuerte a la vez que sigo alucinando en colores—. ¿Desde cuándo se ha convertido en ese pobre chico? Te recuerdo que os caía mal, muy mal. Jo, mamá, si hasta lo llamabais garrulo.
—Mmm, sí, es cierto. Pero eso era antes de que me hablara de su hermano pequeño.
No.
Imposible.
—¿Te habló de Benji? —pregunto con el pulso acelerado y los ojos como platos.
—Oye, oye, ¿y a ti por qué no te extraña que nombre a Benji? Se supone que eres tú la que no lo conoce.
—Pues supones mal, lista —me jacto con un tono chulesco—, se ha presentado por sorpresa.
—¿Y?
—¿Y, qué, mamá?
—Te pregunto que cómo están las cosas por ahí.
—Ya te lo he dicho, muy complicadas.
—Explícate mejor, por favor.
—No quiero asustarte.
—Lo haces ocultándome la verdad y nos prometiste que no pasaría más después de que Mary nos contase lo del pinchazo y lo mal que te estabas adaptando a la ciudad.
—Mamá.
—¿Sí?
—Ehhh, mis promesas no valen mucho, quiero que lo sepas —susurro cruzando los dedos.
—¡¡Ostras!! Lo sabía, verás cuando se lo diga a tu padre.
—¿Qué es lo que sabías?
—Que te habías enamorado de Dylan, eso es lo que sabía. No había más que veros, y no me vengas otra vez con esas de que estabais fingiendo. Se os daba demasiado bien y soy tu madre. A mí no se me pasa una. Oye, volvamos a lo de antes, ¿a qué te refieres con lo de complicado? Venga, hija, sea lo que sea dímelo.
¿Ehhh?
¿En serio ha cambiado de registro tan rápido?
Guau. Ver para creer.
—Está bien —cedo ante la confusión—. La persona que lo extorsiona me ha amenazado a mí también.
—¿Con qué propósito?
—Para obligarle a hacer cosas que no quiere. Por eso he dejado el apartamento y hemos cogido un hotel. Nos quedaremos aquí de momento, y después...
—Y después nada, Martina, vuelve a casa de inmediato —me ordena sin contemplaciones.
—Mamá, no puedo.
—¿Por qué?
—Porque no voy a abandonarle. Lo siento, no puedo.
—¿Y quién te ha dicho que lo hagas?
—Mamá, ¿qué insinúas?

—Insinúo que ya estáis tardando en coger un vuelo con destino a casa y, por supuesto, hablo de los tres, hija.

¿¿Qué??

De la impresión el teléfono se me cae al suelo y la comunicación se corta de golpe, dando por finalizada una conversación tan surrealista.

¡Ay! ¡La leche! Esta madre mía no hay por dónde cogerla, ¿pues no va y dice que...?

Y ahí me quedo, dándole vueltas a una petición que es un auténtico disparate.

Porque lo es, ¿no?

Dylan

—Hola, cariño, ¿estás bien? —me preocupo en cuanto entramos en la habitación.

Por su cara aventuro que no y me acerco para besar sus labios con una suavidad que pretende calmar lo que sea que le suceda.

Empieza a ser un libro abierto para mí y el simple detalle me abruma.

—¡Ey! ¿Qué pasa? Aparta a un lado, yo también quiero saludarla —arremete Benji, besando su mejilla.

—Hola, Martina, ¿qué tal todo por aquí? —se interesa el truhan número uno.

—Bien, bien.

—¿Qué pasa? —La preocupación se convierte en mi único pensamiento y la aliento a que me lo cuente.

—Acabo de hablar con mi madre —responde fulminándome con una mirada implacable.

Y sin que me dé más pistas ya sé de lo que han estado conversando.

—Le pedí que no te dijera nada, entiéndela.

—Oye, oye, ¿y ahora venís con secretitos? —interviene mi hermano pasando de los dos—. Me piro a la otra habitación. Me da a mí que vais a ser unos pelmazos a partir de ahora y correré un tupido velo —se cachondea el muy mamón.

Benji abre la puerta que comunica con otra estancia más pequeña y nos deja la privacidad que tanto necesitamos.

—¿Qué la entienda? Dylan, estoy igual de enfadada contigo que con ella.

—Perdona.

—Me siento traicionada por los dos.

Suspiro con pesar y me paso la mano por el pelo. Las emociones de los últimos días van pasando la consiguiente factura y estoy molido. Lo que menos quiero ahora mismo es una charla, aunque tenga razón, y le doy el lugar que merece a una acción que nos quedó pendiente no hace mucho y que me apetece cien mil veces más.

¿Adivinas cuál es?

Fácil.

—Cariño, ¿te apetece darte una ducha conmigo?

—¿Qué? —Se queda atónita ante mi planteamiento y como tal me lo hace ver—, Dylan, estamos discutiendo. ¿Cómo pretendes que nos duchemos juntos como si no pasase nada? ¿Esta es tu manera de solucionar los problemas?

—¿Problemas? Cariño, discutir contigo es una auténtica delicia viniendo de donde vengo.

La desarmo en cuestión de segundos y no le doy tiempo a reflexionar. Aquí, y ahora, necesito con urgencia una ducha, con ella, y ya que estamos algo más.

Ando un par de pasos, la cojo en brazos sin importarme su pataleo y terminamos en el interior del baño.

—Tenemos dos opciones. La primera, tú sigues recriminándome lo que sé que he hecho mal, o dos, te empotro como te prometí que lo haría. La decisión es tuya.

—Ja, ja, ja, que gracioso eres, macarra. Oye, oye, ¿qué haces? —pregunta dándome un manotazo al comprobar lo dispuesto que estoy a quitarle la ropa con el objetivo marcado.

—Liberar tensiones después de un día de locos. Después hablamos de lo que tú quieras.

—Dylan, las cosas no se solucionan así.

—Tendrás que enseñarme, no estoy acostumbrado.

Bajo el mentón y comienzo a seducirla con besos cortos y certeros.

—¿Quieres que sea tu maestra?

—Sí, solo tú eres la indicada para ello —susurro mordiéndole el labio superior a medida que decido saltarme una posible línea roja en cuanto a sentimientos se refiere—. Joder, Martina, ¿sabes que llevo pensándote toda una eternidad? Desde que probé tu boca supe que eras especial y que te bastaría chasquear los dedos para que cayera arrodillado ante ti.

»Soy tuyo, cariño, ninguna mujer podría darme lo que tú ni en tres vidas que viviera y me considero un puto afortunado —sigo bajando y dejo un reguero de besos húmedos a lo largo y ancho de su cuello, al tiempo que un jadeo escapa de su boca de manera natural.

»Ahora bien, el compromiso al que estoy dispuesto a llegar contigo, si todo sale bien, quizá te llegue a asustar, pero lo siento, no reprimiré mis sentimientos nunca más. Lo quiero todo contigo, amor. Sí, absolutamente todo, aunque entendería que no estés preparada para alguien con tantas taras como yo.

La profundidad ejercida a ella la deja tocada y limpio con la yema de mis dedos una lágrima que se le escapa. Lo hago con una ternura infinita a la vez que enredo mis dedos en un pelo suave que me vuelve loco.

—¿Qué has hecho con mi macarra? —pregunta después de la carga emocional, es demasiado para ella y opta por asimilar poco a poco cada frase que le he dicho y no es el momento oportuno.

Chica lista.

—Sigue estando aquí —pronuncio con voz ronca mientras le arranco el resto de la ropa—, y aquí se quedará cada vez que tú lo decidas. ¿Ves cómo me tienes en tus manos?

Solo cuando la tengo desnuda la arrastro hasta el interior de la ducha, abro el grifo y la empotro contra la pared. Yo sigo vestido pero poco importa.

—Dylan, tu hermano...

—Mi hermano es mayorcito y solo depende de ti el que nos escuche o no. No me pidas que pare, es demasiado tarde y te necesito ya.

Sin avisarla alzo su menudo cuerpo y ella grita por la sorpresa.

—Shhh. Así vas mal —juego con ella mordisqueándole el lóbulo de la oreja. Mi intención es llevarla al límite y que se olvide de todo menos de nosotros dos.

Algo que consigo, lo noto en cuanto abraza mi cintura con las piernas desnudas y la posición en sí derriba cada una de mis barreras.

—Joder, cuando te he dicho que te necesitaba ya, no mentía —pronuncio con una erección de caballo.

—¿Y a qué esperas? —contesta devorando mi boca con una lujuria desbordada.

No puedo más, la necesidad de sentirla es brutal y llevo una de las manos hasta el botón de los vaqueros, la prisa apremia y, en un visto, y no visto, lo desabrocho todo lo rápido que puedo y lo bajo lo suficiente, después...

La mampara del baño no tarda en empañarse debido a nuestros jadeos y gruño como un auténtico loco cada vez que la embisto. He añorado tanto su cuerpo que más de una vez tengo que centrarme, de lo contrario me correría como un simple adolescente y debo estar a la altura. Algo difícil de narices si tengo en cuenta sus gemidos, los cuales se unen a los míos, y todo sin dejar que nuestras bocas se devoren.

Y vuelve a suceder, la palabra mía aparece en cuanto llego al clímax y cierro los ojos ante la magnitud de mis pensamientos.

Y decido no ocultarlos.

Nunca más lo haré.

—Por favor, amor, no me sueltes nunca de la mano, te lo suplico. Aunque quisiera apartarte de mí ya no puedo, es imposible vivir sin ti y es justo que te lo diga.

Una vez más limpio sus lágrimas. La carga emocional es equiparable para los dos y nos quedamos en la misma posición durante un largo rato. Después me quito la ropa y nos duchamos entre risas y bromas.

La escena a cualquiera le resultaría de lo más normal, aunque para mí no lo es y la exprimo al máximo.

Ay, Martina, tal y como te he dicho estoy en tus manos y es algo que no quiero cambiar nunca.

Después del ejercicio nos entra hambre y decidimos darnos un homenaje a costa de Tom.

Y así es como terminamos la noche, comiendo lo mejor del restaurante en la cama, con Benji en medio, mientras me siento el hombre más feliz del mundo.

En estos momentos lo soy y mi cara es el reflejo del alma.

Ya, mañana, será otro día, porque lo que es hoy lo voy a alargar todo cuanto sea posible.

CAPÍTULO 36

Tom

Para liberar tensiones he contratado el servicio de dos prostitutas en uno de mis locales favoritos. Necesito follar duro y saben cómo calmar mis ánimos.

Al final termino espatarrado en la cama, desnudo y sudando como un cerdo mientras una de ellas me practica una felación y la otra me ofrece sus tetas. Ya ni me acuerdo las veces que me he corrido y el cansancio comienza a manifestarse en cuanto eyaculo.

Por hoy es suficiente, y como tengo pasta para aburrir, y más que voy a ganar, les pido que pasen la noche conmigo. Nunca está de más y en cuanto duerma unas horas y esnife otro poco de coca estaré listo para más asaltos, así que ahora a descansar rodeado de la mejor compañía.

Gracias a ellas dejo de pensar en Dylan y en la chica. El desgraciado va a pagar caro no hallarse operativo y me la suda la posible excusa que se saque de la manga. Mira que mi intención era ponerle en situación antes de que se encontrara con el marrón que le he buscado, pero nada, ha desaprovechado la oportunidad y mañana iré a por él, lo llevaré al lugar que hemos acordado y por mí como si lo despellejan vivo; con tal de que el viernes esté listo para luchar me servirá y todos tan contentos.

Bueno, todos, todos...

En cuanto a la chica, es raro que no estuviese en casa y mira que he hecho guardia. De momento se ha librado, pero ya le llegará su turno si mi gallina de los huevos de oro no aparece.

Y así, contando los billetes imaginarios, me quedo dormido como un tronco.

Son casi las doce cuando vuelvo a ser persona. Entre la coca, el alcohol y el sexo he pasado unas horas memorables y la ducha consigue reordenar mis ideas.

Ha llegado la hora de ir en su busca.

Me despido de las chicas y bajo a la planta de abajo. Allí me espera una cifra desorbitada por los servicios prestados y pago con la tarjeta de crédito. O lo intento, porque ya van dos veces denegada y me extraña. Hay saldo suficiente y puede que se deba a la banda magnética.

—Espera, probaré con otra.

Nada. Más de lo mismo.

¡Qué raro!

Y como soy un cliente habitual me permiten salir para que saque dinero del cajero.

Menuda pérdida de tiempo, llamaré al banco cuanto antes y solicitaré tarjetas nuevas, no estoy yo para estas gilipolleces y menos hoy.

Llego al cajero automático, meto en la ranura una de ellas, tecleo la cantidad que quiero retirar y...

¡Un momento!

¿Qué hostias significa que no hay saldo?

Es imposible.

Joder, y como no quiero ningún lío con los matones de seguridad del club de chicas introduzco la otra.

De nuevo repito la operación y casi se me caen las pelotas al suelo.

No. No puede ser. Tiene que ser una equivocación.

¿Pues no va y dice que tampoco hay saldo?

Ja, ¿y qué pasa con mis cincuenta y dos mil dólares más los otros mil quinientos?

Unas gotas de sudor aparecen en mi frente y ni siquiera me doy cuenta, la situación es esperpéntica, por definirla de alguna forma, y, de seguido, subo al coche y pongo dirección a mi sucursal bancaria.

Se van a enterar. El error es tal que pienso montarles una bronca del diez.

Con mi dinero no se juega.

—¿Qué cojones estás insinuando? ¿Qué he sido yo el que se ha desplumado a sí mismo?

—La transferencia se realizó ayer por la tarde, aquí tiene el recibo con la hora exacta y con el número de cuenta de destino.

—Te estoy diciendo que yo no he ordenado ninguna puta transferencia, ¿cómo quieres que te lo diga?

—Señor, haga el favor de marcharse o me verá obligado a avisar a seguridad.

—¿Qué?

—Su violencia no le ayudará a solucionar el problema. Revise el recibo que le he dado. No se detecta ninguna anomalía y se ve con claridad que ha sido usted con su acceso el que ha ordenado la operación, aquí no podemos ayudarle más.

—¿Serás cabrón? —rujo cogiéndole de la corbata.

Por el rabillo del ojo observo cómo pulsa un botón de seguridad y me retiro a tiempo.

Ya solo faltaba que termine durmiendo en una comisaría.

Una vez fuera me dirijo a mi despacho, lo primero es lo primero y no quiero más movidas. Cogeré dinero de la caja fuerte y pagaré lo que debo, después investigaré quién es el beneficiario de una cuenta que me suena demasiado.

¿Por qué?

Zanjo la factura desproporcionada y miro el reloj. El tiempo se me ha echado encima y los cuatro maromos ya están bombardeándome a mensajes preguntando cuánto falta para que Puños Letales llegue.

Será el siguiente asunto a tratar, y una vez que aclaro las ideas me dirijo a la nave destartalada.

Nada. Más de lo mismo y el mal palpito se agranda. Sigue sin haber rastro de Dylan y la nota que le dejé está en el mismo sitio.

¿Qué cojones está pasando aquí?

La desesperación comienza a sobrevolar por encima de mi cabeza e ignoro la tercera llamada entrante del móvil. Los tipos con los que he hecho un trato empiezan a ponerse pesados y mucho me temo que tendré que postergar la cita.

—Aggg... —grito con los nervios descontrolados.

Hoy no es mi día, no, no lo es, y en un acto reflejo llevo la mano hasta el bolsillo del pantalón y saco el recibo del banco.

¿Por qué tengo la sospecha de que todo está relacionado?

La desaparición de Dylan.

La sospechosa coincidencia de que la chica tampoco estuviese en su apartamento.

El desplume de mis cuentas.

¿Quién coño está detrás?

La imagen de un chaval con un cerebritito especial aparece en mi mente y la duda se hace más y más grande.

¿Existe una mínima posibilidad de...?

Averigüémoslo.

Con los nervios a mil busco en el móvil el contacto del colegio de Canadá y espero la posible respuesta a punto de que me dé un infarto hasta que...

Mis peores sospechas se magnifican cuando me dicen que Benji no ha asistido a ninguna de las clases porque tenía un permiso especial.

—¿Qué permiso especial ni leches? —chillo al que me ha cogido el teléfono con la cara roja de indignación—. Yo no he autorizado ningún permiso especial y soy el único que puede hacerlo.

—Lo siento, debe de haberlo pasado por alto, lo cierto es que ha sido usted el que ha firmado dicha solicitud.

—¿¿Qué??

—Sí, sí, y para confirmárselo le enviaré a su correo electrónico el documento. Ya está, ahí puede observar que es su firma la que...

A tomar por culo. Doy por finalizada la llamada y la mala hostia se apodera de todo mi ser.

Benji ha sido el que está detrás de todos los movimientos y juraría que está demasiado cerca. Si a eso le sumamos la desaparición de su hermano, blanco y en botella.

¿Qué coño están tramando?

Y lo peor.

¿Cómo se les ocurre sublevarse?

Por enésima vez en el día salgo pitando y la dirección que tomo, esta vez, es la de la empresa en la que trabaja su talón de Aquiles.

Quieren jugar, ¿no?

Pues hagámoslo a lo grande.

CAPÍTULO 37

Mary

La pinta de matón es inconfundible y en cuanto entra en la oficina sé que se trata del fulano que se ha aprovechado de Dylan y de Ben.

Estoy al corriente de cada uno de los pasos que van dando y agradezco la implicación que me han concedido. Ahora me toca a mí interpretar un papel estelar sin olvidar lo peligroso que es el tipo que se acerca con aspecto de importarle todo una mierda. Es muy importante. Si dudo un segundo lo notará y para que no suceda debo ser más lista que él.

¿Por quién se habrá hecho pasar para que le hayan dejado subir los de abajo?

Y se me ocurre una idea magistral.

—Hola, venía preguntando por...

—Ah, sí, sí —le interrumpo levantándome de la silla y comenzando a andar con la intención de que siga mis pasos—, tú debes ser el del mobiliario, ¿verdad? Te estaba esperando. Ven, acompáñame. Esta empresa se suponía que era seria hasta que a los últimos contratados les ha dado por desaparecer de la noche al día, primero fue Dylan y ahora Martina.

—¿Martina?

—Sí, sí, entra, entra, este es el despacho que hay que renovar, y puedes empezar por tirar su foto a la papelera —le digo de manera despectiva—, menudo ego tenía la niña, ¿a quién se le ocurre poner su propia foto en su escritorio? —Y aquí omito que fui yo la que se la regaló esa primera vez que flaqueó en cuanto a quedarse o volver a España. La foto muestra a una chica segura de sí misma y mi pretensión era la de darle fuerzas en momentos de bajón y de dudas—. Lo que te digo, la juventud de hoy en día no tiene principios y así nos va.

Me aseguro de que la mire y su rictus cambia de inmediato. Solo le falta tirarse de los pelos y yo sigo a lo mío.

—Tienes que sacar todo lo que ves, ¿entendido? Su sustituto ha puesto como condición cambiarlo todo de arriba abajo y ya te digo que así mal empezamos. Cada vez cuesta más contratar a gente normal, por cierto, ¿cómo te llamas? Perdona mi falta de educación, pero hoy es un día de locos. Yo soy Mary.

—Ehhh... ¿Entonces das por supuesto que no volverá?

—Qué pregunta tan tonta, hombre, si pretendiese regresar sería tarde, no presentarse en el lugar de trabajo supone un despido procedente en toda regla, además, si tuviésemos una mínima duda tú no estarías aquí, ¿no crees? Anda, anda, empieza ya y cuando termines pásame la factura. Me encontrarás en recepción.

Con cada palabra que añadido su estado va cambiando un poco más, la estupefacción es total y al fin arranca a hablar.

—Sí, sí, ahora me pongo, antes bajaré a la furgoneta, me he dejado las herramientas. Ahora vuelvo —se escabulle como buenamente puede.

Sale pitando y yo me siento en la silla de mi niña para contrarrestar el temblor de piernas que acaba de entrarme una vez que el peligro ha pasado.

«Buf, menos mal».

Espero hasta que el tembleque disminuye y solo después le pongo un wasap informándole que se ha pasado por aquí y que se ha tragado la trola que le he metido entre pecho y espalda.

Martina

—Mary me lo acaba de confirmar, ha estado en la oficina y de momento ha picado el anzuelo. Por cierto, tenemos que hablar.

—¿Qué pasa?

—Con tu hermano presente.

—¿Por qué?

—Porque lo que os voy a decir os concierne a los dos. Ben, por favor, ¿puedes venir un momento? —Alzo la voz para que me oiga.

A los dos segundos sale de la otra habitación.

—Tengo una propuesta que haceros y prefiero que estéis los dos.

—Ya me gusta sin saberla —sonríe Ben sentándose en la cama—, dispara, estamos listos.

—Bueno, resulta que ha sido mi madre la que me lo ha dicho y, aunque en un principio pensé que era una idea disparatada...

—Al grano, por favor —me alienta Dylan.

—Por la seguridad de los tres debemos salir del país lo antes posible. Por lo que me habéis contado supongo que Tom se rodeará de la peor calaña y en cuanto nos despistemos él o alguno de su entorno se vengará. No podemos estar encerrados de por vida.

—El planteamiento ya está encima de la mesa. Estamos decidiendo qué destino sería el más apropiado.

—Yo lo sé —añado con la esperanza dibujada en mis ojos.

—¿Qué propones?

—Que os vengáis conmigo a España.

—¿Y dices que ha sido tu madre la que te ha dado la idea? —pregunto sorprendido.

—Ajá.

—No.

—¿No? ¿Por qué no? —respondemos Ben y yo a la vez.

—Porque no seré yo el que te obligue a dejar tu puesto de trabajo.

—Lo iba a dejar igualmente, ya te lo dije, y como comprenderás tampoco puedo quedarme. Me guste, o no, ya estoy en el disparadero y, te guste a ti, o no, por supuesto que no voy a quedarme cruzada de brazos mientras eliges un destino y me dejas al margen. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que ahora somos tres?

Dylan resopla y se pinza con dos dedos el puente de su nariz. Indicios suficientes para entender que no le gustan mis palabras, pero es lo que hay.

Me la pela.

—¿Por cuánto tiempo? —me increpa fulminándome con la mirada—. Martina, no voy a arrastrarte conmigo. Si sale mal...

—Si sale mal habrá que apechugarlo, sin más. La decisión está tomada, Dylan. Iré donde vayáis y cargarás con el peso de separarme de mis queridos padres si decides ir a otro lugar —le presiono sosteniéndole la mirada sin amilanarme.

—No, no y no —pronuncia con una seriedad fuera de lo común—, si tú no eres capaz de pensar en lo mejor para ti lo haré yo.

—Y según tú, ¿qué es lo mejor para mí?

—Olvidarte de que alguna vez hemos existido.

Ben observa el panorama con una expresión difícil de analizar y, pasados unos segundos, decide levantarse, para plantarse a mi lado, e interviene en la disputa.

Lo hace con una única frase que demuestra una contundencia demoledora y suelta:

—Martina —susurra cogiendo mi mano con afecto—, no le hagas caso a este cabezota y, por favor, olvídale a él si quieres, pero ni se te ocurra hacerlo conmigo, ¿entendido?

—Vamos, Benji, ¿qué coño haces?

—Posicionarme, *brother*, a diferencia de ti yo lo quiero todo, así que, no me obligues a elegir.

—¿¿Qué??

Los ojos se me empañan de la emoción, este jovenzuelo es un experto en robar corazones y el mío le pertenece desde el primer día.

—Lo que oyes, los dos necesitamos empezar una nueva vida y España me parece el lugar perfecto. Nos lo merecemos, tú más que nadie, y no me vengas con excusas sin sentido. Si lo vuestro sale mal lo asumís, que para eso los adultos sois vosotros, y me niego a dejar atrás a una mujer que me ha demostrado tanto en tan poco tiempo, así que piensa bien tus siguientes palabras y acepta que somos dos contra uno. Te ganamos en número y aquí opinamos todos.

El alegato de un simple chaval echa por tierra cualquier tipo de ataque por la parte contraria y el silencio que se produce nos sitúa a los tres en la casilla de salida. El rostro del oponente así lo indica, al quedarse sin argumentos, y doy por sentado que el pequeño bribón hará con nosotros lo que le dé la real gana a partir de ahora.

¿No es maravilloso?

CAPÍTULO 38

Tom

Destrozo todo lo que encuentro a mi paso. La gallina de los huevos de oro no aparece por ninguna parte y mis sueños se desvanecen como si fuesen simples castillos de naipes. Un soplo les ha bastado para desbaratar cada uno de mis planes y no es agradable sentir la soga alrededor del cuello.

La verdad es que estoy de mierda hasta arriba y trato de calmarme, aunque no lo consigo. Sin Puños Letales no hay ganancias estratosféricas y mis vicios tienen varios frentes abiertos, lo que significa que alguien tiene que pagar las consecuencias.

En cuanto a ese puto crío..., joder, reconozco que lo he infravalorado, jamás creí que un día se atrevería a indagar más allá y me devano los sesos en busca de una posible solución, una solución que no encuentro y de momento tendré que conformarme con la venganza. Es lo único que calmará la desazón y la mala baba que llevo dentro.

Mierda. ¿Dónde demonios estarán escondidos?

«Os encontraré, lo juro por mi madre y cuando lo haga preparaos. La venganza se sirve en plato frío y esperaré el tiempo que sea necesario».

Benji

—Se está poniendo muy nervioso, mirad las imágenes.

Dylan y Martina se acercan y presencian cómo Tom destroza su despacho. Está fuera de sus casillas y como ni se imagina que lo vemos a través de la cámara de la alarma después abre una caja fuerte situada detrás de una pared de ladrillos falsa.

—Vaya, vaya, pues lo que se dice desplumado no se ha quedado del todo, no —advierto después de apuntar en un papel la contraseña numérica—. Ahora nos falta acceder a esa caja y dejarle sin blanca de verdad.

—Ni de broma —salta Dylan.

—Solo así acabaremos con él, cuando realmente no tenga ni un dólar en el bolsillo no podrá pagar sus vicios y...

—He dicho que ni hablar.

—Entonces tenemos un problema.

—¿A qué te refieres?

—A que no mi iré hasta cobrar mi venganza personal y ese tío que nos ha hecho la vida imposible no va a quedarse inmune y seguir con lo mismo. Me niego, Dy.

—Tu hermano tiene razón, Ben —interviene Martina—, el riesgo es demasiado alto.

—¿Riesgo? ¿Qué riesgo? Lo haremos desde aquí. Solo hay que tener un poco de paciencia, nada más.

—¿Qué tramas ahora, terrorista?

—Vosotros dejadme a mí, yo me encargo.

Un par de horas después

—Listo. ¿Quieres hacer los honores, Martina?

—Me encantaría.

—Todo tuyo.

Pulsa la tecla que le indico y *voilà*. Por arte de magia la figura de Tom aparece en el ordenador y la imagen es más amplia.

—Hola, Tom —le saludo con una sonrisa de oreja a oreja—, ¿cómo va todo por ahí?

El aludido nos ve en la pantalla y se acerca con el semblante rojo de indignación.

Que se joda.

—Hijos de puta, os cogeré.

—No nos subestimes, hasta ahora habías jugado muy bien tus cartas, pero se acabó. Juntos somos invencibles y mira, nos ha salido la mejor aliada que podíamos desear.

—Dylan —se dirige a mi hermano pasando de mí—, piensa bien lo que estás haciendo, todavía...

—Olvidalo, cabrón —sentencia mi héroe sin capa—, para mí estás muerto y no voy a perder ni un segundo de mi tiempo contigo, no mereces ni uno de ellos, así que, atento a lo que tiene que decirte el peque de la casa. Gracias a tu extorsión y a mantenerlo lejos de mí se ha convertido en un *hacker* de la hostia y acabará contigo desde aquí, sin necesidad de ensuciarnos las manos con un mierda como tú. ¿Estás preparado para la diversión?

—Mira, me paso tu amenaza por el forro de los...

—Hasta nunca, Tom. Disfruta de lo que te espera, nosotros, mientras, nos dedicaremos a empezar a vivir lo que nos corresponde por derecho, capullo.

Los tres le saludamos con la mano y terminamos haciéndole un corte de mangas antes de cortar la comunicación.

—Ben, solo por curiosidad, ¿qué se supone que va a pasarle? —pregunta mi chica favorita. Sí, ya lo es.

—Mmm, miradlo vosotros mismos.

Y amplió el mensaje que les he mandado a los clientes asiduos que asisten a los combates; de la lista que le he pirateado de su ordenador he elegido a los que tienen antecedentes y la carnicería está asegurada.

El correo electrónico del que hablo hace alusión a la pared falsa, a la combinación de la caja fuerte y a la multitud de peleas amañadas a lo largo del tiempo por el tramposo número uno.

¿Adivinas quién es? Fácil.

Y, no contento con eso, por si no fuera suficiente, les doy un chivatazo a la Policía acerca de lo que se esconde detrás de un local repleto de irregularidades y que opera al margen de la ley en cuanto a drogas, permisos y demás.

Que le den, y nunca mejor dicho. Si la primera tanda no acaba con él, será la segunda la que lo conducirá directo a la cárcel y entonces al que le darán por el culo a base de bien será a él.

Y corto de raíz un tema del que no hablaré nunca más. No merece la pena cuando por fin nuestro primer capítulo está por escribir, el convencimiento de lo que se desarrollará en él nos

conducirá a una vida feliz, es una realidad, y como tal me empapo de las caras de las personas que formarán parte de mi día a día para siempre.

Sí, ya era hora, la felicidad ha llegado para quedarse y no importa el lugar en el que se desarrollen los capítulos posteriores.

—Bien, chicos, decidme, ¿qué hora os viene mejor para coger un vuelo en primera clase a precio de ganga con destino al país de la señorita aquí presente?

—Tío, en serio, empiezas a asustarme —secunda Dy con un gesto serio—, te has convertido en un auténtico delincuente.

—Tranquilo, hermanito, sé los riesgos que corro y dejaré de jugar durante una temporada, te lo prometo —le concedo con el corazón en la mano—. Pero que conste que ya será mañana, bueno, ¿entonces a qué hora reservo el vuelo?

EPÍLOGO

Aeropuerto de Matacán (Salamanca)

Martina

Es curioso, si echo la vista atrás me parece mentira la experiencia que he vivido. La sensación de que fue ayer cuando lloraba a moco tendido es demasiado real, pero nada más lejos de la realidad.

Han pasado varios meses y la mujer que regresa no es la misma. No lo seré nunca más y se lo debo a los dos hombres que me acompañan. Sí, es una locura, todavía no entiendo cómo se puede sentir tanto en tan poco tiempo y los nervios los tengo a flor de piel.

Espero que mis padres sepan comportarse, cada vez que recuerdo lo maleducados que fueron con él me da vergüenza ajena y trago con dificultad al verles saludando con la mano. Lo hacen con una efusividad fuera de lo normal y no me gusta nada.

Ay, madre, no me fío de ellos y ha llegado la hora de enfrentarse a la primera prueba de fuego, la cual se encuentra a escasos pasos de distancia, y sin darme cuenta me pongo a rezar una plegaria interna.

Bueno, pues que sea lo que Dios quiera, ya no hay vuelta atrás y...

Y oye, me quedo de piedra al verles que se dirigen a ellos y pasan olímpicamente de mí.

¿Perdona?

—Tú debes de ser Ben —dice mi padre revolviéndole el pelo—, bienvenido a tu casa, jovenzuelo.

—Gracias.

Y mi santa madre, mientras, se acerca a Dylan y lo abraza ejerciendo un papel que conozco demasiado. El de mamá osa.

¿En serio?

La posibilidad de que estén fumados, o yo que sé, cobra protagonismo y el ridículo me engulle.

¿Alguien puede explicarme cómo es posible que hayan pasado de la animadversión más absoluta a una aceptación desmedida tan pronto?

Lo medio entiendo con el comentario de mi padre.

—Gracias por traernos a nuestra hija de vuelta a casa. Te estaré eternamente agradecido. Por un momento creímos que se instalaría allí de por vida.

¿Ehhh?

—¿Hola? Estoy aquí.

—Hija, a ti ya te tenemos muy vista, no seas tan egocéntrica, a partir de ahora tendrás que adaptarte a la nueva situación.

—¿Que es...?

—¿De verdad te lo tengo que explicar? Martina, cielo, que mal te hemos criado como hija única, aunque míralo por el lado bueno, nunca es tarde y ahora nuestra atención se repartirá entre los tres.

Oye, y se queda tan campante...

¿De verdad mi padre se cree que sigo siendo una niña pequeña?

Ay, Jesusito de mi vida, ¿en qué momento no pensé en las consecuencias que me traerían estos dos locos?

Bah, paso.

—Dylan, Ben, lo siento por vosotros y os acompaño en el sentimiento.

Los dos ponen cara de circunstancia y encogen los hombros.

—Ya lo iréis entendiendo, ya. ¿Nos vamos a casa?

—Sí, sí, ya he limpiado el cuarto de invitados, allí dormiréis los dos —comenta mi madre como si tal cosa excluyéndome de la ecuación.

—¿¿Qué?? Mamá, si no te importa eso lo discutiremos nosotros, no tú.

—Cuando las ranas críen pelo, tesoro —sentencia mi padre poniendo el punto y final.

Y, llegados hasta aquí, hago un inciso de nada.

Mañana mismo empiezo a mirar alquileres en Salamanca, se ha convertido en un asunto demasiado importante y todo porque me niego a quedarme sin catar a mi macarra, hasta ahí podíamos llegar con todo lo que hemos pasado.

Seis meses después

La adaptación entre los tres ha resultado una sorpresa. Con ganas, tesón, esfuerzo y mucho amor todo se consigue y somos el fiel ejemplo de ello.

Mis padres pusieron el grito en el cielo cuando les hablamos de la intención de vivir solos, y no les quedó otra que tragar. En cuanto a Ben...

Ahí no cedieron con facilidad, le han cogido tanto cariño que siempre tienen listo el dormitorio para cuando él lo considere oportuno y cada vez que puede se va para allá. Con ellos hace lo que le da la gana, lo malcrían a su antojo y ni Dylan ni yo tenemos nada que objetar. La falta de cariño los Rodríguez la suplen con creces y no puedo estar más orgullosa de ellos.

En cuanto a Mary y a Jeffrey ya hemos quedado en que nos visitarán en verano. Los echo muchísimo de menos y gracias a la tecnología mantenemos conversaciones de tres una vez por semana.

¿Y qué más decirte?

Poco ya, solo añadir que soy la envidia de mis amigas. A Dylan lo llaman el *yanqui* y cuando enseña los tatuajes deja un rastro de babas que flipas. Este macarra es lo que tiene, estar tan rematadamente bueno no es ni medio normal y oye, como es mío enterito lo degusto de una y mil maneras diferentes y nunca me parece suficiente, y que conste que a él tampoco, ¿eh?

Venga, ya en serio, el amor que nos tenemos supera con creces cualquier película de las que considero mis favoritas y cada día lo tengo más claro.

Quiero una boda con él, ser madre con él y, lo más importante, quiero, por encima de todo, envejecer con él. La compenetración es tal que hay veces que el pecho me duele al asimilar tanta dedicación y de ahí lo afortunada que me siento.

Sé que mis deseos se cumplirán y, también sé, por cuál de ellos quiero empezar.

FIN

OTROS TÍTULOS

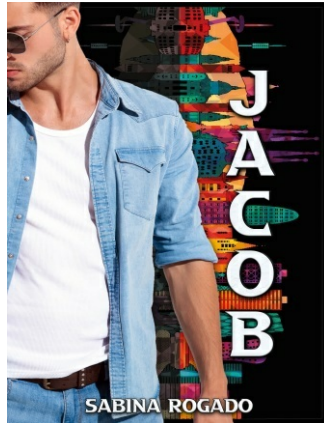


Jayden es un hombre carismático, controlador y serio. Su relación con se ex acabó de la peor manera y no cree en el amor. Vive en Londres, pero por orden de su padre se traslada a Nueva York donde, supuestamente, debe luchar por el puesto de director general en la empresa familiar recién adquirida.

Valeria es una mujer luchadora, sincera y con una belleza que detesta, es un lastre en su vida y la causa de que no crea en el género masculino. Trabaja hasta la extenuación para afrontar los gastos que la enfermedad de su abuela ocasiona, y vive con ella en Brooklyn, es su única familia.

Dos almas rotas, un destino caprichoso, y una historia que te robará el corazón.

<https://amzn.to/3TwAoKh>

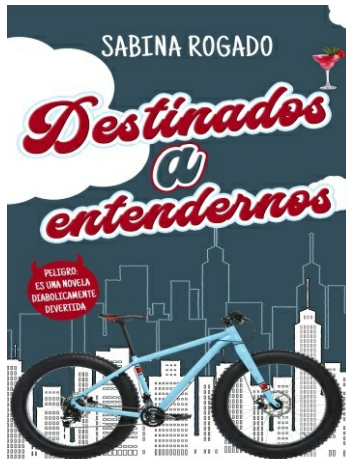


Jacob es un hombre mujeriego, despreocupado y bastante capullo. Nunca ha tenido novia, ni falta que le hace, y no repite jamás con una misma mujer. Vive en Londres, pero por orden de su hermano se traslada a Barcelona donde, supuestamente, debe averiguar el motivo del descuadre surgido en la contabilidad de la nueva sucursal recién adquirida.

Clara es una mujer trabajadora, familiar e insegura. Hace pocos meses sufrió la traición de su ex y, para sobrevivir, se vio obligada a huir de su pueblo sin mirar atrás. Trabaja en uno de los edificios más importantes de la ciudad Condal, y permanece ajena a ciertas irregularidades que se están produciendo en su departamento.

Dos personas opuestas, un destino caprichoso, y una historia que te robará el corazón.

<https://onx.la/d1db3>



¿Qué sucedería si tu tormento de juventud aparece de la nada y se permite el lujo de poner tu mundo del revés?

Ian es un hombre que regresa a Nueva York para hacerse cargo de los negocios de su padre y se verá abocado, desde el principio, a enfrentarse con su tormento de juventud.

Harper forma parte de la misma empresa y ambos deberán formalizar un contrato que la exonere de cualquier tipo de responsabilidad. Ardua tarea, tratándose de una pija insufrible, tocapelotas y consentida, a la que le importa todo un bledo menos su carísimo estilo de vida.

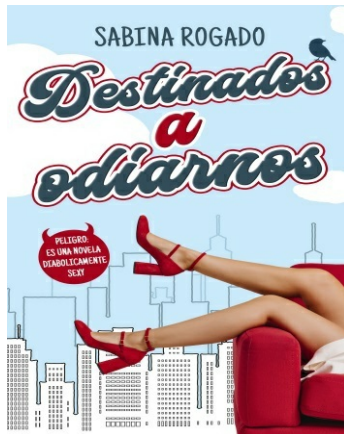
Dos personalidades diferentes.

Un acuerdo.

Y una imposición que lo cambiará todo.

¿Qué puede salir mal?

<https://amzn.to/3VRpa4Y>

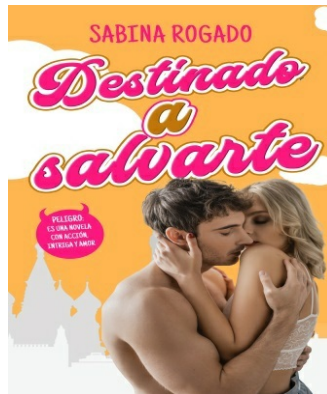


¿Qué tienen en común una despedida de soltera, una promesa incumplida, un sofá rojo y un vikingo con el afán de arrancar la ropa interior a una canija cada vez que entra en su campo de visión?

Así empieza la historia entre Valentina y Ethan, una pareja apasionante, sexy y divertida, la cual deberá enfrentarse a varias situaciones pintorescas, entre ellas la difícil tarea de mantener los sentimientos a buen recaudo, alguna que otra huida y un secreto que puede dinamitar la relación entre ambos, ¿o no?

Atención: novela de alto voltaje.

<https://amzn.eu/d/bcsnVv1>



Olivia descubre un local exclusivo en la ciudad de los rascacielos. En su interior, los adinerados socios cumplen sus deseos más secretos, ya que la discreción está asegurada, y decide visitarlo. La intención es satisfacer su curiosidad, tomarse una copa y regresar a casa.

¿Qué puede salir mal?

Liam trabaja como guardaespaldas de un mafioso ruso y está harto de sus continuos abusos. Esa noche terminan en el local del que todo el mundo habla y la locura se desata en cuanto su cliente se encapricha de una chica preciosa que llega sin compañía de ningún tipo.

Una fatalidad inesperada.

Un viaje a la otra parte del planeta.

Un instinto de protección absoluto.

Un operativo a gran escala.

Y un secreto que dará un giro imprevisto a toda la historia.

Si te gustan las novelas repletas de acción intriga y amor DESTINADO A SALVARTE es lo que buscas.

<https://amzn.eu/d/8JBPEqB>

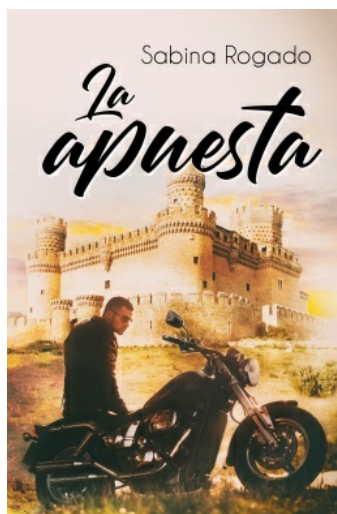


Claire colma la paciencia de su padre con su enésimo contratiempo en el trabajo, es por ello que decide enviarla lejos, en concreto a una de las sucursales que la empresa posee en Madrid, y limita sus caprichos al máximo con la intención de que espabile de una vez por todas. ¿Lo conseguirá?

Mario se encabrona al recibir una orden que no le hace ni pizca de gracia. Durante un mes estará obligado a convertirse en el niño de cierta niña pija, la cual será la futura heredera de Steel Brown, y desde el instante en el que sus caminos se cruzan intuye la difícil tarea que le han encomendado. Según parece, ambos están destinados a soportarse y las chispas saltan entre los dos desde el primer encuentro.

Una mujer apodada la *devorahombres* por su empeño en no repetir «nunca» con el mismo chico.
Un hombre atormentado por su pasado.
Y una casualidad que dinamitará el mundo de ambos.

Atención: novela con sentimientos a flor de piel y, sobre todo, mucho amor.



Érika, vive recluida en su apartamento de Dublín, a causa de una agresión que la ha convertido en una joven sin ganas de vivir y con un miedo atroz.

Hugo, un rompecorazones cuyo lema en la vida es: su moto y no esperar por ninguna mujer más de cinco minutos. Vive en la sierra de Madrid.

Una oferta de trabajo, inesperada, que llevará a Érika a reencontrarse consigo misma, pero también con lo que quiere olvidar...

Y una apuesta, que empezó como un juego, y que será la artífice de que todo pueda cambiar... ¿O no?

Sumérgete entre las líneas de esta apasionante historia y déjate llevar a un mundo lleno de sensaciones en las que, la ternura, el enfado, la intriga, la pasión, y sobre todo el amor, te llegarán al corazón.

¿Te atreves con LA APUESTA?

<https://amzn.to/2GBikiv>



Aby es una chica normal que debe abandonar sus estudios para cuidar de su madre enferma. Antes de su muerte le hace una promesa y se ve obligada a aceptar que su padre, el cual supuestamente estaba muerto, le pague la Universidad para así terminar su carrera. Se traslada a Madrid a vivir junto con sus dos mejores amigos y, a raíz de este cambio, su vida se verá alterada por la presencia insistente y diaria de Alexander, alias señor Capullo. Compromisos por un lado, necesidad de mantener sus principios por otro, hacen que tanto Aby como Alex se encuentren en la obligación de conocerse a pesar de no soportarse. ¿Lograrán acercar posturas en algún momento?

<https://amzn.to/34j36rp>



Zoe está acostumbrada a llevar las riendas de su vida y decide rechazar a todos los hombres que acuden al rancho familiar con una petición de compromiso.

El convencimiento de no contraer matrimonio si no alberga sentimientos hacia la otra persona es inquebrantable... Al menos hasta que sus padres fallecen. Entonces, los hermanos Evanson se ven obligados a tomar una decisión. Doblegarse ante los deseos de un ser mezquino y cruel, o huir en busca de la única persona que puede ayudarles. ¿Qué hacer?

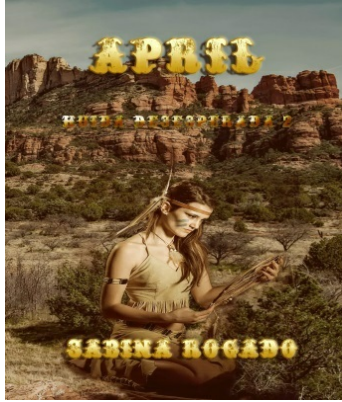
La vida de los hermanos cambia drásticamente y emprenden un viaje repleto de peligros. Una posada en mitad de la nada.

Unos desalmados dispuestos a mancillar el honor de una mujer indefensa.

La aparición de un hombre mitad indio, mitad noble.

Y una historia que conseguirá robarte el corazón.

<https://amzn.to/33MEffe>



April pertenece a una de las familias más antiguas de Inglaterra y su carácter rebelde trae de cabeza a su familia. Es propensa a meterse en problemas y con la última locura desata la ira de todos. Entonces, ante su osadía, deciden darle un escarmiento ejemplar tras posicionar al amigo de su hermano en una situación muy comprometida.

Lo que nadie sospecha es que ha actuado así porque está enamorada de él desde la primera vez que le vio, en Saint Louis, cuando todavía era una niña que llevaba trenzas.

Una boda.

Un asalto.

Y un viaje que cambiará la vida de ambos.

<https://amzn.to/2GNBce7>



Zac dispone de una vida libertina en Londres para acallar la nostalgia que siente por su Wyoming natal, pero todo cambia a raíz de una subasta a la que acude con su mejor amigo. Amara es secuestrada y enviada a Londres con el propósito de ser vendida al mejor postor. Su vida está marcada por el horror y por un secreto inconfesable.

Un hombre de buen corazón.

Una dama en apuros.

Y una casualidad que cambiará el transcurso de la historia, ¿o no?

<https://amzn.to/2XLBvyG>



En tus manos tienes la historia de doña Tacones, Taki o Eustaquia, sí, soy la misma, aunque si quieres que te conteste mejor omite el último nombre.

¿Qué os encontraréis en el interior?

Una abuela a la que adorarás, unos amigos con los que te desternillarás de la risa y un tío que se empeña en poner mi mundo del revés.

Hasta aquí bien, ¿verdad? Pues no, también hallarás una serie de sucesos "un tanto macabros" que te dejarán con el alma en vilo.

¿Preparad@ para conocerme un poco más?

<https://amzn.to/3dA047d>



Lady Catherine cuenta la historia entre una dama, que es obligada a contraer matrimonio, y Jasón, un criador de caballos que no es lo que parece ser.

Un secuestro entre medias...

Un amor inesperado...

Y un gran secreto que envolverá a los protagonistas en una historia llena de pasión, intriga y amor.

¡¡ATRÉVETE A LEERLA!!

<https://amzn.to/3ly4coN>



¿Qué sucede cuando decides ROMPER CON LA RUTINA de siete años y coges un camino diferente para llegar a tu puesto de trabajo?

Así empieza la historia de Patrick, un hombre metódico y organizado que verá cómo su vida se vuelve del revés.

Un atropello...

Una casualidad entre un millón...

La idea descabellada de actuar como un buen samaritano...

Y la persecución, a contrarreloj, con una mujer que esconde un sorprendente enigma...

Acción, pasión, intriga, sorpresas y amor te están esperando.

¿Te atreves a ROMPER CON LA RUTINA?

<https://amzn.to/30SEHqe>

Bilogías



En la búsqueda de una vida mejor, Jenny se embarca en un viaje que la llevará a pocas millas de Kansas. El lugar en el que termina trabajando en una cantina y en el que conoce al hombre de sus sueños. Un hombre atento, amable y atractivo, pero también un hombre inalcanzable. ¿El motivo? Está casado. Es por ello que cuando su esposa muere, en circunstancias extrañas, el carácter afable del cowboy se torna diferente convirtiéndose en un hombre huraño, tosco, y frío, a causa de un secreto que le persigue, aunque a Jenny no parece importarle el día que Jim se presenta para proponerle matrimonio, convencida de que será feliz, y cometiendo el error de olvidarse de las condiciones que su futuro marido impone. Unas condiciones que se manifiestan, desde la noche de bodas, y que consiguen romper las ilusiones de una muchacha que no tarda en hacerse a la idea de que él está dispuesto a mantenerse firme en su decisión, sin que le importe alejarse, irremediablemente, el uno del otro... ¿Podrá Jenny derribar las barreras que su esposo se empeña en agrandar entre ellos y rescatar al antiguo Jimmy? ¿Cuál es ese misterioso secreto que planea sobre sus vidas? Y lo que es más importante, ¿qué sucederá cuando Jenny sepa la espantosa realidad que le ha ocultado?

Si quieres saber las respuestas, búscalas en el interior de esta apasionante historia ambientada en el oeste americano. ROMANCE, MISTERIO Y PASIÓN.

<https://amzn.to/2GTM9uo>



Cuando Alexia (una chica tímida e introvertida) descubre al único chico que ha pasado por su vida, liado con otro, su mundo se viene abajo y, si por un instante cree que ahí se acaban los contratiempos, está muy equivocada, porque todo parece complicarse hasta que, de repente, una invitación completamente casual, hace que su vida de un giro inesperado en el momento en que termina en una discoteca donde tiene el privilegio de conocer al actor de moda y del que el mundo entero habla. El guapísimo Robert Brownn (un hombre atormentado que acaba de grabar su primera película de género erótico), provocando que todo cambie a partir de conocerse y es que: por una parte, Alexia, no dejará que la hagan más daño, y por la otra, un Robert desubicado por la reacción desmesurada de ella, al conocerle, hace que sienta, irremediabilmente, una enorme curiosidad hacia una chica dispuesta a pasar desapercibida ante todo y todos. Incluido él. Algo que le va a costar bastante después de aparecer en la portada de una revista entre los brazos del atractivo y guapo actor...

<https://amzn.to/3devk9B>

AGRADECIMIENTOS

Una vez más llego a la palabra FIN y los sentimientos son dispares. Siempre, siempre, me ocurre lo mismo y la melancolía se apodera de mí. Decir adiós a unos personajes que significan tanto nunca es fácil, siempre os lo digo, pero sí que es cierto que me dura poco, muy poco. El tiempo suficiente hasta que nuevos protagonistas consiguen robarme el sueño con el objetivo de darles el espacio que les corresponde.

Esta cabecita loca que Dios me ha dado sigue empeñada en contar una historia tras otra, sin duda es mi pasión número uno y, por lo tanto, ha llegado el turno de los agradecimientos.

Como siempre, el primer lugar está destinado para mis lectoras cero, Laura Duque Jaenes y Nani Mesa. Llevan a mi lado años y su ayuda es increíble. Mis escritos son mejores gracias a vosotras, y lo sabéis.

A mi familia, por entender lo que amo tanto. El sinfín de horas que me paso frente al ordenador cuando estoy en modo creativo no es ni medio normal y jamás se han quejado, al contrario, me siguen dando alas para que continúe inmersa en esta maravillosa aventura que comenzó a finales de dos mil dieciséis.

A todos los grupos de Facebook y a las redes sociales, gracias a vosotros soy un poquito más visible y os estaré eternamente agradecida.

Y, por supuesto, a mis queridas lectoras, a día de hoy vuestro apoyo es fundamental y gracias a todas y cada una de vosotras sigo disfrutando de este maravilloso sueño, el cual empezó debido a una casualidad del destino y no puede hacerme más feliz.

De verdad, mil gracias por leer lo que escribo con y desde el corazón.

Gracias, Gracias y graciasss.